

HISTORIA
DE LA
REVOLUCION
DE FRANCIA.



I.

Esta traducción es propiedad del infrascrito. Todos los ejemplares irán señalados y firmados por el mismo. Los que no tengan este requisito se tendrán por contrahechos.

A handwritten signature in cursive script, enclosed in an oval flourish. The signature appears to read "J. Oliveres".

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION

DE

FRANCIA,

DESDE EL AÑO 1789 HASTA 1814.

POR M. MIGNET.

TRADUCIDA DEL FRANCÉS POR DOS AMIGOS.

Va añadido un apéndice hasta la segunda
caída de Napoleon.

TOMO I.

BARCELONA,

LIBRERIA DE J. OLIVERES Y GAVARRÓ,

CALLE DE ESCUDELLERS, N. 25.

1858.



BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6104877435



INTRODUCCION.

Carácter de la revolución de Francia: sus resultados, su marcha. — Formas sucesivas de la monarquía. — Luis XIV y Luis XV. — Estado de los ánimos, de la hacienda, del poder y de las necesidades públicas cuando subió Luis XVI al trono. — Su carácter. — Maurepas primer ministro: su táctica. — Con qué objeto elige ministros populares y reformadores. — Turgot, Malesherbes, Necker; sus planes; hallan oposición en la corte y en los privilegiados, y tienen mal éxito. — Muerte de Maurepas. — Influencia de la reina Maria Antonieta. — A los ministros populares suceden ministros cortesanos. — Calonne y su sistema; Brienne, su carácter, sus tentativas. — Apuros de la hacienda; oposición de la asamblea de los notables, del parlamento y de las provincias. — Caída de Brienne; segundo ministerio de Necker. — Convocación de los Estados Generales. Pasos de la revolución.

Voy á trazar rápidamente la historia de la revolución de Francia, que dió principio en Europa á la era de las sociedades nuevas, como la revolución de Inglaterra á la de los nuevos gobiernos. Esta revolución no solo ha modificado el poder político, sino que ha cambiado la existencia interior de la nación. Todavía subsistian las formas de la sociedad de la edad media; el suelo estaba dividido en provincias enemigas, y los hombres en clases rivales. La nobleza conservaba aun sus distinciones, aunque habia perdido todos sus poderes; el pueblo no poseia ningun derecho; el poder real no conocia límites, y abrumaba á la Francia la arbitrariedad mi-

nisterial unida á las ordenanzas particulares y á los privilegios de las corporaciones. A esos abusos substituyó la revolucion un orden de cosas mucho mas conforme á la justicia y á la época, haciendo que sucediese á la arbitrariedad la ley y á los privilegios la igualdad, emancipando á los hombres de las distinciones de clases, al suelo de las barreras del provincialismo, á la industria de las trabas de corporaciones y gremios, á la agricultura de las sujeciones feudales y de la opresion de los diezmos, y á la propiedad de los mayorazgos; de todo ha formado un solo estado, un derecho y un pueblo.

Muchos obstáculos ha tenido que superar la revolucion para llevar á cabo tan señaladas reformas, lo que ha dado margen á excesos al lado de aquellos beneficios duraderos. Opusieronse los privilegiados, pretendió la Europa someterla, y obligada á la lucha no le fué dado medir sus esfuerzos, ni moderar su victoria. La resistencia interior motivó la soberania de la muchedumbre, y la agresion exterior la dominacion militar; pero á pesar de la anarquía y del despotismo se ha logrado el fin: durante la revolucion fue destruida la antigua sociedad, y la nueva se ha establecido bajo el imperio.

Cuando se hace necesaria una reforma, y ha llegado el momento de plantearla, nada la detiene y todo la secunda. Felices entonces los hombres si supiesen entenderse, si cediesen unos lo superfluo y se contentasen otros con lo necesario! Las revoluciones serian un convenio amistoso, y el historiador no tendria que recordar excesos ni desastres, contentándose con presentarnos á la humanidad mas

sabia, libre y dichosa; pero hasta aquí los anales de los pueblos no ofrecen ninguno ejemplo de esta virtud en los sacrificios; los pudientes los rehusan, los necesitados los imponen, y el bien se practica como mal con toda la violencia de la usurpacion: hasta hoy dia el único soberano ha sido la fuerza.

Trazando la historia de este importante periodo, desde la apertura de los Estados Generales hasta 1814, me propongo explicar las varias crisis de la revolucion conforme vaya esponiendo los hechos. Se verá en quien consistió que una reforma emprendida bajo felices auspicios degenerase violentamente, y como fué que la Francia se convirtió en república, entronizándose despues el imperio sobre sus ruinas. Casi han sido forzosas tan distintas fases por el irresistible poder de los acontecimientos que las produjeron; seria con todo temeridad afirmar que no hubiese podido ser otro el orden de los sucesos; lo cierto es que tras de las causas que hicieron nacer la revolucion y tras el portentoso desarrollo de las pasiones, no podia ser otra su marcha y su fin. Antes de seguir su historia echemos una ojeada á lo mas remoto para indagar por qué fueron convocados los Estados Generales, que han sido la piedra angular de la revolucion. Recorriendo los preliminares de esta, voy á probar que no fué mas posible evitarla que conducirla.

Desde su establecimiento careció la monarquia francesa de forma constante y de derecho público fijo y reconocido; bajo las primeras dinastias la corona era electiva, la nacion soberana, y el rey no era mas que un simple gefe militar, pendiente de las deliberaciones de los comunes, ya para man-

dar, ya para obrar. La nacion elegia su gefe ejerciendo el poder legislativo en los Campos de Marte presidiéndola el rey, y el poder judicial en los juzgados bajo la direccion de uno de los oficiales de la corona. Durante el régimen feudal esa democracia real cedió el puesto á una aristocracia tambien real. La soberanía se habia encumbrado; los grandes la arrebataron al pueblo, como el príncipe debia arrebatarla á los grandes. Por entonces el monarca se hizo hereditario, no como á rey, sino como posesor de un feudo; la autoridad legislativa era patrimonio de los grandes en sus vastos territorios, ó en los parlamentos de los barones; y la autoridad judicial pertenecia á los vasallos en los juzgados inferiores; en fin, el poder se habia ido concentrando de un grande á un reducido número, y de este á una persona. A fuerza de muchos siglos de esfuerzos consecutivos, los reyes de Francia derribaron el edificio feudal, y se elevaron sobre sus ruinas; invadieron los feudos, subyugaron los vasallos, suprimieron los parlamentos de los barones, anularon ó avasallaron los juzgados de señorios, se apropiaron el poder legislativo, y ejercieron de su cuenta el judicial en los parlamentos de letrados.

Para obtener subsidios en casos apurados convocaron los Estados Generales, que si bien se componian de las tres clases de la nacion, el clero, la nobleza y el estado llano, nunca tuvieron sin embargo una existencia regular. Bajo la férula de la prerrogativa real fueron al principio dominados y en seguida suprimidos; y la oposicion fuerte y obstinada que encontraron á veces los monarcas en sus proyectos de engrandecimiento, provino menos de

esas asambleas á las que arrebataban ó conferían arbitrariamente su derecho, que de los grandes que contra ellos defendieron al principio su soberanía y despues su importancia política. Desde Felipe Augusto hasta Luis XI combatieron para conservar su poder, y desde Luis XI hasta Luis XIV para ser ministros del poder real. La *Fronde* fue la última campaña de la aristocracia; Luis XIV cimentó fuertemente la monarquía absoluta y nadie se la disputó.

Desde su reinado hasta la revolucion el régimen de la Francia fué mas bien arbitrario que despótico, puesto que los monarcas podian mucho mas de lo que practicaban: solo débiles vallas se oponian al desborde de esa autoridad inmensa, que disponia de las personas con un mandato, de las propiedades con la confiscacion, y de las rentas con los impuestos. Bien es verdad que algunas corporaciones tenian medios de defensa apellidados privilegios, pero rara vez eran respetados; uno competia al parlamento sobre consentir ó rehusar los tributos, pero tras su negativa estaba el destierro; otro competia á la nobleza sobre esencion de pechos, y al clero relativamente á imponérselos como por via de donacion; tambien varias provincias solo voluntariamente cargaban con los tributos, y otras cuidaban ellas mismas de su reparticion. No eran otras las garantias de la Francia, todas en provecho de las clases acomodadas y en detrimento del pueblo.

Y esa nacion tan esclava estaba aun muy mal organizada, siendo si cabe menos insoportables los excesos del poder que su injusta reparticion. Dividi-

da en tres órdenes subdivididas en muchas clases se hallaba espuesta al azote del despotismo y á todos los males de la desigualdad. Era la nobleza un conjunto de cortesanos que vivian de las mercedes regias, es decir, de los sudores del pueblo, y que obtenian mandos en las provincias, ó empleos elevados en el ejército; de aventureros ennoblecidos que dirigian la administracion, explotando las provincias con el cargo de intendentes, de togados que administraban justicia como únicos aptos para ello, de caballeros hacendados que oprimian las campiñas ejerciendo derechos privados del feudalismo, resto de sus derechos políticos. El clero estaba dividido en dos clases, una esclusiva á los obispos, abadias y á sus pingües rentas, y otra condenada á la pobreza y á los trabajos apostólicos. El estado llano, agotado por la corte y humillado por la nobleza, se hallaba tambien separado en corporaciones, que á su vez mutuamente se devolvian los desprecios y los males que recibian de las clases superiores. Poseia entonces la tercera parte de las propiedades, y tenia que cargar con pagos á los señores, con diezmos al clero y con contribuciones al rey, sin que en recompensa de tantos sacrificios gozase de ningun derecho político, de ninguna parte en la administracion ni en los empleos.

A fuerza de una larga tension y de un ejercicio sobrado violento desgastó Luis XIV los resortes de la monarquia absoluta. Irritado por las turbulencias de su juventud y ambicioso en alto grado, sufocó toda resistencia, toda oposicion; la de la aristocracia con sus revueltas, la del parlamento con sus esposiciones, y la de los protestantes con su

libertad de conciencia reputada herética por la iglesia y facciosa por el rey. Llamó á la corte á los grandes, y en pago de su dependencia les proporcionaba continuos placeres y les prodigaba favores. En vano el parlamento hasta entonces instrumento de la corona quiso ser su contrapeso, pues con orgullo le impuso el príncipe una sumision y un silencio de sesenta años. La revocacion del edicto de Nantes vino á completar esa obra de despotismo. Un gobierno arbitrario no solo rechaza toda resistencia, sino que ademas exige que se le apruebe y que se le imite. En cuanto ha sometido las acciones, persigue las conciencias, porque le es fuerza obrar, y cuando no se le oponen víctimas las busca. El inmenso poder de Luis XIV acosó en lo interior á los hereges y en lo exterior á la Europa; su opresion encontró ambiciosos para consejeros, valientes para soldados, y victorias en la lucha: el laurel cubria las hondas llagas de la Francia, y los himnos de la victoria ahogaban los gemidos de los pueblos; pero los hombres de genio perecieron, cesaron las victorias, emigró la industria, desapareció el oro, y todo convenció plenamente de que el absolutismo agota sus fuerzas con sus triunfos, y devora de antemano su porvenir.

La muerte de aquel príncipe fué la señal de la reaccion; se pasó de golpe de la intolerancia á la incredulidad, y del espíritu de obediencia al de discusion. Durante la regencia se grangeó el estado llano por su ilustracion y sus riquezas tanta importancia, cuanta mayor consideracion anduvo perdiendo la nobleza, é influjo el clero. Sosteniendo despues Luis XV guerras poco brillantes y en extremo rui-

nosas, se empeñó entre la corte y la opinion una lucha sorda, lucha que se declaró abiertamente con el parlamento. Devorábala la anarquia, cayó el gobierno en manos de cortesanas, el poder llegó á una completa decadencia, y la oposicion anduvo progresando.

Los parlamentos habian mudado de posicion y de sistema, puesto que volvieron contra la Monarquia el poder que de ella habian recibido: una vez consumada por sus comunes esfuerzos la ruina de la aristocracia, se desunieron, como todos los aliados despues de la victoria. La Monarquia pretendió romper un instrumento que se hacia peligroso dejando de ser útil, y el parlamento quiso dominar la Monarquia: lucha favorable al monarca bajo Luis XIV, vacilante bajo Luis XV, y que solo terminó con la revolucion.

Naturalmente el parlamento solo debia servir de auxiliar; su prerogativa y su ambicion le impelian á oponerse á los fuertes y á secundar á los débiles: asi es que pugnó con la corona contra la aristocracia, y con la nacion contra la corona, alcanzando por ello popularidad suma bajo Luis XV y Luis XVI, á pesar de que solo atacaba á la corte por rivalidad. La opinion no le pedia cuenta de los motivos porque obraba asi; aplaudia no su ambicion, sino su resistencia, y le defendia porque era sostenida por él. Despues de haber anulado el testamento del monarca mas imperioso y mas obedecido; despues de haberse opuesto á la guerra de los siete años, de haber obtenido cuenta de las operaciones en el ramo de hacienda, y la destruccion de los jesuitas, se hizo tan enérgica y tan frecuente su resis-

tencia que la corte, hallándola en todo, comprendió ser necesario acatarla ó someterla. Llevó pues á cabo el plan de desorganizacion propuesto por el canceller Maupeau. Este hombre atrevido, que habia ofrecido segun espresion suya, *arrancar de la corona su injerto*, reemplazó el parlamento hostil por otro mas adicto, y lo mismo practicó con toda la magistratura de Francia que seguia el ejemplo de la de Paris.

Pero habia pasado ya la época de los golpes de estado. Estaba tan desacreditada la arbitrariedad, que hasta con desconfianza la empleaba el rey, y la desaprobaba la corte. Se habia formado un nuevo poder, el de la opinion, que si bien no reconocido, no era por esto menos influyente, empezando á ser soberanos sus fallos. La nacion hasta entonces nula, reconquistaba poco á poco sus derechos; todavia no participaba del poder, pero influia en él: así empiezan á formarse todos los poderes; antes de ser admitidos en el gobierno le acechan, y pasan en seguida á cooperar con él. Habia llegado por fin la época en que el estado llano debia tomar parte en la dominacion; y si en otros tiempos habia hecho tentativas infructuosas, es porque fueron prematuras. Datava entonces de poco su emancipacion, y nada tenia de lo que establece la superioridad y acarrea el poder, en razon de que únicamente por la fuerza se obtiene el derecho: así, lento en la insurreccion como en los estados generales no habia sido mas que el tercer orden, y aunque todo se hacia con él, nada se hacia para él. Bajo la tirania feudal sirvió á los reyes contra los señores; bajo el despotismo ministerial y fiscal sirvió á los grandes contra los reyes; pero en el primer caso no habia sido mas que

el empleado de la corona, y en el segundo de la aristocracia, porque la lucha estaba empeñada en una esfera y por unos intereses que no eran los suyos. Cuando definitivamente quedaron abatidos los nobles en la época de la Fronde, depuso las armas, prueba de que entonces solo desempeñaba un papel secundario.

Por fin, al cabo de un siglo de absoluta humillacion, volvió á aparecer en la arena, pero fué ya por su cuenta. Lo pasado no se borra, y tan imposible le era á la nobleza rehacerse de su derrota, como lo es hoy á la monarquia absoluta el entronizarse de nuevo. La corte debia encontrar otro antagonista; siempre es menester que haya alguno, porque nunca faltan candidatos al poder. El estado llano cuya fuerza, riquezas, consistencia y luces iban diariamente en aumento, estaba destinado á combatirla y desalojarla. En esta nueva lucha, como el parlamento formaba no una clase, sino únicamente una corporacion, podia muy bien coadyuvar á la caida del poder, mas no posesionarse de él.

La corte misma favoreció los adelantos del estado llano, contribuyendo al desarrollo del saber, que constituye uno de sus principales medios: asi fué como un monarca el mas absoluto creó involuntariamente la opinion pública. Alentando el elogio preparó la crítica, porque nadie puede provocar un examen á su favor sin que á poco resulte en detrimento suyo. Cuando dieron fin los himnos empezaron las discusiones, y los filósofos del siglo XVIII sucedieron á los literatos del siglo XVII. Sus investigaciones lo abarcaron todo; gobierno, religion, leyes y abusos. Descubrieron los derechos, espusieron las necesidades;

señalaron las injusticias, y formaron una opinion pública, fuerte é ilustrada, cuyos golpes sufrió el gobierno, y cuya voz no se atrevió á sofocar: opinion que conquistó á los mismos que atacaba, sometién-dose á sus fallos los cortesanos por moda, y el poder por necesidad: de este modo el siglo de las reformas sucedió al de la filosofia, asi como este habia sido precedido por el siglo de las bellas artes.

Tal era la situacion de la Francia al subir Luis XVI al trono el 4 de mayo de 1774. Abatida la hacienda á pesar de los esfuerzos del ministerio reparador del cardenal de Fleury y de la bancarrota del ministerio Terray; mal quisto el poder, intratables los parlamentos é imperiosa la opinion pública, hé aqui las dificultades que el nuevo reinado heredó de los precedentes. Seguramente de todos los príncipes el que mas convenia á su época, atendidas sus intenciones y sus virtudes, era Luis XVI. La nacion estaba cansada de la arbitrariedad, y él se sentia dispuesto á desterrar su uso; habian irritado á aquella las ruinosas disoluciones de la corte de Luis XV, y este tenia costumbres puras y necesidades poco dispendiosas; reclamaba la opinion indispensables reformas, y él, conocedor de las necesidades públicas, ponia su gloria en satisfacerlas. Pero era tan difícil obrar el bien como continuar el mal, porque era forzoso someter los privilegiados á las reformas ó la nacion á los abusos, y Luis XVI no era regenerador ni déspota. Faltábale esa voluntad soberana, única que lleva á cabo grandes cambios en los estados y necesaria á los monarcas, ora quieran limitar su poder, ora engrandecerle. El espíritu de aquel rey era justo, y su corazon recto y bueno, pero carecia

de energia y de caracter, y no tenia perseverancia en su conducta. No habia previsto los obstáculos que debian oponerse á sus proyectos de reforma, y no supo vencerlos, sucumbiendo por sus tentativas regeneradoras, como otro hubiera sucumbido por su resistencia. Hasta la época de los estados generales no fué su reinado otra cosa que una larga é inútil serie de tentativas de reforma.

Y contribuyó no poco á dar ese caracter de irresolucion á su reinado la eleccion de primer ministro hecha en la persona de Maurepas. El jóven monarca, lleno de la idea de sus deberes y de su insuficiencia, recurrió á la experiencia de un anciano de setenta y tres años, que cayó en desgracia en tiempo de Luis XV por su oposicion á las favoritas; pero en vez de un sabio, halló un cortesano cuyo funesto influjo le persiguió toda su vida, en razon de que no se ocupó tanto el ministro del bien de la Francia y de la gloria de su dueño como de continuar en su gracia. Domiciliado en Versalles en una habitacion que comunicaba con la del rey, y presidiendo su consejo hizo de él un monarca vacilante, irresoluto, lo habituó á un sistema de tira y afloja, á los cambios, á las inconsecuencias del poder, y sobre todo á practicarlos todo por conducto de los demas y nada por sí mismo. Maurepas elegia los ministros, teniéndolos á su lado como él se mantenía al lado del rey. Con el temor de esponer su crédito alejaba á los hombres experimentados y de relaciones, y se rodeaba de hombres nuevos que le necesitaban para sostenerse. Sucesivamente llamó al ministerio á Turgot, Malesherbes y Necker, los cuales emprendieron mejoras, cada uno en su línea.

Malesherbes, hijo de un togado, heredó sus virtudes y no sus preocupaciones parlamentarias. Su espíritu era libre, y su corazón puro. Quería conceder á cada uno sus derechos; á los acusados el de defenderse, á los protestantes la libertad de conciencia, á los escritores la de la prensa, y á los franceses en general la seguridad individual: además propuso la abolición de la tortura, el restablecimiento del edicto de Nántes, y la supresión de las órdenes reservadas y de la censura.

Turgot, de conocimientos vastos y de carácter enérgico, intentó realizar proyectos más estensos todavía, y se unió con Malesherbes para completar con él el establecimiento de un sistema de administración que debía producir unidad en el gobierno é igualdad en la nación. Aquel virtuoso ciudadano aspiró constantemente á mejorar la suerte del pueblo, y emprendió por sí solo la supresión de toda servidumbre y privilegio, obra más tarde de la revolución. Propuso emancipar á los aldeanos del servicio personal que debían á sus señores, á las provincias de sus vallas, al comercio de las aduanas interiores, á la industria de sus trabas, y en fin, hacer que la nobleza y el clero contribuyesen á los tributos en la misma proporción que el estado llano. Este gran ministro, de quien dijo Malesherbes: «que tenía la cabeza de Bacon y el corazón de L'Hopital» quería por medio de las asambleas provinciales, acostumar á la Francia á la vida pública y prepararla para el restablecimiento de los estados generales. Si hubiese podido sostenerse en el poder, hubiera obrado la revolución con decretos: pero entronizados los privilegios particulares y avasallada la nación, eran impracticables todos sus

proyectos de bien público. Así es que disgustó á los cortesanos con sus reformas, al parlamento con la abolicion de las corveas, de las trabas y aduanas interiores, y al anciano ministro por el ascendiente que le grangeaban para con Luis XVI sus virtudes. Abandonóle el monarca, aun confesando que Turgot y él eran los únicos que miraban por la felicidad del pueblo: ¡tan digna de compasion es la suerte de los reyes!

Fué reemplazado en 1776, en el ramo de hacienda, por Clugny, antiguo intendente de Santo Domingo, á quien sucedió Necker á los seis meses. Este era extranjero, protestante, banquero, mas administrador que hombre de estado, y así concibió un plan de reformas menos estenso que el de Turgot, pero ejecutado mas diestramente con la ayuda del tiempo. Nombrado ministro para procurar dinero á la corte, aprovechó las necesidades de esta para procurar libertades al pueblo. Reanimó con el orden la hacienda, é hizo que las provincias concurriesen de un modo justo á su administracion. Sus ideas eran sabias y rectas, pues consistian en reducir los gastos para ponerlos al nivel de los ingresos; en servirse de los tributos en tiempos ordinarios y de empréstitos cuando circunstancias imperiosas exigiesen disponer del porvenir como del presente; en hacer repartir los tributos por las asambleas provinciales, y en crear la rendicion de cuentas para la facilidad de los empréstitos. Fundábase este sistema en la naturaleza del préstamo, que necesitando crédito exige la publicidad, y sobre la del impuesto que requiriendo consentimiento, hace preciso que se intervenga en la administracion. Siempre que el gobierno necesita y pide,

si se dirige á los prestamistas debe presentar un balance; y si se dirige á los contribuyentes, les debe un concurso en el poder. Asi los empréstitos trajeron la rendicion de cuentas y los impuestos los estados generales: cosas ambas de las cuales la primera puso el poder á merced de la opinion, y la segunda á merced del pueblo. Pero, Necker, si bien menos impaciente de reformas que Turgot, y deseoso de ganar con el oro la estirpacion de los abusos que su antecesor queria destruir, no fué sin embargo mas feliz. Sus economias le hacian mal quisto de los cortesanos; los trabajos de las asambleas provinciales disgustaron á los parlamentos, que parecian querer monopolizar la resistencia, y ademas, el primer ministro no le perdonaba su fama. Forzoso le fué abandonar el poder en 1781, pocos meses despues de la publicacion de los famosos presupuestos de hacienda, que iniciaron repentinamente á la Francia en el conocimiento de las materias de estado, é imposibilitaron el regreso del absolutismo.

A la caida de Necker siguió de cerca la muerte de Maurepas, á quien reemplazó la reina en el ánimo de Luis XVI, heredando toda su influencia. Este príncipe bueno, pero débil, necesitaba ser dirigido, y su esposa jóven, bella, activa y ambiciosa, tomó mucho dominio sobre él; sin embargo se puede decir que la hija de Maria Teresa se acordó demasiado ó demasiado poco de su madre, pues mezcló lo frívolo á lo serio del mando, y solo usó del poder para concederle á hombres que causaron la ruina del estado y la suya. Maurepas desconfiaba de los ministros cortesanos y los habia elegido siempre populares: bien es verdad que no

los había sostenido, pero á lo menos si no se había adelantado en la senda del bien, tampoco se había retrocedido. Despues de su muerte sucedieron á los populares los ministros cortesanos, é hicieron inevitable por sus faltas la crisis que sus antecesores quisieron evitar con las reformas. Debe notarse mucho esta diferencia, porque al cambio de ministros sucedió el cambio de sistema en la administracion: de esta época data la revolucion, porque el abandono de las reformas y la vuelta á los desórdenes, apresuraron su desarrollo y aumentaron su intensidad.

Calonne de intendente pasó á ministro de hacienda, puesto importantísimo y muy difícil de llenar. Dos sucesores se habían dado á Necker sin haber podido reemplazarle, cuando en 1785 se recurrió á Calonne. Era osado, brillante, conecedor y laborioso, y su espíritu unia á la ligereza la fecundidad. Fuese error ó cálculo, ello es que adoptó en la administracion un sistema diametralmente opuesto al de su antecesor. Este había aconsejado la economía, y aquel la prodigalidad; á Necker le derribaron los cortesanos, y Calonne quería por su medio sostenerse. Con la liberalidad defendió los sofismas; convenció á la reina con regocijos, y á los grandes con pensiones; dió mucho movimiento á la hacienda, dando á entender que calculaba bien á fuerza de hacinar operaciones; y hasta á los capitalistas sedujo, siendo al principio exacto en sus pagos. Continuó en los empréstitos aun en tiempos tranquilos, y agotó el crédito debido al sabio Necker. En tal estado, falto del recurso que no había sabido emplear, le era preciso recurrir á los impuestos para prolongar su mando. Pero ¿á quiea

podía dirigirse? El pueblo no podía pagar mas, y los privilegiados nada querían ofrecer. Era sin embargo fuerza decidirse, y prometiéndose Calonne sacar mejor partido de un cuerpo nuevo, convocó una asamblea de notables, que abrió sus sesiones en Versalles el 22 de febrero de 1787. Este debía ser el término de un sistema que preconizaba la prodigalidad: un ministro que se elevó dando, no podía sostenerse pidiendo.

Los notables elegidos por los gobernantes de entre las clases distinguidas, formaban una asamblea ministerial sin mandato y sin existencia propia, solo para evitar los parlamentos ó los estados generales. Calonne se había dirigido á una asamblea mas subordinada y que por la misma creyó mas docil, pero compuesta de privilegiados, se hallaba poco dispuesta á hacer sacrificios, mucho menos cuando vió el abismo abierto por una administracion devoradora. Con espanto supo que en pocos años ascendian los empréstitos á mil seiscientos cuarenta y seis millones, y que subia el déficit anual á ciento cuarenta millones. A esta revelacion tuvo que sucumbir Calonne, y fué reemplazado por Brienne arzobispo de Sens, su antagonista en la asamblea. Creyó este que tenia á su favor la mayoria de los notables, porque se le habia unido para combatir á su rival; pero se engañó, puesto que los privilegiados á nadie querían hacer sacrificios, y si secundaron sus ataques fué por interes propio, y no para servir de instrumento á su ambicion.

Se ha dicho del arzobispo de Sens, que no tenia plan; sin embargo, tampoco podía tenerle. No era posible ya continuar siendo pródigo como Calonne,

ni económico como Necker; la economía que en la anterior época era un medio de salud, no podía serlo en esta; pues se necesitaban contribuciones, y el parlamento se oponía; ó empréstitos, y el crédito era nulo; ó sacrificios de parte de los privilegiados, y se negaban á ello. Brienne para quien el ministerio había sido el blanco de toda su vida, y que á su difícil posición unía la cortedad de sus medios, todo lo ensayó y todo le salió mal. Era activo, pero débil, temerario, pero inconstante. Osado antes de la ejecución, sia nervio despues, se perdió por irresoluto, poco previsor y vacilante en los medios: y no teniendo sino malos partidos que tomar, su falta estuvo en no decidirse por uno solo y seguirle.

Se portaron los notables con mucha parsimonia y poca sumision. Aprobaron el establecimiento de las asambleas provinciales, un reglamento sobre el comercio de trigos, la abolicion de corveas, y un nuevo recargo del timbre, y cerraron sus sesiones el 25 de mayo de 1787. Esparcieron por toda la Francia el descubrimiento que habían hecho de los apuros del trono, de las faltas de los ministros, de las dilapidaciones de los cortesanos, y de la irremediable miseria del pueblo. Brienne privado de este apoyo recurrió á los tributos, como recurso que hacia algun tiempo se habia abandonado, y pidió la aprobacion de dos decretos, el del timbre y el de la subvencion territorial; pero el parlamento que se hallaba entonces en todo su vigor, en todo el ardor de su ambicion, y á quien los embarazos del ministerio ofrecian un medio seguro de aumentar su poder, rehusó su consentimiento. Con esto fué confinado á Troyes; pero como se cansase del destierro, le llamó nuevamente el minis-

tro á la corte con condicion de que aceptase los decretos. Mas esto fué solo una suspension de hostilidades, pues las necesidades de la corona hicieron pronto mas viva y encarnizada la lucha. El ministro debia hacer nuevas demandas pecuniarias; su existencia dependia de la concesion de varios empréstitos sucesivos hasta la suma de 440 millones, y para ello necesitaba la aprobacion del parlamento.

Y no podia menos de pensar que le hallaria rebelde. Por lo mismo se procuró el consentimiento de uno de los tribunales supremos, haciendo que acto continuo fuesen repuestos en sus derechos los protestantes para grangearse la benevolencia de los magistrados y de la opinion pública; ademas el rey prometió la publicacion anual de un presupuesto de hacienda y la convocacion de los estados generales antes de cinco años. Sin embargo, estas concesiones no eran ya suficientes, y el parlamento negó su aprobacion, rebelándose contra la tirania ministerial. De ahí resultó el destierro de algunos de sus miembros, entre ellos el duque de Orleans. Protestó solemnemente el parlamento contra las órdenes reservadas de destierro, y clamó por la vuelta de sus miembros. La corte se aferró en su negativa, y el parlamento en su peticion, y hé ahí empeñada mas y mas la lucha. Toda la magistratura de Francia apoyó á la magistratura de Paris, la que ademas se vió alentada por la opinion pública, proclamando los derechos de la nacion y su propia incompetencia en punto á contribuciones, haciéndose liberal por interes, y generosa por la opresion: se opuso á las prisiones arbitrarias y demandó los

*

estados generales regularmente convocados. Consumado este acto de valor decretó la inamovilidad de sus miembros y la incompetencia de cuantos quisiesen usurpar sus funciones. Tan atrevido manifiesto acarreó el arresto de dos de sus miembros, d' Eprenenil y Goislard, la reforma del cuerpo y el establecimiento de un tribunal superior.

Comprendió Brienne que la oposicion del parlamento era sistemática, y que se renovaria á cada peticion de subsidios ó autorizacion de empréstito. El destierro no era mas que un remedio momentáneo, que suspendia la oposicion sin destruirla. Proyectó pues reducirle á sus funciones judiciales, y para ello se aconsejó del guarda-sellos Lamoignon. Propio era este para golpes de estado, pues á la audacia y enérgica constancia de Maupeou unia mas probidad y fama. Se engañó no obstante sobre la fuerza del poder y lo que le era dable en su época. Maupeou habia reemplazado el parlamento mudando sus miembros; Lamoignon pensó desorganizarle. El primero de estos medios en todo caso hubiera solo producido un reposo temporal; el segundo hubiera dado resultados definitivos con la destruccion del poder enemigo: no obstante, la reforma de Maupeou fué efímera, y la de Lamoignon no pudo efectuarse á pesar de ser bien dirigida. En un día fué desterrada toda la magistratura de Francia, á fin de hacer posible la nueva organizacion judicial. El guarda-sellos despojó al parlamento de Paris de sus atribuciones políticas para revestir de ellas á un tribunal supremo ministerialmente compuesto, y redujo su competencia judicial revistiendo con ella á las bailías. Indiguóse la opinion, protestó el Chatelet,

se sublevaron las provincias, y el tribunal supremo no pudo reunirse ni obrar. Estallaron turbulencias en el Delfinado, en Bretaña, en Provenza, en Flandes, en el Langüedoc, en Bearn, y en vez de la regular oposicion de los parlamentos, se encontró el ministerio con una oposicion mas animada y facciosa, en la que tomaron parte á la vez los nobles, el estado llano, los estados provinciales y hasta el clero. Acosado Brienne por la necesidad de recursos pecuniarios, habia convocado una asamblea extraordinaria del clero, y esta elevó al momento una peticion al rey para que aboliese el tribunal supremo y convocase pronto los estados generales como únicos que podian reparar el desorden de la hacienda, asegurar á los acreedores del estado y terminar los conflictos de la autoridad.

En su lucha con el parlamento dejó el arzobispo de Sens á un lado los apuros del erario para ocuparse de asuntos del poder. No bien cesaron estos cuando reaparecieron aquellos y motivaron su caida. Falto de tributos y de empréstito, no pudiendo poner en juego el tribunal supremo, y negándose á la nueva reunion de los parlamentos, ensayó Brienne el último recurso y prometió los estados generales. Así fué como apresuró su ruina. Habíante llamado al ministerio de hacienda para remediar embarazos, y los habia aumentado; para procurar recursos, y no supo obtenerlos. Ademas habia exasperado la nacion, sublevado los cuerpos del estado, comprometido la autoridad del gobierno y hecho inevitable el peor medio para la corte de obtener dinero, el de los estados generales: tuvo que sucumbir el 25 de agosto de 1788.

Dió causa á su caída la suspension del pago de las rentas del estado, principio de bancarrota. Contra él se ha clamado mas, porque ha sido el último, y heredero de las faltas y embarazos pasados asistiéronle medios muy débiles para luchar con su difícil posicion. Ensayó la intriga y la opresion; desterró el parlamento, le suspendió y desorganizó, mas todo le sirvió de obstáculo y nada de ayuda. Despues de una larga lucha, cayó de cansancio y debilidad mas bien que de impericia; porque aun cuando hubiese sido mas fuerte y mas habil, un Richelieu ó un Sully, habria caido lo mismo: á nadie le era ya dado oprimir ni alcanzar recursos. Forzoso es decir en su defensa, que si no supo salir airoso de su posicion, al menos esta no era obra suya; solo anduvo presumido aceptándola. Sucumbió por las faltas de Calonne, así como este para sus dilapidaciones se aprovechó de la confianza inspirada por Necker. El uno destruyó el crédito, y el otro queriendo restablecerlo por medio de la fuerza dió un golpe de muerte á la autoridad.

Los estados generales eran ya el único medio de gobierno y el postrer recurso del trono: por ellos habian clamado el parlamento y los pares del reino el 13 de julio de 1787, los estados del Delfinado en la asamblea de Vizille, y el clero en su asamblea de Paris: su nueva convocacion estaba preparada en los ánimos de la muchedumbre por los estados provinciales, y podia decirse que los notables fueron sus precursores. En 48 de diciembre de 1787 la prometió el rey para dentro de cinco años, y en 8 de agosto de 1788 la fijó para el 1.º de mayo de 1789. Llamóse á Necker, se

restableció el parlamento, se abolió el tribunal supremo, destruyéronse las baillías, y satisfaciendo á los clamores de las provincias, todo lo preparó el nuevo ministro para la eleccion de diputados y la reunion de los estados generales.

Por este tiempo se verificó una gran mudanza en la opinion, hasta entonces unánime. Brienne habia sufrido la resistencia de todos los poderes del estado, porque queria oprimirles; Necker tambien la sufrió, porque queria para sí el poder, y la opresion para el pueblo. El ministerio, antes despótico, era ya nacional; sin embargo se veia atacado por el parlamento, porque la lucha antes sostenida por este, era mas bien de autoridad que de bien público, pues se habia declarado la nobleza en favor del estado llano mas bien para contrariar que para defender al pueblo. Cada uno de estos cuerpos habia pedido estados generales, el parlamento con la esperanza de dominarlos como en 1614, y la nobleza para reconquistar su perdida influencia: por lo mismo propuso la magistratura por modelo de los estados generales de 1789 los de 1614, y se malquistó con la opinion; la nobleza se opuso á la doble representacion del estado llano, y empezó la division entre estos dos brazos.

Las luces, la necesidad de reformas y la importancia adquirida por la clase media, hacian indispensable esa doble representacion, admitida ya en las asambleas provinciales. Antes de su caída habia hecho Brienne una invitacion á los escritores, á fin de indagar la forma mejor que podia darse á los estados generales, y entre las obras que se publicaron favorables al pueblo se menciona el folleto de Sieyès sobre

el estado llano, y el de Entraigues sobre los estados generales. La opinion progresaba diariamente, y Necker, queriendo, mas no osando, satisfacerla, y deseoso de conciliar todos los intereses obteniendo la aprobacion general, convocó el 6 de noviembre de 1788 la segunda asamblea de notables, para deliberar acerca de la composicion de los estados generales y de la eleccion de sus miembros. Creyó hacerle aceptar la doble representacion del estado llano, pero se negaron á ello, y tuvo que decidir contra su voluntad lo que debia haber decidido sin consultarla. No supo pues evitar altercados, solventando y resolviendo de antemano todas las dificultades: tampoco supo tomar despues como debia, la iniciativa acerca del voto por clases ó por individuos, de manera que al reunirse los estados generales quedó abandonada á la fuerza la solucion de esta cuestion vital para el poder y para el pueblo.

Comoquiera, no pudiendo Necker lograr que adoptasen los notables la doble representacion del estado llano, la hizo adoptar por el consejo. La real declaracion de 27 noviembre dispuso que á lo menos debian llegar á mil los diputados en los estados generales, y que el número de los del estado llano debia igualar á los de la nobleza y del clero reunidos. Además, obtuvo Necker la admision de los curas en el órden del clero, y de los protestantes en el estado llano. Convocáronse para las elecciones los colegios por bailías, y todas se agitaron para hacer nombrar miembros de su partido, y estender actas conforme á sus intenciones. Poco influjo ejerció el parlamento en las elecciones, y la corte ninguno. La nobleza eligió algunos diputados populares, pero la mayor par-

te adictos á los intereses de la clase que los elegia, y tan opuestos al estado llano como á la oligarquía de los magnates de la corte. El clero nombró obispos y abades defensores de sus privilegios, y curas adictos á la causa popular, que era la suya; por fin, el estado llano envió al congreso hombres ilustrados, enérgicos y unánimes. La diputacion de la nobleza se compuso de 242 nobles y de 28 miembros del parlamento; la del clero de 48 arzobispos ú obispos, de 35 abades ó deanes y de 208 curas; y la de los comunes de 2 eclesiásticos, 42 nobles, 48 magistrados, 402 miembros de bailías, 212 abogados, 16 médicos, y de 246 comerciantes y labradores. Fijóse para el 5 de mayo de 1789 la apertura de los estados.

Así principió la revolucion: en vano quiso prevenirla la corte, y en vano quiso despues anularla. Bajo la direccion de Maurepas, nombró el rey ministros populares y ensayó reformas; bajo la de la reina, nombró ministros cortesanos y ensayó golpes de autoridad: pero la opresion ni las reformas no pudieron realizarse. Despues de haber inútilmente pedido economías á los cortesanos, impuestos á los parlamentos y empréstitos á los capitalistas, buscó una nueva clase de contribuyentes entre los privilegiados. A los notables, compuestos de la nobleza y del clero, les pidió que contribuyesen á las cargas del estado, y se negaron. Solo entonces recurrió á la nacion entera y convocó estados generales. Antes de tratar con la nacion lo hizo con las clases, y solo despues de haberse negado estas apeló á un poder cuyo apoyo ó intervencion temia. A una asamblea general que representase todos los intereses y que concentrase todo el poder, prefirió varias asambleas par-

ticulares que siempre permaneciesen aisladas y secundarias. Hasta esta grande época cada año vió aumentarse las necesidades del gobierno y estenderse la resistencia. La oposicion pasó de los parlamentos á la nobleza, de esta al clero, y de todos ellos al pueblo. A medida que participaban del poder entraban en la oposicion, hasta que todas las resistencias parciales hubieron de confundirse con la oposicion nacional ó enmudecer. Los estados generales no hicieron mas que decretar una revolucion ya consumada.

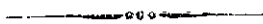
REVOLUCION

DE FRANCIA.



CAPITULO I.

DESDE EL 5 DE MAYO DE 1789 HASTA LA NOCHE DEL 4
DE AGOSTO.



Apertura de los estados generales. — Opinion de la corte, del ministerio y de las distintas clases del reino respecto á los estados. — Examen de poderes. — Cuestion del voto por clases ó por individuos. — Constitúyense los comunes en asamblea nacional. — La corte manda cerrar la sala de los estados; juramento del trinquete. — La mayoría del clero se reúne á los comunes. — Sesion regia del 23 de junio; su inutilidad. — Proyecto de la corte; acontecimientos del 12, 13 y 14 de julio: destitucion de Necker; insurreccion de Paris; formacion de la guardia nacional; sitio y toma de la Bastilla. — Consecuencias del 14 de julio. — Decretos de la noche del 4 de agosto. — Caracter de la revolucion que acaba de hacerse.

Para el 5 de mayo de 1789 estaba fijada la apertura de los estados generales. Una ceremonia religiosa precedió á su instalacion en la víspera. El rey con su familia, los ministros y los diputados de las tres clases pasaron en procesion desde la iglesia de Nuestra Señora hasta la de san Luis para oír la misa de apertura. No sin entusiasmo vió de nuevo restablecida el

pueblo esa solemnidad nacional de que por tanto tiempo se vió privada la Francia. Todo ofrecia el aspecto de una gran fiesta. De todas partes habia acudido á Versalles un gentío inmenso; el tiempo era hermoso, y se habia prodigado la gala de magníficas decoraciones. Las armonías de la música, el semblante bondadoso y satisfecho del monarca, las gracias y la gallardia de la reina, unido á las esperanzas de la nacion, todo exaltaba á la muchedumbre. Notóse sin embargo con pesar que reinaba la etiqueta, los trages y el órden de clases de los estados de 1614. El clero con sotana, finos manteos y bonete cuadrado, ó con ropage violado y roquete ocupaba el primer lugar; venia en seguida la nobleza con vestido negro, chupa y vueltas de tisú, corbata de encaje, sombrero á lo Enrique IV con plumas blancas, y al fin hallábase el último el humilde estado llano vestido de negro, con capa corta, corbata de muselina y sombrero sin plumas ni presilla: las mismas distinciones se observaron en la iglesia para la colocacion de las tres clases.

Al otro dia, en el salon de Menus tuvo lugar la sesion regia, estando llenas de espectadores las tribunas en forma de anfiteatro. Se llamó é introdujo á los diputados segun el órden establecido en 1614: el clero fué conducido á la derecha, los nobles á la izquierda, y los comunes al fondo de la sala, frente del trono. Con vivísimos aplausos fueron recibidos los diputados del Delfinado, los de Crepi en el Valois, de que hacia parte el duque de Orleans, y los de Provenza, como asimismo Mr. Necker, porque el público miraba con entusiasmo á los que habian contribuido á la convocacion de los estados generales. Asi que

hubieron ocupado sus puestos los diputados y los ministros, se presentó S. M. acompañado de la reina, de los príncipes y de una brillante comitiva, resonando con aplausos la sala. Sentóse Luis XVI en el trono; y luego que se hubo cubierto la practicaron asimismo á un tiempo las tres clases. Contra la costumbre de los antiguos estados, los comunes imitaron sin vacilar el ejemplo del clero y de la nobleza: era ya pasado el tiempo en que el estado llano debia permanecer descubierto y hablar de rodillas. Aguardáronse con sumo silencio las palabras del rey. Se ansiaba conocer las verdaderas disposiciones del gobierno con respecto á los estados: ¿pensaba tal vez asemejarlos á las antiguas asambleas, ó concederles las facultades que reclamaban las necesidades de la época y lo extraordinario de las circunstancias?

«Señores, dijo con emocion el rey, al fin ha llegado el dia tan ansiado por mi corazon, en que me veo rodeado de los representantes de la nacion que tengo á gloria el mandar. Largo tiempo habia transcurrido desde los últimos estados generales, y aunque parecia haber caido en desuso su convocacion, no he titubeado en restablecer una costumbre que puede ser para el reino un manantial fecundo de vigor y de felicidad.» Este preámbulo tan halagüeño solo fué seguido de esplicaciones sobre la deuda y de anuncios de reduccion de gastos. En vez de trazar sagazmente á los estados la senda que debian seguir, el monarca invitaba á las clases á correr en mutua armonía, daba á conocer necesidades pecuniarias, temores de innovacion, y quejas sobre la agitacion de los ánimos, sin anunciar medida alguna capaz de tranquilizarlos. Fué no obstante sumamente aplaudido

cuando al fin del discurso pronunció estas palabras en que se pintaban al vivo sus intenciones: « todo cuanto es dado prometerse del mas tierno interés por el bien público , todo cuanto es dado pedir á un soberano primer amigo de sus pueblos , podeis y debeis esperar de mis sentimientos. ¡ Plegue á Dios , señores , que reine una feliz armonía en esta asamblea , y que esta época llegue á ser memorable para la dicha y prosperidad del reino ! Este es el deseo de mi corazón , y el mas ardiente de mis votos : es en fin el premio que espero por la rectitud de mis intenciones y por mi amor á mis pueblos.

Habló en seguida el guardasellos Barentin , y consistió su discurso en una amplificacion sobre los estados generales y los beneficios del monarca. Despues de un largo preámbulo entró por fin en la cuestion del momento. « Concediendo S. M. , dijo , una doble representacion en favor de la mas numerosa de las tres clases , de aquella sobre la cual carga principalmente el peso de los impuestos , no ha variado el orden de las antiguas discusiones. Si bien que la votacion individual , mas sencilla en su resultado , tiene segun visos la ventaja de dar mejor á conocer la voluntad general , no quiere el rey que rija esta nueva forma sino por el libre consentimiento de los estados generales y la aprobacion de S. M. Pero sea cual fuere la clase de votacion que se adopte y las distinciones de los objetos que serán materia de discusion , no se debe dudar que reinará la mas completa armonía entre las tres clases respecto al impuesto. » En punto á objetos pecuniarios preferia el gobierno el voto individual , como mas espedito ; mas en materias políticas se declaraba por el voto por clases , como mas

propio para impedir innovaciones. Quería de este modo alcanzar su objeto, los subsidios, sin permitir á la nacion que lograrse el suyo, las reformas. El modo de fijar el guardasellos las atribuciones de los estados generales, hizo resaltar mas todavia las intenciones de la corte. Redújolas por decirlo asi al examen del impuesto para votarle, á la discusion de una ley de imprenta para ponerla límites, y á la reforma de la legislacion civil y criminal; proscribió toda otra mudanza, y dijo al concluir: «Las peticiones justas han sido concedidas; el rey no se ha fijado en rumores indiscretos: los ha cubierto con su indulgencia, y hasta ha perdonado la espresion de esas máximas falsas y violentas, á favor de las cuales se quisiera substituir perniciosas quimeras á los principios inalterables de la monarquía. Esperamos, señores, que desechareis con indignacion esas innovaciones peligrosas que los enemigos del bien público quisieran confundir con las mudanzas felices y necesarias que deben llevar á cabo la regeneracion presente, primer voto de su magestad.»

Esto era no conocer los deseos de la nacion, ó combatirlos sobrado abiertamente. Poco satisfecha la asamblea se dirigió á Necker, de parte de quien esperaba muy distinto language. Era el ministro popular, tanto porque habia hecho obtener la doble representacion, como porque se esperaba de él que aprobaria el voto individual, único que podia permitir al estado llano el utilizar su número. Pero habló como ministro de hacienda y como hombre prudente, en un discurso que duró tres horas y que al concluir, despues de haber cansado á la asamblea dejó indecisa la cuestion que ocupaba todos los

ánimos, para no comprometerse con la corte ni con el pueblo.

El gobierno hubiera debido comprender mejor la importancia de los estados generales, pues solo su restablecimiento anunciaba una grande revolucion. Esperados con ansia por la nacion, volvian á parecer en una época en que la antigua monarquía se hallaba oprimida, y en que solo ellos eran capaces de reformar el estado y de subvenir á las necesidades de la monarquía. Lo espinoso de las circunstancias, la naturaleza de su mandato, la eleccion de sus miembros, todo anunciaba que no habian sido convocados como contribuyentes, sino como legisladores. La opinion les habia concedido el derecho de regenerar la Francia, sus actas fueron desarrollando este mismo derecho, y la enormidad de los abusos y el aliento que les infundía el pueblo, les dieron vigor para llevar á cabo esta grande empresa.

Importábale al rey asociarse á sus trabajos, pues de este modo hubiera podido restaurar su poder, é impedir los excesos de una revolucion conduciéndola como por la mano. Si tomando la iniciativa en las mudanzas hubiese fijado con firmeza, pero justamente, el nuevo orden de cosas; si realizando los votos de la Francia hubiese determinado los derechos de los ciudadanos, las atribuciones de los estados generales y los límites del poder real; si hubiese renunciado á la arbitrariedad respecto á su persona, á la desigualdad respecto á la nobleza, y á los privilegios respecto á las corporaciones; en fin, si hubiese llevado á buen término las reformas reclamadas por la opinion y ejecutadas despues por la asamblea constituyente, hubiera sin duda prevenido las funestas disenciones que estallaron

despues. Raro es encontrar un príncipe que consienta en desmembrar su poder, y que sea bastante ilustrado para ceder lo que con el tiempo debe arrancársele. Sin embargo, Luis XVI lo hubiera hecho si hubiese tenido un carácter mas resuelto, ó si hubiese seguido sus inspiraciones personales: pero reinaba la mayor anarquía en los consejos del rey. Al tiempo de la reunion de los estados-generales no se habia tomado todavia medida alguna, y nada se habia decidido de lo que podia prevenir altercados. Luis XVI andaba vacilante entre su ministerio, dirigido por Necker, y su corte dominada por la reina y por algunos príncipes de su familia.

Satisfecho Necker con haber obtenido la doble representacion del estado-llano, temia la indecision del rey y el descontento de la corte. No apreciaba debidamente la importancia de una crisis, que creia ser de hacienda mas que social; esperaba los acontecimientos para obrar, y presumia poder dirigir su marcha sin haberla antes preparado. Conocia que no era posible ya la antigua organizacion de los estados, y que la existencia de las tres clases compitiendo á cada una el derecho de negativa, se oponia á la ejecucion de las reformas y á la marcha de la administracion. Esperaba despues de haber probado esa triple oposicion, reducir el número de las clases, y hacer adoptar el sistema de gobierno ingles reuniendo en una cámara al clero y la nobleza, y en otra al estado-llano. No preveia que seria inutil su intervencion una vez empeñada la lucha; que á nadie convienen las medidas á medias, y que los mas débiles por tenacidad y los mas fuertes por orgullo se negarian á este sistema moderador: las concesiones solo satisfacen antes de la victoria.

La corte muy distante de querer regularizar los estados generales, deseaba anularlos, prefiriendo la existencia accidental de las grandes corporaciones del reino á la idea de tener que compartir su autoridad con una asamblea permanente. La separacion de las tres clases favorecia sus miras, pues contaba que fomentando su desunion las impediria obrar. Con motivo de su viciosa organizacion no habian jamas producido resultado ninguno los estados generales, y confiaba ahora mas que nunca que sucederia lo mismo, por cuanto las dos primeras clases no se hallaban dispuestas á condescender en punto á las reformas que demandaba la última. El clero aspiraba á conservar sus privilegios y su opulencia, previendo que su suerte era la de sacrificarse mas que la de hacer adelantos. La nobleza por su parte, reconquistando una independendencia política hacia tiempo perdida, no ignoraba que deberia ceder mas al pueblo que obtener del poder real. Con esto, pues, casi únicamente en favor del estado llano iba á tener lugar la nueva revolucion, y las dos primeras clases se hallaban dispuestas á aliarse con la corte en contra suya, asi como en otro tiempo se habian aliado con él contra la corte. Únicamente el interés motivaba esa mudanza de partido, y sin amor se reunian al monarca, asi como habian defendido al pueblo sin miras de bien público.

Nada se perdonó para hacer que la nobleza y el clero permaneciesen en esas disposiciones, prodigando la seducccion y las atenciones á los diputados de entrambas clases. En casa de la condesa de Polignac se reunía una junta de que formaban parte los mas ilustres personages, y fueron admitidos en su seno la mayor parte de aquellos diputados de mas nombradia. Allí fué donde se

convirtió en antagonistas declarados contra la libertad á d'Épremeuil y d'Entraigues, que habian sido sus mas celosos defensores en el parlamento ó antes de los estados generales, y allí fué donde se arregló el trage de los diputados de las tres clases, y se procuró separarlos primero por la etiqueta, luego despues por la intriga, y últimamente por la fuerza. Dominaba á la corte el recuerdo de los antiguos estados generales; creia poder regular lo presente con lo pasado, contener á los habitantes de Paris con el ejército, á los diputados del estado llano con los de la nobleza, señorearse de los estados dividiendo las clases, y para separlos entre sí reponer los antiguos usos que ensalzaban á la nobleza y deprimian á los comunes. Asi fué como despues de la primera sesion, sin haber concedido nada, creyeron haberlo impedido todo.

El 6 de mayo, dia posterior al de apertura, la nobleza y el clero pasaron á constituirse en sus salas respectivas. El estado llano, al que por su número se habia concedido la sala grande de los estados, esperaba en ella á las dos restantes clases; consideró su posicion como interina, á sus miembros como diputados presuntos, y adoptó un sistema de completa inercia hasta que se le reuniesen las otras dos clases. Entonces principió una lucha memorable, cuyo éxito debia decidir si tendria ó no lugar la revolucion: todo el porvenir de la Francia dependia de la separacion ó de la reunion de las tres clases, cuestion suscitada con motivo de la revision de poderes. Los diputados populares pretendian con razon que debia hacerse en comun, porque aun negándose á la reunion de las clases no se podia dudar del interés que tenia cada una en el examen de los poderes de las demas; los

diputados privilegiados pretendian por el contrario que teniendo cada órden una existencia distinta, tambien debia ser respectiva la revision de poderes. Parecíales que una sola operacion hecha en comun haria imposible para en adelante toda idea de separacion.

Los comunes obraron con mucha circunspeccion, madurez y constancia; solo por una serie de esfuerzos, algo peligrosos ciertamente, de resultados lentos y poco decisivos, y de una lucha tenaz, lograron su objeto. La inaccion sistemática que adoptaron en sus principios, era el partido mas sabio y el mas seguro: lances hay en que basta saber esperar para vencer. Los comunes estaban unánimes y componian la mitad numérica de los estados generales; la nobleza contaba en su seno desidentes populares; la mayoria del clero, compuesta de algunos obispos amigos de la paz y de la numerosa clase de los curas, que eran el estado llano de la iglesia, tenia disposiciones favorables á los comunes. El cansancio debia, pues, acarrear la reunion: hé aqui lo que esperaba el pueblo, lo que tenian los obispos, y lo que el 13 de mayo les obligó á brindarse por mediadores. Tal mediacion sin embargo no podia producir resultado, puesto que la nobleza no queria admitir el voto individual, ni el partido popular el voto por clases. Asi fué como despues de haber sido prolongadas en vano las conferencias conciliadoras hasta el 27 de mayo, las rompió al fin la nobleza pronunciándose por la revision separada.

Al dia siguiente de haberse tomado esta resolucion hostil, decididos los comunes á declararse en asamblea de la nacion, invitaron al clero á que se reuniese

á ellos, en nombre del Dios de paz y del interés público. Alarmada la corte con tal paso intervino para que de nuevo empezasen las conferencias: la mision de los comisionados conciliadores consistia en arreglar las diferencias de las tres clases; y el ministerio tomó á su cargo servir de árbitro entre los comisionados. Por este medio dependian los estados de una comision, y esta tenia por regulador á los consejeros de la corona. Pero esas nuevas conferencias no tuvieron mas feliz resultado que las primeras; hiciéronse interminables, sin que ninguna de las clases quisiese ceder á las demas, y al fin la nobleza las cortó aferándose en su negativa.

Cinco semanas se habian pasado en inútiles tentativas de transaccion. Viendo el estado llano que era llegado el momento de constituirse, y que un mayor retardo podria indisponerle con la nacion, cuya confianza habia obtenido por la negativa de las clases privilegiadas, se decidió á obrar, haciéndolo con aquel comedimiento y energia de que habia dado muestra en su misma inercia. Mirabeau anunció que un diputado de Paris iba á hacer una mocion; y Sieyes, hombre de caracter tímido y de espíritu emprendedor, que ejercia mucha autoridad con sus ideas y que mas que ningun otro era propio para motivar una decision, demostró la imposibilidad de convenirse, lo urgente de la revision de poderes, la justicia con que se pedia el hacerse en comun, é hizo decretar por la asamblea que se *invitase* á la nobleza y al clero á que pasasen á la sala de los estados para asistir á la revision que tendria lugar, ora se hallasen presentes ó ausentes.

La medida de la revision general fué seguida de

otra aun mas enérgica: los comunes, una vez terminado aquel acto, se constituyeron el 17 de junio, á propuesta de Sieyès, en asamblea nacional. Este paso atrevido, en virtud del cual la clase mas numerosa, única cuyos poderes habian sido legalizados, se declaraba representacion nacional, desconociendo á las dos restantes hasta tanto que se hubiese efectuado la revision, cortaba cuestiones hasta entonces indecisas, y convertia la asamblea de los estados en asamblea del pueblo. El régimen de las clases desaparecia ante los poderes políticos; este era el primer paso dado para su abolicion en el régimen privado. Este memorable decreto de la noche del 17 de junio, contenia la terrible noche del 4 de agosto: pero era forzoso sostener lo decretado, y era de temer que se vacilaria al efectuarlo.

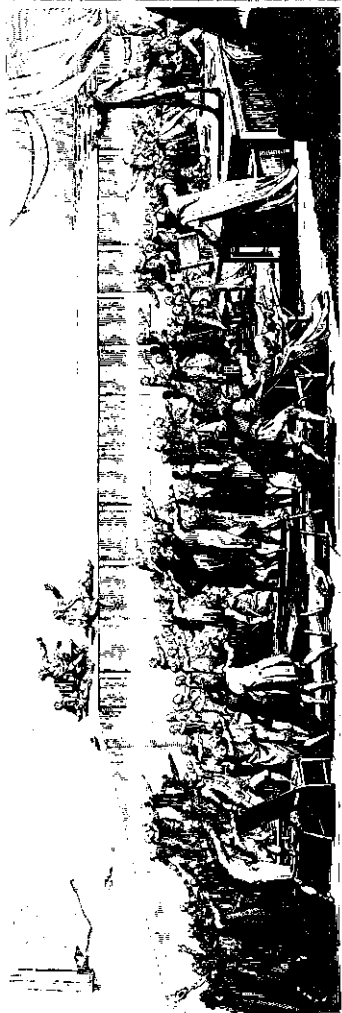
El primer acuerdo de la asamblea nacional fué un acto de soberanía; puso ante todo bajo su dependencia á los privilegiados, proclamando la indivisibilidad del poder legislativo; ya solo le faltaba contener á la corte por medio de los impuestos. Declaró su ilegalidad, pero votó que siguiesen percibiéndose interinamente mientras ella estuviese reunida, y que cesasen si llegaba el caso de su disolucion; tranquilizó á los capitalistas consolidando la deuda pública, y atendió á las necesidades del pueblo nombrando una junta de subsistencias.

Tanta entereza y tanta prevision escitaron el entusiasmo de la nacion. Los que dirigian el partido de la corte conocieron que habia sido infructuosa la division fomentada entre las tres clases, y que era necesario recurrir á otro medio para alcanzar su objeto: solo la autoridad real les pareció suficiente para ha-

cer respetar lo que la oposicion tenaz de la nobleza no era bastante á conservar. Aprovechóse la coyuntura de un viage á Marly para sustraer á Luis XVI de los prudentes y pacíficos consejos de Necker, y para hacerle adoptar proyectos hostiles. Este príncipe, igualmente accesible á las buenas como á malas insinuaciones, rodeado de una corte dominada por el espíritu de partido, é instigado por el interes de su corona, y en nombre de la religion, á detener la marcha rebelde de los comunes, se dejó ganar y lo prometió todo. Decidióse que pasaria con aparato á la asamblea, anularia sus acuerdos, prescribiria la separacion de las clases como constitutiva de la monarquía, y fijaria por sí mismo las reformas que los estados generales debian verificar: desde entonces el consejo secreto fué el único gobierno, y se atrevió á obrar de una manera solemne y abierta. El guardasellos Barentin, el conde de Artois, el príncipe de Condé y el de Conti se encargaron de la direccion de los proyectos convenidos. Perdió todo su influjo Necker, que habia propuesto al rey un plan conciliador, realizable antes que la lucha se hubiese empeñado hasta tal punto, pero que ya no lo era en las circunstancias posteriores: aconsejó una nueva sesion regia en la cual se decidiese la votacion individual para tributos, y se dejase subsistente la votacion por clases en materia de intereses particulares y de privilegios. Esta medida, poco favorable á los comunes porque tendia á la conservacion de los abusos revisitando á la nobleza y al clero del derecho de impedir su abolicion, hubiera sido el preludio del establecimiento de las dos cámaras para los próximos estados-generales. Necker era partidario de las medidas

á medias, y á favor de concesiones sucesivas queria consumir una mudanza política, que debia realizarse de un solo golpe: llegado era el momento de conceder á la nacion todos sus derechos, ó de dejárselos tomar. El nuevo consejo prefirió un golpe de estado al insuficiente proyecto de la nueva sesion regia, creyendo que los mandatos del trono intimidarian á la asamblea, y que la Francia se daria por satisfecha con algunas promesas de reformas; pero desconocia que el último azar á que puede esponerse al poder real, es al de la desobediencia.

Comunmente los golpes de estado estallan de un modo inesperado y sorprenden á los que deben herir. No sucedió así con este, contribuyendo sus preparativos á que saliese mal. Temíase que la mayoría del clero reconociese á la asamblea reuniéndose á ella, y para prevenir este paso decisivo, en vez de adelantar la sesion regia se cerró la sala de los estados á fin de suspender sus sesiones hasta la llegada de aquel dia. Sirvieron de pretesto á tan desacertada y torpe medida, los preparativos que se decia exigir la sesion regia. Hallábase entonces la asamblea presidida por Bailly, virtuoso ciudadano que, sin buscarlos, habia obtenido los primeros honores de la libertad naciente. Fue el primer presidente de la asamblea, así como habia sido el primer diputado de Paris, y así como debia ser su primer magistrado. Bien quisto de los suyos, era á la vez respetado por los contrarios y aunque dotado de las virtudes mas dulces y filantrópicas, poseia en el mas alto grado la energía del deber. Avisado por el guardasellos en la noche del 20 de junio de la suspension de las sesiones, se mostró fiel al voto de la asamblea y no temió desobedecer á



la corte. A la mañana siguiente, y á la hora señalada, pasó á la sala de los estados, y hallándola invadida por la fuerza armada protestó contra este acto de despotismo. Llegaron en esto los diputados, y subió de punto el tumulto: todos se hallaban resueltos á arrostrar los peligros de una reunion. Los mas enfurecidos querian que se tuviese en Marly, bajo los mismos balcones del príncipe; una voz designó el trinquete, proposicion que fué adoptada, pasando allá en comitiva los diputados. Bailly iba á su frente; el pueblo los seguia con entusiasmo; aun vinieron á servirles de escolta varios soldados: y alli, en una sala desaliñada, en pié los diputados de los comunes, elevadas las manos al cielo y penetrado el corazon de la santidad de su mision, juraron todos, excepto uno solo, no separarse hasta haber dado una constitucion á la Francia.

Este solemne juramento, prestado á la faz de la nacion el 20 de junio, fué seguido el 22 de un importante triunfo. Continuando privada la asamblea del lugar de sus sesiones, y no pudiéndose reunir en el juego de pelota, porque los príncipes lo habian hecho tomar para que se les negase, se trasladó á la iglesia de San Luis, en donde se le reunió la mayoría del clero en medio de los mas patrióticos transportes; y hé aquí que las medidas tomadas para intimidar á la asamblea, elevaron su valor, y aceleraron la reunion que debian impedir: con estas dos derrotas se ensayó la corte para la famosa sesion del 23 de junio.

Amaneció por fin este dia. Una numerosa guardia rodeaba la sala de los estados generales; abrióse la puerta para los diputados, mas no para el público. Dejóse ver el rey cercado de todo el aparato del poder, y fué

recibido contra la costumbre con el mas profundo silencio: puso el colmo al descontento el discurso que pronunció, por el tono de autoridad con que dictó medidas reprobadas por la opinion y por la asamblea. Quejóse el rey de la desavenencia escitada por la misma corte; condenó la conducta de la asamblea, á la que solo reconoció como clase del estado llano; anuló todas sus decisiones, ordenó que subsistiesen las tres divisiones de diputados, impuso las reformas y señaló sus límites; mandó á los estados generales que las aceptasen, les amenazó disolverlos y hacer solo el bien del reino si hallaba todavia alguna oposicion de su parte. Despues de esta escena de autoridad, nada adaptable á las circunstancias ni á los sentimientos de su corazon, retiróse Luis XVI, mandando á los diputados que se separasen: el clero y la nobleza obedecieron, pero los diputados populares, inmóviles, silenciosos é indignados, no abandonaron sus asientos, permaneciendo por algun tiempo en esta actitud. De repente rompe Mirabeau el silencio, diciendo: « Señores, confieso que lo que acabais de oír podria ser la salud de la patria, si los regalos del despotismo no fuesen siempre peligrosos. ¿Qué insultante dictadura es esta? ¿Se necesita el aparato de las armas y la violacion del templo nacional para mandaros que seais dichosos!... Quién os da este precepto? un mandatario vuestro. ¿Quién os dicta leyes imperiosas? un mandatario vuestro, que deberia recibirlas de vosotros; digo bien, de nosotros, señores, que nos hallamos revestidos de un sacerdocio político é inviolable; de nosotros, en fin, de quienes esclusivamente se prometen veinte y cinco millones de hombres una dicha cierta, porque debe ser consentida, dada y admitida.

por nosotros. Pero la libertad de vuestras deliberaciones se halla encadenada porque una fuerza militar rodea la asamblea! ¿Donde están los enemigos de la nación? Está Catilina á nuestras puertas? Pido pues que revistiéndoos de toda vuestra dignidad y de todo vuestro poder legislativo, os guarezcais en el sagrado de vuestro juramento, juramento que nos prohíbe separarnos hasta haber hecho la constitucion.» Viendo el gran maestro de ceremonias que la asamblea no se separaba, entró á recordarla la órden del monarca. «Id á decir á vuestro amo, esclama Mirabeau, que estamos aqui por órden del pueblo, y que no saldremos sino por la fuerza de las bayonetas.» Sois hoy, añadió Sieyes con calma, lo que erais ayer: deliberemos.» Y llena la asamblea de resolucion y magestad entró en deliberacion. A propuesta de Camus ratificó sus acuerdos, y á propuesta de Mirabeau decretó la inviolabilidad de sus miembros.

Vencida fué en este dia la autoridad real, pasando del monarca á la asamblea la iniciativa de las leyes y todo el poder moral, y no atreviéndose á castigar la resistencia los que la habian provocado con sus consejos. Habíase decidido por la mañana la destitucion de Necker, pero por la tarde le instaron los monarcas que permaneciese. Habia desaprobado este ministro la sesion regia, y con no asistir á ella se grangeó de nuevo la confianza de la asamblea que habia perdido con su marcha vacilante. La época de la desgracia era para él la de la popularidad: con sus negativas se constituia entonces aliado de la asamblea, y esta se declaraba su protector. En cada época es necesario un hombre, que sirva de gefe y cuyo nombre sea el estandarte de un partido: en tanto que la asamblea tuvo

que luchar con la corte; este hombre fué Necker.

En la primera sesion, el partido del clero, que se habia unido á la asamblea en la iglesia de san Luis, pasó nuevamente á reunírsele; y pocos días despues cuarenta y siete miembros de la nobleza, entre ellos el duque de Orleans, efectuaron lo propio, de manera que á la corte le fué forzoso invitar á la restante nobleza y á la minoría del clero á que pusiesen término á una resistencia que era ya inútil. El 27 de junio se hizo general la discusion, dejando de existir de derecho, y pronto tambien de hecho la division de clases. Conservaron todavia en la sala comun sitios diferentes, pero á poco quedaron confundidos; porque las vanas preeminencias de las corporaciones debian desvanecerse ante la autoridad nacional.

Despues de haber probado inútilmente la corte si podia impedir la reunion de la asamblea, se hallaba en el caso de asociarse á ella para dirigir sus trabajos, puesto que con prudencia y buena fé podia aun reparar sus faltas y hacer olvidar sus ataques. Momentos hay en que se tiene la iniciativa de los sacrificios, y otros en que no queda que grangearse mas que el mérito de aceptarlos. Al abrirse los estados generales, el rey hubiera por sí mismo podido hacer la constitucion; mas ahora debia recibirla de la asamblea: si se hubiese sometido á tiempo á esta posicion, la hubiera seguramente mejorado. Sin embargo, vueltos en sí los consejeros de Luis de la primera sorpresa de su derrota, determinaron recurrir al empleo de las bayonetas despues de haberles salido mal el de la autoridad. Diéronle á entender que el desprecio de sus órdenes, la seguridad del trono, la estabilidad de las leyes de la monarquía y la misma felicidad del pue-

blo exigian que hiciese entrar en sus deberes á la asamblea; que situada en Versalles, cerca de Paris, ciudades ambas declaradas á su favor, debia ser domada por la fuerza, trasladada á otro punto ó disuelta, y que esta resolucion debia tomarse con urgencia para detener su marcha, siendo necesario para su ejecucion mandar venir inmediatamente tropas que intimidasen á la asamblea, y contuviesen á la vez Versalles y Paris.

En tanto que esto se tramaba, empezaban los diputados de la nacion sus tareas legislativas, y preparaban esa constitucion tan ardientemente esperada, y que creian de su deber no retardar mas tiempo. Llegábanles felicitaciones de Paris y de las principales ciudades del reino, elogiando su sabiduría y animándolos á que consumasen la obra de la regeneracion de Francia. Por este tiempo iban llegando numerosas tropas, de manera que Versalles parecia un campamento; la sala de los estados se hallaba rodeada de guardias, y se prohibia la entrada á los ciudadanos. Circuian la capital varios cuerpos de ejército que parecian apostados para bloquearla ó ponerla sitio segun lo exigiese la necesidad. Ciertamente eran indicio de siniestros planes esos inmensos preparativos militares, esos trenes de artillería llegados de la frontera, y sobre todo la presencia de esos regimientos extranjeros cuya obediencia era ilimitada. Agitábase inquieto el pueblo; la asamblea quiso ilustrar al trono y pedirle que alejase las tropas, y á propuesta de Mirabeau elevó el 9 de julio una esposicion al rey respetuosa y enérgica, pero que fué inútil. Luis XVI declaró que solo él era juez en punto á la necesidad de hacer venir ó alejar las tropas, y aseguró que la reu-

nion de ellas solo tenia por objeto formar un ejército de precaucion para impedir turbulencias y defender á la asamblea, y ofrecióla por otra parte trasladarla á Noyon ó á Soissons, es decir, colocarla entre dos ejércitos y privarla del apoyo del pueblo.

Hallábase Paris en la mayor fermentacion, pues esta capital inmensa era unicamente adicta á la asamblea, y la tenian dispuesta á la sublevacion no solo los peligros que amenazaban á los representantes del pueblo, sino tambien los suyos propios y la falta de subsistencias. Todos habian abrazado la causa de la revolucion; los capitalistas por interes y por temor de una bancarrota, los hombres ilustrados y toda la clase media por patriotismo, y el pueblo bajo estrechado por sus necesidades que atribuia á los privilegiados y á la corte, y deseoso de agitacion y novedades: difícil es formarse una idea del movimiento que traia revuelta á aquella ciudad. Salia del reposo y del silencio de la servidumbre, y estaba como sorprendida de lo nuevo de su situacion y se embriagaba de libertad y de entusiasmo. La prensa enardecia los ánimos, los diarios derramaban las deliberaciones de la asamblea haciendo asistir en algun modo á sus sesiones; y al aire libre, en las plazas públicas, se discutian las cuestiones suscitadas en su seno. El *Palais Royal* podia llamarse la asamblea de la capital; sus jardines estaban llenos constantemente de un inmenso gentío que se renovaba sin cesar: una mesa servia de tribuna, el primer ciudadano de orador, y se arengaba sobre los peligros de la patria, escitando á la resistencia. De resultas de una proposicion hecha en esas reuniones se allanaron las cárceles de la Abadía, y como se hubiese arrestado á algunos granaderos de guardias fran-

cesas por haberse negado á hacer fuego contra el pueblo, se les sacó de los calabozos en triunfo. Esta asonada no tuvo consecuencias; una diputacion solicitó en favor de los presos libertados el interes de la asamblea, y esta los recomendó á la clemencia del monarca: volvieron á la carcel, y á poco recibieron su indulto. Sin embargo, ya ese regimiento, uno de los mas completos y mas valientes, se habia vuelto favorable á la causa popular.

Tales eran las disposiciones de la capital de la monarquía, cuando la corte creyó poder ejecutar su plan: despues de haber escalonado tropas en Versailles, en Sévres, en el Campo de Marte y en San Denis, principió el 11 de julio por desterrar á Necker y renovar completamente el ministerio: designóse al mariscal de Broglie, á Galissonniere, al duque de la Vauguyon, al baron de Breteuil y al intendente Foulon, para reemplazar á Puysegur, Montmorin, de la Luzerne, de san Priest y Necker. Mientras comia, recibió este un billete del rey en que le mandaba salir al momento del reino. Acabó de comer tranquilamente sin participar á nadie la orden que acababa de recibir, subió luego en el coche con su señora, como para dirigirse á San Ouen, y tomó el camino de Brusélas.

Al otro dia, domingo 12 de julio, á las cuatro de la tarde se sabía ya por todo Paris la caida de Necker y su marcha para el destierro. Tomóse esta medida como la ejecucion de la trama cuyos preparativos se habian notado ya. Pocos momentos bastaron para que la ciudad estuviese en la mayor agitacion y se formasen numerosos grupos: mas de diez mil personas se reunieron en el Palais Royal conmovidas con esta noticia, dispuestas á todo, pero sin saber qué

medida tomar. Adelántase un joven mas osado que los demas, acostumbrado ya á arengar á la muchedumbre, Camilo Desmoulins; y subiendo á una mesa con una pistola en la mano, esclama: «Ciudadanos, no hay que perder momento, la destitucion de Necker es la señal del San Bartelemy de los patriotas! Esta noche misma saldrán del Campo de Marte para degollarnos todos los batallones suizos y alemanes! No nos queda ya mas recurso que el de correr á las armas.» Aprobado con estrepitoso aplauso propone tomar escarapelas para reconocerse y defenderse. «Las quereis, dice, verdes, color de esperanza, ó encarnadas, color del orden libre de cincinato?» — Verdes! verdes!» esclama la muchedumbre. El orador baja de la mesa, pónese en el sombrero una hoja de arbol, y todos le imitan: á poco quedaban casi deshojados los árboles del jardin, y el gentío se dirige tumultuosamente á la casa del escultor Curcio.

Tómanse los bustos de Necker y del duque de Orleans, porque tambien se habia esparcido la voz de que este iba á ser desterrado: ciñenlos con crespon negro, y se los llevan en triunfo. Atraviesa la comitiva las calles de san Martin, san Denis y san Honorato, y va engrosándose á cada paso. El pueblo obliga á quitarse el sombrero á cuantos halla al paso. Encuentra á poco una patrulla de á caballo, y la obliga á servirles de escolta. Adelántase de este modo la comitiva hasta la plaza de Vendoma, donde pasea los dos bustos alrededor de la estatua de Luis XIV. Llega un destacamento del Real-Aleman y quiere dispersar al gentío, pero lo ahuyentan á pedradas, y continuando su camino la muchedumbre llega hasta la plaza de Luis XV. Pero alli caen sobre ella los dra-



gonos del príncipe Lambesch; resistese el pueblo, y es arrollado; cae muerto un soldado de guardias francesas y uno de los que llevaban el busto; dispérsase el pueblo en distintas direcciones, unos hácia los baluartes y otros hácia las Tullerías. A la cabeza de sus dragones, sable en mano, persigue el príncipe de Lambesch á los grupos y carga á una muchedumbre desarraigada, que no hacia parte del tumulto y se paseaba pacíficamente. En esta carga es herido de un sablazo un anciano, y es tal por ello la indignacion pública que se defienden los paisanos hasta con sillas, y pronto en las Tullerías y en el Palacio Real, en la ciudad y en los arrabales, no resuena otra cosa que el grito de á las armas.

Ya hemos dicho que el regimiento de guardias francesas se hallaba dispuesto en favor del pueblo: por esto se encerró aquel día á los soldados en sus casernas. Apesar de esto, temiendo el príncipe de Lambesch que tomase parte en la lucha, dió orden á sesenta dragones de que se apostasen frente de su cuartel situado en la Calzada-d'Antin. Descontentos ya los soldados de guardias de verse encerrados, se agitan á vista de los extranjeros, con quienes pocos dias antes habian tenido una riña, quieren correr á las armas, y no sin dificultad logran contenerlos los oficiales empleando á la vez amenazas y ruegos; pero á todo se hicieron sordos, cuando algunos de sus camaradas llegaron á anunciarles la carga dada en las Tullerías y la muerte de uno de sus compañeros. Precipítanse á las armas, destrozan las verjas, fórmanse en batalla á la entrada del cuartel, frente de los dragones, y les gritan: «— Quién vive? — Real Aleman. — Sois partidarios del estado llano? — Somos de quien nos man-

da. » Disparan al oír esto sobre ellos los guardias franceses, les matan dos hombres, les hieren tres y los ponen en fuga. Se adelantan en seguida á paso de carga y á la bayoneta hasta la plaza de Luis XV, toman posicion entre las Tullerías y los Campos Eliseos, entre el pueblo y las tropas, y permanecen en tal actitud durante toda la noche. Los soldados del Campo de Marte recibieron al momento orden de avanzar; no bienhubieron llegado á los Campos Eliseos, cuando los guardias los recibieron á fusilazos. En vano se instigó á aquellos á que atacasen; los llamados pequeños suizos fueron los primeros en negarse á ello, y los demas regimientos siguieron el mismo ejemplo. Desesperada la oficialidad mandó tocar retirada, y las tropas retrocedieron hasta la verja de Chaillot, desde donde regresaron pronto al Campo de Marte. Quedaron con esto desbaratados los planes de la corte, ya por la desercion de los guardias franceses, ya tambien por haberse negado las tropas, así nacionales como estrangeras, á marchar contra la capital.

Entretanto, habíase trasladado el pueblo á las casas consistoriales pidiendo que se tocase á rebato, que se reuniesen los distritos y se armase á todos los ciudadanos: reuniéronse algunos electores en aquel edificio, y se constituyeron en autoridad. Durante los dias de insurreccion prestaron estos hombres los mas eminentes servicios á sus conciudadanos y á la causa de la libertad por su valor, su prudencia y actividad: pero en el primer ímpetu de la sublevacion no les fué posible hacer oír su voz, porque el tumulto habia llegado á su colmo y nadie recibia órdenes mas que de sus arrebatos. Entre los ciudadanos bien intencionados se hallaban hombres sospechosos que solo bus-

caban en la insurreccion un medio de desorden y de pillage: varias bandas de jornaleros, empleados por el gobierno en los trabajos públicos, los mas sin domicilio y sin opinion, quemaron los portazgos, infestaron las calles, saquearon algunas casas, y esos fueron los que se llamaron bandidos. La noche del 12 al 13 se pasó entre el tumulto y la alarma.

No causó menor sensacion en Versalles y en la asamblea la partida de Necker, que acababa de sublevar la capital: la sorpresa y el descontento llegaron asimismo á lo sumo. Muy de mañana los diputados pasaron á la sala de los estados, guardando un profundo silencio y lleno el semblante de tristeza, sentimiento que mas bien procedia de indignacion que de abatimiento. «Al abrirse la sesion, dice un diputado, se escucharon silenciosamente varias esposiciones de adhesion á los decretos, pues la asamblea estaba menos atenta á su lectura que á sus propios pensamientos.» Mounier toma la palabra; denuncia la destitucion de los ministros en quienes tenia puesta la nacion su confianza, y la eleccion de sus sucesores; propuso un mensaje al rey para pedirle la vuelta de aquellos, hacerle entrever lo peligroso de unas medidas violentas y las desgracias que seguirian á la aproximacion de las tropas, y manifestarle que la asamblea se oponia solemnemente á una infame bancarrota. A estas palabras estalló con palmoteo y general aplauso la emocion de la asamblea hasta entonces comprimida. Adelantóse en seguida con semblante triste Lady-Tollendal, amigo de Necker, pidió la palabra y pronunció un largo y elocuente elogio del ministro proscrito: fué escuchado con el mayor interes, porque su dolor corria en armonia con el luto general, y porque la causa de Necker era la causa de la

patria. La nobleza misma, ora considerase comun el peligro, ora temiese incurrir en la desaprobacion de que era blanco la corte, ora se sintiese poseida del general arranque, hizo causa comun con los miembros del estado llano.

El conde de Virieu, diputado de la nobleza, dió el ejemplo diciendo: «Reunidos para una constitucion, hagámosla, procuremos robustecer los lazos que mutuamente nos unen; renovemos, confirmemos y consagremos los gloriosos decretos del 17 de junio: unámonos todos á esa resolucion célebre del 20 del mismo mes. Juremos todos, todos sin distincion, todos los estamentos reunidos, ser fieles á esos ilustres decretos, únicos que pueden salvar hoy dia el estado. La constitucion ~~se hará~~, añadió el duque de la Rochefoucauld, ó nosotros dejaremos de existir.» Todavía subió de punto la armonía cuando se anunció á la asamblea la sublevacion de Paris, los escesos cometidos, el incendio de los portazgos, la reunion de varios electores en las Casas Consistoriales, la confusion de aquella capital y el inminente riesgo en que se hallaban los ciudadanos, de ser atacados por la tropa ó de degollarse mutuamente. Solo resonó un grito en la sala: «¡Bórrese el recuerdo de nuestras momentáneas divisiones! ¡Reunamos nuestros esfuerzos para salvar la patria!» Envióse al momento á S. M. una diputacion compuesta de ochenta miembros, entre ellos todos los diputados por Paris, precididos por el arzobispo de Viena, á quien se habia honrado tambien con la presidencia de la asamblea. Consistia su mision en representar al rey los peligros que amenazaban á la capital y al reino, la necesidad de alejar las tropas y confiar la guardia de la ciudad á la mi-

licia ciudadana: para el caso que accediese el rey á esas peticiones, se debia enviar al momento una diputacion á Paris anunciando tan consoladoras noticias. Pronto sin embargo volvieron los diputados con una respuesta poco satisfactoria.

Conoció entonces la asamblea que solo podia contar con sus propios esfuerzos, y que la corte habia tomado irrevocables medidas. Lejos de desalentarse por ello, procedió con mayor energía, y á unanimidad de votos decretó la responsabilidad de los ministros actuales, y de todos los consejeros de S. M. *sea cual fuere su condicion y rango*; ofreció un voto de gracia á Necker y á sus compañeros de infortunio; declaró que no cesaria de clamar que se alejasen las tropas y que se organizase ~~la milicia ciudadana~~; puso á la deuda pública bajo la salvaguardia de la lealtad francesa, é insistió en sus anteriores decretos. Tomó despues otra medida no menos necesaria: temiendo que se aprovechase la noche para hacer uso de la fuerza militar cerrando la sala de los estados y dispersando la asamblea, declaróse en sesion permanente hasta nueva órden, y decidió que una parte de los diputados quedaria en la sala durante la noche, y que los demas vendrian á relevarlos muy de mañana. Y á fin de que la presidencia no fuese tan cansada para el venerable arzobispo de Viena, se nombró un vice-presidente que debia suplirle durante la permanencia extraordinaria: la eleccion recayó en La-Fayette, que presidió toda la noche. Pasóse esta sin deliberar, fijos los diputados en sus asientos, silenciosos, pero serenos y tranquilos. Con tales proposiciones, con tales sentimientos, con esos decretos, ese unánime entusiasmo, y esa razon sostenida por enér-

gicas demostraciones, fué como la asamblea se colocaba al nivel de los peligros y de su mision.

En Paris tomó el 43 la insurreccion un carácter mas regular. Muy de mañana se presentó el pueblo ante las casas consistoriales; tocóse allí á rebato, como asimismo en todas las iglesias, y bandas de tambores recorrian las calles convocando á los ciudadanos. Reunióse el pueblo en las plazas públicas, y se formaron batallones con el nombre de voluntarios del palacio real, de las Tullerías y otros. Convocáronse los distritos, y cada uno votó doscientos hombres para su defensa. Solo faltaban armas, y se buscaban por todas partes donde esperaban poderlas hallar apoderándose de las de los armeros á quienes se daba recibo. Pidiéronse á la municipalidad, y en vano contestaron los electores, siempre reunidos, que no las tenían, porque se querian de por fuerza. Comisionaron entonces los electores á M. de Flesselles, preboste de los mercaderes, único que conocia la situacion militar de la capital, y cuya autoridad popular podia ser muy útil en tan difíciles circunstancias. Llegó entre el aplauso de la muchedumbre, y dijo: «Amigos, soy vuestro padre, y quedaréis contentos.» Al momento se formó en las casas consistoriales una junta permanente, que debia tomar las medidas necesarias para la salvacion pública.

Por este tiempo se supo que el hospital de san Lázaro, que contenia muchos granos, habia sido devastado, ni mas ni menos que el guarda-muebles, en busca de armas viejas, y que las tiendas de los armeros. Temiéronse los mayores excesos de parte de la muchedumbre, porque se hallaba desencadenada y parecia imposible dirigirla: pero la sublevacion se encontra-

ba en un momento de entusiasmo y de desinterés: así es que desarmó por sí misma á los sospechosos; devolvió el trigo de San Lázaro que pudo hallarse; impidió que se allanase ninguna casa, é hizo conducir á la plaza de Greve, que parecia un inmenso depósito, los carros y coches llenos de provisiones, de muebles y de vajilla, que fueron detenidos en las puertas de la ciudad. Aumentábase por momentos el gentío, haciendo resonar el mismo grito de: «*á las armas.*» Era cerca de la una, y el preboste de los mercaderes anunció la próxima llegada de doce mil fusiles de la fábrica de Charleville, á los cuales seguirian pronto otros treinta mil.

Esta seguridad calmó por algun tiempo al pueblo, y la junta pudo entregarse mas sosegadamente á la organizacion de la milicia ciudadana. En menos de cuatro horas fué redactado, discutido, adoptado, impreso y fijado por las esquinas el plan correspondiente, en que se decidia que hasta nueva orden constaria de cuarenta y ocho mil hombres la guardia de Paris. Invitóse á todos los ciudadanos á que se inscribiesen en ella; cada distrito tenia su batallon, y este sus gefes; y se ofreció el mando de este ejército ciudadano al duque de Aumont, quien pidió veinte y cuatro horas de tiempo para decidirse. Entretanto, quedó nombrado comandante como segundo el marques de la Salle. Se trocó en seguida la escarapela verde por la encarnada y azul, que eran los colores de la ciudad, siendo todo obra de algunas horas. Los distritos iban conformándose con las medidas de la junta permanente. Los estudiantes del Chatelet, los del palacio real, los de cirujia, las rondas, y lo que valia mas ciertamente, los guardias franceses, ofre-

cieron sus servicios á la libertad. Entonces empezaron á formarse y á recorrer las calles numerosas patrullas:

Con impaciencia esperaba el pueblo el cumplimiento de las promesas del preboste de los mercaderes; pero los fusiles no llegaban, y como se acercaba la noche, se temia un ataque de las tropas. Corrió la voz de traicion cuando se supo que se sacaba secretamente cinco mil libras de pólvora de Paris, y que el pueblo la habia detenido á las puertas. Pero á poco llegaron varias cajas con tren de artillería para alucinar, y á su vista se tranquilizó el pueblo y las escoltó hasta la municipalidad; creíase que contenian los fusiles que debian llegar de Charleville; mas al abrirlas se vió que únicamente contenian pedazos de lienzo viejo y de madera. *Traicion!* exclamó el pueblo murmurando y amenazando á la junta y al preboste de los mercaderes. Este se escusó diciendo que le habian engañado, y para ganar tiempo ó para deshacerse del gentío, la dirigió á la Cartuja en busca de armas; pero como tampoco las hallaron, volvieron mas desconfiados y furiosos. Conoció entonces la junta que no habia otro medio para armar á los sublevados, y desvanecer las sospechas del pueblo, que fabricar picas: dió al momento órden de que se hiciesen cincuenta mil, y se puso manos á la obra; se iluminó la ciudad á fin de evitar los escesos de la noche anterior y las patrullas recorrían las calles en todas direcciones.

Al otro dia el pueblo, que no habia hallado armas la víspera, las reclamó muy de mañana de la junta, echándola en cara las negativas y los desengaños de la víspera; pero la junta las habia buscado en vano, pues no habian llegado de Charleville, ni se habian encontrado en la Cartuja ni aun en el Arsenal.

Las masas, que no se entendían ya de escusas y que creían que se hacía traición al pueblo, arremetieron contra el cuartel de Inválidos, donde se hallaba establecido un depósito considerable de armas. No las arredró la proximidad de las tropas situadas en el Campo de Marte; penetraron en el cuartel á pesar de las vivas instancias de su gobernador M. de Sombrenil, tomaron sables, espadas, cañones y veinte y ocho mil fusiles que hallaron ocultos en los subterráneos, y se lo llevaron todo en triunfo. Los cañones fueron colocados á la embocadura de los arrabales, en el castillo de las Tullerías, y en los pretiles y puentes, para defender la capital contra la invasión del enemigo que se esperaba de un momento á otro.

Durante esta mañana se dió la señal de alarma, anunciándose que los regimientos de San Dionisio se hallaban en marcha, y que los cañones de la Bastilla enfilaban la calle de San Antonio. La junta destacó descubiertas, señaló las fuerzas que debían defender aquel ángulo de la ciudad, y envió un mensaje al gobernador de la Bastilla para que retirase los cañones y no cometiese ninguna hostilidad. Esta señal de alerta, el temor que inspiraba aquella fortaleza, el odio que se la tenía por los abusos que protegía, y la necesidad de ocupar un punto tan importante y de no dejarlo en poder de las tropas en momentos de insurrección, llamaron hácia él la atención del pueblo, y desde las nueve de la mañana hasta las dos de la tarde no se oyó por todo París otro grito que: *á la Bastilla! á la Bastilla! á donde acudían en grupos los ciudadanos, armados de fusiles, picas ó sables. Numeroso era el gentío que la rodeaba; los centinelas de la plaza ocupaban sus puestos, y los*



puentes estaban levantados como en tiempo de guerra.

Thuriot de la Rosiere, diputado del distrito de San Luis, pidió una entrevista con el gobernador M. De-launay, y admitido á su presencia le intimó que diese otra direccion á los cañones: el gobernador respondió que de tiempo inmemorial se hallaban las piezas en las torres, que no estaba en su mano quitarlas de allí, y que por lo demas sabedor de los temores de los parisienses las habia hecho retirar algunos pasos y sacarlas de las troneras. Habiendo logrado no sin dificultad Thuriot penetrar mas adelante y examinar si el estado de la fortaleza era tal como decia el gobernador, vió á poco tres cañones asestados contra las avenidas de la plaza, prontos á barrer á cuantos acometieran, y unos cuarenta suizos y ochenta inválidos que se hallaban sobre las armas. A ellos, como al estado mayor de la plaza, los exhortó el diputado en nombre del honor y de la patria, á que no hostilizasen al pueblo; y tanto los oficiales como los soldados juraron no hacer uso de sus armas hasta que fuesen atacados. Thuriot subió en seguida á las almenas, y desde ellas vió aglomerarse un gentío inmenso, y á los del arrabal de san Antonio precipitarse en masa. Para tranquilizar al pueblo á quien causaba ya inquietud su tardanza, y que le llamaba á gritos, se asomó en la barbacana, y fué saludado con estrepitose aplauso desde el jardín del Arsenal. Volvió á reunirse á los suyos, y dándoles parte de su mision se restituyó al seno de la junta.

Impaciente la muchedumbre pedia sin embargo la rendicion de la ciudadela, y de vez en cuando resonaba el grito: «*queremos la Bastilla! queremos la Bastilla!* Dos hombres mas resueltos que los demas

se adelantan de repente, precipítanse hácia un cuerpo de guardia y empiezan á dar hachazos contra las cadenas del gran puente. Los soldados les intiman que se retiren y les amenazan con hacer fuego, pero continúan golpeando, rompen las cadenas, y bajan el puente hácia donde se precipitan seguidos del pueblo. Corren al segundo puente para derribarle, pero una descarga de fusilería de la guarnicion los dispersa. Vuelven al ataque, y por espacio de algunas horas se dirigen todos sus esfuerzos contra el segundo puente defendido por el fuego mortífero de la plaza. Furioso el pueblo á vista de tan tenaz resistencia se arroja á derribar las puertas á hachazos y á incendiar el cuerpo de guardia; pero los sitiados hacen una descarga á metralla, fatal para los sitiadores, matándoles é hirriéndoles á muchos. No por esto fueron menos osados, antes secundados por la constancia y la audacia de los valientes Elie y Holin, que los dirigian, continuaron el sitio con el mayor encarnizamiento.

Cuidadosa en extremo se hallaba la junta de la municipalidad, pareciéndola temeraria empresa el sitio de la Bastilla: á cada momento recibia noticias de los estragos ocurridos al pié de la ciudadela, hallándose entre el peligro de la tropa si quedaba victoriosa, y el de la muchedumbre que la pedia municiones para continuar el sitio, y que llamaba traicion el que no se las diese siendo asi que no se encontraban. Habian enviado dos comisiones para suspender las hostilidades, é invitar al gobernador á que confiase la guardia de la plaza á los ciudadanos; pero fué imposible oírlos entre el tumulto, los clamores y las descargas. A poco envió otra con un tambor y una bandera para que fuese mas facilmente reconocida;

mas no por esto fué mas feliz, pues nada querian escuchar los combatientes. A pesar de sus tentativas y de su actividad, aquella junta era blanco de las sospechas del pueblo, las cuales recaian principalmente sobre el preboste de los mercaderes. Nos ha engañado muchas veces, decia uno; habla de abrir una trinchera, decia otro, solo para ganar tiempo y hacérnosle perder á nosotros. — Camaradas, exclamó entonces un anciano, venid, seguidme, dentro de dos horas será nuestra la Bastilla.

Hacia cuatro horas que se hallaba sitiada cuando llegaron con artilleria los guardias franceses, dando otro aspecto al combate. La misma guarnicion instó al gobernador á que se rindiese. Temiendo el desgraciado Delaunay la suerte que le esperaba, quiso volar el fuerte y sepultarse en sus escombros y en los del arrabal: adelantase desesperado al depósito de la pólvora, con una mecha encendida en la mano; pero la guarnicion le detiene, enarbola el pabellon blanco, abaja los fusiles y desmonta los cañones en señal de paz. No obstante los sitiadores continuaban combatiendo y avanzando siempre con el grito de: *bajad los puentes!* Un oficial suizo se asoma á una tronera y pide capitulacion y que se les permita salir con los honores de la guerra. — No, no, exclama la muchedumbre. » Propone el mismo oficial rendir las armas si se les concede la vida. — Bajad el puente, le responden los mas cercanos; no se os hará daño. » Con esta seguridad abren los de dentro, bajan el puente, y los sitiadores se precipitan en la Bastilla. Los que iban delante querian salvar de la venganza de la muchedumbre al gobernador, á los suizos y á los inválidos; pero el pueblo gritaba: «Entregádnoslos, en-

tregádnoslos, han hecho fuego sobre sus conciudadanos, merecen ser ahorcados.» El gobernador, algunos suizos é inválidos fueron arrancados de sus protectores, y muertos por la implacable muchedumbre.

La junta permanente ignoraba el éxito del combate, y la sala de sus sesiones estaba llena de un furioso gentío que amenazaba al preboste de los mercaderes y á los electores. Flesselles empezaba á mostrarse inquieto por su posición; estaba pálido y turbado; blanco de las quejas y de las mas violentas amenazas, se le obligó á pasar de la sala de la junta á la de la asamblea general, donde se hallaba reunido un numeroso gentío. — Qué venga! qué nos siga! exclamaban de todas partes. — Esto es ya demasiado, respondió Flesselles, marchemos puesto que lo quieren; vamos donde me aguardan.» Pero no bien habían llegado á la otra sala, cuando llamaron la atención de la muchedumbre los gritos que resonaban en la plaza de Greve: «Victoria! victoria! libertad! Eran los vencedores de la Bastilla cuya llegada se anunciaba. Entran á poco en la sala ofreciendo la pompa mas popular y espantosa: coronados de laurel y llevados en triunfo los que mas se habían distinguido iban escoltados por mas de mil quinientos hombres con los ojos encendidos, desordenado el cabello, agolpados unos sobre otros, y que hacían crujir con sus pasos el emmaderamiento. Este llevaba las llaves y la bandera de la Bastilla, esotro el reglamento pendiente de la punta de su bayoneta, y el de mas allá ¡cosa horrible! levantaba con mano ensangrentada la hevilla del corbatín del gobernador. Con este aparato, la comitiva de los vencedores de la Bastilla, seguida de un inmenso gentío que inundaba la plaza y las cercanías, entró en la sala de

la municipalidad para participar á la junta su triunfo y decidir de la suerte de los prisioneros que quedaban. Algunos querian que decidiese sobre su suerte la junta, pero otros gritaban: «No haya cuartel para los prisioneros! no haya cuartel para los que han disparado contra sus conciudadanos!» No obstante, el comandante La-Salle, el elector Morcau de san Merry y el denodado Elie lograron apaciguar á la multitud y obtener de ella una amnistía general.

Mas entonces llegó la hora del desgraciado Flesselles. Dícese que encontraron á Delaunay una carta que probaba la traicion de que se tenian ya sospechas. «Mientras, decia, estoy embaucando á estas gentes con escarapelas y promesas, resistid firme hasta esta noche, que os llegará refuerzo.» Estrechóse el pueblo al rededor de la mesa. Los mas moderados pedian su arresto y encarcelamiento en el Chatelet; pero otros se oponian diciendo que era preciso conducirle al Palais-Royal para ser juzgado. Todos prorrumplieron al momento desde los ángulos de la sala.—«Al Palais-Royal! al Palais-Royal!— Enhorabuena, señores, respondió Flesselles con aire tranquilo, vamos al Palais-Royal.» Y diciendo esto bajó del tablado, atravesó por entre el gentío que le abria paso y le seguia sin hacerle daño alguno: pero al llegar á la calle Pelletier, arremetió á él un desconocido y lo dejó muerto de un pistoletazo.

Pasadas esas escenas de armanento, de tumulto, de combate y de venganzas, temiendo los parisienses un ataque nocturno, como parecian indicarlo varias cartas interceptadas, se disponian para rechazar al enemigo. La poblacion entera trabajaba con ahinco en la fortificacion de la ciudad. Se formaron barricadas, se

abrieron atrincheramientos, se desempedrarón las calles, se fabricaron picas y fundieron balas. Las mujeres subían piedras á los terrados para desplomarlas sobre los soldados; la guardia nacional se repartió los puntos; París parecía un inmenso taller ó un vasto acampamento, y toda la noche se pasó sobre las armas, esperando por momentos el combate.

Mientras la insurrección tomaba en la capital ese carácter fogoso, estable y triunfante: ¿que hacían en Versalles? Se aprestaba la corte á realizar sus planes contra París y contra la asamblea, fijándose para la ejecución la noche del 14 al 15. El barón de Breteuil, presidente del ministerio, había prometido recobrar en tres días todo el lleno del poder real, y el mariscal de Broglie, comandante del ejército reunido en las inmediaciones, había recibido poderes ilimitados de toda clase. El 15 debía renovarse la declaración del 23 de junio, y el rey después de haber obligado á la asamblea á adoptarla, debía disolverla. Habíanse preparado cuarenta mil ejemplares de esta declaración para esparcirlos por todo el reino, y á fin de subvenir á las necesidades más perentorias del tesoro, se habían fabricado billetes del tesoro por valor de más de cien millones. La sublevación de París, muy distante de contrariar los planes de la corte, los favorecía, porque hasta entonces la miraba como pasajera asonada fácil de reprimir; no creía que fuese estable ni victoriosa, y les parecía imposible que una ciudad de paisanos pudiese resistir á un ejército.

Ninguno de estos proyectos se escapaba á la asamblea, y hacia dos días que continuaba en sesión permanente entre zozobras y alarmas, ignorando no poca parte de lo que estaba pasando en París: ora

se anunciaba que la insurreccion era general y que los parisienses marchaban sobre Versalles, ora que las tropas se ponian en movimiento contra la capital. Se creia oir el estampido del cañon, y se clavaba el oido en tierra para asegurarse de ello. El 4^{to} por la tarde se dijo que el rey debia partir durante la noche y que la asamblea quedaba á merced de los regimientos extranjeros. Este temor no dejaba de tener fundamento, porque constantemente estaba preparado un coche y hacia dias que los guardias de corps no se quitaban las botas. Por otra parte en la Orangerie habian tenido lugar escenas en alto grado alarmantes, preparándose con distribucion de vino y larguezas á las tropas extranjeras á su espedicion: todo daba indicios de que habia llegado el momento decisivo.

A pesar de que se acercaba por momentos formidable el peligro, permanecia impávida la asamblea, constante en sus primeras resoluciones. Mirabeau, que fué quien primero pidió que se alejasen las tropas, provocó una nueva diputacion. Acababa de partir esta, cuando llegó de Paris el diputado vizconde de Noailles, participando á la asamblea los progresos de la insurreccion, el saqueo de los Inválidos, el armamento del pueblo y el sitio de la Bastilla: otro diputado, Wimpfen, llegó tambien á poco, añadiendo los peligros personales que habia corrido, y asegurando que el encono del pueblo aumentaba con los peligros. La asamblea propuso que se estableciesen correos para recibir noticias cada media hora.

En esto Ganilh y Bancal-des-Isarti electores enviados por la junta de la municipalidad como comisionados suyos cerca de la asamblea, confirmaron cuanto acababa de saberse, participaron las medidas tomadas

por los electores para el buen orden y la defensa de la capital, anunciaron los estragos ocurridos al pié de la Bastilla y lo inútiles que habian sido las diputaciones enviadas al gobernador, y concluyeron diciendo que el fuego de la guarnicion habia sembrado de muertos los alrededores de la ciudadela. Resuena al oirlo un grito de indignacion en la asamblea, y se envia al momento una nueva diputacion para participar al rey tan dolorosas noticias: eran las diez de la noche y volvía en este instante la primera con no muy satisfactoria respuesta; conmovido pareció el monarca al oír tan desastrosos acontecimientos que presagiaban aun nuevas desgracias, y vacilaba todavía contra el partido que le habian hecho abrazar. — «Cada vez despedazáis mas mi corazón, dijo á los diputados, contándome las desgracias de Paris: me es imposible creer que hayan dado margen á ellas las ordenes dadas á las tropas; ya sabeis la respuesta dada á vuestra anterior diputacion, nada tengo que añadir.» Esta respuesta consistia en la promesa de alejar de la capital las tropas del Campo de Marte, y en la orden dada á los oficiales generales de ponerse á la cabeza de la milicia ciudadana para dirigirla. Semejantes medidas no eran suficientes para poner remedio á tan peligrosa situacion; por lo mismo no quedó satisfecha ni tranquilizada con ellas la asamblea.

Poco despues llegaron los diputados Ormesson y Duport participando la toma de la Bastilla, y la muerte de Flesselles y de Delaunay. Pensábase en enviar otra diputacion al rey, pidiéndole de nuevo que alejase las tropas. — «No, dijo Clermont-Tonnerre, dejémosle la noche por consejero: fuerza es que los

reyes, ni mas ni menos que los demas hombres, comprehen la esperiencia.» En este estado pasó la noche la asamblea y por la mañana nombrada ya una nueva diputacion para patentizar á Luis XVI las calamidades que serian consecuencia de una tenaz negativa, deteniendo Mirabeau á los diputados que iban á partir, exclamó: «Decídselo bien! decidle que las hordas estrangeras que nos rodean han sido visitadas ayer por los príncipes, las princesas, los favoritos y las favoritas, con sus agasajos, sus arengas y sus regalos; decidle que durante la noche estos satélites estrangeros, llenos de oro y de vino, han presagiado con cánticos impíos la servidumbre de la Francia, y que sus votos brutales invocaban la destruccion de la asamblea nacional; decidle que en su mismo palacio han bailado los cortesanos al son de esa bárbara música, y que tal fué la escena que presidió al S. Barteley! decidle que ese Henrique, cuya memoria conoce el universo entero, y á quien entre sus ascendientes queria tomar por modelo, hacia pasar víveres á Paris sublevada, cuyo sitio dirijia en persona, siendo así que sus feroces consejeros mandan retroceder los granos que el comercio envia á Paris leal y hambrienta.»

Pero en aquel momento pasaba el rey á la asamblea. El duque de Liancourt aprovechando la cabida que le permitia con el monarca su empleo en palacio, le hizo saber durante la noche la desercion de los guardias franceses, y el ataque y la toma de la Bastilla. A estas noticias, que no le habian participado sus consejeros — «Es una sublevacion? dijo el monarca admirado: — No señor, que es una revolucion» y ese escelente ciudadano le habia manifestado los pe-

ligros á que le esponian los proyectos de su corte , los temores , la exasperacion del pueblo , la mala disposicion de las tropas , y le habia decidido á presentarse á la asamblea para asegurarla de sus buenas intenciones. Esta noticia causó al principio transportes de alegría. Sin embargo , Mirabeau representó á sus colegas que no convenia abandonarse á un aplauso prematuro. « Esperemos , dijo , que S. M. nos dé á conocer las buenas disposiciones que de su parte nos anuncian. La sangre de nuestros hermanos corre en Paris; sea , pues , un fúnebre respeto la primera acogida hecha al monarca por los representantes de un pueblo desgraciado : el silencio de los pueblos es la leccion de los reyes. » Con esto volvió á tomar la asamblea la sombría actitud que no habia abandonado hacia tres dias. Presentóse el monarca sin guardias y sin otra comitiva que la de sus hermanos. Fué recibido al principio con un profundo silencio ; pero , cuando dijo que *solo formaba un cuerpo con la nacion* , y que contando con el amor y la lealtad de sus súbditos habia dado á las tropas orden de alejarse de Paris y de Versálles , cuando hubo pronunciado esas tiernas palabras : *Pues bien ! yo soy quien se confia á vosotros !* resonó un aplauso general , y la asamblea entera se levantó por un movimiento espontáneo y lo acompañó al palacio.

Esta noticia derramó la alegría en Versálles y en Paris , donde tranquilizado repentinamente el pueblo pasó del encono al reconocimiento. Restituido Luis XVI á sus sentimientos conoció cuanto le importaba pasar en persona á apaciguar la capital , á reconquistarse su afecto y á conciliarse de este modo el poder popular. Hizo pues anunciar á la asamblea que lla-

maba de nuevo á Necker al ministerio, y que al día siguiente pasaba á Paris; pero esta habia ya nombrado una diputacion de cien miembros, que precedió al rey y fué recibida con entusiasmo en la capital. Bailly y La-Fayette, que formaban parte de ella, fueron nombrados, el primero corregidor de Paris y el segundo comandante de la milicia ciudadana, debiéndolo aquel á su larga y espinosa presidencia, y este á su gloriosa y patriótica conducta. Amigo de Washington, y uno de los principales autores de la independencia americana, fué La-Fayette el primero que de vuelta á su patria pronunció el nombre de estados generales, se unió al estado llano con la minoría de la nobleza, y se habia manifestado despues uno de los mas celozos partidarios de la revolucion.

Las dos nuevas autoridades pasaron el 27 á recibir al rey á la cabeza de la municipalidad y de la guardia de Paris. — «Señor, le dijo Bailly, os presento las llaves de vuestra leal ciudad de Paris; son las mismas que se presentaron á Enrique IV; él habia reconquistado su pueblo; aqui es el pueblo quien ha reconquistado á su rey.» Desde la plaza de Luis XV hasta la municipalidad, atravesó el rey por entre una línea de guardia nacional, de tres á cuatro en fondo, armados con fusiles, picas, lanzas, hozes y palos. Los semblantes conservaban todavia algo de sombrío, y no se repetia incesantemente otro grito que el de *¡viva la nacion!* Sin embargo, cuando Luis XVI bajó del coche, cuando recibió de manos de Bailly la escarapela tricolor, y cuando sin guardias, rodeado del gentío, entró sin recelo en las Casas Consistoriales, resonaron de todas partes aplausos y gritos de *¡viva el rey!* La reconciliacion fué sincera, y Luis XVI recibió las mayores

muestras de afecto. Despues de haber sancionado las nuevas magistraturas y aprobado la eleccion del pueblo, volvió á Versálles, en donde causaba inquietud su viage por las anteriores turbulencias. Esperábase la asamblea nacional en el camino de Paris, y le acompañó hasta el palacio, donde se echaron en sus brazos la reina y sus hijos.

Asi los ministros revolucionarios como los autores de los planes que se acababan de frustrar, abandonaron la corte. El conde de Artois y sus dos hijos, el príncipe de Condé, el de Conti, la familia de Polignac y una numerosa comitiva, salieron de Francia y pasaron á establecerse en Turin, donde á los dos primeros se unió bien pronto Calonne, constituyéndose su agente. Asi principió la primera emigracion, y no tardaron aquellos príncipes en provocar la guerra civil en el reino, y en formar una confederacion europea contra la Francia.

Necker volvió en triunfo. Este fué el mas precioso momento de su vida, y pocos hombres tal vez han tenido otro semejante. Ministro de la nacion, destituido por popular, y vuelto á nombrar como tal, recibió desde Bale á Paris los testimonios del reconocimiento y del entusiasmo público. Hizo su entrada en Paris en dia festivo; pero ese dia, que fué para él el colmo de la popularidad, fué tambien su término. Furioso siempre el pueblo contra cuantos habian meditado los planes del 14 de julio, hizo perecer con encarnizamiento extraordinario á Foulon, nombrado ministro, y á su sobrino Berthier. Necker indignado de estas ejecuciones, temiendo que otros llegasen á ser tambien víctimas, y queriendo sobretodo salvar al baron de Besen-

val, comandante del ejército de Paris bajo las ordenes del mariscal de Broglie, y ultimamente arrestado, pidió una amnistía general y la obtuvo de la asamblea de los electores. Imprudente era este paso en tales momentos de exaltacion y de desconfianza; Necker no conocia al pueblo, é ignoraba la facilidad con que sospecha de sus gefes y destroza sus ídolos. Creyó este que se trataba de sustraer á sus enemigos de las penas que habian merecido; reuniéronse los distritos, combatieron fuertemente la legalidad de una amnistía, pronunciada por una asamblea sin poderes para ello, y los mismos electores la revocaron. Necesario era sin duda aconsejar la tranquilidad al pueblo, y atraerlo de nuevo á la humanidad; pero en aquel caso el mejor medio era pedir, en vez de la libertad de los acusados, un tribunal que los arrancase á la jurisdiccion sanguinaria de la muchedumbre: en ciertos casos no es seguramente mas humano lo que tal parece á primera vista. Sin obtener nada desencadenó Necker contra sí al pueblo, y á los distritos contra los electores; entonces empezó á luchar con la revolucion, juzgando poder dominarla porque habia sido momentáneamente su héroe. Pero un hombre es poca cosa durante una revolucion que agita las masas; el movimiento le arrastra y abandona; ó debe ir delante ó sucumbir. En ningun tiempo es mas visible la dependencia de los hombres á las cosas: las revoluciones emplean á muchos gefes, y cuando se entregan, lo hacen á un hombre solo.

Immensas fueron las consecuencias del 14 de abril, porque el movimiento de Paris halló eco en las provincias, donde el pueblo, á imitacion del de la capital, organizó municipalidades para su régimen, y

guardia nacional para su defensa, y así fue como la autoridad y la fuerza variaron de puesto, perdiéndolas con su derrota la monarquía y conquistándolas el pueblo. Solo los nuevos magistrados eran poderosos y obedecidos; de los antiguos se desconfiaba, y principalmente en las ciudades eran objeto de violencias, ni mas ni menos que los privilegiados, de quienes no sin razón se suponía que eran enemigos de la gran mudanza política. En el campo eran incendiados los castillos, y los paisanos quemaban los títulos de sus señores: difícil es que en un momento de victoria no se abuse del poder. Pero, para calmar al pueblo, importaba destruir los abusos, á fin de evitar que por substraerse á ellos no confundiese la propiedad con el privilegio. Las clases ó estamentos habían desaparecido; la arbitrariedad quedaba destruida, de consiguiente debía ser suprimida la desigualdad, su antigua compañera, y por ahí debía empezar el establecimiento del nuevo orden de cosas: sus preliminares fueron la obra de una sola noche.

La asamblea había dirigido al pueblo proclamas propias para restablecer la calma, y contribuyó no poco á ello la creación del Chatelet en tribunal encargado de juzgar á los conspiradores del 14 de julio, satisfaciendo con ello al pueblo: faltaba solo tomar una medida mas importante todavía: la abolición de los privilegios. En la tarde del 4 de agosto el vizconde de Noailles tomó la iniciativa, proponiendo que pudiesen redimirse los derechos feudales, y que quedasen suprimidas las servidumbres personales. Esta proposición dió principio á los sacrificios de todos los privilegiados estableciéndose entre ellos una rivalidad de donativos y de patriotismo, y hecho general este

arranque en pocas horas quedó decretado que cesasen todos los abusos. El duque de Chatelet propuso la redencion de los diezmos por cuotas pecuniarias; el obispo de Chartres pidió la supresion del derecho esclusivo de caza; el conde de Virieu la de los palomares y zuritares: en fin la abolicion de los juzgados señoriales, de la venalidad en los cargos de la magistratura, de las inmunidades pecuniarias, de la desigualdad en los tributos, de las eventualidades de los curas, de las annatas de la corte de Roma, de la pluralidad de beneficios y de pensiones obtenidas sin título, fueron sucesivamente propuestas y admitidas. Despues de los sacrificios de los particulares vinieron los de las corporaciones, ciudades y provincias, y en su consecuencia fueron abolidos los gremios y maestrías; un diputado del Delfinado, el marques Blacons, hizo en nombre de su provincia formal renuncia de los privilegios de esta, y las demas provincias imitaron al Delfinado, siguiendo las ciudades el ejemplo de las provincias. Gravóse una medalla para eternizar la memoria de este dia, y la asamblea dió á Luis XVI el título de *Restaurador de la libertad de Francia*.

Esta noche, que con el tiempo mereció de un enemigo de la revolucion el nombre de S. Bartelemy de las propiedades, lo fué unicamente de los abusos. Quitó del medio los escombros de la feudalidad; libró á las personas de los restos de servidumbre, á las tierras de las dependencias señoriales, y á las propiedades de los pecheros de los estragos de la caza y de la exaccion de diezmos. Derruyendo los tribunales de señorío, resto de los poderes privados, condujo la nacion al régimen de los poderes públicos; y destru-

yendo la venalidad de los cargos de la magistratura presagió la justicia gratuita. Fué el tránsito de un orden de cosas en que todo pertenecía á los particulares, á otro en que todo debia pertenecer á la nacion. Esta noche varió la faz del reino, y constituyó iguales á todos los franceses, haciéndolos capaces de alcanzar indistintamente los empleos, de aspirar á la propiedad y de ejercer la industria. En fin, causó una revolucion tan importante como la sublevacion del 14 de julio, de que era consecuencia, puesto que hizo al pueblo dueño de la sociedad, al modo que la otra lo habia hecho dueño del gobierno, y le permitió preparar la nueva constitucion destruyendo la antigua.

La revolucion habia tenido una marcha muy rápida, y obtuvo en poco tiempo grandes resultados; seguramente hubiera sido menos pronta y completa si no hubiese sido atacada. Cada negativa le fué ocasion de un triunfo; ella descubrió la intriga, resistió á la autoridad y triunfó de la fuerza, y en el momento en que nos hallamos, el edificio de la monarquía absoluta se habia desplomado por 'culpa de sus gefes. El 17 de junio desaparecieron los tres estamentos, y los estados generales se trocaron en asamblea nacional; el 23 de junio se desvaneció la influencia moral del poder real; el 14 de julio su poder material; la asamblea heredó el uno, y el pueblo el otro; en fin, el 4 de agosto fué el complemento de esta primera revolucion.

La época que acabamos de recorrer, se separa de las demas de un modo singular; durante su corto período se disloca la fuerza, y se consuman todas las mudanzas preliminares. La que si-

que sirvió para discutir y establecer el nuevo régimen, convirtiendo en asamblea *constituyente* la que hasta entonces había sido *destructora*.

CAPITULO II.

DESDE LA NOCHE DEL 4 DE AGOSTO HASTA LOS DIAS 5
Y 6 DE OCTUBRE DE 1789.

Estado de la asamblea constituyente. — Partido del alto clero y de la nobleza; Mury y Cazalés. — Partido del ministerio y de las dos cámaras; Mounier, Lally-Tollendal. — Partido popular; triunvirato de Barnave, Duport y Lameth; su posición; influencia de Sieyès; Mirabeau jefe de la asamblea en esta época. — Juicio del partido de Orleans. — Tareas constitucionales; tabla de derechos; permanencia y unidad del cuerpo legislativo; sancion real; agitacion exterior que motiva. — Proyecto de la corte; banquete de los guardias de corps; insurreccion del 5 y 6 de octubre; el rey se traslada á Paris.

Compuesta la asamblea nacional de lo mas escogido del estado, era ilustrada en alto grado, pura en sus intenciones y ansiosa del bien público; mas no por esto estaba exenta de partidos. Sin embargo la masa no era esclava de ningun hombre ni de ningun sistema, antes obrando solo por conviccion libre y no pocas veces espontánea, deliberaba y adquiria popularidad: hé aquí cuales eran en su seno sus divisiones respecto á ideas y á intereses.

La corte contaba con un partido en la asamblea, y consistia en los privilegiados; pero guardó por mu-

cho tiempo silencio, y solo tarde ya tomó parte en las discusiones: componíase de los que en la época de la cuestion de los estamentos se habian declarado contra la reunion. Y si bien momentáneamente habian corrido en armonia con los comunes, singularmente en las últimas circunstancias, sin embargo facil era conocer que las clases aristocráticas tenian intereses contrarios á los del partido nacional; por esto la nobleza y el alto clero que formaron la derecha de la asamblea, estuvieron siempre en oposicion con él, escepto en los dias de comun entusiasmo. Descontentos de la revolucion, esos hombres que no habian sabido impedir la con sus sacrificios, ni contenerla con su adhesion, combatieron de una manera sistemática todas sus reformas. Sus principales órganos eran dos individuos, que seguramente no llevaban la preferencia en punto á nacimiento y dignidades, pero sí tocante á la superioridad del talento. Maury y Cazalés representaban en cierto modo, aquel al clero, y este á la nobleza.

Entrambos oradores de los privilegiados, siguiendo las intenciones de su partido, que no creia en la estabilidad de las mudanzas, procuraban protestar antes que defenderse, y en todas sus discusiones tuvieron por objeto, no tanto instruir á la asamblea como desconceptuarla. Los dos hacian su papel segun su talento y su caracter: Maury se deshacia en largas peroratas, y Cazales solo daba campo á ingeniosas salidas; aquel conservaba en la tribuna sus hábitos de predicador y de académico: hablaba de materias legislativas sin comprenderlas, sin saber buscar el verdadero punto de la cuestion, y ni siquiera el punto ventajoso para su partido; audaz, erudito, diestro y dotado de una

facilidad brillante y sostenida , no poseia sin embargo una conviccion profunda , un juicio firme y una verdadera elocuencia. El abate Maury hablaba como pelean los soldados , nadie sabia contradecir mas á menudo ni por mas tiempo que él , ni suplir á las buenas razones con autoridades y sofismas , ni á los arranques del alma por medio de formas oratorias : este , si bien que dotado de gran talento , carecia de la verdad que lo vivifica. Cazales era el extremo de la palanca opuesto á Maury. Tenia un talento vivo y recto ; su alocucion era tan facil , pero mas animada ; era franco en sus movimientos , y si daba razones , se apoyaba siempre en las mejores. Nada amigo de formas retóricas , tomaba el lado justo en una cuestion que interesaba á su partido , y dejaba el declamatorio á Maury. Con la pureza de sus miras , el ardor de su carácter y el buen uso de su talento , solo habia de falso en él lo que dependia de su posicion , á diferencia de Maury , que juntaba á los errores de su entendimiento los que eran inseparables de su causa.

Necker y el ministerio tenian tambien su partido , pero menos numeroso que el otro , á fuer de moderado. La Francia se hallaba entonces dividida en privilegiados que se oponian á la revolucion , y en hombres del pueblo que la querian entera : entre los dos no existia aun lugar para un partido mediador. Necker se habia declarado por la constitucion inglesa , y se habian reunido á él cuantos eran de su opinion , bien por conviccion ó ya con ánimo de medrar. Entre ellos se hallaba Mounier , hombre enérgico , de inflexible carácter , que consideraba aquel sistema como tipo de los gobiernos representativos ; Lally-Tollendal , intimamente convencido como él , pero mas persuasivo ;

Ulermont-Tonnerre, amigo y socio de entrambos; y en fin la minoría de la nobleza y una parte de los obispos, que esperaban ser miembros de la cámara alta si eran adoptadas las ideas de Necker.

Los gefes de este partido, llamado despues *monárquico*, hubieran querido transigir con la revolucion, introduciendo en Francia un gobierno representativo semejante en un todo al de la Inglaterra: asi es que á cada época suplicaban al partido mas poderoso que cediese en algo al mas débil. Antes del 14 de julio pedian á la corte y á las clases privilegiadas que se grangeasen la voluntad de los comunes; posteriormente pedian á estos que no desechasen las proposiciones de aquellos. Juzgaban que cada cual debia conservar su accion en el estado, que los partidos dislocados quedan siempre descontentos, y que es forzoso crearles una existencia legal sopena de esponerse por su parte á interminables luchas: pero lo único que no conocian era cuan inoportunas eran sus ideas en dias de pasiones exclusivas. Habíase empeñado ya la lucha, no para transigir, sino para acarrear el triunfo esclusivo de un sistema. Una victoria era lo que habia transformado los tres estamentos en una sola asamblea, y era en extremo dificil dividir ahora su unidad para transformarla á su vez en dos cámaras. Los moderados no habian podido obtener de la corte este gobierno, tampoco debian obtenerlo de la nacion: á aquella le pareció sobrado popular, y á esta sobrado aristocrática.

Lo restante de la asamblea formaba el partido nacional. No descollaban por entonces hombres tales como Robespierre, Petiou, Buzot, etc., que quisieron mas tarde empezar una segunda revolucion cuando

hubo concluido la primera; los mas estremados eran Duport, Barnave y Lameth, que formaban un triunvirato cuyas opiniones eran preparadas por el primero, sostenidas por el segundo, y dirigidas por el tercero. Algo notable era y peculiar del espíritu de igualdad de la época la union íntima de un abogado, perteneciente á la clase media, de un consejero, individuo de la clase parlamentaria, y de un coronel agregado á la corte, que renunciaban á los intereses de su estado para asociarse con miras de bien público y de popularidad. Al principio se colocó este partido en una posicion mas adelantada que la misma revolucion. El 14 de julio triunfó la clase media: su asamblea fué la constituyente; su fuerza armada la guardia nacional, y el corregimiento su poder popular. Mirabeau, La-Fayette y Bailly se apoyaron en esta clase, constituyéndose el primero su tribuno, el segundo su general, y el tercero su magistrado. El partido de Duport, Barnave y Lameth tenia los principios y defendia los intereses de esta época de la revolucion; pero, compuesto principalmente de jóvenes de ardiente patriotismo, que entraban en los negocios públicos dotados de superiores calidades, de brillantes talentos, de elevadas posiciones, y que á la ambicion de la libertad unian la de hacer el primer papel, este partido se colocó desde el principio un poco delante de la revolucion del 14 de julio. Tomó en la asamblea por punto de apoyo á los miembros del lado izquierdo, fuera de ella á los clubs, y en la nacion á aquella porcion del pueblo que habia tomado su parte en el 14 de julio, y que no queria que solo la clase media se aprovechase de la victoria. Poniéndose á la cabeza de los que no tenian gefes, y que se halla-

ban á alguna distancia del gobierno aspirando á entrar en él, no cesó de pertenecer á esa primera época de la revolucion. Unicamente formó una especie de oposicion democrática en el seno de la misma clase media, no disintiendo de los gefes de esta mas que en puntos de poca importancia, y votando con ellos en la mayor parte de las cuestiones. Entre esos hombres populares la division consistia mas bien en una emulacion de patriotismo que en una disidencia de partido.

Duport, de una cabeza firme, y que en las luchas dirigidas en gran parte por él, que el parlamento habia sostenido contra el ministerio, adquirió harto prematura esperiencia de las pasiones políticas, sabia muy bien que el pueblo se entrega al reposo así que ha conquistado sus derechos, y que se debilita en el reposo.

Para traer agitados constantemente á los que gobernaban en la asamblea, en la magistratura y en la milicia; para impedir que la revolucion menguase, y que fuese en cierto modo licenciado el pueblo, de quien se tendria necesidad tal vez mas adelante, concibió y ejecutó la famosa confederacion de los clubs. Esta institucion, como todo lo que imprime un gran movimiento á un pueblo, produjo sus buenos y sus malos resultados: puso trabas á la autoridad legal cuando esta era suficiente; pero tambien inspiró inmensa energía á la revolucion, cuando viéndose atacada por la Europa entera, solo podia salvarse con los mas violentos esfuerzos. No habiendo tampoco calculado sus fundadores todas las consecuencias de tal asociacion; solo era para ellos un resorte que debia sin peligro conservar ó renovar el movimiento de la máquina política cuando se inclinase á dismi-

nuir ó cesar: no creían ciertamente trabajar en provecho de la muchedumbre. Después de la fuga de Varennes, siendo harto exigente y temible este partido, lo abandonaron apoyándose contra él en la masa de la asamblea y en la clase media, cuya dirección quedó vacante por muerte de Mirabeau: entonces les convenia asentar prontamente la revolucion constitucional, porque prolongarla hubiera sido acarrear la republicana.

La masa de la asamblea de que hemos hablado ya, abundaba en hombres rectos, ejercitados, y mas diestros, superiores: sus gefes eran dos hombres que no pertenecian al estado llano, pero que habian sido adoptados por él. Sin el abate Sieyes, tal vez la asamblea constituyente hubiera ofrecido un todo menos compacto en sus operaciones; y sin Mirabeau menos energía en su conducta.

Sieyes era uno de esos genios que forman secta en un siglo de entusiasmo, y que ejercen el ascendiente de la razon en un siglo de luces. Desde muy joven la soledad y los trabajos filosóficos habian sazonado su razon, y sus ideas eran nuevas, fuertes, estensas y algo sistemáticas. La sociedad sobre todo habia sido el objeto de su examen; habia seguido su marcha, estudiado sus resortes, y la naturaleza del gobierno le parecia menos una cuestion de derecho que una cuestion de época: en su vasta inteligencia se hallaba ya ordenada la sociedad moderna con sus divisiones, sus relaciones, sus poderes y su movimiento, y aunque de carácter frio, tenia el ardor que inspira la indagacion de la verdad, y la pasion que escita su descubrimiento: por esto era absoluto en sus ideas, y desdenoso para las de otro porque las hallaba incomple-

tas, y para él era un error la verdad á medias. Irritábale la contradiccion; era poco comunicativo, y hubiera deseado darse enteramente á conocer, cosa que le era imposible con todo el mundo. Sus partidarios transmitian á los demas sus sistemas, y esto le daba algo de misterioso, haciéndole objeto de una especie de culto. Tenia la autoridad que da de sí una ciencia política completa, y la constitucion hubiera podido salir de su cabeza armada como la minerva de Júpiter ó como la legislacion de los antiguos, si en nuestros tiempos no hubiese cada cual querido contribuir á juzgarla. Sin embargo, dejando á parte algunas modificaciones, fueron generalmente adoptados sus planes, y halló en las comisiones muchos mas discípulos que colaboradores.

Mirabeau obtuvo en la tribuna el mismo ascendiente que Sieyes en las comisiones: era un hombre que esperaba solo una ocasion para ser grande. En Roma, en los hermosos dias de la república, hubiera sido uno de los Gracos; en su declinacion un Catilina; en la época de la Fronde un cardenal de Retz; y en la decrepitud de la monarquía, donde un ser como el suyo no podía ejercer sus inmensas facultades sino en la agitacion, se habia hecho notable por la vehemencia de sus pasiones, sus golpes de autoridad, y por una vida empleada en cometer desórdenes y en sufrir por ellos. Tan prodigiosa actividad necesitaba un empleo, y la revolucion se lo dió. Acostumbrado á la lucha contra el despotismo, indignado por el desprecio de una nobleza que no sabia apreciarle en lo justo y que le desechaba, habil, audaz, elocuente, conoció Mirabeau que la revolucion seria su obra y su vida. Sus cualidades correspondian á las necesida-

des de la época; sus ideas, su voz y su ademán eran de un tribuno; en circunstancias peligrosas tenía los arranques que dominan á una asamblea; en los debates difíciles el rasgo que los termina; con una palabra, humillaba las ambiciones, imponía silencio á las enemistades, y desconcertaba toda rivalidad. Ese poderoso mortal, tranquilo en medio de las agitaciones, ora arrebatado, ora risueño, era como el soberano de la asamblea, obtuvo una popularidad inmensa que conservó hasta el fin. y aquel de quien todos evitaban la vista cuando tomó asiento en los estados generales, fué cuando murió conducido al Panteon entre el luto de la asamblea y de la Francia. Sin la revolución, el destino de Mirabeau hubiera sido otro, porque no basta ser hombre grande, sino que es necesario venir á tiempo.

Poca influencia ejercía en la asamblea el duque de Orleans, á quien se ha atribuido un partido: votaba con la mayoría, y no esta con él; seguramente han abultado su reputación de faccioso la amistad que le unía con algunos miembros de la asamblea, su nombre, los celos de la corte, la popularidad que le merecían sus opiniones, y las esperanzas que pudo concebir mas bien que sus conspiraciones. No tenía las cualidades ni los defectos de un conspirador: y si contribuyó con su prestigio y con recursos pecuniarios á unos movimientos que sin él hubieran asimismo estallado, debe decirse que tomó parte á lo que no tenía por objeto su elevación. ¡Error comun es todavía atribuir la mayor de las revoluciones á algunas mezquinas causas, como si en semejante época pudiese todo un pueblo servir de instrumento á un solo hombre!

La asamblea habia adquirido todo el poder supremo, puesto que de ella dependian las municipalidades, y la acataban los guardias nacionales. Dividióse en comisiones para atender á todas sus tareas y facilitarlas; y aunque existia de derecho el poder real, se hallaba en cierto modo suspenso porque no era obedecido, y se vió precisada la asamblea á suplir á su accion con la suya. Asi es que, independientemente de las comisiones encargadas de la preparacion de sus trabajos, nombró otras que en lo exterior pudiesen ejercer una útil vigilancia. Una comision de subsistencias debia ocuparse del abastecimiento, objeto de tanta importancia en un año de penuria; otra se entendia directamente con las municipalidades y las provincias, y otra recibia denuncias contra los conspiradores del 14 de julio: pero el principal objeto de sus desvelos era la hacienda y la constitucion, cuyos trabajos habian hecho suspender las crisis anteriores.

Despues de haber cubierto momentáneamente las necesidades del tesoro, procedió maduramente en el examen de los presupuestos oido antes el voto de sus comitentes. En seguida procedió en sus instituciones con un método, una estension y una libertad en los debates que debian procurar á la Francia una constitucion conforme á la justicia y á sus necesidades. Los Estados-Unidos de América, en el momento de su independencia, habian consagrado en una declaracion los derechos del hombre y los de cada ciudadano. Por ello se empieza comunmente, porque un pueblo que sale de la servidumbre aspira primero á proclamar sus derechos antes que á fundar un gobierno; y los franceses que habian asistido á aquella revolucion y que cooperaban á la nuestra, propusieron una de-

claracion semejante, como próambulo de las demas leyes; esto debia ser del gusto de una asamblea de legisladores y de filósofos, á quienes ningun límite contenia porque no existian ya instituciones, y que tomaban por norte las ideas primitivas y fundamentales de la sociedad, como discípulos del siglo XVIII. Y aunque esta declaracion no contuviese mas que principios generales, y se limitase á esponer como máxima lo que la constitucion debia establecer como ley, era sin embargo propia para elevar los ánimos y dar á los ciudadanos el sentimiento de su dignidad y de su importancia. A propuesta de La-Fayette habia ya la asamblea dado principio á esta discusion, cuando la obligaron á interrumpirla los acontecimientos de Paris y los decretos del 11 de agosto; continuóla despues y la terminó, consagrando principios que sirvieron de tabla á la nueva ley y que eran la toma de posesion del derecho en nombre de la humanidad.

Adoptadas una vez estas generalidades, se ocupó la asamblea de la organizacion del poder legislativo, objeto importantísimo, que debia fijar la naturaleza de sus atribuciones, y establecer sus relaciones con el monarca, y que en el porvenir debia decidir de la suerte del poder legislativo. Por lo que á ella tocaba revestida de la autoridad constituyente, se hallaba colocada sobre sus propios decretos, y ningun poder intermediario debia suspender ó impedir su mision. Pero en lo sucesivo, ¿cual debia ser la forma del cuerpo deliberante respecto á sus sesiones? ¿Permaneceria indivisible ó se compondria de dos cámaras? Y caso que prevaleciese esta forma, ¿cual seria la naturaleza de la segunda? ¿Se haria de ella una asamblea aristocrática ó un senado moderador? En fin,

¿cualquiera que fuese el cuerpo deliberamente seria permanente ó periódico, y compartiria con el monarca el poder legislativo? Tales fueron las dificultades en que anduvo agitada la asamblea y la capital durante el mes de setiembre.

Facil será comprender el modo como quedaron resueltas estas cuestiones si se tiene en cuenta la posicion de la asamblea y las ideas que la dominaban respecto á su soberanía. El rey no era á sus ojos mas que un agente hereditario de la nacion, á quien no podia pertenecer el derecho de convocar sus representantes, de dirigirlos ni de suspenderlos: nególe por lo tanto la iniciativa en las leyes y la disolucion de la asamblea, no creyendo que el cuerpo legislativo debiese depender del monarca. Temia por otra parte que concediendo al gobierno una accion demasiado fuerte sobre la asamblea, ó no permaneciendo esta constantemente reunida, se aprovechase el rey de los intervalos en que se hallase solo para usurpar los demas poderes, y tal vez para destruir el nuevo régimen; quísose, pues, oponer á una autoridad siempre activa una asamblea permanente, y se decretó asi. Tocante á su indivisibilidad, fué muy viva la discusion. Necker, Mounier y Lally-Tollendal pretendian que ademas de una cámara de representantes se estableciese un senado cuyos miembros fuesen nombrados por el rey á propuesta del pueblo, creyendo que era este el único medio de moderar el poder é impedir asimismo la tiranía de una sola asamblea: contaban entre sus partidarios á varios miembros que esperaban formar parte de la cámara alta. La mayoría de la nobleza hubiera deseado no una cámara de pares, sino una asamblea aristocrática cuyos miem-

bros hubiese podido elegir ella misma; no supieron pues avenirse, porque el partido de Mounier se negaba á un proyecto que hubiera resucitado los estamentos, y los aristocráticos no querian admitir un senado que confirmaba la ruina de la nobleza. La mayor parte de los diputados del clero y de los comunes opinaban por la unidad de la asamblea; al partido popular le parecia ilegal constituir legisladores vitalicios; creia que la cámara alta serviria de instrumento á la corte y á la aristocracia, siendo en este caso peligrosa; ó bien se uniria á los comunes, y entonces seria inutil. Así fué como la nobleza por descontento y el partido nacional por ideas de justicia absoluta, desecharon igualmente la cámara alta.

Objeto de muchas quejas ha sido esta resolucion de la asamblea; los partidarios de la cámara de los pares han atribuido á su falta todos los males de la revolucion; como si hubiese sido posible á un cuerpo cualquiera el detener su marcha! No fué seguramente la constitucion quien la dió el carácter que ha tenido, sino la marcha de los acontecimientos, ocasionados por la lucha de los partidos. ¿Que hubiera hecho la cámara alta entre la nacion y la corte? Declarada en favor de esta, no la hubiera dirigido ni salvado; y si se hubiese declarado por la primera, no la habria reforzado; y en ambos casos era necesaria su supresion. En semejantes tiempos se va muy apriesa, y todo lo que detiene está de mas. En Inglaterra, si bien que docil la cámara de los lores, fué suspendida durante la crisis. Cada sistema tiene su época: las revoluciones se hacen con una sola cámara, y se terminan con dos.

Grandes debates suscitó en la asamblea la sancion

de la asamblea, donde era menos comprendida. Todavía no se había recordado París de la agitación del 14 de julio: hallábase en el colmo del gobierno popular, y experimentaba su libertad y desorden. Acabada de ser reemplazada la asamblea de electores, que en espinosas circunstancias había constituido una especie de municipalidad interior. Ciento ochenta miembros nombrados por los distritos se habían constituido en legisladores y representantes del común. En tanto que trabajaban por formar un plan de organización municipal, todos querían mandar, porque en Francia el amor de la libertad equivale un poco á la acción al mando. Las comisiones obraban independientemente del corregidor, la asamblea de representantes clamaba contra las comisiones, y los distritos contra la asamblea de representantes. Cada uno de los sesenta distritos se atribuía el poder legislativo, y concedía el ejecutivo á sus comisionados: todos miraban como dependientes suyos á los miembros de la asamblea general, y se consideraban con-

real, y fuera de ella dió causa á violentos rumores. Trábase de determinar la acción del monarca en la formación de las leyes. Sobre un punto estaban muy acordes los pareceres de todos los diputados; era el reconocer en él el derecho de sancionar ó des-clarar las leyes: pero querían unos que fuese limitada de este derecho, y otros que fuese temporal. En el fondo era lo mismo, porque no es posible que un principio prolongue indefinidamente su negatividad, el veto hubiera sido solo suspensivo, aunque se le hubiese declarado absoluto. Sin embargo, esta facultad concedida á un hombre solo, de detener la voluntad de un pueblo, parecía exorbitante, sobre todo fuera

derecho para anular sus decretos. Rápidos eran los progresos que hacia esta idea de la soberanía del otorgante sobre el delegado, y cuantos no tenían parte en la autoridad se reunían en asambleas y se entregaban á las deliberaciones. Los soldados discutían en el Oratoire, los oficiales de sastre en la Calonnade, los peluqueros en los Campos Eliseos, los criados en el Louvre, pero sobre todo en el jardín del Palais Royal era donde había las discusiones más animadas; allí se examinaban las materias que eran objeto de los debates de la asamblea nacional, y se revisaban sus deliberaciones. La penuria ocasionaba también reuniones que no eran las menos peligrosas.

Esta era la situación de París cuando se entabló la discusión sobre el *veto*. Al extremo llegó el temor que escitaba este derecho concedido al rey, de manera que podía decirse que la suerte de la libertad dependía de esta decisión, y que tras del *veto* se hallaba el antiguo régimen. La muchedumbre, que ignora la naturaleza y los límites de los poderes, quería que la asamblea, en la cual tenía puesta su confianza, lo pudiese todo, y que el rey de quien desconfiaba, no pudiese nada. Toda arma que se dejaba á disposición de la corte parecía un medio contra-revolucionario. Conmovióse el Palais Royal; escribiéronse cartas amenazadoras á los miembros de la asamblea, que tales como Mounier, se habían declarado por el *veto* absoluto; hablóse de destituirlos como á representantes infieles y de marchar sobre Versalles. El Palais Royal envió una diputación á la asamblea, é hizo pedir á los comunes que declarasen á los diputados revocables y los constituyesen dependientes de los electores. La asamblea de los comunes supo sostenerse,

desechó las peticiones del Palais Royal, y tomó medidas para evitar las reuniones en lo que fué secundada por la guardia nacional, que se hallaba animada de los mejores sentimientos. La-Fayette obtenia su confianza, y empezaba á estar organizada y uniformada; acostumbrábase con el ejemplo de los guardias franceses á la disciplina, y aprendia de su gefe el amor al orden y el respeto á la ley. Pero la clase media que la comonia no habia aun tomado esclusiva posesion del gobierno popular, licenciando del todo al gentío armado el dia 14 de julio. La agitacion esterior hizo borrascosos los debates sobre el *veto*; de ahí provino que una cuestion sencilla adquiria la mas alta importancia, y conociendo el ministerio cuan funesto podia ser el efecto de una decision absoluta, y persuadido ademas de que en el fondo el *veto ilimitado* y el *veto suspensivo* eran una misma cosa, decidió al rey á que desistiese del primero y se limitase al segundo. La asamblea decretó que la negativa de la sancion real no podia prolongarse mas allá de dos legislaturas, decision que satisfizo á todos los partidos.

La corte se aprovechó de la agitacion de Paris para entregarse á la realizacion de otros proyectos, para la cual hacia tiempo que se procuraba influir en el ánimo del rey. Al principio rehusó sancionar los decretos del 4 de agosto, si bien que eran constituyentes y no podia dejar de promulgarlos; pero despues de haberlos aceptado en vista de algunas observaciones de la asamblea, renovó las mismas dificultades relativamente á la declaracion de derechos. El objeto de la corte era presentar á Luis XVI como oprimido por la asamblea, y obligado á someter-

se á medidas que no queria aceptar: sufría con impaciencia su situacion, y queria recobrar su antigua autoridad. La fuga era el único medio, pero debia legitimarse: nada podia hacerse á la vista de la asamblea, ni en las cercanias de Paris. La autoridad real habia naufragado el 23 de junio; el aparato militar el 14 de julio: y ya solo quedaba unicamente la guerra civil. Y como era difícil hacer que el rey accediese á ella, se esperaba el último momento para instigarle á que huyese, pero su incertidumbre hizo frustrar el plan. Consistia este en que se retirase á Metz, cerca de Bouillé, en medio de su ejército, convocando en derredor suyo á la nobleza, á los parlamentos y á las tropas que permaneciesen leales; declarar rebeldes á los parisienses y á la asamblea, é invitarlos ú obligarlos á la obediencia; y caso de no restablecerse el antiguo régimen absoluto, limitarse á lo menos á la declaracion del 20 de junio. Por otra parte, si la corte tenia interes en alejar al rey de Versalles para que pudiese emprender algo, convenia á los partidarios de la revolucion conducirlo á Paris; la faccion de Orleans, caso que existiese, estaba por el contrario interesada en intimidar al monarca para que huyese, con la esperanza de que la asamblea nombraria á su jefe *teniente general del reino*: por fin, el pueblo, que carecia de pan, debia esperar que la permanencia del rey en Paris haria cesar ó disminuir la carestía. Existiendo todas estas causas, faltaba solo tocar al-
gun resorte para producir un sacudimiento, y esto lo hizo la corte.

Bajo pretesto de ponerse en estado de defensa contra los movimientos de la capital, concentró tropas en Versalles, dobló los guardias de corps de servicio,

y reunió dragones y el regimiento de Flándes. Este aparato de tropas dió lugar á los mas vivos temores; corrió la voz de un golpe de estado contra-revolucionario, y se anunció como próxima la fuga del rey y la disolucion de la asamblea. En el Luxemburgo, en el Palais Royal y en los Campos Eliseos, se echaron de ver uniformes desconocidos, escarapelas negras ó amarillas, y se observó que los enemigos de la revolucion aparecian mas risueños que de mucho tiempo antes. La corte confirmó con su conducta las sospechas y patentizó el objeto de sus preparativos.

Los oficiales del regimiento de Flándes, recibidos no sin zozobra en Versálles, fueron festejados en el palacio, y aun se les admitió en la tertulia de la reina. Procuróse por todos medios asegurarse de su adhesion, y los guardias del rey les dieron un banquete. Los oficiales de dragones y de cazadores que se hallaban en Versálles, los de guardias suizas, de los cien suizos, del preboste, y el estado mayor de la guardia nacional, fueron invitados á él. Se escogió para local la sala grande de espectáculos, exclusivamente destinada á las fiestas mas solemnes de la corte, y que despues del casamiento del segundo hermano del rey solo se habia abierto para el emperador José II. Los músicos del rey tuvieron orden de asistir á esta fiesta, la primera que habian dado los guardias. Durante la comida se brindó con entusiasmo á la salud de la familia real; la de la nacion fué omitida ó desechada. Al segundo cubierto se permitió la entrada á los granaderos de Flándes, á los suizos y á los dragones para que fuesen testigos de este espectáculo, y participasen de los sentimientos de los convidados. Subía de punto por momen-

tos el entusiasmo, cuando de repente se anunció la llegada del rey, y se le vió entrar en la sala del banquete en traje de caza, seguido de la reina, que llevaba en brazos al Delfin. Resuenan aclamaciones de amor y decision, bébese con espada en mano á la salud de la familia real, y en el momento en que se retiraba Luis XVI, toca la música el himno: «*Oh Ricardo! ó mi rey! te abandona el universo!*... Toma entonces la escena un carácter sobremanera significativo; la marcha llamada de los *Hullans* y la profusion con que se derraman los vinos, quitan toda reserva á los convidados. Tócase paso de carga, y los vacilantes oficiales y soldados escalan los palcos como si se diese un asalto; distribúyense escarapelas blancas; dícese que la tricolor fué pisoteada; y en seguida se esparcen los convidados por las galerias, donde las damas de la corte les prodigan agasajos y los adornan con cintas y escarapelas.

Tal fué el famoso banquete del 4.º de octubre, que la corte renovó imprudentemente el 3. No puede dejarse de lamentar tan fatal imprevision: los cortesanos no sabian someterse á su destino, ni mejorarlo. La reunion de tropas, muy distante de prevenir la agresion de los parisienses, la provocó: el banquete no acrisoló ciertamente la lealtad del soldado, y aumentó estremadamente el encono del pueblo. No se necesita tanto ardor para defenderse ni tanto aparato para la fuga; pero la corte jamas tomaba las medidas propias para la consecucion de sus fines, ó no las tomaba sino á medias, y cuando ya no era tiempo.

La noticia del banquete produjo en Paris la mayor fermentacion. Desde el 4, sordos rumores de

provocaciones contra-revolucionarias, el temor de conspiraciones, la indignacion contra la corte, y el espanto que á cada momento iba aumentando la penuria, todo anunciaba una sublevacion: el pueblo dirigia ya sus miradas á Versálles. El 5 estalló la insurreccion de un modo violento é incontrastable, dando la señal la absoluta falta de harinas. Una joven entró en un cuerpo de guardia, se apoderó de la caja, recorrió las calles batiéndola y gritando: *pan! pan!* » y pronto fué rodeada de un numeroso séquito de mugeres. Adelantóse el grupo hácia la municipalidad, aumentándose por instantes; arrolló el reten de á caballo que se hallaba en la puerta, penetró en lo interior pidiendo pan y armas, derribó las puertas, se apoderó de las armas, tocó á rebato, y se dispuso á marchar á Versálles. Pronto hizo oír igual clamor el pueblo en masa, y se hizo general el grito de, «á *Versálles!* Primero se pusieron en camino las mugeres conducidas por Maillard, uno de los voluntarios de la Bastilla. El pueblo, la guardia nacional y los guardias-franceses clamaban por seguir las; opúsose por mucho tiempo La-Fayette, pero en vano, pues sus esfuerzos ni su popularidad no pudieron triunfar del obstinado gentío. Por espacio de siete horas los estuvo arengando y contentiendo; pero, impacientes ya á vista de tanto retardo, desconociendo su autoridad iban á ponerse sin él en marcha; cuando conoció que su deber era guiarlos como era el de detenerlos antes, obtuvo de la municipalidad una autorizacion para partir, y dió la señal á eso de las siete de la tarde.

Tan verdadera, aunque menos impetuosa, era la agitacion de Versálles: así la guardia nacional como

la asamblea se hallaban indignadas y en la mayor zozobra. El repetido banquete de los guardias de corps, la aprobacion que le dió la reina diciendo: «*La funcion del jueves me tiene encantada*;» la negativa del rey á aceptar simplemente la declaracion de los derechos del hombre, su contemporizacion convenida, y la falta de subsistencias escitaban la alarma y las sospechas en los representantes del pueblo. Habiendo denunciado Petion el banquete, intimóle un diputado realista que formalizase su denuncia, y diese á conocer los culpables: «*Declárese espresamente*, exclamó Mirabeau, que todo lo que no sea el monarca es súbdito y responsable, y yo presentaré pruebas.» Estas palabras que atacaban á la reina, impusieron silencio al lado derecho. Una discusion tan hostil fué precedida y seguida de debates no menos animados tocante á la negativa de la sancion y á la carestia de Paris. Acabábase en fin de enviar al rey una diputacion para pedirle que aceptase pura y sencillamente los derechos del hombre, y para conjurarle á que activase con todo su poder el acopio de la capital, cuando se anunció la llegada de las mugeres conducidas por Maillard.

Habian estas detenido todos los correos que podian anunciar su llegada, y por tanto su inesperada aparicion llenó de espanto á la corte. Reuniéronse todas las tropas de Versálles al rededor del palacio; pero no eran hostiles las disposiciones de las mugeres, porque su gefe Maillard las habia decidido á que se presentasen como suplicantes, y como tales espusieron sucesivamente sus quejas á la asamblea y al monarca: fueron por lo mismo bastante tranquilas las primeras horas de esta tumultuosa velada. Imposible era sin

embargo que no sobreviniesen causas de hostilidad y de turbulencia entre esta tropa desordenada y los guardias de corps, objeto de tanto encono. Hallábanse situados estos en el patio del palacio frente de la guardia nacional y del regimiento de Flándes: el intervalo que los separaba, estaba lleno de mugeres y de voluntarios de la Bastilla. En medio de la confusion inevitable consecuencia en lance tal, se empeñó una riña, y esto fué la señal del desórden y del combate. Un oficial de guardias dió un sablazo á un soldado de Paris, y fué en cambio herido de bala en el brazo. Alborotóse la guardia nacional contra los guardias de corps; la refriega anduvo bastante viva, y hubiera sido sangrienta si la noche, el mal tiempo y la órden que al momento recibieron los guardias de no hacer fuego y de retirarse, no lo hubiese impedido. Mas como se les acusaba de haber sido los agresores, fué extraordinario el furor de la muchedumbre, allanó su cuartel, é hirió gravemente á dos de ellos, y otro pudo salvarse con dificultad.

Durante este desórden estaba consternada la corte, deliberando sobre la fuga del rey y haciendo preparar coches: un piquete de la guardia nacional los vió en la verja de la *orangerie*, y despues de haberlos hecho entrar los encerró dentro. Por otra parte, ora porque ignorase el rey los planes de la corte, ora los juzgase impracticables, se negó á partir. Esta vacilante conducta entre no querer fugarse ni rechazar la agresion á viva fuerza, procedia en algun modo de temores mezclados con intenciones pacíficas. Temia, caso de ser vencido, la misma suerte de Carlos I en Inglaterra; y si se ausentaba temia que el duque de Orleans no obtuviese la regencia del reino. En este

intermedio, la lluvia, el cansancio y la inaccion de los guardias de corps, calmaron un tanto á la multitud, y La-Fayette llegó á la cabeza del ejército de Paris.

Su presencia tranquilizó á la corte, y las respuestas del rey á la diputacion de Paris dejaron satisfecho al gentío y al ejército: en poco tiempo la actividad de La-Fayette, el buen espíritu y la disciplina de la milicia parisiense, restablecieron en todas partes el orden. Disipóse vencida del cansancio esa masa de mugeres y de voluntarios; destinóse parte de los guardias nacionales á la defensa del palacio, y los demas fueron recibidos entre sus hermanos de armas de Versalles. Tranquila ya la familia real tras las alarmas y fatigas de tan penosa noche, se entregó al reposo á eso de las dos de la madrugada. La-Fayette despues de haber recorrido los puntos exteriores confiados á su misma guardia, hallando cumplido fielmente el servicio, tranquila la poblacion, y dispersa ó dormida la multitud, se entregó por algunos instantes al sueño.

Las seis serian, cuando algunos individuos del pueblo, mas exaltados y por tanto menos señolientos que los demas, rondaban al rededor del castillo. Hallaron abierta una verja, y avisando á sus compañeros penetraron por ella. Desgraciadamente los puntos interiores habian sido confiados á los guardias de corps y negados á los parisienses: esto fué la causa de todas las desgracias de esta noche fatal. Ni se habia siquiera doblado la guardia interior; no se habian recorrido las verjas, y el servicio se hacia con negligencia como en tiempos tranquilos. Agitados estos hombres por todas las pasiones que los habian con-

ducido á Versálles, vieron en una ventana á un guardia de corps, lo insultaron, y como tirase sobre ellos é hiriese á uno, precipitáronse todos sobre los guardias, que defendieron palmo á palmo el terreno sacrificándose con el mayor heroismo: uno de ellos tuvo tiempo de avisar á la reina, á quien amenazaban sobretodo los sitiadores, y se refugió casi desnuda cerca del rey. Terrible era el tumulto é inminente el riesgo en el palacio.

Avisado La-Fayette de haber sido invadida la mansion real, monta á caballo y se dirige apresuradamente al sitio del peligro. Halla en la plaza á varios guardias de corps rodeados de furiosos que querian degollarlos; lánzase en medio de ellos, reúne al paso á algunos guardias franceses, y despues de haber dispersado á los sitiadores y salvado á los atacados, vuela precipitadamente al palacio. Encuéntralo socorrido por los granaderos de guardias franceses, que á los primeros tiros acudieron á poner á la guardia del rey á salvo del furor de los parisienses. Pero no habia terminado la escena: reunido el gentío en el patio de marmol, al pié de la miranda del monarca, le pedian á gritos. Presentóse al fin, y como se clamaba por su vuelta á Paris, prometió entre el aplauso general trasladarse allá con su familia. La reina estaba resuelta á seguirle; pero era tan fuerte contra ella el encono, que no dejaba de ser peligroso el viaje; era forzoso antes reconciliarla con la muchedumbre. Para ello la propuso La-Fayette acompañarla al balcon, y despues de haber vacilado un momento accedió por fin. Dejáronse ver entrambos, y para darse á comprender del gentío tumultuoso, para desvanecer su animosidad y realzar su entusiasmo, La-Fa-

yette besó respetuosamente su mano: el pueblo contestó con aclamaciones. Faltaba aun reconciliarse con los guardias de corps. Adelántase con uno de ellos La-Fayette, coloca en su sombrero su propia escarapela tricolor, le abraza á presencia del gentío, y este esclama: *Vivan los guardias de corps!* Asi concluyó esta escena, y la familia real partió para Paris, escoltada por el ejército, mezclado con sus propios guardias.

La insurreccion del 5 y del 6 de octubre fué un verdadero motin popular. No deben buscársele agentes secretos, ni atribuirle á oculta ambicion; pues fué provocada por las imprudencias de la corte. El banquete de los guardias de corps, los rumores de una fuga, el temor de una guerra civil y la carestia: hé aquí las únicas causas que desplomaron, por decirlo así, la poblacion de Paris sobre Versáles. Si algunos secretos instigadores contribuyeron á producir el movimiento, cosa dudosa despues de un sin número de pesquisas, no cambiaron ni su direccion ni su fin. Este acontecimiento tuvo por resultado destruir el antiguo régimen de la corte, quitarle su guardia, trasladar su residencia de Versáles al foco de la revolucion, y colocarla bajo la vigilancia del pueblo.

CAPITULO III.

DESDE EL 6 DE OCTUBRE DE 1789 HASTA LA MUERTE DE
MIRABEAU EN ABRIL DE 1791.

Consecuencias de los acontecimientos de octubre. — Múdanse las provincias en departamentos; organízanse las autoridades administrativas y municipales según el sistema de la soberanía popular y de la elección. — Hacienda; son insuficientes los medios de que se echa mano para reanimarla; próclamanse bienes nacionales los del clero. — Su venta conduce á los asignados. — Constitución civil del clero; oposición religiosa de los obispos. — Aniversario del 14 de julio; abolición de los títulos; federación del Campo de Marte. — Nueva organización del ejército; oposición de los oficiales. — Cisma con motivo de la constitución civil del clero. — Clubs. — Muerte de Mirabeau. — Durante esta época va declarándose más la separación de partidos.

La época que es objeto de este capítulo, fué menos notable por sus acontecimientos que por la separación de los partidos, que iba declarándose diariamente, porque á medida que tenían lugar mudanzas en el estado y en las leyes, pronunciábanse contra ellas los que se sentían perjudicados en sus intereses ó contrariados en sus opiniones. En el principio de los estados generales tuvo la revolución por contraria á la corte; cuando la reunión de los estamentos y la abolición de los privilegios, á la nobleza; y cuando

el establecimiento de una sola cámara, desechando el sistema de la cámara de los pares, al ministerio y á los partidarios del gobierno inglés. Aumentáronse los descontentos cuando la organizacion departamental; al publicarse los decretos sobre los bienes y la constitucion civil del clero, enemistóse la revolucion con todo el cuerpo eclesiástico; y al promulgarse las nuevas leyes militares, opusieronse todos los oficiales del ejército. Parece que la asamblea no debia haber realizado á la vez tantas mudanzas, para no acarrear tantos enemigos: pero sus planes generales, sus necesidades y los pasos dados por sus contrarios, exigieron todas estas innovaciones.

Despues del 5 y del 6 de octubre la asamblea tuvo su emigracion como la corte habia tenido la suya despues del 14 de julio. Mounier y Lally-Tollendal la abandonaron, desconfiando de conseguir la libertad asi que sus ideas dejaron de dominar. Harto absolutos en sus planes, querian que el pueblo, despues de haber salvado el 14 de julio á la asamblea, cesase de repente de obrar: esto era desconocer el arranque de las revoluciones. Cuando se ha empleado una vez al pueblo, muy dificil es licenciarle: lo mas prudente seguramente no es negarse á su intervencion sino regularizarla. Lally-Tollendal renunció á su título de frances y volvió á Inglaterra, país de sus abuelos. Mounier pasó al Delfinado, su provincia, é hizo cuanto pudo para sublevarla contra la asamblea. Inconsecuente era sobremanera quejarse de una insurreccion provocando otra, precisamente cuando hubiera aprovechado á otro partido, porque el suyo era harto debil para hacer frente á la revolucion y al antiguo régimen.

A pesar de su influencia en el Delfinado, cuyos antiguos movimientos habia dirigido, no pudo Mounier establecer un centro de duradera resistencia; pero, sabedora de ello la asamblea se apresuró á destruir la antigua organizacion provincial, que hubiera podido servir de base á la guerra civil.

Con posterioridad á aquel acontecimiento, la representacion nacional habia seguido al rey á la capital, calmándola no poco su comun presencia. Mostrábase satisfecho el pueblo de poseer al monarca, y habian cesado con esto las causas que escitaban su agitacion. El duque de Orleans, que con justicia ó sin ella, era considerado como motor de la rebellion, fué alejado, consintiendo en pasar con una mision á Inglaterra. La-Fayette estaba decidido á sostener el orden; la guardia nacional, animada del mejor espíritu, adquiria diariamente el hábito de la sumision y de la disciplina; la municipalidad empezaba á tomar autoridad, habiendo desaparecido la primera confusion de su establecimiento: solo quedaba, pues, una causa de agitaciones, y era la carestía. A pesar de la prevision y de la actividad de la junta encargada del acopio, diariamente amenazaban la tranquilidad pública varios grupos sediciosos. Facil el pueblo de ser alucinado cuando sufre, degolló á un panadero llamado Francisco, por habersele injustamente acusado de monopolio. Proclamóse el 21 de octubre una ley marcial que autorizaba á la municipalidad á hacer uso de la fuerza para disipar los grupos, intimando antes á los ciudadanos que se retirasen. Se hallaba el poder en manos de una clase interesada en favor del orden; las municipalidades y los guardias nacionales estaban

sometidos á la asamblea: la obediencia á la ley era la pasion de esta época. Por su parte, no aspiraban los diputados mas que á acabar la constitucion, y á llevar á cabo la reorganizacion del estado, conviniéndoles activarlo tanto mas, cuanto los enemigos de la asamblea se valieron de los restos del antiguo régimen para suscitarla embarazos: asi rechazó cada una de sus tentativas con un nuevo decreto, que mudando el antiguo orden de cosas, los iba privando de sus medios de ataque.

Principió por distribuir el reino de un modo mas igual y regular. Las provincias, que no sin pesar habian visto la pérdida de sus privilegios, formaban unos pequeños estados, cuya estension era sobrado vasta y su administracion sobrado independiente: importando mucho reducir su dimension, mudar sus nombres y someterlas á un mismo régimen; el 22 de diciembre adoptó en este punto la asamblea el proyecto concebido por Sieyes, y presentado por Thouret en nombre de una comision que incesantemente se ocupó de ello por espacio de dos meses.

Quedó dividida la Francia en ochenta y tres departamentos casi iguales en estension y en habitantes; el departamento quedó dividido en distritos, y estos en cantones. Organizóse su administracion de un modo uniforme y gerárquico. Cada departamento tuvo un consejo administrativo compuesto de treinta y seis miembros, y un directorio ejecutivo con cinco: su nombre indica ya que aquellos debian decidir, y estos obrar. No de otro modo fué organizado el distrito; y si bien que bajo menor pié, tuvo tambien su consejo y su directorio menos numerosos y dependientes de aquellos como inferiores. El Canton,

compuesto de cinco ó seis parroquias, fué una division electoral, mas no administrativa: en él debian reunirse para nombrar diputados y magistrados los ciudadanos activos, requiriéndose para serlo pagar una contribucion equivalente á tres dias de trabajo. Segun el nuevo plan estaba sujeto todo á eleccion, pero indirecta. Parecia imprudente confiar á la muchedumbre la eleccion de sus delegados, é ilegal negarles el voto, y se ocurrió á esta dificultad con la eleccion indirecta de dos grados. Los ciudadanos activos del canton nombraban á los electores encargados de nombrar los miembros de la asamblea nacional, los administradores del departamento, los del distrito y los jueces de los tribunales. Establecióse un tribunal criminal para todo el departamento, otro civil para cada distrito, y otro de paz para cada canton.

Tal fué la institucion del departamento. Faltaba organizar las municipalidades, y se confi6 su administracion á un consejo general y á unos representantes, compuestos de miembros en número proporcionado á la poblacion de las ciudades. Los municipales fueron nombrados inmediatamente por el pueblo, y solo ellos pudieron requerir la accion de la fuerza armada. La municipalidad formó el primer grado de la asociacion y el reino el último: el departamento sirvió de intermedio entre aquella y este, entre los intereses universales y los puramente locales.

La ejecucion de este plan que organizaba la soberania del pueblo, que hacia concurrir á todos los ciudadanos á la eleccion de sus magistrados, que les confiaba su propia administracion, y que distribuidos en cuadros permitia el movimiento al estado entero, con-

servaba á las partes en relacion con el todo é impedía su aislamiento, causó descontento en algunas provincias: los estados de Languedoc y de la Bretaña protestaron contra la nueva division del reino; y por su parte los parlamentos de Metz, de Ruan, de Burdeos y de Tolosa, clamaron contra las disposiciones de la asamblea que suprimia las cámaras de vacaciones, abolia las clases y declaraba incompetentes las comisiones de los estados. De todos los recursos echaban mano los partidarios del antiguo régimen para desacreditar al nuevo: la nobleza escitaba las provincias, los parlamentos tomaban medidas hostiles, el clero circulaba oficios, y los escritores públicos usaban de la libertad de imprenta para atacar á la revolucion. Los nobles y los obispos fueron sus dos principales enemigos; porque como el parlamento no tenia echadas raices en la nacion, solo formaba una magistratura cuyos ataques se prevenian destruyéndola, en lugar de que la nobleza y el clero tenian medios de accion que sobrevivian á su influencia de cuerpos. Las desgracias de estas dos clases procedieron de ellas mismas: despues de haber combatido á la revolucion en la asamblea, la atacaron mas tarde de frente, el clero con sublevaciones interiores, la nobleza armando contra ella á la Europa: bien es verdad que ambos se prometian mucho de la anarquía, que causó males horribles á la Francia, pero que estuvo muy lejos de mejorar su situacion. Veamos como principiaron las hostilidades del clero, remontándonos á su origen.

La revolucion dió principio por la hacienda, y no habia podido hacer cesar todavia los embarazos que la habian producido, porque habian llamado la aten-

cion de la asamblea objetos mas importantes. Llamada no ya á pagar la administracion , sino á constituir el estado , habia suspendido de tiempo en tiempo sus discusiones legislativas para satisfacer las mas perentorias necesidades del tesoro. Necker proponia medios provisionales y eran adoptados casi sin discusion , como por voto de confianza ; pero á pesar de esto , no veia muy gustoso depender la hacienda de la constitucion , y el ministerio de la asamblea. No habiendo tenido efecto un empréstito de treinta millones , decretado el 9 de agosto , se decretó otro de ochenta el 27 del propio mes y fué insuficiente. Los impuestos se hallaban reducidos ó abolidos , y casi nada producian á causa de lo difícil que era percibirlos. Inútil era recurrir á la confianza pública que se negaba á los sacrificios , y en setiembre propuso Necker como único medio una contribucion extraordinaria por una sola vez del cuarto de las rentas. Cada ciudadano debia fijar por sí mismo el tanto empleando aquella fórmula de juramento tan sencilla , y que tan bella idea nos da del patriotismo y lealtad de aquellos primeros tiempos : *declaro con verdad.*

Entonces fué cuando Mirabeau hizo conceder á Necker una verdadera dictatura en punto á hacienda. Habló de las necesidades urgentes del estado , de los trabajos de la asamblea que no le permitian discutir el plan del ministro y que le impedian examinar otro , y de los conocimientos de Necker , quien prometia un buen efecto del suyo : requirió á la asamblea á que descargase sobre él toda la responsabilidad del éxito adoptándole por confianza. Y como algunos no aprobaban las combinaciones del ministro , mientras que otros sospechaban de las intenciones de Mirabeau con

respecto á aquel, concluyó uno de sus mas elocuentes discursos presentando como inminente una bancarrota, y exclamando: «Votad ese subsidio extraordinario, y plegue á Dios que sea suficiente! Votadle, porque si teneis duda respecto á los medios, no puede caberos respecto á su necesidad y á nuestra impotencia para reemplazarlos. Votadle, porque las circunstancias públicas no sufren ningún retardo, y si nosotros le sufriésemos seríamos responsables de cualquiera dilacion. Guardaos de pedir tiempo, la desgracia jamas le concede. Señores! á propósito de una ridicula mocion del Palais-Royal con motivo de una risible incursion, que solo tuvo importancia en las imaginaciones débiles ó en los depravados designios de algunos hombres de mala fe, oisteis en otras circunstancias estas palabras traídas como por los cabellos: «*Catilina se halla á las puertas de Roma, y se discute!*... Y seguramente no habia entonces al rededor de nosotros ni Catilina, ni peligros, ni facciones, ni Roma. Pero hoy dia, ahí está la bancarrota, la fea bancarrota, que amenaza consumiros, junto con vuestras propiedades y vuestro honor: y deliberais todavía!» Mirabeau arrebató á la asamblea, y entre el aplauso general se votó la contribucion patriótica.

Però este recurso produjo solo un alivio momentáneo: la hacienda en manos de la revolucion dependia de una medida mas vasta y mas atrevida; era necesario no solo hacer subsistir la revolucion, sino llenar el inmenso déficit que retardaba su marcha y amenazaba su porvenir. Solo quedaba un medio: declarar bienes nacionales á las propiedades eclesiásticas, y venderlas en provecho del estado; así lo or-

denaba el interes público, y así podia hacerse con justicia, puesto que el clero no era propietario sino simple administrador de sus bienes, bienes concedidos al culto y no á los sacerdotes. Tomando sobre sí la nacion los gastos del altar y la manutencion de los ministros, podia justamente apropiárselos, procurarse por este medio un importante recurso de hacienda, y obtener un inmenso resultado político.

Convenia sobremanera no dejar en el estado ningun cuerpo independiente, y antiguo sobretodo; porque en tiempo de revolucion todo lo antiguo es enemigo. El clero con su formidable gerarquía y su opulencia, y estraño á toda mudanza, se hubiera conservado en república dentro del reino. Esta forma convenia á otro régimen; cuando no existia estado y sí unicamente corporaciones, cada clase habia cuidado de su organizacion y de su existencia, el clero con sus decretales, la nobleza con sus leyes feudales, y el pueblo con sus municipalidades: todo era independiente, porque todo era privado. Mas ahora que todos los cargos eran públicos, forzoso era convertir el sacerdocio en una magistratura como se habia hecho con el poder real; y para declararlo dependiente del estado, era indispensable asalariarlo, y quitar sus dominios al monarca y sus bienes al clero, señaládoles decentes dotaciones. Hé aqui como se llevó á cabo esta grande operacion que destruyó el antiguo régimen eclesiástico.

Una de las mas urgentes necesidades era sin disputa la abolicion del diezmo; y como era un tributo pagado al clero por los labriegos, debia esta medida redundar en provecho de estos á quienes abru.

naba; por lo cual, despues de haberlos declarado redimibles en la noche del 4 de agosto, los suprimió completamente el 11 del mismo mes: opúsose al principio el clero, pero ultimamente tuvo el talento de aderir á ello. El arzobispo de Paris, en nombre de todos sus cofrades, renunció á los diezmos, y por medio de este acto de prudencia se mostró fiel á la conducta de los privilegiados en la noche del 4 de agosto: pero este fué el término de sus sacrificios.

Poco tiempo despues principió la discusion sobre la propiedad de los bienes eclesiásticos. Talleyrand, obispo de Autun, propuso al clero que renunciase á ella en favor de la nacion, paraque los emplease en la conservacion de los altares, y en el pago de su deuda; probó la justicia y conveniencia de esta medida, y demostró las inmensas ventajas que de ella resultarian al estado. Los bienes del clero subian á muchos miles de millones; encargándose de sus deudas, del servicio eclesiástico, del de los hospitales, y de la dotacion de sus ministros, quedaba todavia un capital para amortizar todas las rentas públicas, asi perpetuas como vitalicias, y pagar el sueldo de los empleados judiciales. El clero se opuso con calor á esta proposicion; fué muy animado el debate, pero á pesar de su resistencia se decidió que no era propietario, y sí unicamente simple depositario de los bienes consagrados á los altares por la piedad de los reyes ó de los fieles, y que tomando la nacion á su cargo el servicio debia entrar en posesion de los bienes. El 2 de diciembre de 1789 fué dado el decreto que los ponía á su disposicion.

Desde entonces se manifestó el encono del clero contra la revolucion, pues aun cuando al principio de los estados generales habia sido menos tenaz en salvar sus riquezas que la nobleza, despues se declaró tan opuesto como ella al nuevo régimen, convirtiéndose en su mas constante y encarnizado enemigo; sin embargo, como el decreto ponía los bienes eclesiásticos á merced de la nacion, pero sin desnaturalizarlos todavia, no se declaró por de pronto, y no habiéndosele quitado la administracion, confió que servirían de hipoteca para la deuda, pero que no se venderían.

Era en efecto difícil realizar esta venta, y sin embargo no podia retardarse, porque el tesoro no subsistia mas que de anticipos, y la caja de descuento que le surtía de villetes, empezaba á carecer de crédito por su gran cantidad de emisiones. Hé aqui como se logró y el modo de proceder en la nueva organizacion de hacienda. Las necesidades del año corriente y del posterior exigian una venta de aquellos bienes por valor de cuatrocientos millones; para facilitarla encargóse la municipalidad de Paris de una cuantiosa parte, y á su ejemplo hicieron otro tanto las demas municipalidades del reino, debiendo remitir al tesoro el equivalente de los bienes que recibirían del estado para venderlos á los particulares: pero les faltaba dinero, y no podían adelantar el precio, porque aun no tenían compradores. Para salir del apuro, dieron billetes municipales destinados á reembolsar á los acreedores públicos hasta tanto que hubiesen hallado los fondos necesarios para retirar aquellos billetes. Combinada esta idea, se conoció que en lugar de los billetes municipales era me-

por crear billetes de estado que tuviesen curso forzoso é hiciesen veces de moneda : así se simplificaba la operacion generalizándola , y tal fué el origen de los asignados.

Mucho sirvió este descubrimiento á la revolucion , proporcionando la venta de los bienes nacionales , y los asignados que eran como un pago para el estado , fueron una prenda para los acreedores , los cuales al recibirlos no estaban obligados á cobrarse en tierras lo que habian dado en numerario ; mas con el tiempo debian llegar en manos de quien tuviese voluntad de realizarlo , y entonces debian ser destruidos cesando su carácter de prenda. A fin de que llenasen su objeto , se exigió que su circulacion fuese forzosa ; paraque representasen su valor , se limitó la cantidad al de los bienes que se pusieron en venta ; y paraque no decayesen subitamente , se les concedió un interes : nada , en fin , omitió la asamblea desde su emision para dar á los asignados todo el carácter de moneda. Esperaba que el numerario , oculto por desconfianza , volveria á aparecer y que entrarian con él en concurrencia los asignados , puesto que la hipoteca les daba la misma seguridad , y el interes los constituia mas ventajosos : pero este interes que tenia grandes inconvenientes , desapareció á la segunda emision , y este fué el principio de ese papel moneda , emitido con tanta prudencia y necesidad , que permitió á la revolucion llevar á cabo tan grandes cosas , y que fué desacreditado por causas procedentes no tanto de su naturaleza , como del uso que posteriormente se hizo de él.

Al ver el clero que por decreto del 29 de diciembre se transferia la administracion de sus bienes á las mu-

nicipalidades; la venta que iba á hacerse por valor de cuatrocientos millones, y la creacion de un papel moneda que facilitaba su despojo y lo hacia definitivo, nada olvidó para hacer intervenir á Dios en la causa de sus riquezas. Hizo un postrer esfuerzo: ofreció realizar en su nombre el empréstito de 400 millones; pero no se admitió, porque esto era reconocerle nuevamente propietario, cuando se habia decidido que no lo era. Buscó entonces todos los medios de estorbar las operaciones municipales: en el Mediodia sublevó á los católicos contra los protestantes; en el púlpito alarmó las conciencias; en el confesonario trató de sacrílegas las ventas; en la tribuna procuró hacer sospechosos los sentimientos de la asamblea y suscitó en cuanto pudo cuestiones de religion, á fin de confundir con esta la causa de su propio interes. Por este tiempo todos, hasta el mismo clero, reconocian los abusos y la inutilidad de los votos monásticos; pero en la época de su abolicion, el 15 de febrero de 1790, el obispo de Nancy propuso como por incidente y de una manera pérfida, que solo á la religion católica se concediese un culto público. Indignése la asamblea contra los motivos que habian sugerido tal proposicion, y no la tomó en cuenta. Pero se repitió en otra sesion, y despues del mas vivo debate declaró la asamblea que por respeto al Ser Supremo y á la religion católica, única cuyos gastos corrian á cargo del estado, juzgaba deber abstenerse de pronunciar en punto á la cuestion que se suscitaba.

Tales eran las disposiciones del clero cuando en los meses de junio y de julio de 1790 se ocupó la asamblea de su organizacion interior: esta era la coyuntura que esperaba con impaciencia para escitar un cis-

ma. Aquel proyecto cuya adopcion ha sido tan funesta, tendia á reconstituir la iglesia sobre sus antiguas bases y á restituir la pureza de las creencias; no era la obra del filosofismo, sino la de algunos cristianos austeros, que querian apoyar el culto en la constitucion, y hacer que ambas cosas contribuyesen á la felicidad del estado. La reduccion de los obispados á igual número que los departamentos, la conformidad del círculo eclesiástico con el civil, el nombramiento de obispos por los electores mismos que nombraban á los administradores y á los diputados, la supresion de los capítulos y el reemplazo de las canongías por vicarías, en esto consistia el plan, y nada atacaba al dogma ni al culto de la iglesia. Durante mucho tiempo los obispos y los eclesiásticos habian sido nombrados por el pueblo; en punto á los límites diocesanos era una operacion puramente material y que no tenia nada de religioso. Atendiase por otra parte generosamente á la manutencion de los miembros del clero, y si bien se disminuian las rentas de los grandes dignatarios, tambien se aumentaban las de los curas, que eran los mas numerosos.

Sin embargo, se necesitaba un pretesto, y se aprovechó con ardor el de la constitucion civil del clero. Al abrirse la discusion protestó el arzobispo de Aix contra los principios de la comision eclesiástica. En sentir suyo, se oponia la disciplina á que los obispos fuesen instituidos ó destituidos por la autoridad civil; y en el momento en que el decreto iba á ponerse á votacion, el obispo de Clermont reprodujo los principios espuestos por aquel, y se salió de la sala á la cabeza de todos los miembros disidentes. Adoptóse el decreto, pero fué la señal de la lucha entre el cle-

ro y la revolucion. Unióse aquel desde entonces estrechamente con los nobles disidentes, y como era igual el destino de entrambos, hicieron juntos los mayores esfuerzos para impedir la ejecucion de las reformas.

No bien se hubieron organizado los departamentos, cuando enviaron á ellos comisionados para reunir los electores y probar nuevos nombramientos: no esperaban ciertamente obtener elecciones favorables, sino únicamente promover divisiones entre la asamblea y los departamentos. Denuncióse este proyecto en la tribuna, y desde que fué conocido no pudo ya tener efecto, viéndose precisados sus autores á recurrir á otra trama. Habia finido ya el término del poder concedido á los diputados de los estados generales, puesto que no podia durar mas que un año atendido el voto de las bailías, y los aristócratas se aprovecharon de ello para pedir la renovacion de la asamblea. Si la hubiesen obtenido habrian alcanzado una ventaja inmensa, y con este objeto llegaron á invocar la soberanía del pueblo. «Sin duda, les replicó Chapelier, toda soberanía reside en el pueblo; pero este principio no es aplicable en las actuales circunstancias; pues equivaldria á destruir la constitucion y la libertad renovar la asamblea antes que aquella esté terminada: esto quisieran los que desean que perezcan ambos objetos, que renazcan los estamentos y aquellas prodigalidades públicas y aquellos abusos que son consecuencias del absolutismo.» En este momento todas las miradas se fijaron en el lado derecho y sobre el abate de Maury. «Enviad á esos hombres al Chatelet, exclamó vivamente este; pero sino los conoceis, absteneos de hablar vagamente.» — «Imposible es,

continuó Chapelier, que la constitucion no sea la obra de una sola asamblea. No existen por otra parte los antiguos electores, puesto que las bailías han quedado confundidas en los departamentos: las tres clases no estan separadas ya. Luego queda sin valor ni efecto la cláusula de la limitacion de poderes; luego es contrario á los principios de la constitucion que los actuales diputados no permanezcan en la asamblea: su juramento lo prescribe, y el interes público lo exige.»

—«Se nos rodea de sofismas, répuso entonces el abate Maury; ¿desde cuándo somos asamblea nacional? Háblase del juramento del 20 de junio, sin atender á que no puede derogar al que hizimos á nuestros comitentes. Además, señores, la constitucion está concluida; nos falta solo declarar que compete al rey el lleno del poder ejecutivo: solo nos hallamos reunidos para asegurar al pueblo frances el derecho de influir en su legislacion, para establecer que los impuestos deben ser consentidos por el pueblo, para asegurar nuestra libertad. Sí; la constitucion está concluida ya, y me opongo á todo decreto que tienda á limitar los derechos del pueblo sobre sus representantes. Los fundadores de la libertad deben respetar los derechos de la nacion: esta es superior á nosotros, y restringir la libertad nacional es destruir en sus cimientos nuestra autoridad.»

Todo el lado derecho aplaudió al abate Maury; pero Mirabeau sube de repente á la tribuna. «Pregúntase, dice, desde cuando los diputados del pueblo se han convertido en asamblea nacional. Hé aquí la respuesta: desde aquel dia en que hallando inva-

didamente militarmente la sala de sus sesiones, fueron á reunirse donde pudieron para jurar que perecerian antes que ser traidores á la nacion y abandonar sus derechos. Desde aquel dia nuestros poderes, cualesquiera que fuesen, cambiaron de naturaleza; y cualesquiera que sean los que ejercemos, nuestros esfuerzos y trabajos los han legitimado, y la adhesion del pueblo los ha santificado. Todos tendréis presentes las palabras de aquel hombre grande de la antigüedad, que despreció las fórmulas legales para salvar la patria. Requerido por un tribuno faccioso á que dijese si habia observado las leyes, respondió: juro que he salvado la patria! Señores, añadió volviéndose á los diputados de los comunes, juro que habeis salvado la Francia!» Levantóse por espontáneo movimiento la asamblea entera, y declaró que solo concluiria sus sesiones en el momento que quedase completada su obra.

Multiplicáronse por este tiempo las tentativas contra-revolucionarias fuera de la asamblea. Procuróse seducir ó desorganizar el ejército; pero lo impidieron las sabias medidas de la asamblea, pues se granjeó el amor de las tropas declarando los grados y los adelantos independientes de la corte y de todo título de nobleza. El conde de Artois y el príncipe de Condé, que despues del 14 de julio habian pasado á Turin, urdieron conspiraciones en Lion y en el mediodia; mas, como la emigracion no tuviese por entonces el apoyo exterior que posteriormente halló en Coblenz, y careciendo de apoyo en el interior, quedaron desvanecidos todos sus proyectos. Ningun resultado tuvieron entonces los ensayos de sublevacion que el clero probó en el Languedoc;

ocasionaron turbulencias momentáneas, mas no una guerra religiosa. Necesitase tiempo para levantar un partido, y mucho mas todavía para empeñarle á que combata seriamente. Menos impracticable era el plan de robar al rey y conducirlo á Perona, y se disponia para ejecutarlo el marques de Favras con el secreto apoyo del hermano de S. M., cuando se descubrió la trama. El tribunal del Chatelet condenó á muerte á ese intrépido aventurero, que no logró su intento porque empleó en él demasiado aparato. Despues de los acontecimientos de octubre, la evasion del rey podia solo tener lugar de una manera furtiva, como sucedió mas tarde en Varénnes.

Hallábase la corte en una posicion equívoca y embarazosa. Daba pábulo á todas las tentativas contra-revolucionarias sin autorizar ninguna; conocia mejor que nunca su debilidad y su dependencia de la asamblea: deseaba sustraerse á su poder, y temia hacerlo, porque el éxito le parecia difícil. Espoleaba por esto la resistencia sin cooperar á ella abiertamente: con unos suspiraba por el antiguo régimen, y con otros hablaba solo de moderar la revolucion. Ultimamente tuvo conferencias con Mirabeau. Despues de haber sido este uno de los principales autores de la reforma, queria hacerla estable encadenando á las facciones: su plan era convertir la corte á favor de la revolucion, mas no poner esta á merced de aquella. Constitucional era el apoyo que ofrecia, y no podia ofrecer otro, porque su poder dependia de la popularidad, y esta de sus principios; pero hizo mal en venderle: si sus inmensas necesidades no le hubiesen he-

cho aceptar dinero vendiendo sus consejos, no hubiera sido mas digno de crítica que el inalterable La-Fayette que los Lameth y los *Girondinos*, que conferenciaron sucesivamente con la corte. Sin embargo, ni unos ni otros obtuvieron jamas la confianza absoluta de esta, pues solo acudia á ellos por necesidad, para suspender la marcha de la revolucion, en tanto que por medio de los aristócratas esperaba destruirla: tal vez Mirabeau fué el único jefe popular que ejerció ascendiente sobre ella, porque era el mas elocuente y el mas fuerte.

En medio de tales conspiraciones é intrigas, se dedicaba sin descanso la asamblea á concluir la constitucion, y decretó la nueva organizacion judicial de la Francia. Todas las nuevas magistraturas fueron temporales. Bajo la monarquia absoluta, como los poderes emanaban del trono, nombraba el monarca á todos los empleados; bajo la monarquia constitucional, como todos los poderes derivaban del pueblo, todos los funcionarios fueron nombrados por él. Unicamente fué transmisible el trono; los demas poderes no siendo propiedad de ningun hombre ni de ninguna familia, dejaron de ser vitalicios y hereditarios: toda la legislacion de la época dependia del único principio de la soberanía popular. Hasta los cargos judiciales tuvieron ese carácter de movilidad introduciéndose para causas criminales el jurado, esa institucion democrática comun en otro tiempo á casi todo el continente, y que solo en Inglaterra habia resistido á la feudalidad y al trono. Para las causas civiles, se nombraron jueces especiales. Estableciéronse tribunales sedentarios, dos grados de jurisdiccion para dar recurso contra el error, y

un tribunal superior que velase para que fuesen respetadas las formas protectoras de las leyes. Este poder temible cuando deriva del trono, puede solo ser independiente siendo inamovible; pero derivando del pueblo debe ser temporal, porque dependiendo de todos no depende precisamente de nadie.

En otra cuestion, importantísima tambien, á saber el derecho de paz y de guerra, decidió la asamblea un punto nuevo y delicado, y lo hizo con prontitud, seguridad y justicia, despues de una de las mas luminosas y elocuentes discusiones. Como la guerra y la paz, á diferencia de las demas cosas, estriban mas en la accion que en la voluntad, concedió la iniciativa al monarca; el que se hallaba mas en situacion de conocer su conveniencia, debia proponer, y quedaba en manos del cuerpo legislativo la resolucio.

El torrente popular, despues de haber inundado el antiguo régimen, volvía á su álveo, é iban colocándose nuevos diques por todos puntos: estableciase con presteza el gobierno de la revolucion; la asamblea habia dado al nuevo régimen su monarca, su representacion nacional, su division territorial, su fuerza armada, sus poderes municipales y administrativos, sus tribunales populares, su clero y su moneda; habia hallado una hipoteca para su deuda, y un medio de transferir sin injusticia las propiedades.

Acercábase el 4^{to} de julio, dia que era para la nacion el aniversario de su restauracion. Todos se preparaban á celebrarle por medio de una solemnidad que elevase el alma de los ciudadanos y estrechase sus lazos. Debía verificarse en el Campo de Marte una confederacion de todo el reino: allí al aire libre, los diputados enviados por los ochenta y tres departa-

mentos, la representacion nacional, la guardia de Paris y el monarca, debian prestar juramento á la constitucion. Para preludio de esta patriótica festividad, los miembros populares de la nobleza propusieron la abolicion de los títulos, y la asamblea vió renovarse una sesion semejante á la del 4 de agosto. Los títulos, los escudos, las libreas y las órdenes de la caballeria, todo quedó abolido el 20 de junio, y la vanidad perdió sus privilegios como los habia perdido el poder.

Esta sesion estableció en todo la igualdad, y puso en armonía las palabras con las cosas destruyendo todo rancio aparato. Los títulos habian en otro tiempo designado los cargos públicos; los escudos de armas habian distinguido á poderosas familias; ejércitos de vasallos habian vestido las libreas; las órdenes de la caballeria habian defendido el estado contra el extranjero, y á la Europa contra el islamismo: pero en el dia nada de esto existia; los títulos habian perdido su realidad y su conveniencia; la nobleza despues de haber cesado de ser una magistratura, cesaba tambien de ser una ilustracion, y el poder y la gloria debian salir en adelante de las clases plebeyas; pero sea que la aristocracia prefiriese sus títulos á sus privilegios, ó bien que esperase solo un pretesto para declararse abiertamente, ello es que esta medida motivó mas que otra alguna su emigracion y sus ataques; y fué para la nobleza lo que la constitucion para el clero, esto es, una coyuntura, mas bien que una causa para hostilizar al poder.

Asomó el 14 de julio, y pocos dias tuvo la revolucion tan bellos, solo el tiempo no correspondió á esta magnífica fiesta. Todos los diputados de los departamentos fueron presentados al rey que los acogió









con suma afabilidad, recibiendo como rey constitucional las mayores muestras de afecto. — «Señor, le dijo el gefe de la diputacion de la Bretaña poniendo una rodilla en tierra y presentándole su espada; pongo en vuestras manos la fiel espada de los valientes bretones, que solo se teñirá con sangre de vuestros enemigos.» Luis XVI lo levantó, le abrazó, y volviéndole la espada le dijo: — «Nunca estará mejor que en manos de mis caros Bretones; jamas dudé de su amor y fidelidad: aseguradles que soy el padre, el hermano y el amigo de todos los franceses. — Señor, añadió el diputado, todos los franceses os aman y amarán, porque sois un rey ciudadano.

Acababan apenas de terminarse los inmensos preparativos para la gran federacion que debia verificarse en el Campo de Marte, y todo Paris habia concurrido durante muchas semanas á los trabajos para que todo estuviese pronto para el dia 14. A las siete de la mañana partieron en comitiva de la plaza de la Bastilla los electores, los representantes de la municipalidad, los presidentes de los distritos, la asamblea nacional, la guardia de Paris, los diputados del ejército y los federados de los departamentos: la presencia de todas las corporaciones nacionales, las banderas flotantes, las inscripciones patrióticas, los variados, trages el ruido de la música y la alegría del pueblo, todo hacia imponente esta comitiva: atravesó la ciudad, pasó el Sena en medio de una salva de artillería por un puente de barcas echado al dia antes; entró en el Campo de Marte por bajo de un arco triunfal decorado con inscripciones patrióticas, y cada corporacion se colocó con orden y en medio de los aplausos en el lugar que la estaba designado.

El vasto espacio del Campo de Marte estaba cercado de gradas de cesp ed, ocupadas por cuatrocientos mil espectadores: en medio se elevaba un altar de forma antigua, y   su alrededor sobre un vasto anfiteatro se veía al rey,   su familia,   la asamblea y municipalidad; los federados de los departamentos estaban colocados por órden bajo sus estandartes, y los diputados del ejército y la guardia nacional se hallaban en sus puestos y bajo sus banderas. El obispo de Autun vestido de pontifical subió al altar, y en los cuatro ángulos de este se colocaron cuatrocientos sacerdotes revestidos de albas y adornados con cinturones tricolores flotantes.

Celebr ose la misa al son de los instrumentos militares, y el obispo de Autun bendijo en seguida la oriflama y las ochenta y tres banderas. Rein o entonces un profundo silencio en aquel vasto recinto, y La-Fayette nombrado aquel día comandante general de todos los guardias nacionales del reino, se adelantó el primero para prestar el juramento cívico. Llev onle los granaderos en brazos hasta el altar de la patria, en medio de las aclamaciones públicas, y dijo en alta voz en su nombre, en el de las tropas y de los confederados: — «Juramos ser siempre fieles   la nación,   la ley y al rey, sostener con todo nuestro poder la constitución decretada por la asamblea nacional y aceptada por el rey, y permanecer unidos   todos los franceses con los vínculos indisolubles de la fraternidad.» Mezcl ronse al momento con las salvas de artillería y el sonido de la música las prolongadas aclamaciones de *viva la nación!* y *viva el rey!* Igual juramento prestó el presidente de la asamblea nacional, y le repitieron   la vez todos los diputados.

Levantóse entonces Luis XVI y dijo: «Yo, rey de los franceses, juro emplear todo el poder que tengo delegado por el acta constitucional del estado, en mantener la constitucion decretada por la asamblea nacional y aceptada por mí.» Entusiasmada la reina levantó en brazos al Delfin, y dijo enseñándole al pueblo: «Hé aqui á mi hijo, que adiere conmigo á estos mismos sentimientos.» Bajáronse en el acto las banderas y resonó el aplauso de la multitud: los súbditos creyeron en la sinceridad del monarca, este en el afecto de aquellos, y terminó tan feliz dia con un cántico de accion de gracias.

Prolongáronse por algun tiempo las fiestas de la federacion: justas, iluminaciones y bailes, tales fueron los regocijos que prodigó la ciudad de Paris á los diputados de los departamentos. Dióse entre otros un baile en el terreno mismo donde se elevaba un año antes la Bastilla: veíanse esparcidos á uno y otro lado hierros, rejas y escombros, y sobre la puerta se habia puesto esta inscripcion que contrastaba con el anterior destino de esta morada: *Aqui se baila.* «Bailábase en efecto con alegria, con confianza, dice un contemporáneo, sobre el suelo mismo regado con tantas lágrimas, donde tantas veces gimió el valor, el genio y la inocencia, y donde tan frecuentemente fueron ahogados los gritos de la desesperacion.» Asi que hubieron terminado estas fiestas se acuñó una medalla para eternizar su memoria, y los federados volvieron á sus departamentos.

Esta solemnidad no sirvió mas que para suspender las hostilidades de los partidos, porque á poco volvieron á urdirse pequeñas intrigas, asi en el se-

no de la asamblea como fuera de ella. Acababa de volver de su mision, ó por mejor decir de su destierro, el duque de Orleans, y volvió á seguirse la sumaria hasta entonces suspendida, relativamente á los acontecimientos del 5 y del 6 de octubre de que se le acusaba ser autor junto con Mirabeau. Muestras dió de poco previsora la corte con este ataque, porque le era preciso hacer evidente la acusacion, ó no debía entablarla. Decidida la asamblea á entregar á la ley los culpables si tales hubiesen aparecido, declaró que debía sobreseerse en la causa; y Mirabeau despues de un impetuoso arranque contra la sumaria, impuso silencio al lado derecho, y quedó triunfante de una acusacion de que solo se habia echado mano para aterrarle.

El ataque no se dirigia unicamente á algunos diputados, sino á la asamblea entera; intrigaba contra ella la corte, y entretanto el lado derecho la hacia salirse de sus quicios. *Nos gustan sus decretos*, decia el abate Maury; *necesitamos todavia tres ó cuatro mas*. Algunos libelistas mercenarios hacian vender á sus puertas folletos propios para hacerla perder el respeto del pueblo; los ministros por otra parte contrariaban su marcha. Necker, á quien perseguia incesantemente el recuerdo de su antiguo ascendiente, la dirigia memorias en que la daba consejos y combatia sus disposiciones: era un ministro que no podia avenirse á hacer un papel secundario, ni á seguir los planes precipitados de la asamblea, enteramente contrarios á sus ideas de reformas sucesivas. Convencido por último, ó tal vez cansado de la inutilidad de sus esfuerzos, marchó de Paris, despues de haber hecho dimision

el 4 de setiembre de 1790, y atravesó oscuramente las mismas provincias que un año antes habia recorrido triunfante. En épocas de revolucion son olvidados facilmente los hombres, porque los pueblos ven á muchos, y viven á priesa. Si se quiere que no sean ingratos, es preciso no dejar de servirles un instante á su gusto.

La nobleza, por otra parte, que habia recibido un nuevo motivo de disgusto con la abolicion de los títulos, renovó sus tentativas contra-revolucionarias; y como no lograba sublevar al pueblo que por su posicion juzgaba muy ventajoso el nuevo orden de cosas, recurrió á otro medio que le pareció mas seguro, y fué abandonar el reino para volver á él despues de haberse procurado el apoyo de la Europa. Pero, interin se organizaba la emigracion y se buscaban enemigos exteriores contra la revolucion, continuó suscitándola oposicion en lo interior del reino. Segun hemos insinuado ya, se hallaba el ejército impresionado por opuestas ideas; el nuevo código militar era favorable á los soldados, porque concedía á la antigüedad los grados prodigados antes á la nobleza; pero los oficiales eran adictos casi abiertamente al antiguo régimen, y como se les obligase á prestar juramento de ser fieles á *la nacion, á la ley y al rey*, como se acostumbraba, unos abandonaban el ejército é iban á aumentar las filas de los emigrados, y otros procuraban grangearse un partido entre los soldados.

Contábase en este número al general Bouillé, quien despues de haber rehusado por mucho tiempo prestar el juramento cívico, se adirió al cabo

con aquel segundo fin. Tenia el mando de numerosas tropas á la frontera del norte; era habil, resuelto, partidario del rey, y enemigo de la revolucion al punto á que habia llegado, si bien que partidario de una reforma, circunstancia que posteriormente le hizo sospechoso en Coblenz. Mantuvo separado su ejército del roce con los ciudadanos, á fin de que permaneciese fiel huyendo del espíritu de insubordinacion que aquellos comunicaban á las tropas: así fué como logró conservar la confianza y el afecto del soldado por medio de una conducta prudente y por el ascendiente de un gran carácter. No sucedió lo mismo en otras partes, pues los oficiales eran el objeto de los ataques generales con que procuraban desacreditarlos acusándolos de rebajar el sueldo, de no dar cuenta de las masillas militares y haciendo intervenir tambien las opiniones: esto dió margen á sublevaciones de parte de los soldados. La de Nancy en agosto de 1790 produjo las mas vivas alarmas y llegó á ser casi la señal de una guerra civil; subleváronse contra sus gefes los regimientos del rey, de Chateauvieux y el de Maistre-de-camp. Bouillé recibió al momento orden de marchar contra ellos, y haciéndolo así á la cabeza de la guarnicion y de los guardias nacionales de Metz, logró hacerlos entrar en sumision despues de un reñido combate. Felicítóle por ello la asamblea; pero los habitantes de Paris que tenian á los soldados por patriotas y á Bouillé por un conspirador, se agitaron con esta noticia. Formáronse grupos, y se reclamó la acusacion de los ministros que habian dado orden á Bouillé de que marchase contra Nancy. Sin embargo La-Fayette

logró dispersar á los descontentos, segundándole en ello la asamblea, que hallándose colocada entre la contra-revolucion y la anarquía, se oponia á entrambas con igual talento y energia.

En los embarazos de la asamblea nacional se gozaba la aristocracia, porque juzgaba que debia aquella hacerse esclava de la multitud ó renunciar á su apoyo, y en uno y otro caso le parecia mas corto y fácil el tránsito al antiguo régimen. Contribuian tambien los eclesiásticos á hacer la crisis inminente; pero como á pesar de haber querido impedir la venta de sus bienes se llevaba esta á cabo á un precio superior al de la tasacion, y como viéndose el pueblo libre de diezmos y tranquilizado en punto á la deuda nacional estaba muy distante de dar oidos á los resentimientos de los obispos, se valieron entonces de la constitucion civil del clero para escitar un cisma. Se ha dicho ya que la disposicion de la asamblea no se metia en puntos de disciplina ni en creencias religiosas; por esto no dudó el rey en sancionarle el 26 de diciembre: mas, como los obispos querian cubrir sus intereses con la capa de la religion, declararon que se oponia al poder espiritual. Consultado el papa relativamente á esta medida del todo política, rehusó su adhesion, á pesar de habérsela pedido vivamente el monarca, y dió con esto nuevo vigor á la oposicion de los obispos. Decidieron estos que no concurririan al establecimiento de la constitucion civil; que los que fuesen suprimidos protestarian contra este acto opuesto á los cánones; que seria nula toda ereccion de obispados hecha sin el concurso del papa, y que los metropolitanos negarian la institu-

cion á los obispos nombrados segun las formas civiles.

Quiso la asamblea oponerse á esta liga episcopal, y la robusteció: por el contrario si no hubiese hecho caso de los eclesiásticos disidentes á pesar de sus vivos deseos, no hubieran hallado elementos con que llevar á cabo una guerra religiosa. Pero la asamblea decretó que debian jurar fidelidad á *la nacion*, á *la ley*, á *al rey* y mantener la constitucion civil del clero, so pena de perder sus obispados ó sus curatos los que los poseyesen. Esperaba la asamblea que el alto clero por interes, y el inferior por ambicion, consentirian en ello; por el contrario, creian los obispos que todos los eclesiásticos seguirian su ejemplo, y que negándose á jurar quedaria el estado sin culto y el pueblo sin sacerdotes: no sucedió ni una cosa ni otra, pues la mayoria de los obispos y de los curas de la asamblea rehusaron prestar el juramento, mas no por esto dejaron de prestarle algunos obispos y muchos curas. Los titulares rebeldes fueron destituidos, y los electores nombraron otros en su lugar, quienes recibieron del obispo de Lida y de Talleyrand la institucion canónica; pero los destituidos se negaron á abandonar sus funciones, declarando intrusos á sus sucesores, nulos los sacramentos que administrasen, y escomulgados á los fieles que los reconocieran. No abandonaron sus diócesis, y espidieron pastorales invitando á desobedecer las leyes: y asi fué como un asunto de interes particular vino á serlo de religion, y despues de partido. Hubo dos cleros, uno constitucional y otro refractario; ambos tuvieron sus sectarios; ambos se llamaban mutuamente re-

beldes y hereges. Según lo prescribían las pasiones y los intereses, vino á ser la religion un instrumento ó un obstáculo, y cuando los sacerdotes convertían á los ilusos en fanáticos, los revolucionarios procuraban aumentar el número de los incrédulos. El pueblo, á quien no habia aun alcanzado este mal de las altas clases, perdió principalmente en las ciudades la fe de sus padres, por la imprudencia de los que le colocaron entre la revolucion y el culto. «Los obispos, dice el marques de Ferrieres cuya crítica no puede ser sospechosa, rehusaron consentir en ningun arreglo, y por medio de culpables intrigas, hicieron imposible toda reconciliacion, sacrificando así la religion católica á un loco capricho, y á un sórdido interes.»

El pueblo era solicitado por todos los partidos, haciéndole la corte como al soberano de estos tiempos; despues de haber empleado la religion para influir sobre él, se echó mano de otro medio entonces todo poderoso, el de los clubs, reducidos en esta época á reuniones privadas, en las que se discutian las medidas del gobierno, las mayorías del estado y los decretos de la asamblea: sus deliberaciones no tenían autoridad alguna, mas no dejaban de ejercer influencia. Debió el primer club su origen á los diputados bretones, quienes en Versáilles se reunían ya para concertar su conducta política. Cuando la representacion nacional se trasladó á Paris, aquellos diputados junto con otros que eran de su opinion, se reunieron en el antiguo local de los jacobinos y de él recibieron nombre. Fueron al principio una asamblea preparatoria; pero, como todo cuanto existe se estiende, no se

contentó el club jacobino con influir en la asamblea, sino que quiso obrar tambien sobre la municipalidad y sobre el pueblo, y admitió indistintamente como socios á miembros de la municipalidad y á simples ciudadanos. Regularizóse su organizacion, y se robusteció su poder; publicábanse sus sesiones en los periódicos, creó sociedades hijas en las provincias, junto al poder legal entronizó otro poder, que primero le aconsejaba y despues le mandó.

Como con ello anduviese perdiendo su caracter primitivo y se constituyese en asamblea popular, sucedió que le abandonaron parte de sus fundadores, estableciendo una sociedad sobre el plan de la antigua y denominándola club de 89. Dirigianle Sieyes, Chapelier, La-Fayette y La-Rochefoucauld, así como Lameth y Barnave se habian puesto al frente de los jacobinos. Mirabeau concurría á entrambos, porque todos aspiraban á tenerle de su parte. Estos clubs, de los cuales dominaba uno á la asamblea y otro al pueblo, eran igualmente adictos al nuevo régimen, si bien que en distintos grados. Los aristócratas quisieron herir á la revolucion por sus propios filos, y abrieron clubs realistas para oponerlos á los populares. El que primero establecieron con el nombre de clubs de los *imparciales*, no pudo prosperar, porque no tenia opinion conocida; reapareció despues bajo el de club *monárquico*, y se le juntaron entonces todos aquellos cuyos principios representaba. Pensó ganarse el amor del pueblo haciéndole distribuir pan; pero lejos de aceptarlo aquel lo tomó á medida contrarrevolucionaria, turbó sus sesiones, y le obligó fre-

cuentemente á mudar de punto de reunion. Por último, en enero de 1794 se vió precisada la autoridad municipal á cerrar este club por ser objeto de continuas asonadas.

Suma era la desconfianza de la muchedumbre y la marcha de las tias del rey, cuya importancia se exageraba, vino á aumentar la inquietud haciendo suponer que se preparaba otra fuga. No carecian de fundamento tales sospechas, y dieron margen á una asonada, de que se aprovecharon los contra-revolucionarios para robar al rey; pero la resolucion y destreza de La-Fayette lo impidieron, pues mientras el gentío acudia á Vicennes para derribar el castillejo, que se decia comunicar con las Tullerías y que debia servir á la fuga del monarca, mas de seiscientas personas armadas con sables y puñales invadieron las Tullerías para arrebatár al rey; La-Fayette, que á la cabeza de la guardia nacional habia acudido á Vicennes para dispersar los grupos, llegó despues á tiempo para desarmar á los contra-revolucionarios del castillo despues de haber sofocado el movimiento popular: asi fué como con la segunda expedicion reconquistó la confianza que debia haberle hecho perder la primera.

Esta tentativa hizo mas que nunca temer la fuga de Luis XVI. Asi es que cuando quiso poco tiempo despues pasar á S. Cloud, se lo impidió el pueblo y su misma guardia, á pesar de los esfuerzos de La-Fayette que queria hacer respetar la ley y la libertad del monarca. La asamblea por su parte, despues de haber decretado la inviolabilidad del príncipe, despues de haber organizado su guardia constitucional, y atribuido la regencia al varon mas

próximo heredero de la corona, declaró que á su fuga al extranjero se seguiria su destitucion. El aumento diario de la emigracion, sus proyectos bien conocidos, y la actitud amenazadora de los gabinetes de Europa, podian en verdad hacer temer semejante determinacion de parte del monarca.

Entonces fué cuando por primera vez quiso la asamblea contener por medio de un decreto los progresos de la emigracion; difícil era no obstante el modo de redactarle. Si se castigaba á los que salian del reino, se violaban las máximas de libertad consagradas en la tabla de derechos, y por el contrario, si no se ponía trabas á la emigracion, quedaba espuesta la seguridad de la Francia, puesto que los nobles solo abandonaban por un momento el reino para invadirle despues. En el seno de la asamblea, sin contar con los miembros favorables á la emigracion, unos miraban solo el derecho y otros los peligros: todos, segun su modo de ver la cuestion, se declaraban en favor ó en contra de una ley represiva. Los que la pedian, la deseaban suave; pero en aquellas circunstancias solo una era practicable, y la asamblea no se atrevió á dictarla. Consistia esta ley, segun el voto arbitrario de una comision de tres miembros, en la muerte civil de los fugitivos y en la confiscacion de sus bienes. — «El estremecimiento que ha motivado la lectura de este proyecto, exclamó Mirabeau, prueba que esta ley es digna de ser colocada en el código de Dracon, y no puede figurar entre los decretos de la asamblea nacional de Francia. Declaró que me consideraria libre de todo juramento de fidelidad para con los que tuviesen la infamia de nom-

brar una comision dictatorial. La popularidad que ambiciono, y que he tenido el honor de gozar, no es una debil caña: quiero arraigarla en la tierra sobre las bases de la justicia y de la libertad.» La situacion exterior no era todavia bastante alarmante para hacer necesaria semejante medida de seguridad y de defensa revolucionaria.

No gozó mucho tiempo Mirabeau de una popularidad que juzgaba tan segura; esta sesion fué para él la última, porque acabó en pocos dias una vida gastada por las pasiones y un asiduo trabajo. Su muerte, que tuvo lugar el 2 de marzo de 1791, pareció una calamidad pública: todo Paris asistió á sus funerales, la Francia llevó luto por él, y sus restos fueron depositados en la morada que acababa de ser consagrada á los grandes hombres en nombre de la patria reconocida. No tuvo sucesor en poder ni en popularidad, y durante mucho tiempo, en las discusiones difíciles, se volviañ las miradas de la asamblea hácia el asiento de donde salia aquella palabra omnipotente que terminaba sus debates. Mirabeau, despues de haber ayudado á la revolucion con su audacia en los tiempos de prueba y con su poderosa razon despues de su victoria, murió á propósito, porque girando en su cabeza vastos designios y queriendo fortalecer al trono y consolidar la revolucion, dos cosas muy difíciles en semejante tiempo, era de temer que si hubiese constituido independiente el poder real, este hubiera querido someter á la revolucion; ó que si esta hubiese triunfado, hubiera abolido la monarquia. Tal vez es imposible convertir un poder antiguo á un régimen nuevo; ó quizas es menester que una revolu-

cion se prolongue para que se legitime y que el trono adquiriera, volviéndose á levantar, la novedad de las demas instituciones.

Desde el 5 y el 6 de octubre de 1789 hasta el mes de abril de 1791, completó la asamblea nacional la reorganizacion de la Francia; la corte se entregó á pequeñas intrigas y á proyectos de fuga; las clases privilegiadas buscaron nuevos medios de poder en razon de que sucesivamente se les habian quitado los que poseian en otro tiempo. Asiéronse estas de cuantas coyunturas de desorden ofrecian las circunstancias, para atacar el nuevo régimen, y restablecer el antiguo por medio de la anarquia. En el momento de la reunion de los parlamentos, hizo la nobleza protestar á las cámaras de vacaciones: cuando fueron abolidas las provincias, procuró que protestasen las clases; en cuanto se hubieron organizado los parlamentos, intentó nuevas elecciones; no bien hubieron espirado los antiguos poderes, pidió la disolucion de la asamblea; así que se hubo decretado el nuevo código militar, provocó la desercion de los oficiales; y por último siendo inútiles para sus designios todos estos medios de oposicion, emigró para atizar á la Europa á que se declarase contra la revolucion. El clero por su parte, descontento por la pérdida de sus bienes mas aun que por la constitucion eclesiástica, quiso destruir el nuevo régimen por medio de sublevaciones, y conducir á estas por medio de un cisma. Así fué como durante esta época anduvieron desuniéndose mas y mas los partidos, y como las dos clases enemigas de la revolucion prepararon los elementos de la guerra civil y de la guerra estrangera.

CAPÍTULO IV.

DESDE EL MES DE ABRIL DE 1791 HASTA EL 30 DE SEPTIEMBRE, FIN DE LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE.

Política de la Europa antes de la revolución de Francia; sistema de alianzas seguido por los distintos estados. — Coalición general contra la revolución; motivos de cada potencia. — Conferencia de Mantua y circular de Pavía. — Fuga de Varennes; el rey es arrestado y queda suspendido. — El partido republicano se separa por primera vez del partidomonárquico-constitucional. — Este repone al rey en sus derechos. — Declaración de Pilnitz. — El rey acepta la constitución. — Fin de la asamblea constituyente; juicio sobre ella.

La revolución de Francia debía cambiar la política de la Europa, terminando la lucha de los reyes entre sí, y principiando la de los reyes contra los pueblos: esta hubiera tardado mucho mas si no la hubiesen provocado los mismos soberanos. Quisieron reprimir la revolución, y la estendieron, porque al atacarla debían convertirla en conquistadora. La Europa habia entonces llegado al término del sistema político que la regia: la existencia de los distintos estados, despues de haber sido puramente exterior bajo el gobierno feudal, se hizo despues enteramente exterior bajo el gobierno monárquico. La pri-

mera época concluyó casi á un mismo tiempo para las grandes naciones europeas; entonces los reyes que por tanto tiempo habian estado en guerra con sus vasallos, porque estaban en contacto con ellos, se encontraron unos con otros en los límites de sus estados, y se combatieron. Como ninguna dominacion pudo llegar á ser universal, ni la de Carlos V, ni la de Luis XIV, los débiles se iban juntando para contener á los fuertes, y despues de varias vicisitudes de superioridad y de alianza, se estableció una especie de equilibrio entre las potencias. No será inútil echar una ojeada sobre estas relativamente al aspecto que ofrecian antes de la revolucion, para apreciar en lo justo los acontecimientos ulteriores.

Desde la paz de Westfalia hasta mediados del siglo XVIII, el Austria, la Inglaterra y la Francia habian sido las tres grandes potencias de Europa; el interes habia ligado á las dos primeras contra la tercera, porque el Austria debia temer á la Francia en los Países-Bajos, y la Inglaterra sobre el mar. La rivalidad en punto al poder ó al comercio hacia que llegasen siempre á las manos, procurando mutuamente debilitarse ó despojarse. La España era aliada de la Francia contra la Inglaterra desde que ocupaba su trono un príncipe de la dinastía de los Borbones; por lo demas era una potencia decaída; arrinconada en un ángulo del continente, agobiada bajo el sistema de Felipe II, y privada con el pacto de familia del único enemigo que podia espolear constantemente su ardor, solo por mar habia conservado un resto de antigua superioridad. Pero la Francia tenia otros aliados al

rededor del Austria: en el norte la Suecia, en el Oriente la Polonia y la Puerta, en el mediodia de la Alemania la Baviera, en el Oeste la Prusia y en Italia el reino de Nápoles, porque temiendo estas potencias la invasion del Austria debian naturalmente aliarse con su enemigo. Colocado el Piamonte entre los dos sistemas de alianza, ora se declaraba por el uno, ora por el otro, segun las circunstancias y sus intereses. La Holanda se aliaba con la Inglaterra ó con la Francia segun dominaba en la república el partido del estatouder ó del pueblo. La Suiza permanecia neutral.

En la última mitad del siglo XVIII, habianse elevado en el norte dos potencias, Prusia y Rusia: aquella de simple electorado habia sido transformada en importante reino por Federico Guillermo, que la dió un tesoro y un ejército, y por su hijo Federico el Grande, que se sirvió de ellos para estender su territorio; y la Rusia, por mucho tiempo separada de las relaciones con los demas estados, entró en la política europea principalmente por los esfuerzos de Pedro I y de Catalina II. No pudo menos de modificar las antiguas alianzas el engrandecimiento de entrambas naciones. De acuerdo con el gabinete de Viena habian ejecutado las dos la primera particion de la Polonia en 1772, y despues de la muerte de Federico el Grande, aliáronse la emperatriz Catalina y el emperador José en 1786 para llevar á cabo la de la Turquía europea.

Debilitado el gabinete de Versalles con la imprudente y desgraciada guerra de los siete años, asistió á la particion de la Polonia, sin contrariarla, habia

visto como se iba preparando la caída del imperio otomano y no opuso ningun obstáculo, y dejó posteriormente que cayese abrumado á los golpes de la Prusia y de la Inglaterra, sin socorrerle, el partido republicano de la Holanda, que era naturalmente su aliado: quedó pues restablecido militarmente en 1787 el estatuderato hereditario en las provincias unidas. El único acto honroso para la política de Francia fué sin disputa el feliz apoyo dado á la independencia de la América del Norte. Por fin, estendiendo la revolucion de 1789 la influencia moral de la Francia, disminuyó todavia mas su influencia diplomática.

Regida la Inglaterra por el jóven Pitt se habia alarmado en 1788 por los ambiciosos proyectos de la Rusia; asi es que para poner coto á ella formó alianza con la Prusia y la Holanda. Iban ya á romperse las hostilidades cuando murió en febrero de 1790 el emperador José, y fué reemplazado por Leopoldo, quien aceptó en julio la convencion de Reichenbach. Bajo la mediacion de Inglaterra, Prusia y Holanda asentó esta convencion las bases de la paz entre el Austria y la Turquía, paz que se terminó definitivamente en Sistove el 4 de agosto de 1791, y calmó al mismo tiempo las turbulencias de los Países-Bajos. Estrechada al propio tiempo por la Inglaterra y la Prusia, firmó igualmente Catalina II la paz con la Puerta en Jassy el 29 de diciembre de 1791. Estas negociaciones y los tratados que á ellas siguieron, terminaron las luchas políticas del siglo XVIII, y dejaron á las potencias en libre situacion para poderse ocupar de la revolucion de Francia.

Vieron en ella un enemigo comun los príncipes de Europa, que hasta entonces no habian tenido otro enemigo que á sí mismos, y hé aqui que cesaron enteramente las antiguas relaciones de guerra, ó de alianza, desconocidas durante la guerra de los siete años: la Suecia se unió á la Rusia, y la Prusia al Austria. De una parte no habia mas que reyes, de la otra solamente un pueblo que aguardaba como auxiliares á aquellos otros pueblos que le diesen su ejemplo ó los desaciertos de los príncipes. Formóse pronto una liga general contra la revolucion de Francia: entró en ella el Austria con la esperanza de estender sus límites, la Inglaterra para vengarse de la guerra de América y preservarse del espíritu de la revolucion, la Prusia para robustecer el poder absoluto amenazado, y estenderse ocupando su ejército ocioso; la confederacion germánica para reconquistar en Alsacia los derechos feudales para algunos de sus miembros; la Suecia porque habiéndose constituido caballero defensor de la arbitrariedad, queria reponerla en Francia como lo habia hecho en su pais; la Rusia para llevar á cabo sin estorbo la particion de la Polonia en tanto que la Europa fijaba su atencion sobre otro punto: y en fin, todos los soberanos de la casa de Borbon por amor al poder y por respetos de familia. Animábanlos en sus planes los emigrados y los incitaban á la invasion. Segun ellos hallábase la Francia sin ejército, ó á lo menos sin gefes, desprovista de dinero, entregada al desórden, cansada de la asamblea, dispuesta al antiguo régimen, y sin medios ni deseos de defenderse. A bandadas acudian para tomar parte en esa corta campaña, y formaban cuerpos or-

ganizados, en Worms al mando del príncipe de Condé, y en Coblentz al del conde de Artois.

Este sobre todo era quien mas activaba las resoluciones de los gabinetes. Sabiendo que el emperador Leopoldo se hallaba en Italia, y habiendo recibido por conducto de Alfonso Durfort, su intermediario con la corte de las Tullerías, la autorizacion del monarca para tratar con él, fué á su encuentro, acompañado de Calonne, que le servia de ministro, y seguido del referido Durfort. La conferencia tuvo lugar en Mantua, y el conde de Durfort vino á entregar á Luis XVI en nombre del emperador una declaracion secreta, en que le anunciaba los próximos socorros de la coalicion. El Austria debia invadir la frontera de Flándes con treinta y cinco mil hombres, la Confederacion germánica con quince mil la Alsacia, los suizos con otros quince mil la frontera del Lionesado, el rey de Cerdeña con igual número el Delfinado; la España debia engrosar hasta veinte mil hombres su ejército de Cataluña, la Prusia se hallaba muy animada en favor de la liga, y el rey de Inglaterra debia formar parte de ella como á elector de Hannover. A últimos de julio todas estas tropas debian hacer movimiento á la vez, mientras la casa de Borbon publicaba una protesta y las potencias un manifiesto: hasta aquella fecha sin embargo convenia tener oculto el plan, evitar toda insurreccion parcial, y no hacer ninguna tentativa para huir. No era otro el resultado de las conferencias que tuvieron lugar en Mantua el 20 de mayo de 1791.

Luis XVI, ya porque no quisiese ponerse enteramente á merced del extranjero, ó ya porque te-

miese que si el conde de Artois volvía á la cabeza de la emigracion victoriosa iba á ejercer grande ascendiente sobre el gobierno que hubiese establecido, prefirió realzar con solo sus fuerzas la monarquia: contaba con el general Bouillé como con un partidario adicto y hábil, que reprobaba á la vez la emigracion y la asamblea, y que le brindaba con refugio y apoyo en su ejército. Hacia tiempo que mediaba entre él y el rey una secreta correspondencia, de manera que el general lo preparaba todo ya para recibir al monarca. So pretexto de un movimiento de tropas enemigas sobre la frontera, estableció un acampamento en Montmedy; escalonó destacamentos para servir de escolta al rey en el camino que debia seguir, y como era necesario un motivo para ello, dió el de proteger la caja destinada al pago de las tropas.

La familia real hacia entretanto furtivamente todos los preparativos del viage; muy pocos tuvieron noticia de ello, y nada lo hizo traslucir: por el contrario, así el monarca como su esposa hicieron cuanto estuvo de su parte para alejar toda sospecha, y en la noche del 20 de junio, dia fijado para su partida, disfrazados abandonaron uno á uno el palacio, y burlando la vigilancia de la guardia pasaron al baluarte donde les esperaba un coche, y se pusieron en camino con direccion á Chalons y á Montmedy.

Profundamente conmovida quedó al dia siguiente la capital al saber esta evasion; pero pronto sucedió la indignacion al abatimiento, formáronse grupos, y por momentos subió de punto el tumulto. Acusábase de haber favorecido la fuga á los que no

la habian impedido, y era tal la desconfianza, que no se perdonaba á La-Fayette ni á Bailly. Véase en este suceso la invasion de la Francia, el triunfo de la emigracion y el restablecimiento del antiguo régimen, ó una larga guerra civil. Pero, las disposiciones de la asamblea dieron pronto la calma y seguridad á los ánimos. Tomó cuantas medidas exigia una crisis tan espinosa, mandó comparecer en la barra á los ministros y á las autoridades, calmó al pueblo con una proclama, hizo tomar precauciones propias para conservar la tranquilidad pública, se apoderó del poder ejecutivo, dió orden al ministro de relaciones estrangeras Montmorin, de que participase á las potencias de Europa sus intenciones pacíficas, envió comisionados á las tropas para asegurarse de su disposicion y recibir su juramento, no ya en nombre del rey, sino en el suyo propio; pasó por fin á los departamentos orden de arrestar á cualquiera que saliese del reino. «Asi fué como en menos de cuatro horas, dice el marques de Ferrieres, quedó revestida la asamblea de todos los poderes, como marchó el gobierno, como se consolidó la tranquilidad pública, y como Paris y la Francia entera conocieron por medio de una experiencia tan funesta para la monarquia, que casi siempre el monarca no sabe nada en punto al gobierno que existe bajo su nombre.»

Entretanto Luis XVI y su familia se hallaban muy cerca del término de su viage; pero, como se viese distante de Paris, se mostró menos reservado, y tuvo la imprudencia de dejarse ver en público: fué por tanto reconocido en Varennes y arrestado el 21. Pusiéronse al momento sobre las ar-

mas todos los guardias nacionales; en vano quisieron libertarlo los oficiales de los destacamentos apostados por Bouillé, porque temerosos los dragones y los búsaes se negaron á obedecer. Noticioso Bouillé de este funesto incidente, acudió á la cabeza de un regimiento de caballeria; pero era tarde ya, porque cuando llegó á Varennes hacia muchas horas que habia salido el rey, y rendidos de cansancio sus soldados rehusaban pasar mas adelante. En todas partes se habian puesto sobre las armas los guardias nacionales, y despues del mal éxito de su tentativa no le quedó mas recurso que dejar el ejército y la Francia.

Al saber la asamblea el arresto del monarca, envió como comisionados cerca de su persona á tres de sus miembros, Petion, Latour-Maubourg y Barnave, los cuales hallaron en Epernay á la familia real y volvieron con ella. Durante este viage fué cuando movido Bernave por los buenos sentimientos de Luis XVI, los miramientos de Maria-Antonietta, y la suerte de una familia real tan humillada, la dió muestras del mas vivo interes, y desde entonces la ayudó con sus consejos y su apoyo. Al llegar á Paris atravesó la comitiva por entre un gentío inmenso, que no hizo resonar aplausos ni murmullos, guardando un profundo silencio de reprobacion.

Suspendióse interinamente al monarca; se le señaló una guardia lo mismo que á la reina, y se nombraron comisionados para hacerle sufrir un interrogatorio. Agitáronse todos los partidos; unos querian mantenerle en el trono á pesar de su fuga, pero otros eran de parecer que habia abdicado,

puesto que en un manifiesto dirigido á los franceses en el momento de su evasion, reprobaba la revolucion y los actos emanados de él durante esta época que él llamaba de su cautiverio.

Empezaba ya á asomar el partido republicano, que hasta entonces se habia mantenido oculto; bien porque le faltase una existencia propia, ó porque careciera de pretexto para manifestarse: iba pues á empezar ahora entre constitucionales y republicanos la lucha que primero tuvo lugar entre la asamblea y la corte, luego entre los constitucionales y los aristócratas, y despues entre los mismos constitucionales. Tal es en tiempos de revolucion la inevitable marcha de los acontecimientos. Reuniéronse entonces los partidarios del orden nuevamente establecido, y renunciaron á unas disidencias que no carecian de inconvenientes para su causa, aun siendo omnipotente la asamblea, y que se hacian peligrosas ya en un momento en que la emigracion la amenazaba por un lado y la muchedumbre por otro. Ya no existia Mirabeau: el centro en que se apoyaba este hombre poderoso, y que constituia la parte menos ambiciosa de la asamblea y la mas adicta á los principios, hubiera podido, reuniéndose á los Lameth, reponer á Luis XVI y á la monarquia constitucional, y oponerse á los desenfrenos populares.

Verificada esta alianza los Lameth conferenciaron con d'André y con los principales miembros del centro, avistáronse con la corte, y abrieron el club de los fuldenses para oponerle al de los jacobinos. Estos sin embargo no podian carecer de gefe habiendo combatido bajo Mirabeau contra los Lameth, y

bajo los Lameth contra Mirabeau; posteriormente volvieron á combatir á los Lameth bajo la direccion de Petion y de Robespierre. El partido que aspiraba á una nueva revolucion habia sostenido constantemente á los actores mas exaltados de la actual, porque así se aproximaba á la lucha y á la victoria. Por último, ahora se ha subordinado y pasaba á ser independiente: no combatia ya en favor de otro ó por cuenta de una opinion estraña, sino en favor suyo y bajo su propia bandera. La corte con sus multiplicados desaciertos, sus imprudentes maquinaciones, y en último lugar por la fuga del monarca, le dió margen para declarar su objeto, y abandonado de los Lameth, quedó entregado á sus verdaderos gefes.

A su vez fueron los Lameth objeto de la desconfianza de la muchedumbre, que solo vió que se aliaban con la corte y no examinó las condiciones; apoyados sin embargo por todos los constitucionales, eran los mas fuertes en la asamblea; importábalos reponer prontamente al rey á fin de que usase una disputa que amenazaba el nuevo orden de cosa, autorizando al partido republicano á pedir la destitucion del rey mientras permaneciese suspendido. Los comisionados que tenian encargo de interrogar á Luis XVI, le dictaron una declaracion que presentaron en su nombre á la asamblea, y que disminuyó en parte el mal efecto de su fuga. El que llevaba la voz declaró en nombre de las siete comisiones encargadas del examen de esta grande cuestion, que no habia lugar á someter á un juicio á Luis XVI, ni á pronunciar su destitucion. Larga y animada fué la discusion que siguió á este informe;

pero á pesar de ser tenaces los esfuerzos del partido republicano, quedaron sin efecto. Hablaron la mayor parte de sus oradores, pidiendo la destitucion ó una regencia, es decir, el gobierno popular ó una preparacion para él. Barnave, despues de haber combatido todos sus medios, concluyó su discurso con estas notables palabras: «Regeneradores del imperio, seguid inalterables vuestra senda. Ha-beis probado que teniais valor para destruir los abusos del poder, y colocar en su lugar las mas sabias y felices instituciones; probad ahora que sabeis protegerlas y conservarlas. La nacion acaba de dar una grande prueba de vigor y de energia: espontánea y solemnemente ha desarrollado cuantos medios podia oponer á los ataques con que se la amenazaba. Continudad con las mismas precauciones defendiendo poderosamente nuestros límites y nuestras fronteras. Pero al mismo tiempo que manifestamos nuestro poder acreditemos tambien nuestra moderacion, ofrezcamos la paz al mundo inquieto por nuestros acontecimientos que tienen lugar entre nosotros; presentemos una ocasion de triunfo á todos los que en paises estrangeros hacen votos por nuestra revolucion, y nos están clamando de todas partes: — Puesto que sois poderosos, sed sabios, sed moderados, que este será el término de vuestra gloria, probando asi que en circunstancias varias, tambien son varios vuestros conocimientos, vuestros medios y vuestras virtudes.»

La asamblea se adhirió al parecer de Barnave; pero para calmar al pueblo y á fin de asegurar el porvenir de la Francia, decretó que el monarca habia abdicado de hecho la corona si se retractaba de

su juramento prestado á la constitucion, si se ponía á la cabeza de un ejército para hacer la guerra á la nacion, ó si permitía que alguien la hiciese en su nombre: que entonces, restituido á la clase de simple ciudadano, cesaria de ser inviolable, y podria ser acusado por los actos posteriores á su abdicacion.

El día en que este decreto fué adoptado por la asamblea, los gefes del partido republicano escitaron contra ella á la muchedumbre; mas estando rodeado de guardias nacionales el sitio de las sesiones, no pudieron invadirla ni intimidarla. No habiendo podido impedir los agitadores el decreto, sublevaron contra él al pueblo; hicieron una peticion en que desconocian la competencia de la asamblea, apelaban á la soberania nacional, consideraban como destituido á Luis XVI desde su fuga, y pedian su reemplazo. Habíala redactado Brissot, autor del *Patriota frances* y presidente de la comision de pesquisas de la ciudad de Paris, y el 47 de julio la colocaron en el campo de Marte sobre el altar de la patria, y pasó á firmarla un inmenso gentío. Noticiosa de ello la asamblea hizo comparecer en la barra á la municipalidad, y la requirió á que velase por la tranquilidad pública; La-Fayette marchó contra los grupos, y logró la vez primera dispersarlos sin derramamiento de sangre. Estableciéronse en los Inválidos los oficiales de la municipalidad, pero á poco volvieron los grupos en mayor número y mas resueltos, arregándolos Danton y Camilo Desmoulins desde el mismo altar de la patria. Asesinóse á dos inválidos que se tomaron por espías, y levantaron sus cabezas en

la punta de las picas. Era alarmante ya la insurreccion, y trasladóse de nuevo La-Fayette al campo de Marte á la cabeza de mil doscientos guardias nacionales: acompañábale Bailly, enarbolando el estandarte encarnado. Ambos requirieron al pueblo con las intimaciones exigidas por la ley, pero negándose á retirarse y desconociendo la autoridad esclama: *Abajo la bandera encarnada!* disparando piedras contra la guardia nacional. La-Fayette mandó hacer fuego al aire; mas como no se intimidase la muchedumbre y volviese al ataque obligado por la obstinacion de los insurreccionados, mandó hacerles una descarga que fué mortífera. Huye aterrado el gentío dejando muchos muertos en el campo de la federacion, y queda restablecido el orden; pero se habia derramado sangre, y el pueblo no perdonó á Bailly ni á La-Fayette la dura necesidad en que se les habia puesto. Aquello fué un verdadero combate, en el cual, como no fuese bastante fuerte todavia el partido republicano, fué derrotado por el monárquico constitucional: á la tentativa del campo de Marte puede llamarse el preludio de los movimientos populares del 10 de agosto.

Mientras sucedia esto en Paris y en la asamblea estaban poseidos de consternacion los emigrados por el arresto de Luis XVI, cuya fuga les habia llenado de esperanzas. El segundo hermano del monarca que se habia evadido al mismo tiempo, pero que habia sido mas feliz, llegó solo á Bruselas con los poderes y el título de regente, y desde entonces solo pensó la emigracion en el auxilio de la Europa; los oficiales abandonaban sus banderas;

doscientos noventa miembros de la asamblea protestaron contra sus decretos para legitimar así la invasión; Bouillé escribió una carta amenazadora con la inconcebible esperanza de intimidar á la asamblea, y al propio tiempo para cargar sobre sí toda la responsabilidad de la evasión de Luis XVI; y en fin, el emperador, el rey de Prusia, y el conde de Artois se reunieron en Pílnitz, donde extendieron la famosa declaración del 27 de agosto, que preparaba la invasión estrangera, y que en vez de mejorar la suerte del rey la hubiera comprometido, si siempre sábia la mayoría de la asamblea no hubiese permanecido inalterable en sus principios, á pesar de las amenazas populares y estrangeras.

Atendida la declaración de Pílnitz, los soberanos miraban como propia la causa de Luis XVI; exigían que pudiese trasladarse donde le pluguiese, es decir, en medio de ellos; que se le repusiese en el trono, que fuese disuelta la asamblea, y restablecidos en sus derechos feudales los príncipes del imperio que tenían dominio sobre la Alsacia. En caso de negativa, amenazaban á la Francia con una guerra, á la que debían concurrir todas las potencias que se habían mutuamente garantizado la existencia de la monarquía francesa. Tal declaración muy distante de abatir al pueblo y á la asamblea, los indignó. Preguntóse con qué derecho intervenían los príncipes de Europa en asuntos de nuestro gobierno; con qué derecho mandaban é imponían condiciones á un pueblo grande; y puesto que los soberanos apelaban á la fuerza preparáronse para la resistencia. Pusieron las fronteras en estado de de-

fensa, levantáronse cien mil hombres de la guardia nacional, y esperáronse con confianza los ataques del enemigo, seguros de que en revolucion y en su casa seria invencible el pueblo frances.

Entretanto llegaba la asamblea al término de sus trabajos: las contribuciones públicas, las leyes civiles, las criminales, los procedimientos, el modo de instruirse, las penas, todo habia sido tan sabiamente organizado como lo referente á puntos políticos y constitucionales. Introdújose la igualdad en las sucesiones, en los tributos y en las penas, y faltaba solo formar un cuerpo de todos los decretos constitucionales, para someterlo á la aceptacion del rey. Empezaban los diputados á cansarse de sus trabajos y divisiones; el pueblo mismo, que en Francia se cansa de lo que dura mucho, deseaba una nueva representacion nacional; por tanto se señaló para el 5 de agosto la convocacion de los colegios electorales. Desgraciadamente los miembros de la asamblea actual no podian entrar en la siguiente, por haberlo asi decidido antes de la fuga de Varennes. En esta importante cuestion se dejó llevar la asamblea del desinterés de los unos, de las rivalidades de los otros, de las intenciones anárquicas de los aristócratas, y de la sed de mando de los republicanos. En vano exclamó Duport: «¿Cómo no se conoce despues de habernos saciado con principios, que la estabilidad es tambien un principio de gobierno? Se quiere esponer á esta Francia tan ardiente y variable, á que cada dos años tenga lugar una revolucion en las leyes y en las opiniones?» No querian otra cosa los privilegiados y los jacobinos, aunque con distinto objeto.

En puntos semejantes á este siempre se engañó ó fué dominada la asamblea constituyente; al tratarse del ministerio decidió contra Mirabeau, que ningun diputado podia serlo; al tratarse de la reeleccion, votó, contra sus propios miembros, que no podria tener lugar: llevada de los mismos principios les prohibió que durante cuatro años aceptasen ningun empleo conferido por el príncipe. Esta manía de desinterés arrastró á poco á La-Fayette y á Bailly á que hiciesen dimision, el primero del mando de la guardia nacional, y el segundo de la magistratura: así fué como esa notable época acabó enteramente con la constituyente, de manera que no quedó vestigio de ella bajo la legislativa.

La reunion de los decretos constitucionales en un solo cuerpo hizo nacer la idea de su revision; tentativa que escitó sumo descontento y fué casi nula: ciertamente no era nada conveniente dar á la constitucion un color aristocrático de miedo de que la muchedumbre la quisiese aun mas popular. Para encadenar la soberanía nacional, al propio tiempo que sin desconocerla, declaró la asamblea que la Francia tenia derecho de revisar su constitucion, pero que no era prudente que usase de él hasta pasados treinta años.

Sesenta diputados presentaron al rey el acta constitucional; levantóse la suspension; Luis XVI volvió al ejercicio de su poder, y quedó bajo sus órdenes la guardia que se le habia puesto. En cuanto tuvo libertad de accion, le fué sometida la constitucion y despues de muchos dias de examen escribió á la asamblea: «Acepto la constitucion; me obligo á mantenerla en lo interior, á defenderla contra

los ataques del extranjero, y á hacerla ejecutar por todos los medios que me concede; declaro que noticioso de que la gran mayoría del pueblo está por la constitucion, renuncio desde ahora al concurso que habia clamado en su trabajo; y que no siendo responsable mas que á la nacion, nadie, renunciando yo, tiene de que quejarse.»

Mereció vivo aplauso este mensaje; La-Fayette pidió y logró que se decretase una amnistia en favor de los que habian sido perseguidos por la fuga del rey ó por hechos relativos á la revolucion: al dia siguiente el monarca en persona pasó á aceptar la constitucion en el seno de la asamblea. Acompañóle con aclamaciones el gentío, fué objeto del entusiasmo de los diputados y de las tribunas, y obtuvo nuevamente la confianza y el amor del pueblo. En fin, el 29 de setiembre fué notable por el acto de cerrarse la asamblea; pasó tambien allá el rey; su discurso fué frecuentemente interrumpido por los aplausos, y cuando dijo: «En cuanto á vosotros, señores, que durante una larga y penosa carrera, habeis manifestado un celo infatigable, os queda todavia que cumplir con un deber cuando esteis diseminados por la superficie de este imperio, y es explicar á vuestros conciudadanos el verdadero sentido de las leyes que habeis formado para ellos, atraer á ellas á cuantos las desconocen, depurar y reunir todas las opiniones con nuestro ejemplo de amor al orden y sumision á las leyes. — Sí, sí, exclamaron unánimes todos los diputados. — Cuento que seréis el intérprete de mis sentimientos entre vuestros conciudadanos. — Sí, sí. — Decidles bien á todos que el rey será siempre su primero y mas fiel amigo; que tie-

ne necesidad de que le amen; que solo con ellos y por ellos podrá ser feliz; que la esperanza de contribuir á su dicha sostendrá mi valor, asi como será mi mas dulce recompensa la satisfaccion de haberlo logrado.» Es un discurso á lo Enrique IV, dijo una voz; y Luis XVI salió siendo objeto de las mas patentes demostraciones de afecto.

Entonces Thouret dijo en alta voz dirigiéndose al pueblo: «La asamblea constituyente declara que su mision ha concluido, y termina en este momento sus sesiones.» Asi acabó esta primera y gloriosa asamblea de la nacion. Fueron sus dotes la energía, la ilustracion, la justicia, y su pasion esclusiva la ley. En el espacio de dos años, con sus esfuerzos y una infatigable perseverancia, consumió la mayor revolucion que ha visto nunca una sola generacion de mortales. En medio de sus tareas contuvo al despotismo y á la anarquía, burlando los planes de la aristocracia y manteniendo en la subordinacion á la muchedumbre. Su único desacierto consistió en no confiar la revolucion á los que la habian verificado, despojándose del poder como esos legisladores de la antigüedad, que se desterraban de la patria despues de haberla constituido. La nueva asamblea no aspiró á consolidar su obra, y asi fué como volvió á principiar la revolucion que debia haber concluido.

La contitucion de 1791 fué formada segun los principios que convenian á las ideas y á la situacion de la Francia, y podia llamársele la obra de la clase media, que era entonces la mas fuerte; porque, como es sabido, la fuerza dominante es la que se apodera siempre de las instituciones. Cuando pertenece á uno solo, es despotismo; cuando á muchos, privi-

legio; y cuando á todos, derecho: este último estado es el término de la sociedad, asi como es tambien su origen, y la Francia llegó á él despues de haber pasado por la feudalidad, que era la institucion aristocrática, y por el poder absoluto que era la institucion monárquica. Consagróse la igualdad entre los ciudadanos, y reconocióse la delegacion entre los poderes: no debia ser otra, bajo el nuevo régimen, la condicion de los hombres ni la forma del gobierno.

En esta constitucion el pueblo no ejercia ningun poder, pero era el origen de todos: no le competia mas que la eleccion primaria, y sus magistrados eran elegidos por hombres de la clase mas ilustrada. Esta componia la asamblea, los tribunales, las administraciones, las municipalidades y la milicia, y poseia de este modo toda la fuerza y todos los poderes del estado, siendo la única propia para ejercerlos, porque solamente ella tenia las luces que requiere la direccion del gobierno. No se hallaba todavia bastante adelantado el pueblo para tomar parte en el poder; asi es que solo por incidente y de un modo efimero vino á parar en sus manos; pero recibia entre tanto la educacion cívica, y se ejercitaba en el gobierno por medio de las asambleas primarias, segun el verdadero objeto de la sociedad, que consiste, no en conceder sus ventajas como patrimonio á una clase, sino en hacer que todos participen de ellas cuando son capaces de adquirirlas. Tal era el principal carácter de la constitucion de 1791: á medida que alguien era apto para poseer el derecho, era admitido en él; ensanchábase con la civilizacion, que diariamente llama á un mayor número de individuos

á la administracion del estado. Y era de este modo como habia establecido la verdadera igualdad, cuyo caracter legal es la admision, ni mas ni menos que el de la desigualdad es la exclusion. Constituyendo movable el poder por medio de la eleccion, lo hacia una magistratura pública, mientras que el privilegio haciéndolo hereditario por la transmision, lo convertia en una propiedad privada. La constitucion de 1791 establecia poderes homogéneos que se correspondian entre sí y se contenian mutuamente; sin embargo, es menester decirlo, la autoridad real estaba en ella demasiado subordinada al poder popular. Siempre sucede así cuando la soberania se limita á sí misma, se pone siempre un débil contrapeso. Una asamblea constituyente debilita la monarquia, y un rey legislativo restringe cuanto puede las prerrogativas de una asamblea.

Era sin embargo esta constitucion menos democrática que la de los Estados-Unidos, que ha sido realizable á pesar de la estension de su territorio: prueba de que, no la forma de las instituciones, sino el asenso que obtienen ó las desidencias que escitan, es lo que permite ó impide su establecimiento. En un pais nuevo, despues de una revolucion de independencia, como en América, toda constitucion es posible; solo hay un partido enemigo, el de la metrópoli; y en cuanto se ha vencido, cesa la lucha, porque la derrota lleva consigo la espulsion. No sucede así en las revoluciones sociales de los pueblos que llevan muchos años de existencia; las reformas atacan los intereses, estos forman partidos que luchan entre sí, y cuanto mayor es la victoria mas fuertes son los resentimientos:

así sucedió en Francia, pues la obra de la asamblea constituyente pereció menos por sus defectos que por los ataques de las facciones. Colocada entre la aristocracia y la muchedumbre, fué atacada por la una é invadida por la otra; esta no hubiera llegado á dominar si la guerra civil y la alianza estrangera no hubiesen exigido su intervencion y su brazo. Para defender la patria fué preciso que la gobernase: entonces efectuó su revolucion asi como la clase media habia efectuado la suya. Tuvo tambien su 4^a de julio, que fué el 10 de agosto; su asamblea constituyente, que fué la convencion; su gobierno que fué la junta de salvacion pública: pero, como veremos, sin la emigracion no hubiera habido república.



ASAMBLEA NACIONAL LEGISLATIVA.

CAPITULO V.

DESDE EL 4.º DE OCTUBRE DE 1791 HASTA EL 24 DE SETIEMBRE DE 1792.

Primeras relaciones de la asamblea legislativa con el rey. — Estado de los partidos: los fuldenses apoyados en la clase media, y los girondinos en el pueblo. — Emigracion y clero refractario; decreto contra ellos; veto del rey. — Preludios de guerra. — Ministerio girondino; Dumouriez y Roland. — Declaracion de guerra contra el rey de Hungría y de Bohemia. — Descalabros de nuestros ejércitos; decreto de un acampamento de veinte mil hombres de reserva á las inmediaciones de Paris; de destierro contra los sacerdotes no juramentados; veto del rey; caída del ministerio jirondino. — Peticion insurreccional del 20 de junio para hacer aceptar los decretos y reponer á los ministros. — Últimas tentativas del partido constitucional. — Manifiesto del duque de Brunswick. — Acontecimientos del 10 de agosto. — Insurreccion militar de La Fayette contra los autores del 10 de agosto: no tiene éxito. — Division de la asamblea y de la nueva municipalidad; Danton. — Invasion de los prusianos. — Asesinatos del 2 de setiembre. — Campaña de Argona. — Causas de los acontecimientos bajo la asamblea legislativa.

La nueva asamblea abrió sus sesiones el 4.º de octubre de 1791, y se declaró al instante *asamblea nacional legislativa*. Desde sus principios tuvo ocasion de demostrar cuanto era adicta al or-



den actual, y cuanto respeto le inspiraban los fundadores de la libertad francesa. Camus, seguido de doce miembros los mas ancianos de la representacion nacional, presentó con toda solemnidad el libro de la constitucion. De pié y descubierta la asamblea recibió el acta constitucional, y entre el aplauso del pueblo que ocupaba las tribunas, prestó el juramento de *vivir libre ó de morir*. Favoreció en seguida con un voto de gracias á los miembros de la asamblea constituyente, y se dispuso á dar principio á sus trabajos.

Pero sus primeras relaciones con el rey no tuvieron el mismo caracter de union y de confianza. La corte que esperaba sin duda recobrar bajo la legislativa, la posicion superior que habia perdido bajo la constituyente, no supo manejar con destreza á una autoridad popular, susceptible, y que pasaba entonces por la primera del estado. La asamblea envió sesenta miembros en diputacion al monarca para anunciarle que se hallaba constituida; el rey no los recibió en persona, sino que les mandó á decir por el ministro de justicia, que no podia admitirlos hasta el otro dia á las doce: tan poco comedido mensaje, y el constituir indirectas por medio de un ministro las comunicaciones entre el príncipe y la representacion nacional, fué cosa que hirió sobremanera el orgullo de la diputacion. Por lo mismo, al verse á presencia de Luis XVI, Duchastel su presidente le dijo en tono lacónico: «Señor, la asamblea nacional legislativa se halla definitivamente constituida, y nos envia para participárselo.» A lo que respondió con no menos sequedad: «No puedo pasar á veros hasta el viernes.»

Muy desertada y nada propia para grangearse popularidad fué semejante conducta de la corte con respecto á la asamblea.

Aprobó esta la frialdad con que se habia espresado el presidente de la diputacion, y pronto se permitió un acto de represalia. Las leyes anteriores prescribian el ceremonial con que el rey debia ser recibido en su seno. Reservábasele el sitio de la presidencia en forma de trono, se debia usar con él de los dictados *señor y magestad*, y los diputados, de pié y descubiertos á su llegada, se sentaban, cubrian y volvian á levantar, imitando con deferencia todos los movimientos del príncipe. No faltaron hombres de carácter inquieto y exaltado que hallaron indignas de una asamblea soberana tales condescendencias. El diputado Grangeneuve pidió que las palabras *señor y magestad* fuesen reemplazadas por el título *mas constitucional y mas hermoso de rey de los franceses*. Todavía pasó mas allá Couthon, y propuso que se señalase al rey una simple *silla*, idéntica con la del presidente. Tales peticiones escitaron murmullos de parte de algunos miembros, pero la mayoría los acogió con ardor. «Tengo gusto en creer, dice Guadet, que el pueblo frances venerará siempre mucho mas en su sencillez la silla en que se sienta el presidente de los representantes de la nacion, que no el sillón dorado que se destina al gefe del poder ejecutivo. No hablaré, señores, de esos títulos de *señor* y de *magestad*. Mucho me admira que la asamblea nacional delibere sobre su conservacion. La palabra *señor* denota dominio, y pertenece al régimen feudal que ha dejado ya de exis-

tir. Tocante al dictado de *magestad*, no debe emplearse mas que para hablar de Dios ó del pueblo.»

Pidióse, aunque debilmente, que se formalizase proposicion para discutirse; pero se pusieron á votacion esas mociones, y fueron adoptadas por una gran mayoria. Sin embargo, como semejante decreto parecia hostil, declaróse contra él la opinion constitucional condenando ese excesivo rigor en la aplicacion de los principios. Al otro dia, los que habian clamado por la formalidad en la discusion pidieron que fuesen revocadas las decisiones de la víspera. Esparcióse al propio tiempo la voz de que el rey no se presentaria en la asamblea si subsistia el decreto, y fué revocado. No pasaron de aqui por esta vez esas pequeñas diferencias entre dos poderes que temian mutuas usurpaciones, muestras de orgullo y mala voluntad: borróse enteramente su recuerdo con la presencia de Luis XVI en el cuerpo legislativo, donde fué recibido con el mayor respeto y el mas vivo entusiasmo.

Su discurso tuvo por principal objeto la pacificacion general. Indicó á la asamblea los asuntos que debian llamar su atencion, la hacienda, las leyes civiles, el comercio, la industria y la consolidacion del nuevo gobierno; prometió emplear sus esfuerzos en restablecer el orden y la disciplina en el ejército, en poner el reino en estado de defensa, en dar acerca la revolucion de Francia ideas capaces de restablecer una perfecta armonía con la Europa. Y añadió estas palabras, que fueron muy aplaudidas: «Señores, para que vuestros importantes trabajos y vuestro celo produzcan todo el bien que de ellos debe esperarse, es forzoso que reine

una constante armonía y una confianza inalterable entre el cuerpo legislativo y el rey. Harto procurarán desunirnos los enemigos de nuestra paz; únanos empero el amor de la patria, y háganos inseparables el interés público. Así el poder público se desplegará sin obstáculos; no se verá atascada por vanos terrores la administracion; serán igualmente protegidas la propiedad y la creencia de los particulares, y nadie tendrá pretextos para vivir distante de un país en que manden las leyes, y en el cual sean respetados todos los derechos.» Por desgracia existian dos clases fuera de la revolucion que no querian transigir con ella, y cuyos esfuerzos en Europa y en lo interior de la Francia debian impedir la realizacion de tan sabias como pacíficas palabras. En cuanto se hallan en un Estado partidos depuestos, empieza á haber lucha de su parte, y obligan á tomar contra ellos medidas de guerra. Así fué como las turbulencias interiores escitadas por los sacerdotes no juramentados, las reuniones militares de los emigrados y los preparativos de los aliados compeliéron pronto á la legislativa á que traspasase los límites constitucionales, y aun los que ella misma se habia propuesto.

Los elementos de esta asamblea eran enteramente populares, pues como dominaban las ideas revolucionarias, no habian podido influir en las elecciones la corte, la nobleza ni el clero, y no se hallaban en ella como en la anterior partidarios del poder absoluto ni privilegiados. Las dos fracciones del lado izquierdo que se habian dividido al fin de la constituyente, se hallaron tambien en la legislativa, mas no con igual porcion numérica y de

fuerza, puesto que lo que en aquella fué minoría popular, en esta fué mayoría: este fué el resultado de la prohibicion de elegir constituyentes ya probados, de la necesidad de nombrar diputados entre los que habian descollado por su opinion ó por su conducta, y sobre todo de la activa influencia de los clubs. Pronto asomaron las opiniones y los partidos: hubo tambien una derecha, un centro y una izquierda como en la constituyente, pero con muy distinto caracter.

Compuesta la derecha de constitucionales firmes y absolutos, formó el partido de los Fuldeases, siendo sus principales órganos Dumas, Ramond, Vaublanc, Beugnot, etc., quienes conservaron algunas relaciones con la corte por medio de Barnave, Duport y A. Lameth, que eran sus antiguos gefes, si bien que Luis XVI siguió rara vez sus consejos prefiriendo los de los cortesanos. En lo exterior se apoyaba este partido en el club de los Fuldenses y en la clase media, siéndole ademas favorables el ejército, la guardia nacional, el directorio del departamento, y en general todas las autoridades constituidas; pero á la desgracia de no dominar en la asamblea hubo de añadir á poco otra, y fué que sus adversarios de la izquierda dominaron tambien en la municipalidad.

Formaban estos el partido llamado Girondino, partido que en la revolucion formó unicamente el tránsito de la clase media á la muchedumbre. Por entonces no tenia ideas subversivas, pero estaba dispuesto á defender de todos modos la revolucion, á diferencia de los constitucionales que solo querian defenderla con la ley. Hallábanse á su cabeza los

brillantes oradores de la Gironda, que le dieron nombre, Verniaudg, Guadet, Gensoané y el Provenzal Isnard, dotado todavía de mas apasionada elocuencia; pero su principal director era Brissot, que durante la anterior legislatura habia sido miembro de la municipalidad de Paris, y que lo era ahora de la asamblea. Sus opiniones, que tendian á una reforma completa; su extraordinaria actividad mereced á la cual se reproducia en el diario *El Patriota*, en la tribuna de la asamblea y en el club de los jacobinos; sus estensas y sólidas nociones sobre la situacion de las potencias estrangeras, todo le daba sumo ascendiente en circunstancias de una lucha de partidos y de una guerra contra la Europa. Distinto era el influjo que ejercia Condorcet, puesto que le debia á la profundidad de sus ideas y á la superioridad de su juicio, cosa que casi le hizo representar el papel de Sieyes en esta segunda regeneracion revolucionaria. Petion, hombre de caracter tranquilo y resuelto, fué el orador de este partido. Su despejada frente, facil locucion, y sus modales populares le valieron muy pronto la magistratura municipal, ejercida antes por Bailly en representacion de la clase media.

El lado izquierdo tenia en la asamblea un núcleo de partido mas extremo que él, y cuyos miembros, tales como Chabot, Bazire y Merlin, fueron para los girondinos lo que Petion, Buzot y Robespierre habian sido para la izquierda de la constituyente: era el principio de la faccion democrática que en lo esterior servia de auxiliar á la Gironda, y que disponia de la afiliacion de los clubs y de la muchedumbre. Los verdaderos gefes de esta faccion, que se apo-

yaba en toda una clase y que aspiraba á fundar su propio régimen, eran, Robespierre en la sociedad de los jacobinos, donde estableció su imperio á su salida de la asamblea; Danton; Camilo Desmoulins y Fabre-d'Eglantine en los franciscanos, donde habian fundado un club de novadores mas exaltados todavía que los jacobinos, puesto que estos se componian aun de hombres de la clase media; y el cervecero Santerre en los arrabales, que eran el foco principal de la fuerza popular: pero combatia solo secundariamente, y eran necesarias imperiosas circunstancias para acarrear su triunfo. Este era el verdadero partido del Campo de Marte.

El centro de la legislativa era sinceramente adicto al nuevo régimen; á corta diferencia tenia las mismas opiniones moderadas que el centro de la asamblea constituyente, pero su poder no era ya el mismo, porque no se hallaba á la cabeza de una clase acomodada con cuyo apoyo pudiese dominar enérgica y sabiamente á los partidos exagerados: anuláronle completamente los peligros públicos haciendo experimentar de nuevo la necesidad de opiniones exaltadas y de partidos exteriores. Pronto perteneció al mas fuerte, como acontece frecuentemente á todas las reuniones moderadas, y la izquierda le dominó.

Espinosa era la posicion de la asamblea, en razon de que su antecesora la habia legado partidos que seguramente no podia pacificar: asi es que en sus primeras sesiones tuvo que ocuparse de ellos para combatirlos. Hacia la emigracion alarmantes progresos; los dos hermanos del rey, el príncipe de Condé y el duque de Borbon habian protestado contra la aceptacion del acta constitucional hecha por Luis

XVI, es decir, contra el único camino de reconciliacion; decian que el rey no podia enagenar los derechos de la antigua monarquía, y su protesta esparcida por toda la Francia habia producido un efecto extraordinario entre sus partidarios. Los oficiales abandonaban el ejército, los nobles sus castillos, y desertaban compañías enteras para ir á regimentarse en las fronteras. Enviábanse ruelas á los que tardaban en tomar igual partido, y se amenazaba á los que no emigrasen con ser trasladados á la clase media cuando la nobleza volviese triunfante. En los Países-Bajos Austríacos y en los electorados limítrofes se iba organizando lo que llamaban ellos *Francia exterior*; la contra-revolucion se preparaba abiertamente en Brusélas, en Worms y en Coblantz, protegida y aun auxiliada por las cortes extranjeras. Recibian estas á los embajadores de los emigrados mientras que á los del gobierno francés se les despedia, eran mal mirados y aun se les encarcelaba, como sucedió con M. Duveryer; los viageros ó los comerciantes franceses sospechosos de patriotismo ó de ideas revolucionarias, eran perseguidos en toda la Europa. Habíanse declarado abiertamente muchas potencias, entre ellas la Suecia, la Rusia y la España, gobernada entonces por el conde de Florida-Blanca, enteramente adicto á la emigracion. La Prusia por otra parte conservaba sus ejércitos en pié de guerra; el cordon de tropas sardas y españolas aumentaba diariamente en las fronteras de los Alpes y de los Pirineos, y Gustavo reunia un ejército sueco.

Nada perdonaban los eclesiásticos refractarios para promover en el interior alguna conmocion útil á los

emigrados. — « Los sacerdotes y sobre todo los obispos, dice el marques de Ferrieres, empleaban todos los recursos del fanatismo para sublevar á los habitantes del campo y de las ciudades contra la constitucion civil del clero. » Los obispos mandaron á los sacerdotes que no celebrasen los oficios religiosos en la misma iglesia que los ministros constitucionales, por temor de que no confundiese el pueblo los dos cultos y ambos sacerdocios. « Por separado, añade, de estas circulares pasadas á los curas, se esparcieron profusamente instrucciones dirigidas al pueblo. Decíase en ellas que nadie podia dirigirse para la administracion de sacramentos á los sacerdotes constitucionales, calificados de intrusos, sopena los que interviniesen en ello, de caer en pecado mortal; que los casados por intrusos no lo serian realmente y atraerian la maldicion sobre sí y sobre sus hijos; que nadie debia comunicar con ellos ni con los que se hubiesen separado de la iglesia; que serian apóstatas como ellos los oficiales municipales que los instalaban; y que en el momento de su instalacion debian renunciar á su empleo los sacristanes y demas que sirviesen en el templo. — Esos fanáticos escritos produjeron el efecto deseado por los obispos: al momento estallaron en todas partes turbulencias religiosas. »

Las conmociones tuvieron sobre todo lugar en el Calvados, en el Gevaudan y en la Vendea, paises poco partidarios de la revolucion, porque en ellos era poco numerosa la clase media é ilustrada, y porque la muchedumbre se habia hasta entonces conservado dependiente del clero y de la nobleza. Alarmados los girondinos quisieron tomar rigurosas medidas contra la emigracion y contra los sacerdotes disidentes

que atacaban el orden establecido. Brissot propuso contener la emigracion renunciando al sistema de flojedad y de contemporizacion que hasta entonces se habia seguido. Dividió á los emigrados en tres clases: 4.º los principales gefes entre los cuales colocaba á los dos hermanos del rey; 2.º á los empleados públicos que abandonaban sus destinos y su pais, y procuraban alucinar á sus cólegas; y 3.º á los simples partidarios, que temiendo por su vida, ó por odio á la revolucion, ó por otras causas abandonaban su patria, sin armarse empero contra ella. Reclamó leyes severas contra las dos primeras, y añadió que seria por el contrario muy político mostrarse indulgente con la última. En cuanto á los eclesiásticos no juramentados y perturbadores, querian algunos girondinos limitarse á una rigida vigilancia; pero otros decian que únicamente desterrándolos del reino se podria hacer cesar el espíritu de sedicion: — «Inútil es ya todo medio de conciliacion, dijo el impetuoso Isnard; dígase cual ha sido hasta hoy dia el efecto de tantos indultos? Vuestros enemigos han aumentado su audacia á proporcion de vuestra indulgencia y solo cesarán de dañaros cuando no tengan medios para hacerlo. Fuerza es que sean vencedores ó vencidos; á esto se debe venir á parar, y cualquiera que no conozca esta grande verdad, es en mi opinion un ciego en política.»

Oponíanse los constitucionales á todas estas medidas, no porque negasen el peligro, sino porque reputaban arbitrarias semejantes leyes. Decian que ante todo era preciso respetar la constitucion y limitarse á medidas de precaucion; que bastaba po-

nerse en guarda contra los emigrados, y esperar á que se descubriese una verdadera conspiracion para castigar á los sacerdotes disidentes; y repetian incesantemente que no se violase la ley, aun contra sus enemigos, temerosos de que una vez internados en tal senda no la abandonasen jamas, y se perdiese la revolucion por sus injusticias, como se habia perdido el antiguo régimen. Pero la asamblea, que juzgaba mas importante la salvacion del estado que la rigurosa observancia de la ley, que veia peligros en las medidas á medias, y que se hallaba por otra parte dominada por pasiones que hacen adoptar medios espeditos, no se detuvo en tales consideraciones. El 30 de octubre adoptó ademas de comun acuerdo un decreto relativo al hermano mayor del rey, Luis Estanislao Javier. Requiriósele en términos constitucionales á que entrase en Francia dentro el término de dos meses; de otro modo, al espirar ese plazo, quedaba excluido de sus derechos á la regencia. Sin embargo cesó la unanimidad tocante á los decretos contra los emigrados y contra los sacerdotes. El 9 de noviembre decidió la asamblea que los franceses reunidos á la otra parte de las fronteras eran sospechosos de conjuracion contra la patria; que si el 1.º de enero de 1792 se hallaban todavia reunidos serian tratados como á conspiradores, reos de muerte, y que despues de habérseles condenado por contumacia, serian confiscados sus bienes en provecho del estado, *sin perjuicio empero de los derechos de sus mugeres, de sus hijos y de sus acreedores legítimos*. El 29 del mismo mes tomó una decision casi semejante respecto á los eclesiásticos refractarios,

á quienes se obligó á prestar el juramento cívico so pena de serles confiscadas sus pensiones y de pasar por sospechosos de rebelion contra la ley. Si de nuevo se negaban, debian ser vigilados con rigor; si tenian lugar conmociones religiosas, debian ser trasladados á la ciudad capital del departamento, y si habian tomado parte en ella predicando la desobediencia, debian ser encarcelados.

El rey sancionó el primer decreto relativo á su hermano, pero interpuso el *veto* con respecto á los dos restantes. Poco antes publicamente habia desaprobado la emigracion, y habia escrito á los príncipes emigrados para que volviesen al reino, invitándolos en nombre de la tranquilidad de la Francia, y del afecto y sumision que le debian como á hermano y como á rey. En conclusion les decia: «Toda mi vida os quedaré reconocido de haberme ahorrado el obrar en contra vuestra, puesto que estoy resuelto á sostener lo que tengo anunciado.» Ningun resultado obtuvieron tan sabias invitaciones: sin embargo, aunque condenaba Luis XVI la conducta de los emigrados, no quiso consentir en las medidas tomadas contra ellos. Apoyáronle en su negativa todos los constitucionales y el directorio del departamento, y seguramente lo necesitaba en unos momentos en que á los ojos del pueblo pasaba por cómplice de la emigracion, en que escitaba el descontento de los girondinos y se separaba de la asamblea. Aun mas: hubiera debido unirse estrechamente con ellos, ya que en sus cartas invocaba la constitucion contra los emigrados y en el uso de su prerrogativa contra los revolucionarios. Solo podia robustecerse su posicion

consintiendo de buena fé en la primera revolucion, y haciendo causa comun con la clase media.

Pero, no era tan resignada la corte, y esperaba siempre una coyuntura mas feliz, cosa que le impedia obrar de una manera invariable, y le hacia dirigir sus esperanzas sobre varios puntos. Continuaba manteniendo relaciones con la Europa, y dispuesta en ciertos momentos á aceptar la intervencion estrangera; en union con los ministros intrigaba contra el partido popular, y si bien que desconfiadamente se servia de los Fuldenses para hacer la guerra á los Girondinos. Por entonces sus principales recursos consistian en las pequeñas intrigas de Bertrand de Molleville presidente del consejo, quien habia fundado un club *frances* cuyos miembros pagaba, se procuraba con oro aplausos en las tribunas de la asamblea esperando con esta parodia revolucionaria vencer á la revolucion verdadera, y cuyo objeto era burlar á los partidos y anular los efectos de la constitucion observándola literalmente.

Siguiendo este sistema tuvo la corte la imprudencia de debilitar el partido constitucional que hubiera debido fortalecer, y favoreció á sus espensas el nombramiento de Petion para magistrado. A consecuencia del desinterés de que habia dado muestra la anterior asamblea, dieron sucesivamente su dimision todos cuantos bajo su influencia habian ejercido mandos populares. La-Fayette dejó el mando de la guardia nacional el 8 de octubre, y Bailly acababa de renunciar el empleo de corregidor. El partido constitucional propuso á aquel para reemplazar á este en tan importante cargo, desde el cual

escitando ó previniendo las insurrecciones se aseguraba la posesion de la capital: hasta entonces habia pertenecido á los constitucionales, quienes por este medio lograron reprimir la sedicion del Campo de Marte; pero posteriormente, despues de haber perdido la direccion de la asamblea y el mando de la milicia ciudadana, hubieron de perder así mismo la municipalidad. La corte concedió á Petion, candidato de los girondinos, todos los votos de que disponia. «La-Fayette, decia la reina á Bertrand de Molleville, no quiere ser corregidor de Paris, sino para serlo pronto de palacio. Petion es jacobino, republicano, pero un necio incapaz de llegar nunca á ser un gefe de partido.» Petion fué elegido corregidor el 14 de noviembre por una mayoría de 6,708 votos de entre 10,652 votantes.

No se limitaron á esta adquisicion los girondinos, en favor de los cuales era decisivo tal nombramiento. No podia la Francia permanecer por mucho tiempo en estado tan peligroso como provisional; los decretos que con justicia ó sin ella llevaban por objeto la defensa de la revolucion, habian sido desechados por el rey, y ciertamente no podian ser reemplazados con medidas gubernativas, puesto que el ministerio daba muestras de mala disposicion ó de patente negligencia. Al momento acusaron los girondinos á Delessart, ministro de negocios estrangeros, de que comprometia el honor y la seguridad de la nacion por el tono de sus negociaciones con las potencias de Europa, por sus demoras y su impericia; acosaron así mismo vivamente á Du-Portail, ministro de la guerra, y á Bertrand de Molleville, del ramo de marina, por-

que dejaban indefensas las fronteras y las costas. Escitaba en esto una profunda indignacion nacional la conducta de los electores de Treves, de Mayencia y del obispo de Spire, que favorecian las reuniones militares de los emigrados. La comision diplomática propuso declarar al rey, que el pueblo veria con satisfaccion que requiriese á los príncipes limítrofes á dispersar dentro de tres semanas las partidas que se formaban, y que concentrase las fuerzas necesarias para obligarles á respetar el derecho de gentes. Pretendíase tambien con este importante paso, lograr que Luis XVI se obligase solemnemente, dando á entender á la dieta de Ratisbona, como tambien á las demas cortes de Europa, la decision enérgica de la Francia.

Subió Isnard á la tribuna para sostener este proyecto: «Elevémonos, dijo, en esta circunstancia á toda la altura de nuestra mision; hablemos á los ministros, al rey y á la Europa entera con toda la entereza que nos corresponde. Digamos á nuestros ministros, que hasta hoy dia la nacion no está muy satisfecha de la conducta de cada uno de ellos; que en adelante deben elegir entre el reconocimiento público y la venganza de las leyes, y que por la palabra responsabilidad entendemos decir la muerte. Digamos al rey, que su interés es defender la constitucion, que no reina mas que por el pueblo y para el pueblo, que la nacion es su soberano, y que está sujeto á la ley. Digamos á la Europa que si el pueblo frances desnuda su espada, tirará la vaina, y solo la recogerá coronado con los laureles de la victoria; que si los gabinetes empeñan á los reyes en una guerra contra

los pueblos, nosotros empeñarémos á los pueblos en una guerra á muerte contra los reyes. Digámosles que todos los combates que se den mutuamente los pueblos de orden de los déspotas.... (Y como fuese interrumpido con aplausos, exclamó:) No aplaudais, no aplaudais; respetad mi entusiasmo, que es el de la libertad! Digamos pues á la Europa, que todos los combates que se dan mutuamente los pueblos de orden de los déspotas, se parecen á los golpes que dos amigos se descargan en la obscuridad atizados por un pérfido instigador: si aparece la luz del dia tiran sus armas, se abrazan, y castigan contra quien los engañaba. Del mismo modo, si en el momento en que los ejércitos énemigos luchasen con los nuestros viniese la luz de la filosofia á herir sus ojos, se abrazarian los pueblos ante los tiranos destronados, la tierra consolada y el cielo satisfecho.»

Unánimemente decretó con transporte la asamblea la medida propuesta, y envió el 29 de noviembre un mensaje al rey. Vaublanc fué el órgano de esta diputacion. «Señor, dijo á Luis XVI, no bien la asamblea nacional ha echado una mirada sobre la situacion del reino, cuando ha conocido que las turbulencias que le agitan todavia tienen su origen en los criminales preparativos de los enemigos franceses. Vese sostenida su audacia por los príncipes alemanes que desconocen los tratados que tienen firmados con la Francia, y que afectan olvidar que á este imperio es á quien deben el tratado de Westfalia, que garantiza sus derechos y su seguridad. Esos hostiles preparativos y amagos de invasion hacen necesarios armamentos que absorven inmensas sumas; sumas que la nacion hubiera entregado gustosísima á sus acreedores.

«A vos toca, señor, hacer que cesen, y usar con las potencias estrangeras el language propio de un rey de los franceses! Decidles, que la Francia solo ve enemigos alli donde se permiten preparativos contra ella; que cumpliremos religiosamente el juramento de no hacer conquista alguna; que les ofrecemos la buena vecindad y la amistad inviolable de un pueblo libre y poderoso; que respetaremos sus leyes, sus costumbres y sus constituciones; pero que queremos que la nuestra sea respetada. Decidles en fin que si los príncipes de Alemania continúan favoreciendo los preparativos dirigidos contra los franceses, estos llevarán en sus estados no el hierro y las llamas, sino la libertad! Calculen ahora cuales pueden ser las consecuencias de ese grito de alarma dado á los pueblos.

Contestó Luis XVI que tomaria en gran consideracion este mensaje, y pocos dias despues pasó á la asamblea á anunciar en persona las resoluciones conformes con el voto general, que pensaba tomar sobre el mismo punto. Dijo en medio de los aplausos, que haria declarar al elector de Treves y á los demas, que si antes del 45 de enero no cesaban en sus estados las reuniones y aprestos hostiles de parte de los emigrados, los consideraria como á enemigos. Añadió que escribiria al emperador, á fin de obligarle á que interpusiese como gefe del imperio su autoridad para alejar los desastres que ocasionaria si se prolongase mas la obstinacion de varios miembros de la confederacion germánica. «Si estas declaraciones, repuso, no son atendidas, entonces, señores, no me quedará ya mas que proponer la guerra; la guerra á que jamas se arroja sin necesidad un

pueblo que ha renunciado solemnemente á las conquistas, pero que una nacion generosa y libre sabe emprender cuando lo exigen su seguridad y su honor.

Apoyáronse en preparativos militares los pasos dados por el monarca cerca de los príncipes del imperio; el 6 de diciembre reemplazó á Du-Portail un nuevo ministro de la guerra; eligióse entre los fuldenses al jóven y activo Narbona, quien ambicioso de la gloria de hacer triunfar su partido y de defender la revolucion, partió al momento para las fronteras. Se decretó una quinta de ciento cincuenta mil hombres, votando con este objeto la asamblea veinte millones de fondos extraordinarios; se formaron tres ejércitos al mando de Rochambeau, de Luckner y de La-Fayette, y se formalizó en fin acusacion contra el hermano mayor del monarca, el conde de Artois y el principe de Condé, como *sospechosos de atentados y de conspiracion contra la seguridad general del estado y la constitucion*. Secuestráronse entretanto sus bienes, y una vez transcurrido el plazo fijado anteriormente al primero de los tres para que entrase en el reino, se le declaró destituido de su derecho á la regencia.

Obligóse el elector de Treves á disipar las reuniones y á no permitir las en adelante, pero se redujo su promesa á un simulacro de licenciamiento. El Austria dió orden al mariscal de Bender de defender al elector caso que fuese atacado, y ratificó las cláusulas de la dieta de Ratisbona. Exigia esta que se reintegrase á los príncipes desposeidos; no quizo que se les indemnizase en dinero de la pérdida de sus derechos, y solo dejó á la Francia la eleccion entre el restablecimiento de la feudalidad en Alsacia ó la guerra. No

eran de naturaleza muy pacífica estos pactos del gabinete de Viena; sus tropas marchaban hácia nuestras fronteras probando aun mas que no se podia confiar en su inaccion. Hallábanse cincuenta mil hombres en los Países-Bajos, seis mil en Brisgau, y se acercaban desde Bohemia treinta mil, pudiendo este formidable ejército de observacion pasar de un momento á otro á ser ejército de ataque.

Conocia la asamblea que era urgente hacer que se decidiese el emperador; juzgaba que los electores eran su testa férrea, y los emigrados unicamente sus instrumentos, puesto que el príncipe de Raunitz reconocia legítima *la liga de soberanos reunidos para la seguridad y el honor de las coronas*. Quisieron pues los girondinos prevenir á este peligroso contrario para no darle tiempo de prepararse mas, y exigieron que antes del 10 de febrero diese claras y terminantes esplicaciones en punto á sus verdaderas miras con respecto á la Francia. Atacaron al propio tiempo á los ministros con quienes no se podia contar en caso de guerra, principalmente á Delessart por su incapacidad, y á Melleville por sus intrigas; contemporizaban solo con Narbona. Secundólos sobremanera la division del consejo de ministros, que se componia en parte de miembros aristócratas como Bertrand de Molleville, Delessard, etc., y en parte de constitucionales, como Narbona, Cahier de Gerville, ministro del interior. Seguramente no podian correr en armonía hombres de pareceres y de recursos tan opuestos; así es que Bertrand de Molleville tuvo vivos altercados con Narbona, porque queria este hacer adoptar á sus colegas una conducta franca y decidida, y dar la asamblea por punto de

apoyo al trono. Sucumbió el joven ministro en la lucha, y su destitucion desorganizó de nuevo al ministerio. Los girondinos acusaron á Bertrand de Mollville y á Delessart; tuvo el primero la habilidad de justificarse, pero al segundo se le obligó á comparecer ante el supremo tribunal de Orleans.

Intimidado el rey por el encono de la asamblea contra los miembros de su consejo y sobre todo por el decreto de acusacion contra Delessart, no tuvo otro recurso que elegir nuevos ministros entre los diputados del partido victorioso, porque solo una alianza con los actuales gefes de la revolucion podia salvar la libertad y el trono, restableciendo la armonía entre la asamblea, el poder y la municipalidad. Si esta union se hubiese conservado, los girondinos hubieran llevado á cabo con la corte lo que no creyeron poder ejecutar sino solos despues de haberse enemistado con ella. Los miembros del nuevo ministerio fueron, Lacoste para marina, Claviere de hacienda, Duranthon de justicia, Grave de la guerra, reemplazándole á poco Servan, Dumouriez de negocios estrangeros, y Roland del interior. Los dos últimos eran los individuos mas notables del consejo.

Tenia Dumouriez cuarenta y siete años cuando principió la revolucion; hasta entonces habia vivido intrigando, y se acordó demasiado de ello en una época en que solo debia echarse mano de los medios triviales como de un auxiliar, mas no para suplir á los grandes. Pasó la primera parte de su vida política buscando un medio para elevarse, y la segunda buscando como conservarse. Cortesano antes de 1789, constitucional bajo la primera asamblea, girondino bajo la segunda, y jacobino en tiempo de la república,

era perfectamente un personaje de posicion; estaba no obstante dotado de todos los recursos de los grandes hombres; tenia un carácter emprendedor, una infatigable actividad, un golpe de vista pronto, estenso y seguro; era ímpetuoso en el obrar y confiado estremadamente en el éxito, franco ademas, vivo, osado, propio para las facciones y para las armas, lleno de recursos, admirable por sus ocurrencias, y sabiendo en una posicion someterse á ella para variarla. Es verdad que sus grandes cualidades se hallaban afeadas por defectos, pues era aventurado, ligero y de una grande inconstancia en sus pensamientos y recursos por la antigua necesidad que sentia de accion y de intrigas, pero su mayor defecto era el carecer de toda conviccion política, porque en materias de libertad y de poder nada se hace, no siendo el alma de un partido; y nada se obtiene en ambicion sino se estienden las miras mas allá del blanco, y si no se quiere mas fuertemente que los demas. No de otro modo se elevaron Cromwell y Bonaparte, pero Dumouriez; despues de haber sido el empleado de todos los partidos, creyó vencerlos con la intriga; faltóle la pasion de su época, que es lo que completa á un hombre y le constituye dominante.

Roland era el contraste de Dumouriez; era un caracter que la libertad hallaba formado como si ella misma lo hubiese hecho. Sencillo en sus modales, austero en sus costumbres, constante en sus opiniones, amaba la libertad con entusiasmo, era capaz de consagrarla con desinteres su vida entera, y de morir por ella tranquilo y sin ostentacion. Digno de haber nacido en una república, no era su elemento la revolucion ni las agitaciones y las luchas de los par-

tidos; no eran superiores sus talentos, y si algo terco su carácter, no sabia conocer ni manejar á los hombres; y aunque era laborioso, ilustrado y activo, poco hubiera adelantado sin su muger. Poseyendo esta todo lo que á él le faltaba, elevadas miras, destreza, prevision y energía; fué el alma de la Gironda. Reuníanse á su alrededor los individuos mas brillantes y denodados para hablar de las necesidades y de los peligros de la patria, y ella era quien escitaba á los que suponía propios para obrar, y dirigia á la tribuna á los que conocia elocuentes.

A este ministerio organizado en marzo le dió la corte el apellido de *descamisado*. La vez primera que pasó Roland á palacio, con cordon en los zapatos y con sombrero redondo, contra las leyes de la etiqueta, el maestro de ceremonias rehusó admitirle; pero, obligado á ello, se dirigió á Dumouriez y señalándole á Roland le dijo: «— Señor! no hay hebillas para esos zapatos!— Ah! todo está perdido!» respondió Dumouriez con la mayor sangre fria: ¡tales eran aun las preocupaciones de la corte! La primera medida del nuevo ministerio fué la guerra en razon de que era cada dia mas peligrosa la posicion de la Francia y tenia mucho que temer de la mala voluntad de las demas potencias. Acababa de morir Leopoldo, y este acontecimiento era á propósito para acelerar las resoluciones del gabinete de Viena, porque su jóven sucesor, Francisco II, debia ser menos pacífico ó menos prudente. El Austria por otra parte concentraba sus tropas, trazaba acampamentos, nombraba generales, habia violado el territorio de Bale, y colocada una

guarnicion en el pais de Porentruy para prepararse una entrada en el departamento de Doubs: no podia dudarse, pues, de sus proyectos. Volvió á organizarse mas numerosa la reunion de Coblentz, y si el gabinete de Viena habia dispersado momentaneamente los emigrados reunidos en las provincias belgas, fué solo para impedir la invasion de este pais al que todavia no tenia en buen estado de defensa, y aun salvando solo las apariencias, puesto que en Brusélas permitia que anduviesen con uniforme y con escarapela blanca los individuos de un estado mayor de oficiales generales. No eran por fin nada satisfactorias las respuestas del príncipe de Kaunitz á las esplicaciones que se le habian pedido; negábase á tratar directamente, y encargó al baron de Cobentzel que respondiese que no se apartaria el Austria de las condiciones impuestas en su *ultimatum*: tales eran que se repusiese la monarquia sobre las bases de la sesion regia del 23 de junio, que se restituyesen los bienes del clero, que volviesen los príncipes alemanes á la posesion de sus tierras de la Alsacia con todos sus derechos, y el papa á su dominio de Aviñon y del condado de Venaissin. Era pues imposible toda composicion, y no debia contarse ya con el mantenimiento de la paz: amenazaba á la Francia la suerte que acababa de sufrir la Holanda, y quizás la de Polonia. Toda la cuestion se reducía á esperar la guerra ó á romper antes las hostilidades, á aprovecharse del entusiasmo del pueblo ó á dejarle enfriar. El verdadero autor de la guerra no es el que la declara, sino el que la hace necesaria.

El 20 de abril se presentó Luis XVI á la asam-

CAPITULO V.

blea, acompañado de sus ministros. «Vengo, señores, dijo, al seno de la asamblea nacional para uno de los mas importantes objetos que deben llamar la atención de los representantes de la nacion. Mi ministro de negocios estrangeros va á leeros el informe que ha estendido en mi consejo sobre nuestra situacion política.» Dumouriez tomó entonces la palabra, espuso las quejas que tenia la Francia contra la casa de Austria; el objeto de las conferencias de Mantua, de Reichenbach y de Pilnitz; la alianza que habia formado contra la revolucion de Francia, sus grandes armamentos, la proteccion abierta que daba á las reuniones de emigrados, el imperioso tono y afectada lentitud de sus negociaciones, y en fin las intolerables condiciones de su *ultimatum*; y despues de una larga serie de *considerandos* acerca de la conducta hostil del rey de Hungría y de Bohemia (Francisco II no habia aun sido elegido emperador), de las dificiles circunstancias en que se hallaba la nacion, de su espreso voto de no sufrir ningun ultrage ni atentado contra sus derechos, del honor y buena fé de Luis XVI, que era depositario de la dignidad y de la seguridad de la Francia, concluyó pidiendo la guerra contra el Austria. Entonces dijo Luis XVI con voz un poco alterada. «Acabais de oir, señores, el resultado de las negociaciones que he seguido con la corte de Viena; las conclusiones del informe han sido el parecer unánime de los miembros de mi consejo, y las he adoptado por ser conformes al voto que me ha manifestado muchas veces la asamblea nacional, y á los sentimientos que me han espresado varios ciudadanos de distintos puntos del

reino: todos prefieren la guerra á ver por mas tiempo ultrajada la dignidad del pueblo francés y amenazada la seguridad nacional. Debia ante todo agotar cuantos medios estuviesen en mi mano para el mantenimiento de la paz: ahora, en conformidad con la constitucion, vengo á proponer á la asamblea nacional la guerra contra el rey de Hungría y de Bohemia.» Tributóse al rey algun aplauso, pero la solemnidad de la circunstancia y la grandeza de la decision tenian á los presentes profundamente conmovidos y silenciosos. No bien hubo salido el monarca, la asamblea indicó para la noche una sesion extraordinaria en la que se decidió casi unánimemente la guerra. Asi se emprendió contra la principal de las potencias confederadas esa guerra que ha durado la cuarta parte de un siglo, que consolidó la revolucion triunfante, y que ha cambiado hasta la faz de Europa.

Súpolo con júbilo la Francia entera, dando la guerra nuevo impulso al pueblo, tan agitado ya; elevaron á la vez esposiciones los distritos, las municipalidades y las sociedades populares; levantáronse tropas, hiciéronse donativos voluntarios, fabricáronse picas, y la nacion entera pareció levantarse para esperar á la Europa ó para invadirla. Pero el entusiasmo, que al fin es el que da la victoria, no supe al principio á la organizacion: asi es que al abrirse la campaña solo se podia contar con las tropas regulares mientras se iban disciplinando las demas. Hé aqui el estado de las fuerzas francesas: estaban divididos en tres grandes mandos los vastos lindes desde Dunkerque hasta Huningue. En Filipeville, á la izquierda de Dunker-

que se hallaba á las órdenes del mariscal de Rochambeau el ejército del norte, fuerte de unos cuarenta mil infantes y ocho mil caballos. Desde Filipeville hasta Weissemburgo se hallaban cincuenta mil infantes y siete mil caballos, formando el ejército del centro al mando de La-Fayette. En fin, el ejército del Rin, fuerte de treinta y cinco mil hombres y de ocho mil caballos, tenia por gefe al mariscal Luckner, que ocupaba las líneas de Weissemburgo hasta Bale. Confióse la frontera de los Alpes y de los Pirineos al general Montesquiou, cuyo ejército no era muy numeroso: sin embargo no se hallaba amenazada todavia por este punto la Francia.

El mariscal de Rochambeau era de parecer que se guardase la defensiva protegiendo las fronteras; Dumouriez por el contrario queria tomar la iniciativa en las operaciones militares, así como se habia tomado en la guerra, á fin de aprovechar la ventaja de haberse hallado dispuestos los primeros. Era este muy emprendedor, y como dirigia las operaciones militares, aunque ministro solo de negocios extranjeros, hizo adoptar su plan que consistia en una rápida invasion de la Bélgica. Habia probado esta provincia en 1790 á substraerse del yugo austriaco; pero, aunque cantó por un momento victoria, fué sometida á poco por fuerzas superiores: suponía pues Dumouriez, que los patriotas favorecerían el ataque de los franceses, como un medio de emancipación para ellos. Con este objeto combinó una triple invasion; los generales Teobaldo, Dillon y Biron, que se hallaban en Flándes á las órdenes de Rochambeau, recibieron orden de dirigirse, el primero con cuatro mil hombres desde Lila á Tournay, y el segundo

con diez mil desde Valenciennes á Mons. Al mismo tiempo La-Fayette partió de Metz con parte de su ejército y se dirigió á marchas dobles sobre Namur por Stenai, Sedan, Mezieres y Givet. Pero este plan suponía en los soldados una costumbre que no tenían todavía, y exigía de parte de los gefes una armonía muy difícil. Por otra parte, no eran bastante fuertes para tal empresa las columnas invasoras, por lo cual no bien el 28 de abril había Teobaldo Dillon pasado la frontera y atacado al enemigo, cuando se apoderó de sus tropas un pánico terror; gritábase entre las filas: ¡ Sálvese quien pueda! y en la fuga fué asesinado por los suyos. Lo mismo sucedió y con iguales circunstancias en la division de Biron, que se vió obligado á retirarse en desorden á sus antiguas posiciones, debiéndose atribuir esta fuga, precipitada y comun á dos columnas, ó al temor del enemigo, por parte de tropas que no estaban fogueadas, ó á la desconfianza que inspiraban los gefes, ó á malévolos que gritaban traicion.

Al llegar La-Fayette á Bouvines, despues de haber hecho cincuenta leguas en pocos dias y por malos caminos, supo los desastres de Valenciennes y de Lila, y viendo frustrado el objeto de la invasion, pensó con razon que debia efectuar la retirada. Rochambeau se quejó de la *precipitacion y desconcierto* de las medidas que le habian prescrito de un modo el mas absoluto, y como no queria *permanecer pieza pasiva obligada á jugar á gusto de los ministros una partida que debia dirigir*, dió su dimision. Desde entonces volvió á tomar el ejército la defensiva; la frontera quedó dividida solo en dos mandos, confiado uno á La-Fayette, estendiéndose

desde el mar á Longwy, y otro á Luckner, desde el Mosa al Jura. La-Fayette dió el mando de la izquierda de su ejército á Arturo Dillon, y por la derecha comunicaba con Luckner, quien sobre el Rin tuvo por segundo á Biron. En tal posicion se esperaba á los coligados.

Entretanto los primeros descalabros habian aumentado sobremanera la desunion de los fuldenses y de los girondinos. Los generales los atribuian al plan de Dumouriez, y el ministerio echaba la culpa á la mala ejecucion de los generales, quienes bajo la influencia de Narbona pertenecian al partido constitucional. Por otra parte los jacobinos acusaban á los contra-revolucionarios de haber causado la derrota con los gritos de *sálvese quien pueda!*, y confirmaban ellos tal sospecha con su declarada alegria, su esperanza de ver pronto á los aliados en Paris, á los emigrados restituidos al seno de sus familias, y restablecido el antiguo régimen. Creyóse tambien que la corte, que de mil ochocientos hombres habia subido á seis mil la guardia real pagada por el rey, reuniendo en ella contra-revolucionarios decididos, corria en armonia con los aliados. Y llegaba á tan alto punto la desconfianza, que se denunció una junta secreta con el nombre de *junta austriaca*, y por mas que se hizo no se pudo probar su existencia.

La asamblea tomó al momento medidas de partido: entraba en la carrera de la guerra, y desde entonces estaba condenada á regular su conducta no tanto por la justicia como por la salud pública. Declaróse permanente; licenció la guardia real; y la renovacion de las turbulencias religiosas la obligó á comunicar un decreto de destierro contra los sacerdotes refractarios,

á fin de no tener que combatir á un tiempo á la Europa y sufocar las sublevaciones. Para reparar las últimas derrotas, y tener junto á la capital un ejército de reserva, adoptó el 8 de junio, á propuesta del ministro de la guerra Servan, la formacion de un ejército de veinte mil hombres en las inmediaciones de Paris, sacándolos de los departamentos. Procuró igualmente exaltar los ánimos con fiestas revolucionarias, y principió á alistar á la muchedumbre en un armamento de piqueros, creyendo que ningun auxilio estaba por demas en tan grave riesgo.

No sin oposicion de los constitucionales pudieron adoptarse estas medidas, puesto que combatieron fuertemente el establecimiento del ejército de veinte mil hombres, al que miraban como ejército de partido en oposicion á la guardia nacional y al trono. Protestó el estado mayor de esta, pero á la protesta siguió su reorganizacion en provecho del partido dominante, haciendo entrar en la nueva guardia nacional compañías armadas de picas, cuyo medio causó un descontento mucho mayor entre los constitucionales, porque introduciendo en sus filas á la clase inferior, parecia tener por objeto anular la clase media y reemplazarla con la ínfima. Condenaban en fin abiertamente el destierro de los sacerdotes, porque equivalia en sentir suyo á un decreto de proscripcion.

Hacia algun tiempo que Luis XVI se mostraba mas reservado con sus ministros, y estos eran á su vez mas exigentes con él. Instigábanle á que admitiese cerca de su persona sacerdotes juramentados, á fin de dar un ejemplo en favor de la religion constitucional y de quitar todo pretexto de turbulencias; pero se negaba tenazmente decidido á no

hacer ninguna concesion religiosa. De suerte que los últimos decretos fueron el término de su union con la Gironda, y pasaron algunos dias sin que hablase de ella y sin dar á conocer su decision sobre el particular. Entonces fué cuando le escribió Roland su famosa carta acerca de sus deberes constitucionales, instándole á que para calmar los ánimos y robustecer su autoridad se declarase francamente rey de la revolucion. Esta carta agrió mas y mas á Luis XVI, quien de antemano estaba ya resuelto á romper con los girondinos. Apoyábale Dumouriez abandonando á su partido y formando con Duranthon y Lacoste una escision ministerial contra Roland, Sevan y Claviere: pero, á fuer de habil ambicioso, aconsejaba á Luis que destituyese á los ministros de quienes estaba descontento, y que para popularizarse sancionase al propio tiempo los decretos. Decíale que el relativo á los sacerdotes era una medida de precaucion en favor de ellas, porque con el destierro huirian de una proscripcion mas deplorable quizás: tocante á prevenir las consecuencias revolucionarias del acampamento de veinte mil hombres, prometia efectuarlo haciendo marchar sordamente para el ejército á los batallones que fuesen llegando. Con estas condiciones se encargaba Dumouriez del ministerio de la guerra, sosteniendo el choque de su propio partido: sin embargo Luis XVI destituyó á los ministros el 15 de junio, y desechó el 29 los decretos. Dumouriez partió para el ejército, despues de haberse hecho sospechoso; y la asamblea declaró que la nacion veia con pesar la separacion de Roland, de Servan y Claviere.

*

Eligió el rey nuevos ministros entre los Fuldenses, á Scipion Chambonnais para el ministerio de negocios estrangeros, á Terrier-Monteil para el del interior, á Beaulieu para el de hacienda, y á Lajarre para el de la guerra; quedando Lacoste y Duranton desempeñando momentáneamente los de justicia y de marina. Ninguno de ellos tenia celebridad ni crédito, y aun su mismo partido se acercaba al término de su existencia, puesto que la situacion constitucional, durante la cual debia dominar se iba convirtiendo en situacion revolucionaria. ¿Como hubiera podido un partido legal y moderado mantenerse entre dos bandos exaltados y beligerantes, de los cuales se lanzaba uno desde el estrangero para destruir la revolucion, mientras otro queria defenderla á toda costa? En tal posicion estaban por demas los Fuldenses; y conociendo el rey su debilidad, solo contaba ya con la Europa, y envió á Mallet-Dupan con una mision secreta cerca de los aliados.

Reuniéronse entre tanto para aprovechar ese ligero movimiento retrógrado, todos cuantos pertenecian á los primitivos tiempos de la revolucion y habian sido adelantados por el movimiento popular. Los monárquicos, á cuya cabeza se hallaban Lally-Tollendal y Malouet, dos principales miembros del partido de Mounier y de Necker; los Fuldenses, dirigidos por el antiguo triumvirato de Dupont, Lameth y Barnave; y La-Fayette, en fin, cuya reputacion constitucional era inmensa, procuraron reprimir los clubs, afirmar el orden legal y el poder del rey. Agitábanse por este tiempo los jacobinos, y era inmenso su influjo, porque se ha-

habían á la cabeza de toda la clase ínfima del pueblo. Para contenerlos hubiera sido forzoso oponerles el antiguo partido de la clase media; pero se hallaba desorganizado, y declinaba diariamente su poder. Con el objeto de reanimarle, desde el acampamento de Maubeuge dirigió La-Fayette una carta á la asamblea denunciando á la facción jacobina, pidiendo el fin del reinado de los clubs, la independencia y afianzamiento del trono constitucional, é instando en su nombre, en el del ejército y en el de todos los amigos de la libertad, que se tomasen solo medidas legales para la salvacion pública. Escitó esta carta vivos debates entre el lado izquierdo y el lado derecho de la asamblea, y si bien que puros y llenos de desinterés los motivos que obligaron á escribirla, por ser de un general jóven que se hallaba á la cabeza de un ejército, pareció un paso dado á lo Cromwel, y desde entonces empezó á ser objeto de ataques la reputacion de La-Fayette, con quien hasta aquella época habian temporizado sus contrarios. Además, no considerando aquel paso sino en sus relaciones políticas, era imprudente, porque destituida la Gironda del ministerio y detenida en sus medidas de salvacion pública, no tenia necesidad de ser escitada, ni era necesario tampoco que La-Fayette, ni aun por el interes de su partido, arriesgase hasta tal punto su ascendiente.

Sin abandonar todavia las sendas constitucionales procuró la Gironda reconquistar el poder, así para su seguridad como para la de la revolucion. No era por entonces su objeto, como lo fué mas tarde, destronar al rey, sino ganarle de su parte, y

recurrió para ello á las imperiosas peticiones de la muchedumbre. Despues de haberse declarado la guerra, se habian presentado á la barra de la asamblea nacional varios peticionarios armados, ofreciéndose á defender la patria, y habian obtenido el permiso de desfilar al traves de la sala de la asamblea. Era muy imprudente tamaña condescendencia, puesto que hacia ilusorias las leyes contra las reuniones tumultuosas; mas como ambos partidos se hallaban en situacion extraordinaria, todos se servian de medios ilegales: la corte, de la Europa; y la Gironda, del pueblo. Hallábase este en la mayor agitacion, y los demagogos de los arrabales, entre los cuales se hallaban Santerre, el diputado Chabot, el gisero Legendre, Gonchon y el marques de S.-Hurugues, le prepararon durante muchos dias para un acto revolucionario semejante al que habia salido infructuoso en el campo de Marte. Acercábase el 20 de junio, aniversario del juramento del trinquete. So pretesto de celebrar esta memorable jornada con una fiesta cívica y de plantar un mayo en honor de la libertad, reuniéronse unos ocho mil hombres armados y se dirigieron á la asamblea desde los arrabales de S. Antonio y de S. Márcos.

El síndico procurador Roederer dió parte de ello á la asamblea; pero llegaron en este momento los amotinados, y sus gefes pidieron que se les dejase presentar una peticion y desfilar por delante de la asamblea. Suscitáronse acalorados debates entre el lado derecho, que se negaba á recibir peticionarios armados, y la izquierda, que apoyándose en algunos actos anteriores era de parecer que fuesen

admitidos. Vergniaud declaró que admitiendo en su seno grupos armados atacaba la asamblea todos los principios; pero hablándose de las actuales circunstancias, opinó que era imposible rehusar lo que á tantos se habia ya concedido. Difícil era por otra parte no aderir á los deseos de una muchedumbre inmensa, exaltada y secundada por la mayoría de los representantes. Agrupábase ya el gentío en los corredores, cuando la asamblea decidió que fuesen admitidos los peticionarios en la barra. Fué introducida la diputacion y se expresó su orador en un lenguaje amenazante; dijo que el pueblo estaba de pié, pronto á servirse de los grandes medios consagrados en la tabla de derechos, *resistencia á la opresion*, que los disidentes de la asamblea, si por ventura existian, *purgasen la tierra de la libertad*, y se fuesen á Coblentz; y pasando despues al verdadero objeto de esa peticion insurreccional: «El poder ejecutivo, añadió, no se halla en armonia con nosotros, y la mejor prueba de ello es la destitucion de los ministros patriotas: ¿deberá pues depender del capricho de un rey la felicidad de un pueblo libre! ¿pero deberá este rey tener otra voluntad que la de la ley? El pueblo lo quiere así, y su cabeza vale tanto como la de los déspotas coronados: esa cabeza es el árbol genealógico de la nacion, y la débil caña debe humillarse ante esa robusta encina. Nos quejamos, señores, de la inaccion de nuestros ejércitos; os pedimos que penetreis la causa; y si proviene del poder ejecutivo, que se anonade!»

La asamblea respondió á los peticionarios, que tomaria en consideracion su demanda; invitóles en se-

guida á que respetasen la ley y las autoridades constituidas, y les permitió desfilar en su seno. Este séquito compuesto entonces de unas treinta mil personas, entre mugeres, niños, guardias nacionales, y paisanos armados con picas, enarbolando banderas y signos completamente revolucionarios, atravesó la sala cantando el famoso estrivillo (*ça ira*:) *esto seguirá* y gritando: *Viva la nacion! vivan los descamisados (sans-culottes!) abajo el veto!* Hallábanse á su cabeza Santerre y el marques de S. Hurugues. Desde la asamblea se dirigieron al palacio, rompiendo la marcha los peticionarios.

Abriéronse de orden del rey las puertas exteriores, y la muchedumbre se precipitó entonces en lo interior. Subió á las habitaciones, y mientras que á hachazos conmovia las puertas, mandó abrirlas Luis y se adelantó casi solo. Contúvose un momento á su presencia la avenida popular; pero los de afuera, que no experimentaban la misma sensacion, seguian adelantando, y pareció prudente colocar al rey en el alfeizar de una ventana. Nunca dió muestras de mas valor que en esta memorable jornada. Rodeado de guardias nacionales que le servian de barrera contra la muchedumbre, y sentado en una silla colocada sobre una mesa para que pudiese ser visto del pueblo y respirar mas facilmente, conservó un semblante tranquilo y firme. Constantemente respondió á los que pedian la sancion de los decretos: » *No es este el modo ni el momento de obtenerlos de mí.* Tuvo pues valor para negarse á lo que era el principal objeto del movimiento; mas no creyó deber desechar un signo vano para él, pero que para la muchedumbre era el de la libertad: calóse pues un gorro encarnado que le

presentaron en la punta de una pica, condescendencia de que se mostró muy pagado el pueblo. Poco después lo aplaudió estrepitosamente, cuando sediento y sofocado de calor bebió sin vacilar de un vaso que le ofreció un trabajador medio beodo. Acudieron en esto Vergniaud, Isnard y otros diputados de la Gironda para proteger al rey, hablar al pueblo, y poner término á tan denigrantes escenas: la asamblea que hacia poco habia levantado su sesion, se reunió á toda prisa y espantada de esta irrupcion envió sucesivamente varias diputaciones cerca de Luis XVI para servirle de salvaguardia. Al cabo llegó el mismo corregidor Petion, subió á una silla, arengó al pueblo, invitóle á que se retirase, y el pueblo obedeció. Estos estraños sublevados que no llevaban por objeto mas que obtener decretos y ministros, se dispersaron sin haber escedido su mandato, pero sin haberle llenado.

La jornada del 20 de junio escitó contra sus autores un levantamiento de la opinion constitucional, echándose vivamente en cara al partido popular la violacion de la morada régia, los ultrajes hechos al monarca y la ilegalidad de una peticion presentada en medio de la violencia de la muchedumbre y del aparato de las armas. El partido popular se vió momentáneamente reducido á la defensiva, porque á mas de ser culpable de una asonada habia sufrido una verdadera derrota; y los constitucionales volvieron á tomar el tono y la superioridad de un partido ofendido y dominante, si bien que instantaneamente, porque no fueron secundados por la corte. La guardia nacional ofreció á Luis XVI mantenerse reunida al rededor de su persona, y el duque de la Rochefoucauld-Liancourt, que

mandaba en Ruan, quiso trasladarle entre sus tropas que le eran adictas; La-Fayette le propuso conducirle á Compiègne y ponerle á la cabeza de su ejército: mas todo lo rehusó Luis XVI. Juzgaba que el mal éxito de su última tentativa desanimaría á los demagogos, y como se prometia su libertad de parte de las potencias aliadas, á quienes animaron en estremo los acontecimientos del 20 de junio, no quiso servirse de los constitucionales, porque hubiera debido tratar con ellos.

La-Fayette sin embargo ensayó un *postrer esfuerzo* en favor de la monarquía legal: despues de haber transferido el mando de un ejército y recogido esposiciones contra los últimos acontecimientos, marchó á Paris, é improvisamente se presentó el 28 de junio á la barra de la asamblea, pidiendo asi en su nombre como en el del ejército el castigo de los atentados del dia 20 y la destrucción de la secta jacobina. Semejante paso escitó diversos sentimientos en la asamblea: aplaudióle la derecha, pero declamó contra él la izquierda. Gaudet propuso examinar si era ó no culpable por haber abandonado su ejército pasando á dictar leyes á la asamblea; pero un resto de respeto impidió que fuese admitida su propuesta, y despues de un tumultuoso debate se concedieron á La-Fayette los honores de la sesion, pero nada mas absolutamente. Dirigióse entonces el general á la guardia nacional, que por tanto tiempo le habia sido adicta, y se prometió cerrar con su cooperacion los clubs, dispersar á los jacobinos, reponer á Luis XVI en el lleno de la autoridad que le conferia la ley, y consolidar la constitucion. Hallábase confuso el partido revolucionario, y todo lo temia de la

audacia y actividad de este adversario del campo de Marte. Mas como temia la corte el triunfo de los constitucionales, desbarató los planes de aquel gefe, é impidió con su influencia entre los gefes de los batallones realistas, que tuviese lugar una revista que él habia dispuesto. Las compañías de preferencia que se hallaban en mejores disposiciones, debian reunirse en su casa y marchar contra los clubs, pero no se presentaron ni treinta hombres. Habiendo probado de esta suerte inutilmente unir á la corte y á la guardia nacional para la comun defensa y la de la constitucion, viéndose abandonado de los mismos á quienes queria socorrer, partió La-Fayette para su ejército, perdida ya su popularidad y su influencia: esta fué la última señal de vida del partido constitucional.

Entonces atendió de nuevo la asamblea á la situacion de la Francia, que seguramente no habia mudado, y la comision extraordinaria de los doce miembros presentó por órgano de Pastoret un cuadro poco halagüeño relativamente al estado y á las divisiones de los partidos. Juan Debry propuso en nombre de la misma comision tranquilizar al pueblo que se hallaba en extremo agitado, y anunciar que cuando seria imminente la crisis lo declararia la asamblea con estas palabras, *la patria está en peligro*, tomándose medidas de salvacion pública. Abierta la discusion sobre esta importante cuestion, Vergniaud pintó en un discurso que conmovió profundamente á la asamblea, todos los peligros á que se hallaba espuesta en este momento la patria: dijo que los emigrados se hallaban reunidos, que los soberanos se habian aliado, que los ejércitos estran-

geros amenazaban las fronteras, y que tenian lugar turbulencias interiores, *todo en nombre del rey*; acusó á este de sofocar con sus negativas el entusiasmo nacional, y de entregar de esta suerte la Francia á los aliados; citó el artículo de la constitucion en que se declaraba, que *«si el rey se ponía á la cabeza de un ejército y dirigia sus fuerzas contra la nacion, ó no se oponía con un acto formal á tentativas ejecutadas en su nombre, se entendería que abdicaba.* Suponiendo entonces que Luis XVI se oponía voluntariamente á que se pusiesen en ejecucion los medios propios para defender la patria, en este caso, decia, ¿no tendríamos derecho para decirle: «O rey! que habeis creído sin duda con el tirano Lisandro, que la verdad no vale mas que la mentira, y que es preciso entretener á los hombres con juramentos como se entretiene á los niños con juguetes; que solo fingisteis amar las leyes para conservar el poder que debia hacéros las despreciar, y la constitucion para que no os precipitase del trono del cual necesitabais para destruirla, pensais engañarnos con hipócritas protestas, ni alucinarnos con frívolas excusas sobre nuestra desgracia? ¿Era defendernos oponer á los soldados estrangeros fuerzas inferiores para que ni fuese siquiera incierta su derrota? era defendernos remover los planes que tendian á fortificar el interior, no reprimir á un general que violaba la constitucion, y enervar el valor de sus entusiastas? Fué para hacernos felices ó para labrar nuestra ruina, que se os concedió por la constitucion la eleccion de ministros? fué para nuestra gloria, ó para nuestro oprobio, que

se os nombró gefe del ejército? ¿Se os concedió en fin el derecho de sancion, un presupuesto y tantas otras prerrogativas para perder constitucionalmente la constitucion y el imperio? No, no, hombre á quien no ha conmovido la generosidad de los franceses, y si unicamente el amor al despotismo.... nada sois ya para esa constitucion que habeis tan indignamente desconocido, ni para el pueblo á quien sois traidor.»

En la posicion en que se hallaba la Gironda solo contaba ya con la destitucion del rey. Bien es verdad que Vergniaud se espresaba solo de una manera hipotética; pero todo el partido popular atribuia realmente á Luis XVI los proyectos que en boca del orador eran unicamente suposiciones. Pocos dias despues se espresó Brissot mas abiertamente. «El peligro en que nos hallamos, dijo, es el mas extraordinario que se haya visto en los siglos pasados. La patria está en peligro, no por falta de tropas, no porque carezcan de denuedo, no porque estén indefensas las fronteras y porque escaseen los recursos... no; si se ve en peligro es porque se han inutilizado sus fuerzas. Y quién las ha inutilizado? un hombre solo, aquel mismo á quien la constitucion ha nombrado su gefe, y de quien hacen su enemigo los pérfidos consejeros. Se os dice que son de temer los reyes de Hungría y de Prusia, y yo os digo que su fuerza principal está en la corte, y que aqui es donde se debe antes vencerlos. Se os dice que persigais en todo el reino á los sacerdotes refractarios... yo os digo que herir á la corte de las Tullerías, es herir á esos sacerdotes de un solo golpe. Se os dice que persigais á todos los in-

trigantes, facciosos y conspiradores; mas yo os digo que todos desaparecerán si acometeis al gabinete de las Tullerías, porque ese gabinete es el punto del que parten todas las tramas, todas las manio-bras, todos los agentes: la nacion es el juguete de ese gabinete: hé aqui el secreto de nuestra posicion, el origen del mal, y donde debe aplicarse el re-medio.»

De este modo preparaba la Gironda á la asamblea para el punto de la destitucion; pero se terminó antes la grande cuestion sobre los peligros de la patria. Las tres comisiones reunidas declararon que habia lugar á tomar medidas de salvacion pública, y el 5 de julio proclamó la asamblea esta fórmula solemne: *ciudadanos, la patria está en peligro!* Al momento todas las autoridades civiles se pusieron *en vigilancia permanente*, declaróse en activo servicio á todos los ciudadanos aptos para la guerra y que habian sido guardias nacionales, obligóse á todos que manifestasen las armas y las municiones que tuviesen; se distribuyeron picas á cuantos no les alcanzaron fusiles, se formaron en las plazas públicas batallones de voluntarios levantando bandera con esas palabras: *ciudadanos, la patria está en peligro!* y se organizó el acampamento de Soissons. Todas estas indispensables medidas de defensa llevaron al mas alto grado la exaltacion revolucionaria, siendo ocasion de observarlo el aniversario del 14 de julio, durante el cual estallaron sin rebozo los sentimientos de la muchedumbre y de los federados de los departamentos. Petion fué el objeto de la idolatría popular, y le fueron concedidos todos los honores de la federa-



cion. Pocos días antes habia sido destituido por el directorio del departamento y por el consejo de ministros á causa de su conducta en el día 20 de junio; pero la asamblea lo habia repuesto en sus funciones, y el día de la federacion solo resonó el grito de: *¡Petion ó la muerte!* Manifestaban todavia inclinacion hácia la corte algunos batallones de la guardia nacional, entre ellos el de las monjas de santo Tomas, y fueron blanco de la desconfianza y de los resentimientos populares; suscitóse entre sus granaderos y los federados de Marsella una riña de que resultaron heridos algunos de los granaderos. Era cada dia mas inminente la crisis, y el partido de la guerra no podia sufrir el de la constitucion. Multiplicábase los ataques contra La-Fayette, persiguiéndole en los periódicos y denunciándole en la asamblea. Rompiéronse al fin las hostilidades; se cerró el club de los fuldenses; quedaron abolidas las compañías de granaderos y de cazadores de la guardia nacional, que componian la fuerza principal de la clase media; se alejó de Paris á las tropas de línea y á una parte de los suizos, y se preparó abiertamente la catástrofe del 40 de agosto.

Contribuyó á acelerar este momento la marcha de los prusianos y el famoso manifiesto de Brunswick. Habíase la Prusia reunido al Austria y á los príncipes de Alemania contra la Francia, y á poco lo efectuó tambien la corte de Turin, siendo ya formidable la alianza á pesar de que no comprendia todas las potencias que al principio se suponía. No entraba en ella la Suecia por motivo de la muerte de Gustavo, en quien se habia pensado para gefe del ejército invasor; tampoco la España, porque al ministro Flo-

rida-Blanca habia sucedido el moderado y prudente conde de Aranda; Rusia é Inglaterra, si bien aprobaban secretamente los ataques de la liga europea, no entraron en ella todavia. Despues de los acontecimientos militares de que hemos dado noticia, mas bien se habian observado que batido los ejércitos. Durante este tiempo habia La-Fayette disciplinado con esmero el suyo, y Dumouriez por medio de diarias y favorables refriegas habia aguerrido las tropas que le estaban confiadas de las de Luckner en el acampamento de Maulde: de esta suerte formaban ambos el núcleo de un buen ejército, cosa tanto mas necesaria cuanto era indispensable mucha disciplina y confianza para rechazar la próxima invasion de los aliados.

Dirigia á estos el duque de Brunswick, teniendo el mando del ejército enemigo, compuesto de setenta mil prusianos y de setenta y ocho mil austriacos y emigrados. El plan de invasion era este. Con los prusianos debia el duque de Brunswick pasar el Rhin en Coblentz, subir la orilla izquierda del Mosa, invadir la frontera de Francia por su punto central mas accesible, y dirigirse sobre la capital por Longwy, Verdun y Chalons. El príncipe de Hohenlobe debia operar por la izquierda en direccion de Metz y de Thionville con las tropas del condado de Hesse y los emigrados, mientras que el general Clairfait con los austriacos y otro cuerpo de emigrados debia arrollar á La-Fayette, que se hallaba entre Sedan y Mezieres, pasar el Mosa, y marchar por Reims y Soissons sobre Paris. De este modo, por el centro y ambos lados, por el Rhin, el Mosa y los Paises-Bajos, todos se dirigian concéntricamente á la capital. Entre tanto otros cuerpos de ejército debian facilitar la invasion

central acometiendo á las tropas francesas por la frontera del Rhin y los extremos lindes del Norte.

El 25 de julio, al emprender el ejército su movimiento sobre Coblentz, publicó el duque de Brunswick un manifiesto en nombre del emperador y del rey de Prusia. Acusó de haber subvertido el orden y derribado el gobierno legítimo á *los que habian usurpado las riendas de la administracion en Francia*; de haber cometido atentados y diarias violencias contra el rey y su familia; de haber suprimido arbitrariamente los derechos y las posesiones de los príncipes alemanes en Alsacia y en la Lorena; y en fin, de haber colmado la medida declarando una guerra injusta á S. M. el emperador, y atacando sus provincias de los Países Bajos. Declaró que los soberanos aliados marchaban á poner término á la anarquía en Francia, á contener las demasías de que eran blanco el trono y el altar, á restituir al rey la seguridad y la libertad de que se hallaba privado, y á ponerle en estado de ejercer su autoridad legítima. Hacía en consecuencia responsables á las autoridades y á los guardias nacionales de cuantos desórdenes pudiesen ocurrir hasta la llegada de los aliados; intimóles á que volviesen á su antigua fidelidad, y dijo que serian castigados al momento los habitantes de las ciudades que osasen defenderse, tratándoseles como á rebeldes con todo el rigor de la guerra y siendo demolidas ó incendiadas sus casas; que si la ciudad de Paris no ponía en plena libertad al rey, tributándole el respeto debido, los príncipes aliados declaraban personalmente responsables con sus cabezas, debiendo ser juzgados militarmente sin esperanza de perdon, á todos los miembros de la asamblea nacional, del de-

partamento, del distrito, de la municipalidad y de la guardia nacional; y que si llegaba á ser allanado el palacio, se vengarian los príncipes de un modo ejemplar y memorable, entregando á Paris á una ejecucion militar y á una subversion total. Por el contrario si acataban sumisamente sus habitantes las órdenes de los aliados, se les prometia interceder con Luis XVI para obtener el perdon de sus faltas ó de sus errores.

Tan fogoso como impolítico manifiesto que no distraza los deseos de la emigracion, ni los de la Europa, que trataba con tono de mando y de desprecio verdaderamente extraordinario á un pueblo grande, anunciándole abiertamente todos los desastres de una invasion presidida por el despotismo y las venganzas, escitó un levantamiento nacional, precipitó mas que nada la caida del trono, é impidió el éxito de la misma alianza. No hubo mas que un voto, un grito de resistencia del uno al otro ángulo de la Francia, y se hubiera considerado como impío para con la patria y la santa causa de la independenciam á cualquiera que no se hubiese sentido animado de este sentimiento. Colocado el partido popular en la necesidad de vencer, no halló ya entonces otro medio que reducir á la nulidad al rey, y para ello hacer pronunciar su destitucion, pero cada uno queria conseguirlo á su manera; la Gironda por medio de un decreto de la asamblea, y la muchedumbre por la insurreccion. Danton, Robespierre, Camilo Desmoullins, Fabre d'Églantine, Marat, etc., formaban una faccion dislocada que necesitaba una revolucion para trasladarse de en medio del pueblo á la asamblea y la municipalidad; eran por lo demas los verdaderos gefes del nuevo mo-

vimiento que iba á realizarse con el auxilio de la clase ínfima de la sociedad contra la clase media á la que pertenecian los girondinos por su posicion y sus costumbres: principió desde este día la division entre los que querian solo suprimir la corte en el orden actual de cosas, y los que anhelaban introducir en el gobierno á la muchedumbre, y que no acomodándose al curso lento de las discusiones, y agitados de todas las pasiones revolucionarias, preparaban abiertamente y muy de antemano una tentativa armada á que se hallaban determinados.

Proyectáronla muchas veces y la suspendieron otras tantas. El 26 de julio debia estallar una insurreccion, pero era mal tramada y Petion la contuvo. Cuando llegaron los federados marseleses para pasar al acampamento de Soissons, debian salirles al encuentro los habitantes de los arrabales y marchar con ellos repentinamente contra el palacio; pero se desbarató tambien esta insurreccion. Sin embargo, la llegada de los marseleses animó á los agitadores de la capital, entre los cuales y los gefes federados tuvieron lugar en Charenton conferencias para derribar el trono. Estaban vivamente agitadas las secciones: la de Mauconseil fué la primera en declararse sublevada y lo hizo notificar á la asamblea. Discutióse la destitucion en los clubs, y el 3 de agosto pasó Petion á pedirla al cuerpo legislativo en nombre de la municipalidad y de las secciones. Pasóse la peticion á la comision extraordinaria de los doce. El 8 se discutió la mocion sobre acusar á La-Fayette, pero por un resto de valor, no sin peligro, se declaró por él la mayoría, y fué absuelto: mas, á la salida de la asamblea

fueron silvados, perseguidos y maltratados por el pueblo los que habian votado en su favor.

Al dia siguiente llegaba á su colmo la efervescencia, y la asamblea supo por cartas de muchos diputados, que al retirarse la vispera habian sido insultados y amenazados de muerte por haber votado que se absolviese á La-Fayette. Vaublanc anuncia que un grupo ha allanado su casa buscándole, y Girardin esclama: «No puede haber discusion sin una perfecta libertad de opinion. Declaro á mis comitentes que me es imposible deliberar si el cuerpo legislativo no me asegura libertad y seguridad.» — Vaublanc pide con ahinco que tome la asamblea las medidas mas fuertes paraque sea respetada la ley, y reclama que los federados, defendidos por los girondinos, pasen al momento á Soissons. Durante esos debates recibe el presidente un mensaje de Joly, ministro de justicia, anunciando que el mal llega á su colmo y que el pueblo es incitado á todos los escesos, y da parte de los cometidos ya en la tarde anterior, no solo contra los diputados, sino tambien contra otras personas. — «He denunciado, decia el ministro, estos atentados al tribunal criminal; pero son impotentes las leyes, y el honor y la probidad me obligan á declararos que sin la mas pronta cooperacion del cuerpo legislativo, de nada puede ya ser responsable el gobierno.» Anuncióse en esto que la seccion de los trescientos habia declarado que si por todo el dia no se habia pronunciado la destitucion, se tocaria á media noche á rebato y generala para acometer el palacio. Habíase pasado este acuerdo á las cuarenta y ocho secciones, y todas le habian aprobado excepto una.

La asamblea envió á llamar al procurador síndico del departamento, el cual espresó sus buenas disposiciones, pero al mismo tiempo su impotencia; y al corregidor que respondió que cuando las secciones habian recobrado su soberania, no le era dado ejercer mas que una influencia de persuasion sobre el pueblo: y sin haber tomado medida alguna se separó la asamblea.

Los sublevados fijaron para la mañana del 10 de agosto su tentativa contra la morada regia. El 8 los marseleses con sus armas, sus cañones y su bandera fueron trasladados de su cuartel de la calle Blanca á los franciscanos, habiendo recibido de orden de los administradores de policia cinco mil cartuchos con bala. El punto de reunion de los sublevados fué el arrabal de S. Antonio; por la noche, despues de una sesion agitadísima, pasaron allá en comitiva los jacobinos y se organizó la insurreccion, diciendole que se anulase el departamento, que se pasasen órdenes á Petion para librarle de toda responsabilidad y sustraerle á los deberes de su cargo, y que se reemplazase en fin al consejo general de la actual municipalidad con otro insurreccional. Los promovedores pasaron al propio tiempo á las secciones de los arrabales y á los cuarteles de los federados marseleses y bretones.

Hacia algun tiempo que la corte avisada del riesgo se habia puesto en estado de defensa, y tal vez en este momento creyó no solo poder resistir, sino aun reconquistar el poder. Lo interior del palacio se hallaba ocupado por suizos en número de unos nueve cientos, por oficiales de la guardia licenciada, y por varios nobles y realistas que se habian

presentado armados con sables, espadas y pistolas. Mandat, comandante general de la guardia nacional, habia acudido tambien con todo su estado mayor, para defenderle, dando orden á los batallones mas adictos á la constitucion de tomar las armas. Hallábanse asi mismo los ministros al lado del monarca, como igualmente el síndico del departamento de orden de S. M, quien mandó llamar á Petion para informarse del estado de Paris y obtener autorizacion para rechazar la fuerza con la fuerza.

Tócase á media noche á rebato y generala, se reúnen y se organizan los sublevados, los miembros de las secciones disuelven la municipalidad, y nombran un consejo provisional que pasa á las Casas Consistoriales para dirigir la insurreccion. Por su parte los batallones de la guardia nacional toman el camino del palacio, y se van colocando en los patios y en los principales puntos juntos con los gendarmes de á caballo; los artilleros ocupan con sus piezas las avenidas de las Tullerías en tanto que los suizos y los voluntarios guardan los departamentos. La defensa se halla en el mejor estado.

Entretanto algunos diputados á quienes despertó el toque de rebato, se habian reunido en la sala del cuerpo legislativo, y habian abierto la sesion bajo la presidencia de Vergniaud. Noticiosos de que se hallaba Petion en las Tullerías, y creidos que lo habian arrestado y que tenia necesidad de que lo soltasen, le notificaron que compareciese á la barra de la asamblea para dar cuenta del estado de Paris. Con esta orden salió de palacio y compareció delante de la asamblea, donde vino á pedir por él una diputacion que le creia tambien prisio-

nero en las Tullerías. Volvió con ella á las Casas Consistoriales, y la nueva municipalidad lo confió á una guardia de trescientos hombres. Los municipales, que en este día de desórden no querian reconocer á otra autoridad que las insurreccionales, mandaron comparecer muy de mañana al comandante Mandat para informarse de las disposiciones tomadas en palacio. Vaciló en obedecer; mas como no creia renovada la municipalidad, y como su deber le imponia obediencia, pasó allá á la segunda invitacion. Cubrió la palidez su rostro así que al entrar vió caras nuevas; acusósele de haber autorizado á las tropas á que disparasen contra el pueblo; y como se turbase, lo enviaron á la Abadía, pero la muchedumbre lo degolló en la escalera de las Casas Consistoriales. Al momento dió la municipalidad el mando de la guardia nacional á Santerre.

Asi se vió privada la corte de su mas decidido é influyente defensor, puesto que la presencia de Mandat y la órden que habia obtenido de emplear en caso de necesidad la fuerza, eran absolutamente necesarias para decidir á la guardia nacional á que se batiere, mayormente cuando la habia enfriado mucho la vista de los nobles y de los realistas: inutilmente antes de su partida habia el mismo Mandat suplicado á la reina que despidiese esa tropa reputada aristocrática por los constitucionales.

A eso de las cuatro de la madrugada llamó la reina á Roederer, síndico procurador del departamento que habia pasado la noche en las Tullerías, y le preguntó qué se debia practicar en tales circunstancias. Respondióle este parecerle necesario que el rey y la familia real pasasen á la asamblea nacional. — *Segun*

eso ¿proponéis, dijo Dabouchage, entregar al rey á su enemigo?» Roederer repuso que de entre seiscientos miembros los cuatrocientos se habían pronunciado dos días antes en favor de La-Fayette, y que por lo demás solo proponía este partido como el menos peligroso. Entonces dijo la reina con tono muy positivo: «Caballero, aquí tenemos fuerzas, y es tiempo ya de saber quien triunfará entre el rey y la constitucion, ó las facciones. — Señora, añadió Roederer, veamos en este caso qué disposiciones se han tomado para la defensa.» Y se llamó á Laschenaye, que mandaba en ausencia de Mandat; se le preguntó si había tomado las medidas necesarias para impedir que la reunion llegase al palacio, y si se hallaba defendido el Carrousel; contestó afirmativamente, pero dirigiendo en seguida la palabra á la reina, la dijo no sin acrimonia: «Señora, no puedo menos de deciros que los aposentos están llenos de toda especie de gentes que embarazan el servicio, é impiden que se llegue libremente cerca del rey, cosa que disgusta en extremo á la guardia nacional.» — No hay motivo para esto, replicó la reina, y os respondo de cuantos se hallan aquí, que marcharán á vanguardia, á retaguardia ó en el centro, como queráis, y están prontos á hacer cuanto sea necesario: son hombres seguros.» Limitáronse á enviar á la sambla á los dos ministros Joly y Champion para avisarla el riesgo, y pedirla comisionados y su cooperacion (a).

Cuando á las cinco de la mañana pasó Luis XVI

(a) «Crónica de los cincuenta días, desde 20 de junio al 10 de agosto, redactado con piezas auténticas por Roederer.» Refiere esa obra muy detallada y exactamente estos sucesos.

revista á los defensores del palacio, ya andaban estos desacordes entre sí. Recorrió primero las guardias interiores que halló animadas de las mejores disposiciones; seguíanle algunos individuos de su familia, y se hallaba sumamente triste. «No separaré, dijo, mi causa de la de los buenos ciudadanos: juntos nos hemos de salvar ó juntos perecerémos.» Bajó en seguida á los patios acompañado de algunos oficiales generales. Batiéronse las cajas á su llegada, y resonó el grito de *¡viva el rey!* repetido por la guardia nacional; pero los artilleros y el batallón de la cruz encarnada contestaron gritando *¡viva la nacion!* Llegaron en aquel acto nuevos batallones, armados de picas y fusiles, los cuales al desfilar por delante del rey para colocarse á las orillas del Sena aclamaron á la *nacion* y á *Petion*. Continuó el monarca la revista, mas no sin que le entristeciese este presagio. Al llegar á la meseta que orilla el palacio fué recibido con las mayores demostraciones de afecto por los batallones de las monjas de santo Tomas y de los padrecitos, pero al atravesar el jardín le siguieron los batallones de piqueros, diciendo: «*¡abajo el veto! ¡abajo el traidor!*» Y á poco mudaron de posicion, colocándose cerca del puente real y volviendo los cañones contra el palacio: imitáronlos dos batallones mas, situados en los patios y se establecieron en el Carrousel en actitud hostil. De vuelta á su estancia estaba pálido y desalentado el rey, y Maria Antonietta dijo: «*¡Todo está perdido! esta especie de revista ha hecho mas mal que bien.*»

Mientras esto pasaba en las Tullerías se adelantaban en varias columnas los sublevados, habiendo aprovechado la noche para reunirse y organizarse.

Allanaron muy de mañana el arsenal y se habian distribuido las armas; á eso de las seis se pusieron en marcha la columna del arrabal de san Antonio, fuerte de unos quince mil hombres, y la del arrabal de san Marcos, que constaba de unos cinco mil, reuniéndoseles al paso una multitud inmensa. El directorio del departamento habia situado cañones sobre el Puente Nuevo, para impedir la union de los sitiadores de entrambas orillas; pero Manuel, síndico del ayuntamiento, dió orden de retirarlos, y quedó de esta suerte libre el paso del puente. Ya la vanguardia de los arrabales, compuesta de los federados marseleses y bretones, habia desembocado por la calle de san Honorato, y se formaba en batalla contra el Carroussel apuntando sus cañones contra el palacio. Joly y Champion volvieron de la asamblea diciendo que no se hallaba en número suficiente para deliberar, que apenas contaba de sesenta á ochenta miembros, y que habia desoido su proposicion. Entonces Roederer, síndico procurador del departamento, en union con los demas miembros, se presentó á los sublevados diciéndoles que era imposible que llegase tanto gentío cerca del monarca ni de la asamblea nacional, y les invitó á que nombrasen veinte diputados encargándoles sus peticiones: pero no fué escuchado. Dirigióse entonces á la guardia nacional y la recordó el artículo de la ley, que para un caso de ataque la prescribia rechazar la fuerza con la fuerza, pero fueron muy pocos los que se mostraron dispuestos á seguir su invitacion, y los artilleros descargaron por toda respuesta sus cañones. Viendo Roederer que no queria triunfaba la muchedumbre, que era dueña del ayuntamiento y que disponia aun de las mismas tro-

pas, volvió apresuradamente á palacio á la cabeza del directorio ejecutivo.

Permanecía el rey en consejo con la reina y los ministros, y un oficial de la municipalidad acababa de dar la alarma, anunciando que se acercaban los sublevados á las Tullerías. — «Y bien, que quieren? preguntó el guardasellos Joly. — La destitucion, respondió el municipal. — Decídalo la asamblea, añadió el ministro. — Pero, qué sucederá despues de esta destitucion? dijo la reina.» El municipal se inclinó sin responder palabra. Al mismo tiempo llegó Roederer á aumentar la consternacion de la corte, anunciando que era extremo el peligro, que á nada daban oídos los sublevados y que no habia que confiar en la misma guardia nacional. — «Señor, dijo con ahinco, no tiene V. M. que perder un momento; solo en la asamblea nacional hallaréis seguridad: asi lo cree todo el departamento. No hay en los patios gente bastante para defender el palacio, ni los que hay están animados de las mejores disposiciones. Los artilleros acaban de descargar sus cañones cuando se les encargaba la defensiva.» — Al principio respondió el rey que no habia visto mucha gente en el Carrousel, y la reina añadió con viveza que el rey tenia fuerzas bastantes para defenderse; pero á nuevas instancias del síndico, despues de haberlo mirado fijamente el rey por algunos segundos, se volvió á la reina, y dijo levantándose: «*Marchemos.*» Dirigióse entonces la princesa Isabel al síndico, y le dijo: — «Señor Roederer, respondeis de la vida del rey? — Respondo con mi cabeza, contestó; yo iré inmediatamente delante de él.»

Luis XVI salió de su habitacion con su familia, sus ministros y los miembros del departamento, y anunció á los que habian acudido á su defensa, que pasaba á la asamblea nacional. Colocóse entre dos líneas de guardias nacionales que le servian de escolta, y atravesó asi los patios y el jardin de las Tullerías hasta dar con una diputacion enviada por la asamblea asi que tuvo noticia de su intencion: — «Señor, le dijo el presidente de la diputacion, deseosa la asamblea de atender á vuestra seguridad, os ofrece junto con vuestra familia un asilo en su seno.» Púsose en marcha la comitiva, y no sin riesgo pasó por junto á los Fuldenses, donde hormigueaba el gentío desatándose en injurias y en amenazas: al fin llegaron á la asamblea, donde el rey y su familia ocuparon los asientos destinados para los ministros. — «Señores, dijo entonces Luis, he venido aqui para evitar un gran crimen, y juzgo que en ninguna parte estaré mas seguro que en medio de vosotros. — Señor, respondió Vergniaud que tenia la presidencia, podeis contar con la entereza de la asamblea nacional: sus miembros han jurado morir sosteniendo los derechos del pueblo y las autoridades constituidas.» El rey tomó entonces asiento al lado del presidente, pero Chabot observó que la asamblea no podia deliberar en presencia del rey, y este pasó con su familia y sus ministros á la tribuna del *Logógrafo*, que se hallaba detras del presidente, y desde donde podia verse y oírse todo.

Con la partida del rey habia cesado todo motivo de resistencia, habiendo por otra parte menugado los medios de resistencia con la partida de

los guardias nacionales que escoltaron á aquel. Los gendarmes abandonaron sus puestos, gritando, *viva la nacion!* y la guardia nacional se ladeaba de parte de los sitiadores. Hallábanse empero los enemigos á la vista, y aunque habia cesado la causa del combate, no por esto dejó este de empeñarse menos. Las columnas de los sublevados circunian por todas partes las Tullerías; los marseleses y los bretones que llevaban la vanguardia, acababan de forzar la puerta real que da sobre el Carrousel, y de penetrar en los patios. A su cabeza iba un tal Westermour, antiguo oficial, amigo de Danton, y hombre resuelto. Formó su tropa en batalla, y adelantándose á los artilleros, logró con sus invitaciones que se juntaran con sus cañones á los marseleses. Los suizos guarnecian las ventanas del palacio en una actitud inmovil. Entrambas tropas permanecieron un rato unas frente de otras sin tocarse. Algunos de los sitiadores avanzaron para hermanarse, y los suizos arrojaron de las ventanas cartuchos en señal de paz; y penetraron hasta el vestíbulo, ocupado por otros defensores del palacio. Una barrera los separaba. Allí fué donde se trabó el combate, sin que jamas haya podido saberse de que lado empezó la agresion. Entonces los suizos rompieron un mortífero fuego sobre los insurgentes, que se dispersaron: este fuego barrió la plaza del Carrousel, pero volviendo pronto los marseleses con nuevo impetu, los suizos fueron cañoneados y embestidos. No obstante mantuviéronse firmes hasta haber recibido una orden del rey para que cesase el fuego. No por eso dejó de perseguirlos el pueblo exasperado, entregándose á las mas sangrientas represalias.

lias. Entonces ya no fué un combate, sino un degüello, y la muchedumbre en palacio se entregó á todos los excesos de la victoria.

Mientras tanto, la asamblea se hallaba en la mas viva inquietud; los primeros cañonazos esparcieron la consternacion en su recinto, y la agitacion subia de punto á medida que eran mas frecuentes las descargas de artilleria. Hubo un momento en que los miembros de la asamblea se creyeron perdidos. Entró precipitadamente en la sala un oficial diciendo: «A los puestos, legisladores, nuestro recinto está forzado.» Algunos diputados se levantaron para salir. «No, no, dijeron los demas, nuestro puesto es aqui.» Al punto las tribunas prorrumieron en el grito de «*Viva la asamblea nacional!* y la asamblea contestó: *Viva la nacion!* En fin, oyéronse por la parte de afuera los clamores: *victoria! victoria!* y quedó decidida la suerte de la monarquia.

En seguida la asamblea espidió una proclama para restablecer la tranquilidad y conjurar al pueblo para que respetase la justicia, sus magistrados, los derechos del hombre, la libertad y la igualdad, pero la omnipotencia residia entonces en la muchedumbre y sus gefes, que llevaban intento de ponerla en uso. La nueva municipalidad vino para hacer reconocer sus poderes. Precedianla cuatro estandartes, en que se leian estas palabras: *patria, libertad, igualdad.* Imperiosa fué su arenga, que acabó pidiendo la deposicion del rey y que se formase una convencion nacional. Sucediéronse las diputaciones, y todos presentaban los mismos deseos, ó por mejor decir, intimaban la misma orden. Preciso le fué á la asamblea satisfacerlos. Sin embargo no

quiso tomar sobre sí la deposicion del rey. En nombre de la comision de los doce, Vergniaud subió á la tribuna y dijo: « Voy á proponeros una medida muy rigorosa ; pero á vuestro dolor me remito para que juzgueis cuanto importa adoptarla al momento. » Esta medida consiste en la convocacion de una asamblea nacional, en la destitucion de los ministros, y en la suspension del rey. La asamblea la adoptó por unanimidad. Volvióse á llamar á los ministros girondinos ; pusiéronse en ejecucion los famosos decretos ; fueron deportados unos cuatro mil sacerdotes que no habian prestado juramento, y enviáronse comisarios á los ejércitos para asegurarse de ellos. Luis XVI, á quien la asamblea concediera el Luxemburgo para morada suya, fué trasladado al Temple en clase de prisionero, por la omnipotencia de la municipalidad, bajo pretesto que sin esta medida no podia responder de la seguridad de su persona. En fin el 23 de setiembre fué el dia señalado para la apertura de la asamblea extraordinaria, que debia decidir de la suerte del trono. Pero este sucumbiera de hecho el 10 de agosto, dia de la insurreccion de la muchedumbre contra la clase media y contra el trono constitucional, como el 14 de julio lo habia sido de la insurreccion de la clase media contra las clases privilegiadas y el poder absoluto de la corona. El 10 de agosto vió empezar la época de la dictadura y arbitrariedad de la revolucion. Complicábase mas y mas las circunstancias, encendiósse una vasta guerra que exigió gran aumento de energía ; y esa energía, desarreglada porque era popular, hizo que la dominacion de la clase baja pasase en inquieta, opresiva y cruel. Entonces cambió enteramente la naturaleza de la cuestion ; ya no fué

su objeto la libertad, sino la salud pública; y el período convencional, desde el fin de la constitucion de 1791 hasta el momento en que la del año 3 estableció el directorio, solo fué una larga campaña de la revolucion contra los partidos y contra la Europa: y no podia ser de otro modo.

«Establecido el movimiento revolucionario, dice « M. de Maistre (1), la Francia y la monarquía solo podian salvarse por el jacobinismo.... » «Nuestros nietos, que poco se inquietarán por nuestros padecimientos, y que bailarán sobre nuestros sepulcros, se reirán de nuestra actual ignorancia; facilmente se consolarán de los excesos que hemos presenciado y que habrán conservado la integridad del mas hermoso reino.»

Los departamentos se adhirieron á los acontecimientos del 10 de agosto. El ejército, en quien se verificaba con algun retardo el influjo de la revolucion, era todavia realista constitucional; no obstante, como las tropas estaban subordinadas á los partidos, facilmente debian someterse á la opinion dominante. Los generales de segundo orden, como Dumouriez, Custines, Biron, Kellerman, Labourdonnaie, estaban dispuestos á aprobar los últimos sucesos. Aun no se habian decidido por ningun partido, y esperaban que esta revolucion les proporcionaria ascensos. No así pensaban acordes los dos generales en jefe. Luckner flotaba indeciso entre la insurreccion del 10 de agosto, que él apellidaba *un ligero accidente*, que habia sobrevenido á Paris y su amigo La-Fayette.

(1) *Considerations sur la France*, Lausana, 1796.

Este, gefe del partido constitucional, esclavo de sus juramentos hasta el extremo, quiso aun defender el trono derribado y una constitucion que ya no existia. Mandaba unos treinta mil hombres, adictos á su causa y persona. Tenia su cuartel general junto á Sedan. En su proyecto de resistencia en favor de la constitucion, concertóse con la municipalidad de aquella ciudad y el directorio del departamento de Ardenes para establecer un centro civil, con el que pudiesen adquirirse los demas departamentos. Los tres comisarios Keriaint, Antelle, y Peraldy, enviados á su ejército por la asamblea legislativa, fueron arrestados y encerrados en la carcel de Sedan. Dióse por motivo de esta medida, que *habiéndose violentado á la asamblea, los miembros que habian aceptado tamaña mision solo podian ser los gefes ó los instrumentos de la faccion que habia esclavizado á la asamblea y al rey*. Luego las tropas y las autoridades civiles renovaron su juramento á la constitucion, procurando La-Fayette estender el círculo de la insurreccion del ejército contra la insurreccion popular.

Tal vez en aquel momento, el general La-Fayette pensó demasiado en lo pasado, en la ley, en los juramentos comunes, y no en la posicion verdaderamente extraordinaria en que se encontraba la Francia: solo vió la destruccion de las esperanzas favoritas de los amigos de la libertad, la invasion del estado por la muchedumbre, y el reinado anárquico de los jacobinos; pero no vió la fatalidad de una situacion que hacia indispensable el triunfo de los últimos que se habian introducido en la revolucion. Ni casi posible era, que la clase media, que habia sido bastante fuerte para abatir el antiguo régimen y las clases pri-

vilegiadas, pero que se habia echado á descansar tras esta victoria, pudiese resistir á la emigracion y á la Europa entera. Para esto era preciso un nuevo sacudimiento, una nueva creencia; necesitábase una clase numerosa, ardiente, no cansada todavia, y que se apasionase por el 10 de agosto como la clase media se apasionó por el 14 de julio: La-Fayette no podia asociarse á ella, pues la habia combatido, cuando la constitucion, en el Campo de Marte, antes y despues del 20 de junio. No podia continuar en su antiguo papel, ni defender la existencia de un partido justo pero condenado por los acontecimientos, sin comprometer la suerte de su pais y los resultados de una revolucion á la cual era tan sinceramente adicto. Prolongándose su resistencia, encendia la guerra civil entre el ejército y el pueblo en un momento en que no estaba seguro de que la reunion de todos los esfuerzos bastase contra la guerra estrangera.

Corria el 19 de agosto, y el ejército de invasion que partiera de Coblentz el 30 de julio, remontaba el Mosa y avanzaba sobre aquella frontera. En consideracion del comun peligro, las tropas estaban dispuestas á volver á entrar en la obediencia de la asamblea; Luckner, que al principio habia adherido á La Fayette, retractóse *llorando y jurando* ante la municipalidad de Metz; y el mismo La-Fayette conoció que le era fuerza ceder á un destino superior. Dejó su ejército, tomando sobre sí la responsabilidad de toda esta insurreccion. Acompañábanle Bureau de Paris, Dantour Maubourg, Alejandro Lameth y algunos oficiales de su estado mayor. Al traves de los apostaderos enemigos, dirigióse hácia la Holanda, para pasar de allí á los Estados-Unidos, su segunda patria. Pero

le descubrieron y le arrestaron con sus compañeros. Contra todos los derechos de gentes se le trató como prisionero de guerra, y se le encerró primero en los calabozos de Magdebourg, y despues los austríacos le trasladaron á Olnuctz. El mismo parlamento de Inglaterra movióse un tanto en su favor; pero hasta el tratado de Campo-Formio no pudo Bonaparte librarle de su prision. Durante cuatro años del mas duro cautiverio, presa de todas las privaciones, ignorando la suerte de la libertad y de su patria, no teniendo delante mas que un porvenir de prisionero, porvenir de desesperacion, durante estos cuatro años manifestó el valor mas heroico. Púsose su libertad á precio de algunas retractaciones, pero prefirió permanecer enterrado en su calabozo que abandonar en lo mas mínimo la santa causa que abrazara.

En nuestros dias, pocas vidas han sido tan puras como la de La-Fayette, pocos caractéres mas bellos, pocas popularidades mas largas y mejor adquiridas. Despues de haber defendido en América la libertad al lado de Washington, hubiese querido del mismo modo que este, establecerla en Francia, hermoso papel que en nuestra revolucion era imposible. Cuando un pueblo va en busca de su libertad sin division interior, y solo tiene enemigos estrangeros, puede encontrar un libertador y producir un Guillermo Tell en la Suiza, un príncipe de Orange en los Países-Bajos, un Washington en América; pero cuando la pretende á pesar de los suyos y contra los demas, en medio de facciones y de combates, solo puede producir un Cromwell y un Bonaparte, que despues de las luchas y ani-

quilamiento de los partidos, se hacen dictadores de las revoluciones. La-Fayette, actor de la primera época de la crisis, pronuncióse por sus resultados con entusiasmo. Fué el general de la clase media, ora á la cabeza de la guardia nacional en la constituyente, ora en el ejército bajo la legislativa. Por ella se habia elevado y con ella debió acabar. De él puede decirse que, si algunas faltas de posicion cometió, solo un objeto tuvo, la libertad, y de un solo medio se valió, la ley. El modo con que, jóven todavia, se consagró á la emancipacion de entrambos mundos, su gloriosa conducta, su invariable constancia, le honrarán en la posteridad; en cuyo santuario un hombre no tiene dos reputaciones, como en tiempo de partidos, sino la suya propia.

No estando de acuerdo sobre los resultados que esta revolucion debia producir, dividiéronse mas y mas los autores del 40 de agosto. El audaz partido que se apoderara de la municipalidad, queria por medio de ella dominar á Paris, por medio de Paris á la asamblea nacional, y por medio de la asamblea nacional á la Francia. Despues de haber obtenido la traslacion de Luis XVI al Temple, hizo derribar todas las estatuas de los reyes, borrar todos los emblemas de la monarquía. El departamento ejerció un poder de vigilancia sobre la municipalidad; hizolo anular para ser independiente. La ley exigia algunas condiciones para ciudadano activo; hizo decretar su abolicion, para que la muchedumbre se intrudujese en el gobierno del Estado. Al mismo tiempo pidió se estableciese un tribunal extraordinario para juzgar á los conspiradores

del 10 de agosto. No mostrándose bastante docil la asamblea, y procurando por medio de proclamas atraer al pueblo á sentimientos mas moderados y justos, recibía esta continuamente amenazadores mensajes de la municipalidad. « Como ciudadano, dijo « un miembro de esta, como magistrado del pueblo, vengo á anunciaros que esta noche, á las « doce, se tocará á rebato, y batiráse generala. El « pueblo se cansa de no estar ya vengado: temed, « temed no se haga justicia por sí mismo. — Si antes de dos ó tres horas, dijo otro, no está nombrado el presidente del jurado, si este no se halla en estado de obrar, grandes calamidades estremecerán á Paris.» Para evitar estos nuevos desastres, la asamblea se vió precisada á nombrar un tribunal criminal extraordinario. Este tribunal condenó algunas personas; pero pareció poco activo á la municipalidad que habia concebido los mas terribles proyectos.

A su cabeza estaban Marat, Panis, Sergent, Duplais, Lenfant, Lefort, Jourdeuil, Collot-d'Herbois, Billaud-Varennes, Tallien, etc. Pero el principal gefe de este partido era entonces Danton, quien cooperó mas que nadie al 10 de agosto. Durante toda aquella noche, corrió de las secciones á los cuarteles de los Bretones y Marselleses, y de estos á los arrabales. Miembro de la municipalidad revolucionaria, habia dirigido sus operaciones y en seguida habia sido llamado al ministerio de justicia.

Danton era un revolucionario gigantesco. Ningun medio le parecia reprehensible, con tal que le fuese útil; y segun él, uno podia todo lo que osaba.

Danton, á quien se ha llamado el Mirabeau del populacho, tenia puntos de semejanza con este tribuno de las clases elevadas, facciones chocantes, voz fuerte, gesto impetuoso, elocuencia atrevida, frente dominante. Unos mismos eran sus vicios, pero los de Mirabeau eran los de un patricio, los de Danton de un demócrata; y lo que habia de atrevido en las concepciones de Mirabeau se encontraba tambien en Danton, pero de diferente manera, porque en la revolucion pertenecia á otra clase y á otra época. Ardiente, oprimido de deudas y de necesidades, de relajadas costumbres, entregándose alternativamente á sus pasiones ó á su partido, era formidable en su política cuando se trataba de llegar á su objeto, y volvía á su indolencia despues de haberlo alcanzado. Este poderoso demagogo ofrecia una mezcla de vicios y de cualidades contrarias. Habíase vendido á la corte, y con todo no parecia vil; porque hay caracteres que á la misma bajeza realzan; mostróse esterminador, sin ser feroz, inexorable respecto de las masas, humano y aun generoso para con los individuos (4). A sus ojos, una revolucion era un juego en que el vencedor, si necesidad de ello tenia, ganaba la vida del vencido. Para él la conservacion de su partido era antes que la ley, y antes que la humanidad: esto esplica sus atentados despues del 40 de agosto, y su vuelta á la moderacion cuando creyó que estaba asegurada la república.

(4) Cuando la municipalidad preparaba el degüello del 2 de setiembre, Danton salvó todos los que se le presentaron; de su propia voluntad hizo salir de la carcel á Dupont, Barnave y Ch. Lameth, que en cierto modo eran sus enemigos personales.

En esta época, los prusianos avanzando en el orden de invasion que dejamos indicado, pasaron la frontera despues de veinte dias de marcha. La division de Sedan hallábase sin gefe, é incapaz de resistir á fuerzas tan superiores y tan bien organizadas. El 20 de agosto, Longwy fué bloqueado por los prusianos, el 24 fué bombardeado, y el 24 capituló. El 30 el ejército enemigo llegó delante de Verdun, lo cercó y empezó el bombardeo. Con la toma de Verdun, quedaba abierto el camino de la capital. La toma de Longwy, la proximidad de tan inminente riesgo pusieron á Paris en el mayor estado de agitacion é inquietud. El consejo ejecutivo, compuesto de los ministros, fué llamado á la comision de defensa general para deliberar cuales eran los medios mas seguros de que debia echarse mano en tan peligrosa coyuntura. Unos querian aguardar el enemigo al pié de las murallas de la capital, otros retirarse á Saumur. « Vosotros no ignorais, dijo Danton cuando llegó su turno de hablar, que la Francia está en Pa-
« ris; si abandonais la capital al estrangero, os entre-
« gais, y le entregais la Francia. En Paris es donde
« debemos mantenernos por todos los medios posi-
« bles; no puedo adoptar el plan que tiende á ale-
« jaros de esta ciudad, ni me parece mejor el segundo
« proyecto. Es imposible pensar en combatir al pié
« de las murallas de la capital; pues el 10 de agosto
« ha dividido la Francia en dos partidos, de los cua-
« les el uno está adicto á la monarquía, y el otro quie-
« re la república: este último, cuya minoría en el
« estado es bien patente, es el único con que podeis
« contar para combatir; el otro se negará á marchar,
« agitará á Paris en favor del estrangero, mientras

« vuestros defensores , colocados entre dos fuegos , se
« harán matar para rechazarlo. Si sucumben , como
« me parece cierto , cierta es tambien la pérdida de la
« Francia y la vuestra ; si contra lo que es de espe-
« rar , regresan vencedores de la confederacion , esta
« victoria todavia será una derrota para vosotros ,
« porque os habrá costado millares de valientes , mien-
« tras los realistas mas numerosos entonces nada
« habrán perdido de su fuerza y de su influjo. Mi
« dictamen es , que para desconcertar sus medidas y
« detener al enemigo , es preciso hacer *miedo* á los
« realistas. » La comision , que comprendió el sentido
de estas terribles palabras , quedó cónsternada. « Si ,
« os lo repito , repuso Danton , es preciso hacerles
« *miedo*.....! » Y como la comision , con su silencio
y con su espanto , rechazó esta proposicion , Dan-
ton se puso de acuerdo con la municipalidad : que-
riendo contener á sus enemigos por medio del terror
y empeñar mas y mas á la muchedumbre , hacién-
dola cómplice suya , y no dejar á la revolucion otro
refugio que la victoria.

Practicáronse visitas domiciliarias con vasto y silen-
cioso aparato ; fueron encarceladas gran número de
personas sospechosas por su estado , opiniones ó con-
ducta. Escogiéronse estos infelices prisioneros sobre-
todo en las dos clases disidentes del clero y la no-
bleza á quienes ya bajo la legislativa se acusaba de cons-
piracion. Todos los ciudadanos que se hallaban en
estado de tomar las armas fueron regimentados en el
Campo de Marte , y el 4.º de setiembre partieron
para la frontera. Batióse generala , tocóse á rebato ,
tronó el cañon ; y Danton presentóse á la asamblea
para darle cuenta de las medidas que acababan de

tomarse para salvar la patria. «El cañon que escuchais, dijo, no es el cañon de alarma, es el paso de carga sobre nuestros enemigos. Para vencerlos, para aterrarlos... ¡qué se necesita! Osadía, aun osadía, y siempre osadía.» En la noche del 4.^o al 2 de setiembre llegó la noticia de la toma de Verdun; y la municipalidad asió este instante, en que Paris espantado creia ver ya el enemigo á sus puertas, para ejecutar sus espantosos designios. De nuevo retumbó el cañon, sonó la alarma, cerráronse las barreras, y empezó el degüello.

Los presos, encerrados en *Carmes*, la *Abbaye*, la *Conciergerie*, la *Forrie*, etc., fueron pasados á cuchillo durante tres dias por una compañía de unos trescientos asesinos, dirigidos y pagados por la municipalidad. Estos, con un fanatismo tranquilo prostituyendo al asesinato las santas formas de la justicia, ya jueces, ya ejecutores, menos parecian ejercer venganzas que practicar un oficio; degollaban sin furia, sin remordimientos, con la conviccion de los fanáticos y la obediencia de los verdugos. Si algunas circunstancias extraordinarias llegaban á conmoverles y atraerles á sentimientos humanos, á la justicia y á la misericordia, dejaban ablandarse un momento, y empezaban de nuevo. De este modo fué como se salvaron algunas víctimas; pero muy corto fué su número. La asamblea quiso detener la matanza, y no pudo; el ministerio era tan impotente como la asamblea; solo la terrible municipalidad todo lo podia y todo lo ordenaba; el corregidor Petion habia sido anulado; los soldados de guardia en las cárcel, temian resistir á los asesinos, y les dejaban obrar; la muchedumbre parecia cómplice ó indiferente; el res-

to de los ciudadanos ni siquiera se atrevian á demostrar su consternacion; de modo que con razon podríamos admirarnos, que un crimen tan enorme y prolongado haya sido concebido, ejecutado y permitido, si no supiéramos todo lo que hace cometer el fanatismo de los partidos, y todo lo que el miedo hace soportar. Pero el castigo de este enorme atentado acabó por recaer sobre la cabeza de sus autores. Pues la mayor parte perecieron en medio de la tempestad que habian levantado, y por los violentos medios de que se habian servido. Rara vez los hombres de partido dejan de experimentar la suerte que hicieron sufrir á los demas.

El consejo ejecutivo, dirigido por el general Servan en cuanto á las operaciones militares, hacia avanzar los batallones de la nueva leva hácia la frontera. Habil gefe, quisiera colocar un general en el punto amenazado; pero difícil era la eleccion. Entre los generales que se declararon por los últimos acontecimientos políticos, Kellermann solo parecia propio para un mando secundario; así se limitaron á ponerle en lugar del dudoso é incapaz Luckner. Custme poco instruido en su arte, era propio para un golpe de mano arriesgado, pero no para conducir un gran ejército sobre quien iba á fijarse el destino de la Francia. La misma nota de inferioridad militar se echaba á Biron, á Labourdonnaie y á los demas, dejándoseles de consiguiente en sus antiguas posiciones con los cuerpos que tenian á sus órdenes. Solo quedaba Darnouriez, contra quien los girondinos guardaban algun rencor, y cuyas miras ambiciosas, y carácter aventurero les eran por otra parte hartos sospechosos, al paso que hacian justicia á sus superio-

res talentos. No obstante, como era el único general al nivel de tan importante posición, el consejo ejecutivo le dió el mando del ejército del Mosa.

Dumouriez á toda prisa se trasladó del campo de Maulde al de Sedan. Reunió consejo de guerra, en el cual la opinión general fué de retirarse hácia Chalons ó Reims, y de cubrirse con el Marne. Lejos de seguir este peligroso consejo, que habria desalentado las tropas, que entregaba la Lorena, Trois-Evéchés, una parte de Champaña, y abría el camino de Paris, Dumouriez concibió un proyecto de hombre de genio. Vió que era preciso, por medio de una atrevida marcha, trasladarse al bosque de P'Argonne, en donde infaliblemente se detendría al enemigo. Este bosque tenia cuatro salidas, la de Chene-Populeux sobre la izquierda, la de Croix-au-Bois y de Grandpré en el centro, y la de Islettes sobre la derecha, que abrían ó cerraban el paso de la Francia. Los prusianos solo distaban del bosque seis leguas; Dumouriez tenia que recorrer doce, y que ocultar sus designios de ocupación para apoderarse de él. Verificólo de una manera muy habil y muy atrevida: el general Dillon, que se dirigió sobre Islettes, ocupó este punto con siete mil hombres; él mismo llegó á Grandpré y estableció allí un campo de trece mil hombres; Croix-au-Bois y Chene-Populeux fueron igualmente tomados y guardados por algunas tropas. Entonces fué cuando escribió al ministro de la guerra Servan: *Verdun está tomado. Aguardo á los prusianos. El campo de Grandpré y el de Islettes son las Termópilas de la Francia; pero yo seré mas feliz que Leónidas.*

En esta posicion, Dumouriez podia detener al enemigo, mientras esperaba los socorros que de todos los puntos de Francia le remitian. Los batallones de voluntarios pasaban á los campamentos dispuestos en el interior, de donde, luego que recibieron algunos principios de organizacion, los hacian partir á su ejército. En la frontera de Flandes, Beurnonville recibió la orden de avanzar con nueve mil hombres, y de hallarse el 13 de setiembre en Rhétel, á la izquierda de Dumouriez. Asimismo Duval debia el 7 dirigirse con siete mil hombres á Chene-Populeux; en fin Keilerman venia de Metz, sobre su derecha, con veinte y dos mil hombres de refuerzo. Bastaba pues solo ganar tiempo.

El duque de Brunswick, despues de haberse apoderado de Verdun, pasó el Mosa en tres columnas. El general Clairfait operaba sobre su derecha, y el príncipe de Hohenlohe sobre su izquierda. Desesperando de hacer abandonar sus posiciones á Dumouriez atacándole de frente, probó á envolverles. Este habia cometido la imprudencia de colocar todas sus fuerzas en Grandpré y en Islettes, defendiendo debilmente Chene-Populeux y Croix-au-Bois, que en verdad, no eran puntos tan interesante. Los prusianos se apoderaron de ellos, y poco faltó para no cercarle en su campo de Grandpré, y hacerle deponer las armas. Despues de esta falta capital, que anulaba sus primeras maniobras, no desesperó de su situacion. En la noche del 14 de setiembre levantó el campo con el mayor secreto, pasó el Aisne, cuyo acceso podian cortarle, hizo una retirada tan habil como lo fuera su marcha

sobre l' Argone, y fué á concentrarse en el campo de Sainte-Menechould. En l' Argone habia ya logrado retardar la marcha de los prusianos; la estacion, adelantando cada dia, se hacia mas rigurosa; no tenia mas que hacer que sostenerse hasta que se hubiesen unido Kellermann y Beurnonville, y quedaba asegurado el éxito de la campaña. Habíanse aguerrido las tropas, y despues de la llegada de Beurnonville y de Kellermann, que se verificó el 17, las fuerzas del ejército ascendían á unos setenta mil hombres.

El ejército prusiano habia seguido los movimientos de Damouriez. El 20 atacó á Kellermann en Valmy, para cortar al ejército frances la retirada sobre Châlons. Trabóse un vivo cañoneo de una y otra parte. En seguida los prusianos formados en columnas marcharon sobre las alturas de Valmy, para quitarlas á los franceses. Kellermann formó igualmente su infanteria en columnas, mandó que no se disparase un solo tiro, y que se aguardase la llegada del enemigo para cargarle á la bayoneta. Dió esta orden al grito de *viva la nacion!* y este grito repetido de un extremo á otro de la linea, pasmó á los prusianos mas aun que el firme continente de nuestras tropas. El duque de Brunswick hizo retroceder sus batallones, ya algo desordenados; continuó el cañoneo hasta la tarde; los enemigos probaron un nuevo ataque, pero fueron rechazados. Quedamos dueños del campo, y el triunfo casi insignificante de Valmy produjo sobre nuestras tropas y sobre la opinion en Francia el efecto de la mas completa victoria.

De esta época dató el desaliento y retirada del

enemigo. Habíanse los prusianos empeñado en esta campaña, conforme á las promesas de los emigrados, como en un paseo militar. Hallábanse sus almacenes, sin víveres; en medio de un país abierto encontraban una resistencia que cada día iba haciéndose mas viva; las continuas lluvias habian inundado los caminos; los soldados andaban con lodo hasta la rodilla, y hacia cuatro dias que su único alimento era trigo cocido. Asi es que las enfermedades producidas por el agua encharcada, la desnudez y la humedad, hicieron los mayores estragos en el ejército.

El duque de Brunswick aconsejó la retirada, contra el parecer del rey de Prusia y de los emigrados, que querian aventurar una batalla y apoderarse de Chalons. Pero como la suerte de la monarquia prusiana dependia de su ejército, y que era segura la pérdida entera de este con una derrota, prevaleció el consejo del duque de Brunswick. Enabláronse negociaciones; y en ellas los prusianos, cediendo de sus primeras exigencias, solo pedian el restablecimiento del rey sobre el trono constitucional; pero acababa de reunirse la convencion; habíase proclamado la república, y hé aqui cual fué la contestacion del consejo ejecutivo. *Que la república francesa no podia dar oidos á proposicion alguna hasta que las tropas prusianas hubiesen evacuado enteramente el territorio frances.* Entonces los prusianos verificaron su retirada, esto es, desde el 30 de setiembre por la tarde. Inquietóles ligeramente en ella Kellermann que Dumouriez destacó en su persecucion, mientras el mismo pasaba á Paris para gozar de su victoria y

concertar la invasion de la Bélgica. Las tropas francesas volvieron á entrar en Verdun y en Longwy; y el enemigo, despues de haber atravesado las Ardenas y el pais de Luxemburgo, repasó el Rhin en Coblentz á últimos de octubre. Sucesos generales señalaron esta campaña. En Flándes, el duque de Saxe-Teschen se vió obligado á levantar el sitio de Lila, despues de siete dias de bombardeo, contrario por su duracion y por su inútil barbarie, á todos los usos de la guerra. Sobre el Rhin, Custme hallase apoderado de Tréves, de Spire y de Mayence. En los Alpes, el general Montesquiou invadió la Saboya, y el general Anselme el condado de Niza. Nuestros ejércitos, victoriosos en todas partes, habian tomado la ofensiva, y la revolucion hallábase á salvo.

Si se presentase el cuadro de un estado que sale de una grande crisis, y se dijese: en este estado habia un gobierno absoluto, cuya autoridad ha sido reducida; dos clases privilegiadas que han perdido su supremacia; un pueblo inmenso emancipado ya por efecto de la civilizacion y de las luces, pero sin derechos políticos, y que con motivo de repetidas negativas se ha visto obligado á conquistarlos por sí mismo; si se añadiese: el gobierno, despues de haberse opuesto á esta revolucion, se ha sometido á ella, pero constantemente las clases privilegiadas la han combatido, — hé aqui que consecuencia podríamos sacar de estas premisas.

Al gobierno le pesará de haber hecho concesiones, el pueblo demostrará desconfianza, y las clases privilegiadas atacarán el nuevo orden cada una á su modo; la nobleza no pudiendo efectuarlo dentro del rei-

no, en donde sería demasiado débil, emigrará á fin de escitar las potencias estrangeras, que harán los preparativos de un ataque; el clero, que en el exterior perderia sus medios de accion, permanecerá en el interior, en donde procurará enemigos al estado revolucionario; el pueblo amenazado de afuera, comprometido á dentro, irritado contra la emigracion que armó á los estrangeros, contra los estrangeros que atacaron su independenciam, contra el clero que insurreccionaba el pais, tratará como enemigos al clero, á la emigracion y á los estrangeros: primeramente pedirá la vigilancia, despues el destierro de los clérigos refractarios; la confiscacion de las rentas de los emigrados; en fin la guerra contra la Europa aliada, para prevenirla de su parte. Los primeros autores de la revolucion condenarán entre estas medidas las que violaban la ley; los continuadores de la revolucion, al contrario, verán en ellas la salud de la patria; de consiguiente estallará la discordia entre los que preferirán la constitucion al estado y los que preferirán el estado á la constitucion. El príncipe impelido por sus intereses de rey, sus afecciones y su conciencia á rechazar tamaña política, pasará por cómplice de la contra revolucion, porque parecerá protegerla. Entonces los revolucionarios intentarán atraerse al rey intimidándole, pero no pudiéndolo conseguir derribarán su poder.

Tal fué la historia de la asamblea legislativa. Las turbulencias interiores provocaron el decreto contra los sacerdotes; las amenazas exteriores, el decreto contra los emigrados; la alianza de las potencias estrangeras, la guerra contra la Europa; la primera derrota de nuestro ejército, el decreto del acampa-

mento de veinte mil hombres. La falta de adhesion á la mayor parte de estos decretos hizo que los girondinos se recelasen de Luis XVI; las divisiones de estos últimos y de los constitucionales que querian mostrarse los unos legisladores como en tiempo de paz, los otros enemigos como en tiempo de guerra, desunieron los partidarios de la revolucion. Para los girondinos, la cuestion de la libertad se encerraba en la victoria, la victoria en los decretos, y el 20 de junio fué una tentativa para hacerlos aceptar; pero, habiendo fallido su resultado, creyeron que era preciso renunciar á la revolucion ó al trono, é hicieron el 40 de agosto. De este modo, sin la emigracion que produjo la guerra, sin el cisma que produjo las turbulencias, el rey probablemente se hubiera acomodado á la constitucion, y los revolucionarios no habrian podido pensar en la república.

CONVENCION NACIONAL.

CAPITULO VI.

DESDE EL 20 DE SETIEMBRE DE 1792, HASTA EL 24
DE ENERO DE 1793.

Primeras medidas de la convencion. — De que modo está compuesta. — Rivalidad de los girondinos y montañeses. — Fuerza y miras de estos dos partidos. — Robespierre; los girondinos le acusan de aspirar á la dictadura. — Marat. — Nueva acusacion de Robespierre por Louvet; defensa de Robespierre; la convencion pasa á la órden del día. — Los montañeses, victoriosos en esta lucha piden el enjuiciamiento de Luis XVI. — Opiniones de los partidos tocante á esto. — La convencion decide que Luis XVI será juzgado, y lo será por ella. — Luis XVI en el Temple; sus respuestas ante la convencion; su defensa; su condenacion; su valor y serenidad en sus últimos momentos. — Lo que tenia y lo que le faltaba como rey.

La convencion se constituyó el 20 de setiembre de 1792, y abrió sus deliberaciones el 24. En la primera sesion abolió la monarquía y proclamó la república. El 22 se apropió la revolucion, declarando que ella ya no dataria del *año 4 de la libertad*, sino del *año 1.º de la república francesa*. Tras estas primeras medidas votadas por aclamacion y con cierta rivalidad de democracia y entusiasmo por los dos parti-

dos que se habian dividido al fin de la asamblea legislativa, la convencion, en vez de empezar sus trabajos, se entregó á querellas intestinas. Los girondinos y los montañeses antes de constituir la nueva revolucion, quisieron saber á quien perteneceria de ellos, sin que bastasen á detener su lucha los enormes riesgos de su posicion. Mas que nunca tenian que temer los esfuerzos de la Europa. Habiendo ya antes del 10 de agosto atacado á la Francia el Austria, la Prusia y algunos príncipes de Alemania, era de creer que los demas soberanos se declararían contra ella despues de la caída de la monarquía, la detencion de Luis XVI, y las mortandades de setiembre. En el interior, habíase aumentado el número de los enemigos de la revolucion. A los partidarios del antiguo régimen, de la aristocracia y del clero, era preciso añadir los partidarios de la monarquía constitucional, aquellos para quienes la suerte de Luis XVI era objeto de una viva solicitud, y los que no creían posible la libertad sin regla y bajo el mando de la muchedumbre. En medio de tantos obstáculos y contradicciones, en un momento en que no hubiera estado de mas su union para combatir, la Gironda y la Montaña se atacaron con el mas inexorable encarnizamiento. Es verdad que estos dos partidos eran incompatibles, y que sus gefes no podían juntarse: tantos motivos de separacion se encerraban en su rivalidad de dominacion, y en sus designios!

Los acontecimientos habian precisado á los girondinos á ser republicanos: mas útil hubiérales sido permanecer constitucionales. La rectitud de sus intenciones, su repugancia á la muchedumbre y á los

medios violentos, y sobre todo la prudencia que aconsejaba no internaron mas que lo que era posible, todo les hacia de ello un deber; pero no habia estado en su mano quedarse tales como se mostraran al principio. Habian seguido la pendiente que les arrastraba á la república, y poco á poco se habituaron á esta forma de gobierno. Aunque ahora la querian con ardor y de buena fe, conocian cuanta dificultad habria en establecerla y consolidarla. El negocio les parecia grande y bello, pero veian que los hombres no correspondian á él. La muchedumbre no tenia ni las luces, ni las costumbres convenientes para esta forma de administracion pública. La revolucion verificada por la asamblea constituyente era mas legítima aun por razon de su posibilidad que por su justicia, pues tenia su constitucion y sus ciudadanos; pero no podia ser durable una nueva revolucion que llamase la clase inferior á la administracion del estado, porque debia herir demasiados intereses, y no tener mas que defensores momentáneos, pudiendo la clase inferior obrar y gobernar bien durante una crisis, pero no siempre. Sin embargo, consintiendo en esta nueva revolucion, en ella era preciso apoyarse. No lo hicieron así los girondinos, y se hallaron colocados en una posicion falsa por todos lados; perdieron la asistencia de los constitucionales, sin grangearse la de los demócratas, y no tuvieron ni la clase alta, ni la baja de la sociedad. Asi vinieron á formar un medio partido, que pronto fué derribado, porque no tenia raices en ninguna parte. Los girondinos, despues del 10 de agosto, fueron entre la clase media y la muchedumbre lo

que los *monarquistas*, ó el partido Necker y Mounier, despues del 24 de julio fueron entre las clases privilegiadas y la clase media.

Al contrario, la Montaña queria la república con el pueblo. Los gefes de este partido, á quienes ofuscaba el crédito de los girondinos, procuraban abatirlos y reemplazarlos.

Eran menos instruidos, menos elocuentes, pero mucho mas hábiles, mas decididos y nada escrupulosos en sus medios. La democracia mas estremada les parecia el mejor de los gobiernos; y lo que ellos llamaban el pueblo, esto es, la clase inferior, era el objeto de sus continuas adulaciones y de su mas ardiente solicitud. Ningun partido habia tan peligroso, pero tan consecuente: trabajaba por aquellos con quienes combatia.

Desde la apertura de la convencion, los girondinos habian ocupado la derecha, y los montañeses la cima de la izquierda, de donde les vino el nombre con que les designamos. Los girondinos eran los mas fuertes en la asamblea: generalmente las elecciones de los departamentos se verificáron en su sentido. Habíase reelegido gran número de los diputados de la asamblea legislativa; y como en semejantes épocas pueden mucho las alianzas, todos los miembros que, antes del 40 de agosto, estuvieron unidos á la diputacion de la Gironda ó á la municipalidad de Paris, volvian con las mismas opiniones. Otros llegaban sin sistema, sin partido, sin adhesion, sin enemistad: estos formaron lo que se apellidó *el Llano ó el Pantano*. Esta reunion, desinteresada en las luchas de la Gironda y de la Montaña, se puso de la parte mas justa, mien-

tras le fué permitido mantenerse moderada, ó por mejor decir, mientras no tuvo que temer por sí misma.

La Montaña se componia de los diputados de Paris, que habian sido elegidos bajo la influencia de la municipalidad del 10 de agosto, y de algunos decididos republicanos de los departamentos; despues reclutó aquellos que los acontecimientos exaltaron, ó que le asoció el miedo. Pero aunque inferior en número en la convencion, no por eso era menor su pujanza, aun en esta época. Ella reinaba en Paris; la municipalidad era suya, y esta habia logrado hacerse la primera autoridad del estado. Los montañeses intentáron señorear los departamentos de la Francia, estableciendo entre la municipalidad de Paris y las demas municipalidades una correspondencia de planes y de conducta; con todo no habian podido lograrlo completamente, y los departamentos en su mayor parte estaban á favor de sus adversarios, quienes cultivaban sus buenas disposiciones por medio de folletos y periódicos remitidos por el ministro Roland, á cuya casa los montañeses apellidaban *despacho de espíritu público*, y á sus amigos *intrigantes*. Pero ademas de la asociacion de las municipalidades, que tarde ó temprano debia verificarse, tenian la asociacion de los jacobinos. Este club, el de mas influjo, como mas antiguo y de mayor estension, mudaba de espíritu á cada crisis, sin mudar de nombre; era un cuadro á propósito para los dominadores que escluian de él á los disidentes. El de Paris era la metrópoli del jacobinismo, y gobernaba casi soberanamente á los demas. Los montañe-

ses habiéndole señoreado, y con acusaciones y disgustos alejaron de él á los girondinos, reemplazando con descamisados (*sans-culottes*) los miembros de la clase media. Solo les quedaba á los girondinos el ministerio, que contrariado por la municipalidad, era impotente en París. Los montañeses al contrario, disponían de toda la fuerza efectiva de la capital, del espíritu público por medio de los jacobinos, de las secciones y de los arrabales por medio de los descamisados, en fin de las insurrecciones por medio de la municipalidad.

La primera medida de los partidos, despues de haber decretado la república, fué batirse. Las mortandades de setiembre indignaron á los girondinos, y con horror veían en los escaños de la convencion á hombres que las aconsejaban y prescribieran. Entre estos, dos eran los que mas antipatía ó aversion les inspiraban. Robespierre que creían aspiraba á la tiranía, y Marat que, desde el principio de la revolucion, en todos sus escritos se habia hecho el apostol del asesinato. Denunciaron á Robespierre con mas animosidad que prudencia; todavia no era tan temible, que mereciese una acusacion de dictadura. Sus enemigos, al echarle en cara designios entonces inverosímiles é imposibles de probar en todos casos, subieron á mas alto grado su popularidad y su importancia.

Robespierre, que tan terrible papel ha desempeñado en nuestra revolucion, empezaba á figurar en primera línea. Hasta entonces, á pesar de todos sus esfuerzos, habia tenido quien le sobrepusiera en su partido mismo: bajo la constituyente, los famosos gefes de aquella asamblea; bajo la le-

gislativa, Brissot y Petion; el 10 de agosto Danton. En estas diversas épocas, declaróse contra ellos cuya fama ó popularidad le ofuscaban. Entre aquellos personajes célebres de la primera asamblea, no pudiendo señalarse sino por la singularidad de sus opiniones, se habia mostrado exagerado reformista; durante la segunda, se hizo en constitucional, porque sus rivales eran innovadores, y hablaba en los jacobinos á favor de la paz, porque sus rivales pedian la guerra; despues del 10 de agosto, se dedicaba en este club á perder á los girondinos, y á suplantar á Danton, asociando siempre la causa de su vanidad á la de la muchedumbre. Con talento comun, y vano carácter, debia este hombre á su inferioridad el aparecer de los últimos, gran ventaja en una revolucion; y á su ardiente amor propio el aspirar al primer rango, emprenderlo todo para colocarse en él, y atreverse á todo para en él sostenerse. Robespierre tenia calidades aptas para la tiranía: un alma de ningun modo grande, es verdad, pero poco comun; la ventaja de una sola pasion, las esterioridades del patriotismo, una merecida reputacion de incorruptibilidad, una vida austera, y ninguna aversion á la sangre. Él probó que en medio de las revueltas civiles no se hace la fortuna política por medio del talento, sino mas bien por medio de la conducta, y que la mediocridad que se obstina puede mas que el genio que se interrumpe. Preciso es tambien confesar que apoyaba á Robespierre una secta inmensa y fanática, cuyo mando habia pedido, y cuyos principios habia sostenido desde el fin de la constituyente. Esta secta traia su origen del siglo XVI, de quien repre-

sentaba ciertas opiniones. Su símbolo en política era la soberanía absoluta del *contrato social* de J. J. Rousseau, y en creencia el deísmo de *la profesión de fe del vicario saboyardo*; mas tarde llegó á realizarlos por un momento en la constitucion de 43, y en el culto del *Ser supremo*. En las diversas épocas de la revolucion hubo mas sistema y fanatismo de lo que se ha creído generalmente.

Sea que los girondinos preveyesen de lejos la dominacion de Robespierre, sea mas bien que se desjasen llevar de su resentimiento, lo acusaron del crimen mas grave para unos republicanos. El espíritu de faccion agitaba Paris; los girondinos quisieron que se formase una ley contra los que provocaban á los desórdenes, á las violencias; y procurar al mismo tiempo á la convencion una fuerza independiente, sacada de los veinte y tres departamentos. Nombraron una comision encargada de presentar un informe sobre este objeto. La Montaña atacó esta medida como injuriosa á Paris; la Gironda la defendió, designando un proyecto de triunvirato formado por la diputacion de la capital. «Soy natural de Paris, dijo entonces Osselin; «soy diputado de esta ciudad. Anúnciase un partido elevado en su seno, que quiere la dictadura, «triunviros y tribunos. Yo declaro que es preciso «ser profundamente ignorante, ó profundamente «malvado, para haber concebido semejante idea.» —«Sí, gritó Rebecqui de Marsella, sí, existe en «esta asamblea un partido que aspira á la dictadura, y su jefe... os lo nombro, es Robespierre! «Hé aqui el hombre que os denuncio.» Barbaroux apoyó esta denuncia con su testimonio; fuera uno

de los principales autores del 10 de agosto; era gefe de los marseleses, y tenia un prodigioso influjo en el mediodia. Aseguró que en la época del 10 de agosto, siendo los marseleses solicitados por los dos partidos que dividian la capital, se le hizo comparecer á casa de Robespierre; que alli se le dijo se reuniese á los ciudadanos que mas popularidad habian adquirido, y que *Paris* le designó con su propio nombre á *Robespierre* como el hombre virtuoso que debia ser el dictador de la Francia. Barbaroux era hombre de accion. El lado derecho tenia algunos miembros que como él, pensaban era preciso vencer á sus adversarios, so pena de ser vencidos por ellos. Querian que, al paso que empleaban la convencion contra la municipalidad, se opusiese los departamentos á Paris, y que no se contemporizase, mientras eran débiles, con unos enemigos, á quienes, si asi no se hacia, se les daria tiempo de hacerse fuertes. Pero la mayor parte temian un rompimiento, y repugnaban las medidas violentas.

Ningun resultado tuvo la acusacion contra Robespierre, pero recayó sobre Marat, que en su diario: *El Amigo del Pueblo* habia aconsejado la dictadura y preconizado el degüello. Cuando se presentó en la tribuna para justificarse, estremeció á la asamblea un movimiento de horror: *abajo! abajo!* gritaron de todas partes. Marat permanece imperturbable. En un momento de silencio: «En esta asamblea, dijo, tengo muchos enemigos personales.» «—*Todos! todos!*— Yo les invito al decoro; les exorto á que suspendan sus furibundos clamores y sus indecentes amenazas contra un hom-

«bre que ha servido á la libertad y á ellos mismos mas de lo que piensan; sepan escuchar una sola vez!» Y este hombre, en medio de la convencion pasmada de su audacia y sangre fria, espuso lo que pensaba acerca de las proscripciones y de la dictadura. Por mucho tiempo habia escapado, de subterráneo en subterráneo, á la aversion pública y á las órdenes de prision lanzadas contra su persona. Solo aparecian sus sanguinarios papeles; en ellos pedia cabezas, y preparaba á la muchedumbre para las matanzas de setiembre. No hay locura que no pueda concebir la cabeza de un hombre, y lo que es peor, que no se pueda realizar por un momento. Marat estaba poseido de muchas ideas fijas. La revolucion tenia enemigos, y segun él para que durase, no debia tenerlos; de consiguiente nada encontraba mas sencillo que esterminarlos y nombrar un dictador, cuyas funciones se limitasen á proscribir; predicaba altamente estas dos medidas; sin crueldad, pero con cinismo, no poniendo mas consideracion en la decencia que en la vida de los hombres, y despreciando como espíritus débiles á todos los que llamaban atroces á sus proyectos, en vez de hallarlos profundos. La revolucion tuvo actores mas realmente sanguinarios, pero ninguno tuvo tan funesto influjo sobre su época. Depravó la moral de los partidos, poco justos ya de por sí, y concibió las dos ideas que la comision de salud pública realizó despues por medio de sus comisarios ó por su gobierno: el esterminio en masa y la dictadura.

Tampoco produjo resultado alguno la acusacion de Marat; inspiraba mas repugnancia, pero menos

odio que Robespierre. Unos solo veian en él un loco; otros miraban estos debates como querellas de partido, y no como un objeto de interes para la república. Ademas, peligroso parecia espurgar la convencion ó sentenciar á uno de sus miembros, y difícil era dar este paso, aun á los partidos. Danton no disculpaba á Marat: «Yo no le estimo, decia; he hecho la esperiencia de su temperamento: «es volcánico, áspero é insociable. Pero á qué buscar «en lo que escribe el language de una faccion? es «otra por ventura la causa de la agitacion general «que el movimiento mismo de la revolucion?» Robespierre aseguraba, por su parte, que conocia poco á Marat; que antes del 40 de agosto, solo una conversacion tuviera con él, despues de la cual Marat, cuyas opiniones violentas no aprobaba, habia hallado sus miras políticas de tal modo reducidas que habia escrito en su diario *que no tenia ni las miras, ni el atrevimiento de un hombre de estado.*

Pero contra él asestábanse los tiros de la mas desenfrenada cólera, porque era mas temido. La primera acusacion de Rebecqui y de Barbaroux no tuvo buen éxito. Poco despues, el ministro Roland hizo una memoria acerca el estado de la Francia y el de Paris; en él denunció las matanzas de setiembre, las usurpaciones de la municipalidad, los ardides de los alborotadores. «Cuando á los mas «sabios y á los mas intrépidos defensores de la li- «bertad se les hace odiosos ó sospechosos; cuando «los principios de la revuelta y la carniceria se «profesan altamente, se aplauden en las asambleas, «y se levantan clamores contra la convencion mis-

«ma, no puedo ya dudar que los partidarios del
«antiguo régimen ó falsos amigos del pueblo, ocul-
«tando su extravagancia ó su maldad bajo la más-
«cara del patriotismo, no hayan concebido el plan
«de un gran trastorno, en que esperan elevarse
«sobre ruinas y cadáveres, y saborear la sangre,
«el oro y la atrocidad!» En apoyo de su memo-
ria, citó una carta en que el vice-presidente de
la segunda seccion del tribunal criminal le parti-
cipaba que él y los mas ilustres girondinos se ha-
llaban amenazados; que segun la espresion de sus
contrarios, *era necesaria una nueva sangria*, y
que estos hombres solo querian oír hablar de Ro-
bespierre.

A estas palabras, corrió este á justificarse en la
tribuna: *nadie*, dijo, *se atreverá á acusarme cara
á cara.* — Yo, gritó Louvet, uno de los hombres mas
resueltos de la Gironda. *Sí, Robespierre*, prosi-
guió mirándole de hito á hito, *yo soy quien te
acuso.* Robespierre, que hasta entonces conservara
su firmeza, se turbó; ya una vez en los jaco-
binos habia medido sus fuerzas con este temible ad-
versario, de cuyo ingenio, impetuosidad y poca
contemplacion estaba bien convencido. Louvet al
punto tomó la palabra, y en una improvisacion de
las mas elocuentes, no se paró en las acciones ni
en los nombres; siguió á Robespierre en los jaco-
binos, en la municipalidad, en la asamblea electo-
ral, «calumniando los mejores patriotas; prodigando
«las mas bajas adulaciones á algunos centenares de
«ciudadanos, calificados al principio de pueblo de
«Paris, luego absolutamente de pueblo, y última-
«mente de pueblo soberano; repitiendo la eterna

«enumeracion de sus propios méritos, de sus perfecciones, de sus virtudes, y despues de haber atestiguado la fuerza, la grandeza, la soberania del pueblo, no dejando jamas de protestar, que «él era pueblo tambien.» Mostrólo ocultándose el 40 de agosto, y dominando luego á los conjurados de la municipalidad. Pasó de esto á las mortandades de setiembre; gritó: «La revolucion de agosto es de todos.» Y dirigiéndose á algunos montañeses de la municipalidad, añadió: «Pero la del 2 de setiembre, es vuestra! unicamente vuestra! «y no os vanagloriasteis de ella vosotros mismos? «Con un feroz desprecio, solo nos designaban con el título de patriotas del 40 de agosto! Con un feroz orgullo se calificaban patriotas del 2 de setiembre! ; Ah! quédeles enhorabuena esta distincion digna del valor que les es propio! quédeles para nuestra justificacion perdurable y para su eterno oprobio! Esos falsos amigos del pueblo han querido achacar al pueblo de Paris los horrores que mancillaron la primera semana de setiembre.... Le han indignamente calumniado. El pueblo de Paris sabe combatir, pero no sabe asesinar! Es verdad que se le vió todo entero delante de las Tuillerías, en la magnífica jornada del 40 de agosto; es falso que se le haya visto delante de las cárceles, en la horrible jornada del 2 de setiembre. En el interior de ellas, cuántos eran los verdugos? Doscientos, ni doscientos tal vez; y en la parte de afuera cuántos espectadores podían contarse atraidos por una curiosidad verdaderamente incomprendible? Doble número á lo mas. «Pero se ha dicho, si el pueblo no tomó parte

« en estas mortandades, ¿por qué no las estorbó?
 « por qué? Porque la autoridad tutelar de Petion
 « estaba aherrojada; porque Roland en vano ha-
 « blaba; porque el ministro de justicia, Danton,
 « no hablaba... porque los presidentes de las cua-
 « renta y ocho secciones esperaban requerimientos
 « que el comandante general no verificó; porque
 « oficiales municipales revestidos con sus bandas,
 « presidian á estas atroces ejecuciones. — ¿Pero la
 « asamblea legislativa? — ¡La asamblea legislativa!
 « representantes del pueblo! vosotros las vengá-
 « réis! La impotencia á que estaban reducidos vues-
 « tros predecesores es, en medio de tantos críme-
 « nes, el mayor que es preciso castigar en esos
 « rabiosos que os denuncio.» Y volviendo á Ro-
 bespierre, Louvet señaló su ambicion, sus mane-
 jos, su estremado ascendiente sobre el populacho,
 y terminó esta impetuosa filípica por una serie
 de hechos, cada uno de los cuales iba precedi-
 do de esta terrible fórmula: *Robespierre, yo te*
acuso.

Louvet bajó de la tribuna entre aplausos; Ro-
 bespierre subió á ella para justificarse, pálido y
 acompañado de algunos murmullos. Fuése turba-
 cion, fuése temor de prevenciones, pidió ocho dias.
 Llegado este momento, presentóse mas bien como
 triunfador que como acusado; rechazó con ironia
 los cargos de Louvet, y entregóse á una larga apo-
 logía de sí mismo. Es preciso convenir en que
 siendo vagos los hechos, poco tuvo que hacer pa-
 ra minarlos ó destruirlos. Las tribunas estaban lle-
 nas de gente apostada para aplaudirle; la misma
 convencion, que en esta acusacion veia una que-

rella de amor propio, y que no temia, segun Barriére, á un hombre de un dia, á un mezuquino empresario de alborotos, estaba dispuesta á poner fin á estos debates. Asi es que cuando Robespierre acabando dijo, «Por lo que á mí toca, «no sacaré de ello ninguna conclusion personal; «he renunciado á la facil ventaja de contestar á «las calumnias de mis adversarios por denunciaciones mas temibles; he querido suprimir la parte «ofensiva de mi justificacion. Renuncio á la justa «venganza que tendria derecho de ejercer contra «mis columniadores; no quiero otra que el restablecimiento de la paz y el triunfo de la libertad!» Fué aplaudido y la convencion pasó al orden del dia. En vano Louvet quiso replicar, pues no pudo conseguirlo; en vano Barbarroux se presentó como acusador, y Lanjuinais combatió el orden del dia, sin que se volviese á entablar la discusion. Este último fué apoyado por los girondinos, sin hechar de ver que cometian una falta entablando la acusacion, y otra no sosteniéndola. Los montañeses ganaron la victoria, pues no fueron vencidos, y se aproximó á Robespierre al papel de que estaba tan distante. En revolucion, pronto uno es lo que se ha creido ser; de modo que el partido montañés le tomó por su gefe, porque los girondinos como tal le persiguieron.

Pero mas importantes todavia que los ataques personales eran las discusiones sobre los medios de gobierno y sobre la conducta de las autoridades y de los partidos. Los girondinos quedaron frustrados en sus tentativas, no solo contra los individuos, sino tambien contra la municipalidad. Ninguna de sus me-

didias tuvo buen éxito, porque fueron mal propuestas ó mal sostenidas. Hubieron debido fortalecer al gobierno, reemplazar la municipalidad, mantenerse en los jacobinos y dominarlos, ganar la muchedumbre ó prevenir su accion; y nada de esto hicieron. Uno de ello, Buzot, propuso dar á la convencion una guardia de tres mil hombres sacados de los departamentos; y esta medida que á lo menos debia asegurar la independenciam de la asamblea, no fué tan vivamente sostenida que fuese adoptada. Asi, los girondinos atacaron á los montañeses, sin haberlos debilitado; á la municipalidad sin someterla; á los arrabales, sin anularlos. Irritaron á Paris, invocando la asistencia de los departamentos, sin dársela, obrando de este modo contra las reglas de la prudencia mas comun; porque es mas seguro hacer una cosa, que amenazar con ella.

Sus contrarios habilmente se aprovecharon de esta circunstancia. Sordamente hicieron cundir una opinion que solamente podia comprometer á los girondinos; y era que querian trasladar la república al mediodía y abandonar el resto del imperio. Entonces empezó la nota de federalismo tan fatal despues. Los girondinos la despreciaron, porque no preveyeron los peligros que en sí encerraba; pero ella debia acreditarse á medida que se fuesen debilitando, y sus enemigos creciendo en osadia. Diera lugar á este rumor, el proyecto de defenderse detras del Loire y de trasladar al Mediodia el gobierno, si el Norte fuese invadido y Paris entrado á viva fuerza; y luego la predileccion que por las provincias mostraban, y su pronun-

ciamento contra los sediciosos de la capital. Nada es mas facil que desnaturalizar una medida cambiando la época en que se concibió, y que encontrar en la desaprobacion de los hechos desordenados de una ciudad el designio de aliar contra ellas las demas del estado. De consiguiente á los ojos de la muchedumbre se designó á los girondinos como federalistas. Mientras denunciaban á la municipalidad y acusaban á Robespierre y Marat, los montañeses hacian decretar *la unidad é indivisibilidad de la república*. Era esto un modo de atacarlos, y de hacer recaer sobre ellos la sospecha, no obstante de haber adherido á estas proposiciones con tanto celo, que parecia pesarles de no haberlas hecho ellos mismos.

Mas una circunstancia, en apariencia estraña á los debates de estos dos partidos, vino todavia en auxilio de los montañeses. Alentados ya con las falsas tentativas que contra ellos se dirigieron, solo aguardaron una ocasion para acometer á su turno. Estas prolongadas discusiones habian cansado á la convencion: los miembros, á quienes no concierne, los mismos que en los dos partidos no estaban en primera fila, sentian la necesidad de la concordia y querian que se ocupasen ya de la república. Hubo una tregua aparente, en que la asamblea fijó un momento su atencion sobre la nueva constitucion, á la cual hizo abandonar el partido montañés para resolver sobre la suerte del principe destronado. Muchos fueron los motivos que dictaron esta determinacion á los gefes de la extrema izquierda: no querian que la república fuese organizada por los girondinos y los moderados del lla-

no, que presidian á la comision de constitucion, los unos por medio de Petion, Condorcet, Brissot, Vergniaud, Gensonné; los otros por medio de Barrere, Sieyes y Tomas Payne, pues hubieran establecido el régimen de la clase media, dándole un barniz algo mas democrático que el de 1791, al paso que ellos aspiraban á constituir la muchedumbre. Pero solo dominando podian conseguir sus fines, y no podian dominar sino prolongando el estado revolucionario de la Francia. Ademas de esta necesidad de poner estorbos al establecimiento del orden legal por un golpe de estado terrible; como la setencia de Luis XVI, que ponía en conmocion á todas las pasiones, les atraía todos los partidos violentos, presentándose como los inflexibles guardianes de la república, esperaban hacer estallar los sentimientos de los girondinos, que no ocultaban sus deseos de salvar á Luis XVI, y perderles de este modo en los ánimos de la muchedumbre. Hubo sin duda, gran número de montañeses, que en esta circunstancia obraron con la mejor buena fe y únicamente como republicanos, á cuyos ojos Luis aparecia culpable para con la revolucion; y un rey destronado era peligroso para una naciente democracia. Pero este partido se hubiera manifestado mas clemente si, al mismo tiempo que á Luis XVI no hubiese tenido que perder á la Gironda.

Hacia ya algun tiempo que en el exterior de la asamblea se disponian los ánimos para su juicio Resonaban las invectivas contra él en el club de los jacobinos; esparcianse las mas injuriosas voces sobre su carácter; pedíase su sentencia para la con-

solidacion de la libertad. Las sociedades populares de los departamentos dirigian á la convencion representaciones en el mismo sentido; presentábanse las secciones en la barra de la asamblea, y en su mismo seno, colocados en camillas, hacíanse desfilar hombres heridos en el 10 de agosto, y que venian á clamar venganza contra *Luis Capeto*.

Solo por este nombre del antiguo gefe de su dinastia designábase ya á Luis XVI, creyendo haber reemplazado su título de rey con su nombre de familia.

Los motivos de partido y las animosidades populares reuníanse contra este desventurado príncipe. Los que, dos meses antes, hubieran rechazado la idea de imponerle otro castigo que el de la suspension en sus derechos, estaban sumergidos en el mas grande estupor: con tanta prontitud, en tiempo de crisis, se pierde el derecho de defender su opinion! El descubrimiento del armario de hierro sobretodo redobló el fanatismo de la muchedumbre y la impotencia de los defensores del rey. Despues del 10 de agosto se encontraron en los archivos de la lista civil documentos que probaban las relaciones secretas que Luis XVI mantuviera con los príncipes descontentos, la emigracion y la Europa. En un informe, ordenado por la asamblea, acusáronle del desegno de hacer traicion al estado y de derribar la revolucion. Hízosele el cargo de haber escrito, el 16 de abril de 1791, al obispo de Clermont, *que si recobraba su poder, restableceria el antiguo gobierno y al clero en su anterior estado*; de haber, mas tarde, propuesto la guerra solamente con el fin de acelerar la marcha

de sus libertadores; de haber seguido correspondencia con sujetos que le escribían: «La guerra «obligará á todas las potencias á reunirse contra los «facciosos y malvados que tiranizan la Francia, pa- «ra que su castigo sirva de ejemplar á todos los «que intenten turbar la paz de los imperios.... «Podeis contar con ciento cincuenta mil hombres, «tanto prusianos como austriacos é imperiales, y «con un ejército de veinte mil emigrados;» de haberse puesto de acuerdo con sus hermanos, á quienes desaprobaba por sus públicas acciones; en fin, de no haber cesado de combatir la revolución.

Presentáronse nuevos documentos en apoyo de estas acusaciones. En las Tullerías, detras de un tablero artesonado, habia un agujero abierto en la pared, y cerrado con una puertecilla de hierro. Dióse noticia al ministro Roland de este secreto armario, y en él se hallaron pruebas de todas las tramas é intrigas de la corte contra la revolución; proyectos que tendian á fortalecer el poder constitucional del rey con los gefes populares, á restablecer el antiguo régimen con los aristócratas; los manejos de Talon, los convenios con Mirabeau; las proposiciones aceptadas de Bouillé en la constituyente, y algunas nuevas tramas en la legislativa. Este descubrimiento aumentó el rencor contra Luis XVI. El busto de Mirabeau fué hecho pedazos en los jacobinos; y la convencion cubrió con un velo el que estaba colocado en la sala de sus sesiones.

Tratábase hacia ya algun tiempo, en la asamblea del proceso de este príncipe, quien habiendo sido

destronado, no podia ya sufrir persecucion alguna y no habiendo tribunal que pudiese pronunciar su sentencia ni castigo que podersele imponer: se entregaron á falsas interpretaciones sobre la inviolabilidad que le estaba concedida, pretendiendo condenarlo de un modo legal. La mayor sin razon de los partidos, á mas de la de ser injustos, es no querer parecerlo. La comision de legislacion, encargada de un informe sobre la cuestion de si Luis XVI podia ser juzgado, y si podia serlo por la convencion, pronuncióse por la afirmativa. En su nombre el diputado Mailhe levantóse contra el dogma de la inviolabilidad; pero como regia este dogma en la época precedente, pretendió probar que Luis XVI habia sido inviolable como rey, y no como particular. Sostuvo que la nacion, no pudiendo perder su garantía tocante á los actos del poder, habia suplido la inviolabilidad del monarca con la responsabilidad de sus ministros, y que en lo que Luis XVI habia obrado como simple particular, no recayendo la responsabilidad sobre nadie, cesaba de ser inviolable. De este modo Mailhe limitaba á los actos de rey la salvaguardia constitucional concedida á Luis XVI. Concluia, que no habiendo sido su exoneracion un castigo, sino un cambio de gobierno, Luis XVI debia ser juzgado; probaba que debia serlo, en virtud de la ley del código penal relativo á *los traidores y conspiradores*; en fin, que lo fuese por la convencion, sin seguir el procedimiento de los otros tribunales, porque la convencion representando al pueblo, el pueblo encerrando todos los intereses, todos los intereses siendo la justicia, era imposible que el tri-

bunal nacional violase la justicia, y de consiguiente inútil que se sujetase á fórmula alguna. Tal era el encadenamiento de sofismas por cuyo medio la comision transformaba á la convencion en tribunal. Mucho mas consecuente manifestóse el partido de Robespierre, no haciendo valer mas que la razon de estado, y desechando las formas como falsas.

Abrióse la discusion el 43 de noviembre, seis dias despues de la proposicion de la comision. Los partidarios de la inviolabilidad, al paso que consideraban culpable á Luis XVI, sostuvieron que no podia ser juzgado. El principal entre ellos fué Morisson; dijo que la inviolabilidad era general; que la constitucion habia previsto no solo las hostilidades secretas de Luis XVI, sino aun un ataque declarado de su parte, y en este caso solo habia pronunciado la exoneracion; que bajo este respeto la nacion habia empeñado su soberania; que el deber de la convencion era cambiar el gobierno, pero no juzgar á Luis XVI; que si bien le ataban leyes de justicia, todavia mas los usos de la guerra, que solo durante el combate permitian deshacerse de un enemigo puesto bajo la ley despues de la victoria; que ademas ningun interes tenia la república en sentenciar á Luis XVI; que debia limitarse á medidas de seguridad general respecto de aquel, retenerle cautivo, ó desterrarle de Francia. Esta era la opinion de la derecha de la convencion. El Llano era del dictamen de la comision; pero la Montaña rechazaba á la vez la inviolabilidad y el juicio de Luis XVI.

«Ciudadanos, dijo Saint-Just, pretendo probar
« que la opinion de Morisson, que conserva al

« rey la inviolabilidad, y la de la comision que
 « quiere sea juzgado como ciudadano, son falsas
 « igualmente. Yo digo que el rey debe ser juzga-
 « do como enemigo; que mas bien debemos com-
 « batirle que juzgarle, que no entrando por nada
 « en el contrato que une á los franceses, las for-
 « mas del procedimiento no pertenecen á la ley ci-
 « vil, sino á la ley del derecho de gentes; que la
 « lentitud, el recogimiento en la meditacion son aqui
 « verdaderas imprudencias, y que despues de la que
 « retarda el momento de darnos leyes, la mas fu-
 « nesta seria la que nos hiciere contemporizar con
 « el rey.» Reduciéndolo todo á consideraciones de
 enemistad y de política, añadió Saint-Just: « Los
 « mismos hombres que quieren juzgar á Luis, tie-
 « nen que fundar una república: y jamas la fun-
 « darán los que den alguna importancia al justo
 « castigo de un rey. Ciudadanos, si el pueblo ro-
 « mano, tras seiscientos años de virtud y de odio
 « á los reyes; si la Gran Bretaña despues de muer-
 « to Cromwell, vió renacer los reyes á pesar de su
 « energia, ¿que no deben temer entre nosotros los
 « buenos ciudadanos amigos de la libertad, al ver
 « temblar el hacha en vuestras manos, y un pue-
 « blo en el primer dia de su libertad, respetar el
 « recuerdo de sus cadenas?»

Este violento partido que queria trocar una sen-
 tencia por un golpe de estado, no seguir ninguna
 ley ni forma, sino atacar á Luis XVI como un
 prisionero vencido, haciendo sobrevivir las mismas
 hostilidades á la victoria, formaba una débil mino-
 ría en la convencion; pero á fuera sosteníanle vigo-
 rosamente los jacobinos y la municipalidad. A pe-

sar del terror que ya infundia, la convencion rechazó sus homicidas invitaciones, y á su turno los partidarios de la inviolabilidad hicieron valer denodadamente los motivos de interés público al lado de las reglas de justicia y humanidad. Sostenian que unos mismos hombres no podian ser justamente jueces y legisladores, acusadores y jurados. Querian ademas, que se diera á la naciente república el esplendor de grandes virtudes, las de la generosidad y perdon; que se siguiese el ejemplo del pueblo de Roma, que conquistó su libertad y la conservó durante quinientos años porque se mostró magnánimo, porque desterró á los tarquinos sin hacerlos perecer. Tocante á la política, manifestaban las consecuencias de una sentencia respecto del partido anarquista, que con ella cobraría nueva audacia, y respecto de la Europa, cuyas potencias, neutrales todavia, entrarían por ella en la alianza contra la república.

Pero Robespierre que durante este largo debate dió muestras de una osadía y obstinacion que presagiaban de lejos todo su poder, se presentó en la tribuna para apoyar la opinion de Saint-Just, para echar en cara á la convencion el poner en duda una cosa que ya la insurreccion habia decidido, y volver á levantar el abatido partido realista por medio de la compasion y la publicidad de una defensa. «La asamblea, dijo Robespierre, sin advertirle ha sido arrastrada muy lejos de la verdadera cuestion. No hay que formar proceso alguno; «Luis XVI no es un acusado, vosotros no sois jueces, vosotros no sois ni podeis ser mas que hombres de estado. No debeis fallar ninguna sentencia

« á favor ó contra un hombre, sino dictar una medida de bien público, ejercer un acto de providencia nacional. Un rey destronado solo para dos cosas es bueno, ó para turbar la tranquilidad del estado y conmover la libertad, ó para robustecer la una y la otra.»

«Luis fué rey; fundada está la república; estas solas palabras deciden la cuestion famosa que os ocupa. Luis no puede ser juzgado; ya lo está, ya está condenado ó la república no está absuelta.» Pidió que la convencion declarando á Luis XVI *traidor á los franceses y criminal respecto de la humanidad, le condenase al momento á muerte en virtud de la insurreccion.*

Por medio de estas estremadas proposiciones, por su popularidad exterior, los montañeses en cierto modo hacian inevitable la sentencia. Tomando una extraordinaria delantera sobre los demas partidos, obligábanles á que los siguiesen aunque de lejos. La mayoría de la convencion, compuesta de una gran parte de los girondinos que no se atrevian á declarar inviolable á Luis XVI y del Llano, á consecuencia de la proposicion de Petion, contra el parecer de los montañeses fanáticos y contra el de los partidarios de la inviolabilidad, resolvió que Luis XVI seria juzgado por la convencion. Entonces Roberto Lindet, en nombre de la comision de los veinte y uno, presentó su informe sobre Luis XVI y estendida el acta *enunciativa de los hechos* que se le imputaban, la convencion mandó se presentase el preso en la barra.

Hacia cuatro meses que Luis estaba encerrado en el Temple, donde no gozaba de libertad como lo

quisiera al principio la asamblea legislativa, al designarle por morada el Luxemburgo. Custodiábalo estrechamente la recelosa municipalidad; pero, conformándose con su destino, esperando el porvenir con resignacion, no dejaba traslucir ni impaciencia, ni pesar, ni resentimiento. Un solo criado conservaba á su lado, Clery, que al mismo tiempo lo era de toda la familia. Durante los primeros meses de su detencion, no se le separó de esta, y en esta reunion todavía hallaba algunas dulzuras; consolábase al paso que alentaba á sus dos compañeras de infortunio, su esposa y su hermana; hiciérase preceptor del jóven Delfin, y le daba las lecciones de un hombre desgraciado y de un rey preso. Leía mucho y repasaba á menudo la historia de Inglaterra por Hume; encontraba en ella muchos monarcas destronados, y entre ellos, uno sentenciado por el pueblo. El hombre busca siempre destinos semejantes al suyo. Pero poco duraron los consuelos que encontraba en la vista de su familia, pues se le separó de ella, al empezar la discusion sobre su juicio. La municipalidad quiso evitar que los presos concertasen su justificacion, y cada dia hacíase mas minuciosa y mas dura la vigilancia que respeto de Luis XVI ejercia.

Entre tanto, Santerre recibió la orden de conducir Luis XVI á la barra de la convencion. Pasó al Temple acompañado del corregidor, quien dió parte al rey de su mision, preguntándole si queria bajar. Luis vaciló un momento, luego dijo: «Esto es tambien una violencia; es preciso ceder á ella!» Y decidióse á comparecer ante la convencion, á quien no recusó, como lo hiciera Carlos I

*

con sus jueces. Al anunciarse su llegada: «Representantes, dijo Barrére, vais á ejercer el derecho de justicia nacional. Que vuestro ademán sea conforme á vuestras nuevas funciones.» Y, volviéndose á las tribunas: «Ciudadanos, traed á la memoria el terrible silencio que acompañó á Luis en su vuelta de Varennes, silencio precursor del juicio de los reyes por las naciones.» Al entrar en la sala, Luis XVI mostró firme continente, y paseó sobre la asamblea una tranquila mirada. Estaba en pié en la barra, y el presidente con voz conmovida le dijo: «Luis, la nacion francesa os acusa. Vais á escuchar el acta enunciativa de los hechos. Luis, sentaos.» Habíasele preparado un asiento, en el cual se colocó. Durante un largo interrogatorio, dió muestra de mucha calma y presencia de ánimo; contestó á cada pregunta de un modo oportuno, y las mas veces persuasivo y victorioso. Rebatió las acusaciones que se le hicieron relativamente á su conducta de antes del 44 de julio, recordando que todavia su poder no estaba limitado; de antes del viage de Varennes, por el decreto de la asamblea constituyente, que quedara satisfecha de sus contestaciones; en fin, de despues del 40 de agosto, haciendo recaer todos los actos públicos sobre la responsabilidad ministerial, y negando todas las secretas intrigas que se le atribuian personalmente. A los ojos de los miembros de la convencion, estas negaciones no destruian hechos la mayor parte probados por documentos escritos y firmados por mano de Luis XVI; pero valiase del derecho que es natural á todo acusado. Por esto no reconoció la existencia del



armario de hierro y todos los documentos que se presentaron. Luis XVI invocaba una salvaguardia, que la convencion no admitia, y esta procuraba cerciorarse de las tentativas contra-revolucionarias que Luis XVI no queria reconocer.

Despues que Luis hubo regresado al Temple, la convencion pasó á discutir la demanda de un defensor que habia hecho. En vano se opusieron algunos montañeses, la convencion decretó que Luis tendria un consejo. El designó á Target y Tronchet: el primero se negó á ello. Entonces fué cuando el venerable Malesherbes se ofreció á la convencion para defender á Luis XVI. « Dos veces fui « llamado, escribia, al consejo del que fué mi se- « ñor, cuando todos ambicionaban este cargo; igual « servicio le debo, cuando es un cargo que muchos « encuentran peligroso. » Concediósele su demanda. Esta prueba de adhesion, en su estado de abandono, conmovió á Luis XVI, y cuando Malesherbes entró en su aposento, salió á su encuentro, estrechóle en sus brazos, y humedecidos sus ojos, le dijo: « Vuestro sacrificio es tanto mas peligroso cuanto esponeis vuestra vida y no salvaréis la mia. » Malesherbes y Tronchet trabajaron sin interrupcion en su defensa, asociándose M. Deséze; procuraban reanimar el valor del rey, pero lo encontraban poco dispuesto á la esperanza. « Estoy cierto de ello, « me condenarán á muerte; pero no importa, ocu- « pémonos en nuestro proceso como si yo debiese « ganarlo; y efectivamente lo ganaré, porque deja- « ré una memoria sin mancha.

En fin, llegó el dia de la defensa. Pronuncióla M. Deséze; Luis estaba presente; el silencio mas

profundo reinaba en la asamblea y en las tribunas. M. Deséze alegó en favor del real acusado todas las consideraciones de justicia é inocencia. Invocó la inviolabilidad que se le habia acordado; dijo que como rey no podia juzgársele; que como acusadores, los representantes del pueblo no podian ser sus jueces. Nada citó en esto, que ya una parte de la asamblea no hubiese sostenido. Pero sobre todo esforzóse en justificar la conducta de Luis XVI, y en atribuirle intenciones constantemente puras é irreprehensibles. Acabó con estas últimas y solemnes palabras: «Escuchad de antemano la historia que «dirá á la fama: Luis ascendió al trono á los «veinte años, y llevó á él el ejemplo de buenas «costumbres, la justicia y la economia, ninguna «debilidad le acompañó, ninguna corruptora pasion: «fué constante amigo del pueblo. El pueblo quiso «que se quitase un impuesto ruinoso, Luis lo quitó; el pueblo quiso la abolicion de la servidumbre, Luis la abolió; el pueblo solicitó reformas, «las hizo; el pueblo quiso cambiar sus leyes, consintió en ello; el pueblo quiso que millones de «franceses recobrasen sus derechos, se los devolvió; «el pueblo quiso la libertad, se la dió. No se puede negar á Luis la gloria de haberse anticipado «al pueblo en sus sacrificios; y sin embargo él es «á quien os han propuesto....! Ciudadanos, no quiero acabar, deténgome delante de la historia; pensad que ella juzgará vuestro juicio y que el suyo «será el de los siglos!» Pero las pasiones estaban sordas é incapaces de prevision.

Los girondinos deseaban salvar á Luis XVI, pero temian la imputacion de realismo con que ya les

tachaban los montañeses. Durante todo el proceso, bastante equívoca fué su conducta: no osaron pronunciarse ni á favor ni en contra del acusado, de modo que su moderacion les perdió sin aprovechar á aquel. En este momento la causa del rey, la causa no ya de su trono, sino de su vida, era tambien la de los girondinos. Por un acto de justicia ó por un golpe de estado, ibase á decidir, si volveria á entrarse en la senda del régimen legal, ó si se prolongaria el régimen revolucionario. Cada una de estas resoluciones encerraba el triunfo ó de los montañeses ó de los girondinos. Los primeros trabajaban con mucha actividad. Pretendian que las formas que se seguian eran un olvido de la energia republicana, y que la defensa de Luis XVI era un curso de monarquía presentado á la nacion. Secundábanles poderosamente los jacobinos, y continuamente presentábanse en la barra diputaciones pidiendo la muerte del rey.

No obstante los girondinos, que no se habian atrevido á sostener la inviolabilidad, propusieron un habil medio de librar de la muerte á Luis XVI, apelando al pueblo de la sentencia de la convencion. El extremo'derecho protestaba todavia contra la ereccion de la asamblea en tribunal; pero habiendo sido declarada antes competente la asamblea, todos los esfuerzos se dirigieron á otra parte. Salles propuso que se declarase culpable á Luis, y se dejase á las asambleas primarias la aplicacion de la pena. Buzot, temiendo que por ello la convencion no cayese en la nota de debilidad, pensó que ella misma debia pronunciar la pena y apelar al pueblo de su propio juicio. Combatieron esta opinion

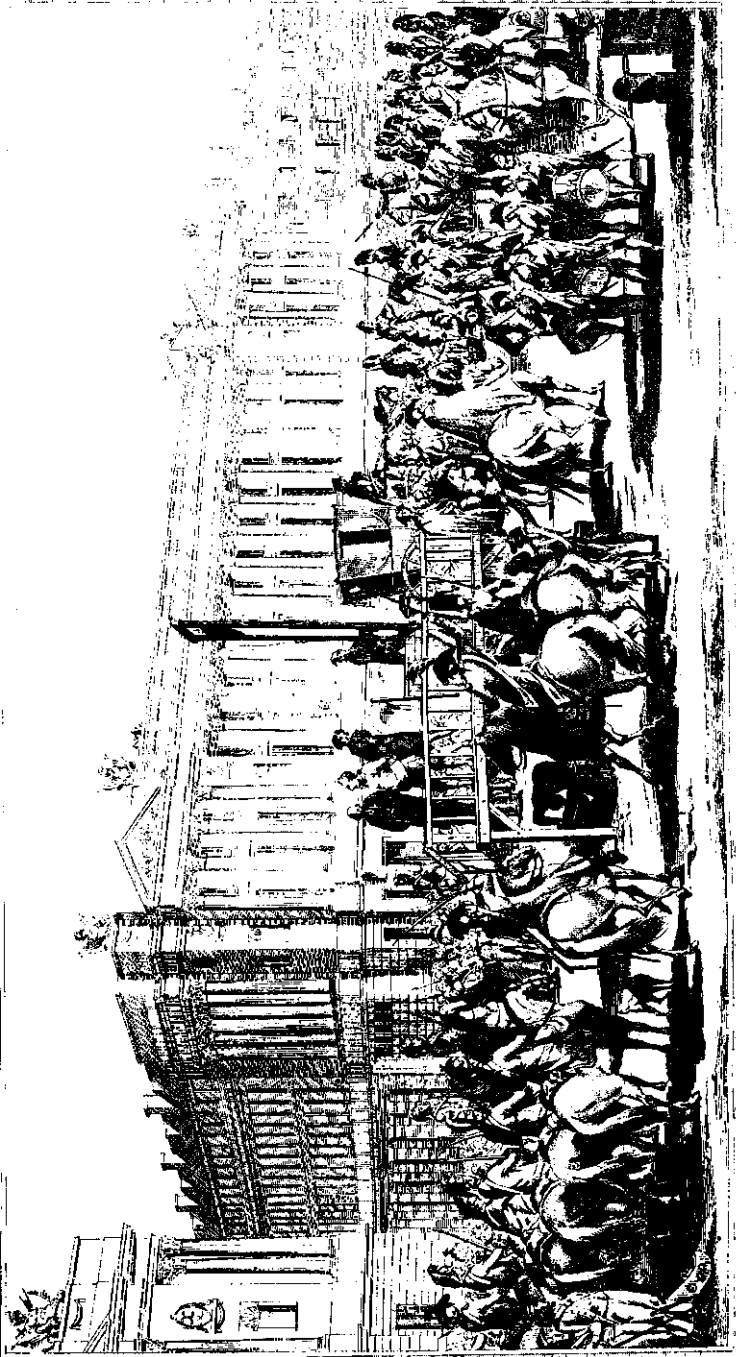
los montañeses y gran número de convencionales moderados, que en la convocacion de las asambleas primarias vieron el riesgo de la guerra civil. La asamblea habia decretado por unanimidad que Luis era culpable, cuando se entabló la cuestion de la apelacion al pueblo. Doscientos ochenta y cuatro miembros votaron por ella, cuatrocientos veinte y cuatro se opusieron; dos se negaron á votar. Vino entonces la terrible cuestion de la pena que debia imponérsele. La agitacion de Paris estaba en su colmo; proferíanse amenazas contra los diputados en la misma puerta de la asamblea; temíanse nuevos escesos populares; en el club de los jacobinos resonaban furiosas invectivas contra Luis XVI y la derecha. El partido montañés, hasta entonces el mas débil de la convencion, procuraba obtener la mayoria por medio del terror, resuelto si salian fallidos sus esfuerzos, á sacrificar del mismo modo á Luis XVI. En fin, despues de cuatro horas de votacion nominal, el presidente Vergniaud dijo: «Ciudadanos, voy á proclamar el resultado del escrutinio. Cuando ha hablado la justicia, la humanidad debe tener su turno.» Setecientos veinte y uno eran los votantes: la mayoria absoluta era de trescientos setenta y uno: pronuncióse la muerte por una mayoria de veinte y seis votos. Habíanse confundido las opiniones: algunos girondinos habian votado la muerte con prorrogacion de término, es verdad; la mayor parte de los miembros de la derecha habian votado la detencion ó el destierro; algunos montañeses votaron como los girondinos. Luego que fué conocido el resultado del escrutinio, el presidente dijo con el acento del dolor:

«En nombre de la convencion declaro, que la pena que contra Luis Capeto pronuncia es la de muerte.» Los defensores se presentaron en la barra: estaban sumamente conmovidos y procuraron atraer á la asamblea á sentimientos de misericordia, en consideracion al corto número de votos que habia decidido de la sentencia. Pero esta cuestion estaba ya discutida y resuelta. *Las leyes solo se hacen por una simple mayoria*, dijo un montañés. — *Sí*, contestó una voz, *pero los decretos vuelven á sancionarse, y la vida de un hombre no se recobra*. Malesherbes quiso hablar, pero no pudo. Los sollozos embargaban su voz, de modo que solamente profirió algunas palabras suplicantes y entrecortadas. Su dolor conmovió á la asamblea. Los girondinos acogieron como último recurso la petition de prorrogacion de término; pero aun en ello quedaron derrotados, y se pronunció la fatal sentencia.

Luis la esperaba. Cuando Malesherbes todo lloroso vino á notificarle el fallo de muerte, encontróle en la obscuridad, los codos apoyados sobre una mesa, el rostro en sus manos y entregado á una profunda meditacion. Al ruido que hizo, Luis XVI púsose en pié, y le dijo: «Dos horas hace que me ocupo en recordar, si, durante mi reinado, he podido merecer la mas ligera tacha de parte de mis vasallos. ¡Pues bien! M. de Malesherbes, os lo juro con toda la verdad de mi razon, como un hombre que va á comparecer delante de Dios: constantemente he querido la felicidad del pueblo, y jamas concebí deseo que contrario le fuese.»

Malesherbes hizole esperar que no se rechazaria la prorrogacion , cosa que Luis no creyó. Al despedir á Malesherbes le suplicó que no le abandonase en sus últimos momentos; Malesherbes le prometió que volveria; pero aunque se presentó varias veces , jamas pudo penetrar hasta su persona. Luis preguntó por él á menudo , y recibió mucho pesar con no volverle á ver. Oyó sin turbarse la notificacion de su sentencia , que vino á hacerle el ministro de justicia. Pidió tres dias para comparecer ante Dios; y ademas el ser auxiliado por un sacerdote que designó , y comunicar libremente con su esposa y sus hijos. Solo estas dos últimas demandas le fueron concedidas.


Patético y cruel para esta desolada familia fué el momento de la entrevista; pero aun lo fué mas el de su separacion! Luis al dejarla , ofreció volverla á ver al dia siguiente; pero , de vuelta á su aposento , sintió que esta prueba era demasiado fuerte , y paseándose á grandes pasos decia: *No iré*. Este fué su último combate , luego solo pensó en prepararse para la muerte. La noche que precedió á su suplicio , gozó de un sueño apacible. Despertado á las cinco por Clery , á quien habia dado esta orden , hizo sus últimas disposiciones. Comulgó , encargó á Clery sus últimas palabras , y todo lo que podia legarle , una sortija , un sello y algunos cabellos. Rato habia que batia el redoble de los tambores , y percibíase un sordo crugir de cañones rodando , y un murmullo de voces confusas. En fin Santerre llegó. *Venis á buscarme* , dijo Luis , *os pido un minuto*. Remitió su testamento á un oficial municipal , pidió su sombrero y con voz firme dijo :



vamos. Una hora empleó el carruaje en llegar desde el Temple á la plaza de la revolucion. Doble número de soldados guarnecía el camino, mas de cuarenta mil hombres estaban sobre las armas; Paris guardaba un profundo silencio. Entre los ciudadanos que asistian á la ejecucion, no se notaron muestras aparentes ni de aprobacion, ni de sentimiento; todos estuvieron silenciosos. Al llegar al lugar del suplicio, Luis se apeó del carruaje; con firme paso subió las gradas del cadalso y recibió de rodillas las bendiciones del sacerdote, que segun se asegura, le dijo entonces: *Hijo de S. Luis, volad al cielo!* Dejóse atar las manos, aunque con alguna repugnancia; y dirigiéndose vivamente hácia la izquierda del cadalso: «Muerdo inocente, dijo, perdono á mis enemigos; y vosotros, pueblo desgraciado....!» Al mismo punto dióse la señal del redoble, el ruido de los tambores sofocó su voz.... los tres verdugos le asieron... A las diez y diez minutos habia cesado de existir.

Asi pereció, á los treinta y nueve años, despues de un reinado de diez y seis años y medio, empleado en buscar el bien, el mejor, pero el mas débil de los monarcas. Sus antepasados le legaron una revolucion. Mas que ninguno de ellos, era propio para prevenirla ó terminarla; porque era capaz de ser un rey reformador antes que estallase, ó despues un rey constitucional. Es el único príncipe tal vez, que no abrigando pasion alguna, no tuvo la del poder, y que reunió las dos calidades que forman los buenos reyes, el temor de Dios, y el amor del pueblo. Pereció víctima de pasiones de que él no participaba; de las de sus

allegados que le eran estrañas, y de las de la muchedumbre que no habia escitado. Pocas memorias de rey se encuentran tan recomendables. De él dirá la historia, que con un poco mas de energia de alma hubiera sido un rey único.



CAPITULO VII.

DESDE EL 24 DE ENERO DE 1793, HASTA EL 2 DE JUNIO.

Situación política y militar de la Francia.—La Inglaterra, la Holanda, la España, Nápoles y todos los distritos del imperio acceden á la coalicion. — Dumouriez, despues de haber conquistado la Bélgica, prueba una expedicion en Holanda. — Quiere restablecer la monarquía constitucional. — Derrotas de nuestros ejércitos. — Lucha de los montañeses y girondinos; conspiracion del 10 de marzo. — Insurreccion de la Vendée; sus progresos. — Defeccion de Dumouriez. — Los girondinos acusados de complicidad con él; nuevas conjuraciones contra ellos. — Establecimiento de la comision de los doce para juzgar á los conspiradores. — Insurrecciones del 27 y 31 de mayo contra la comision de los doce; es suprimida. — Insurreccion del 2 de junio contra los veinte y dos principales girondinos; son arrestados. — Entera derrota de este partido.

Con la muerte de Luis XVI quedaron irreconciliables los partidos, y aumentáronse los enemigos exteriores de la revolucion. Los republicanos tuvieron que luchar contra toda la Europa, contra las numerosas clases de descontentos y contra sí mismos. Pero los montañeses, que entonces conducian el movimiento popular, se creian demasiado comprometidos para no empeñar los asuntos hasta el último grado. Aterror á los enemigos de

la revolucion, escitar el fanatismo del pueblo con discursos, con la presencia de los peligros, con insurrecciones; reducirlo todo á él, gobierno y salvacion de la república; comunicarle el entusiasmo mas ardiente, en nombre *de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad*; mantenerle en este violento estado de crisis para valerse de sus pasiones y de su fuerza: tal fué el plan de Danton y de los montañeses que lo habian tomado por caudillo. El fué quien hizo subir de punto la efervescencia popular con los peligros siempre mayores de la república, y quien bajo nombre de gobierno revolucionario, en vez de la libertad legal, hizo establecer el despotismo de la muchedumbre. Robespierre y Marat iban mas lejos todavia: querian erigir en gobierno durable lo que Danton solo consideraba como transitorio. Este no era mas que un caudillo político, al paso que los otros dos eran verdaderos sectarios; el primero mas ambicioso; el segundo, mas fanático.

Con la catástrofe del 21 de enero, los montañeses alcanzaron una gran victoria sobre los girondinos, cuya política era mucho mas moral que la suya, y que aspiraban á salvar la revolucion sin ensangrentarla. Pero su humanidad, su espíritu de justicia de nada les sirvieron sino para su daño. Acusóseles de enemigos del pueblo, porque peroraron contra sus excesos; de *cómplices del tirano*, porque habian querido salvar á Luis XVI; y de traidores á la república, porque encargaban la moderacion. Estas fueron las tachas con que, desde el 21 de enero hasta el 31 de mayo y 2 de junio los montañeses les persiguieron, empleando la



mas constante animosidad en el seno mismo de la convencion. Largo tiempo los girondinos fueron sostenidos por el centro que se ponía del lado de la derecha contra los asesinos y la anarquía, y del lado de la izquierda á favor de las medidas de salvacion pública. Esta masa, que propiamente hablando, formaba el espíritu de la convencion, dió muestras de algun valor, y contrabalanceó la pujanza de la Montaña y de la municipalidad, mientras tuvo en su seno á aquellos intrépidos y elocuentes girondinos, que se llevaron consigo á la carcel y al cadalso toda la firmeza y todas las resoluciones generosas de la asamblea.

Hubo un instante de union entre estos diversos partidos. Un antiguo guardia de la real persona llamado *Paris* dió de puñaladas á Lepelletier Saint-Fargeau, como á uno de los que votaron la muerte de Luis XVI. Los miembros de la convencion, reunidos por el comun peligro, sobre su tumba juraron olvidar sus rencores, pero pronto volvieron á ellos. En Meaux eran perseguidos algunos de los asesinos de setiembre, cuyo castigo pedían los republicanos honrados. Pero los montañeses, temiendo no se examinase su pasada conducta, y que sus adversarios no se aprovecharan de una sentencia para atacarles mas declaradamente, lograron hacer cesar las persecuciones. Esta impunidad aumentó la osadía de los gefes de la muchedumbre; y Marat, que en aquella época ejercía sobre ella un increíble influjo, escitóla al saqueo de los negociantes, á quienes acusaba de monopolizar con los comestibles. En sus folletos y en los jacobinos se desencadenaba violentamente contra la aristocracia de la clase

media, de los comerciantes, y de *los hombres de estado* (asi apellidaba á los girondinos), esto es contra todos aquellos que en la nacion ó en la asamblea, se oponian todavia al dominio de los descamisados y de los montañeses. Algo de espantoso tenia el fanatismo ó invencible obstinacion de estos sectarios. A los girondinos desde el principio de la conveccion, llamábanlos *intrigantes*, por motivo de los manejos ministeriales, y algo solapados con que en los departamentos combatian la audaz y pública conducta de los jacobinos.

De este modo les denunciaban ordinariamente en este club: «En Roma un orador repetia cada dia: «*Es preciso destruir á Cartago.* ¡Pues bien! que cada dia un jacobino suba á esta tribuna para decir estas solas espresiones: *Es preciso destruir á los intrigantes.* ¡Y quién podria resistirnos? Combatimos el crimen y el poder efimero de las riquezas; pero de nuestra parte tenemos la verdad, la justicia, la pobreza, la virtud.... Con tales armas pronto dirán los jacobinos: No hicimos mas que pasar, y ya no existian.» Marat, mucho mas osado que Robespierre, cuyo rencor y proyectos estaban envueltos todavia bajo ciertas formas, era el patrono de todos los denunciadores y anarquistas. Muchos montañeses le acusaban de comprometer su causa por la fogosidad de sus consejos, y por excesos intempestivos; pero todo el pueblo jacobino lo sostenia aun contra Robespierre, que en sus disputas con él, raras veces obtenia ventaja. Verificóse el saqueo de algunos comerciantes encomendado en febrero en *El Amigo del Pueblo*. Marat fué denunciado á la conveccion, quien le declaró acu-

sado tras una discusion sumamente borrascosa. Pero este decreto no produjo resultado alguno, porque ninguna autoridad tenian los tribunales ordinarios. Este doble ensayo de fuerza por una parte, y de flaqueza por otra, efectuóse á mediados de febrero, y pronto acontecimientos mas decisivos arrastraron á los girondinos á su perdicion.

Hasta entonces presentárase bajo brillante aspecto la situacion militar de la Francia. Dumouriez acababa de coronar la brillante campaña del Argonne con la conquista de la Bélgica. Despues de la retirada de los prusianos, pasó á Paris para combinar la invasion de los Países-Bajos, austríacos. De vuelta al ejército, el 20 de octubre de 1792, empezó el ataque el 28. El plan, que al principio de la guerra se ensayó tan inoportunamente, con tan pocas fuerzas y tan poco buen resultado, fué emprendido y ejecutado con medios superiores. Dumouriez á la cabeza del *ejército de la Bélgica*, compuesto de cuarenta mil hombres, marchó de Valenciennes sobre Mons apoyando su derecha en *el ejército de las Ardenas*, de unos diez y seis mil hombres, al mando del general Valence, quien se dirigió de Givet á Namur; y su izquierda en *el ejército del Norte*, de diez y ocho mil hombres, á las órdenes del general Labourdonnaie, quien avanzó desde Lila sobre Tournay. El ejército austríaco, situado frente de Mons, esperó la batalla en sus atrincheramientos. Dumouriez lo puso en completa derrota; y la victoria de Semmapes abrió la Bélgica á los franceses, é hizo que nuestras armas recobrasen su ascendiente en Europa. Vencedor el 6 de noviembre, el 7 Dumouriez entró en Mons

el 14 en Bruselas, el 28 en Lieja. Valence tomó á Namur; Labourdonnaie se apoderó de Amberes, y á mediados de diciembre quedó concluida la invasión de los Países-Bajos. El ejército frances, dueño del Mosa y del Escalda, estableció sus cuarteles de invierno, despues de haber lanzado á la otra parte del Roër á los austríacos, que hubiera podido rechazar á la otra parte del bajo Rhin.

Desde este momento empezaron las hostilidades de Dumouriez con los jacobinos. Un decreto de la convencion del 15 de setiembre abolia los usos belgas, y organizaba el pais democraticamente. Por su parte los jacobinos enviaron agentes á Bélgica para preparar en ella la revolucion, establecer clubs bajo el modelo de la sociedad-madre; pero los flamencos, que nos habian recibido con entusiasmo, pronto se enfriaron con las levas que se les impuso, con el saqueo general é insoportable anarquía que los jacobinos trajeron consigo. Todo el partido, que habia combatido contra la dominacion austríaca y que esperaba ser libre bajo la proteccion de la Francia, encontró demasiado dura nuestra dominacion, y sintió habernos llamado ó sostenido. Dumouriez que abrigaba proyectos de independendencia relativamente á los flamencos y de ambicion respecto á sí mismo, se presentó en Paris á quejarse de aquella conducta impolítica para todo pais conquistado. Cambió su marcha, hasta entonces equívoca. Nada habia omitido para llevarse bien con las dos facciones: no se habia alistado bajo las banderas de ninguna de ellas, esperando valerse de la derecha por medio de su amigo Gensonné, de la Montaña por Danton y Lacroix, é imponer á la

una y la otra con sus victorias. Pero en este segundo viage, probó detener á los jacobinos y salvar á Luis XVI; y no habiendo podido lograrlo, regresó al ejército para principiar la segunda campaña, muy descontento y resuelto á emplear nuevas victorias para suspender la revolucion y cambiar su gobierno.

Esta vez todas las fronteras de la Francia debian ser atacadas por las potencias de Europa. Los sucesos militares de la revolucion y la catástrofe del 21 de enero hicieron entrar en la coalicion á la mayor parte de los gabinetes todavia indecisos ó neutrales.

Al saber la muerte de Luis XVI, el gabinete de San James despidió el ministro Chauvelui, á quien habíase ya negado á reconocer despues del 10 de agosto y la suspension del rey. La convencion, viendo que la Inglaterra formaba ya parte de la coalicion, y que por consiguiente eran vanas é ilusorias todas sus promesas de neutralidad, el 4.º de febrero de 1793, declaró la guerra al rey de la Gran-Bretaña, y al estatuder de Holanda que, desde 1788, estaba enteramente subordinado al gabinete de San-James. La Inglaterra, que hasta entonces conservara las apariencias de neutralidad, asíó esta ocasion para presentarse en el teatro de las hostilidades. Dispuesto desde mucho tiempo á un rompimiento, y desplegando todos sus recursos, concluyó Pitt en el espacio de seis meses, siete tratados de alianza y seis de subsidios (1). De este

(1) Hé aqui cuales fueron estos tratatados: 4 de marzo, artículos entre la Gran-Bretaña y Hannover; 15 de marzo, tratado de alianza

modo la Inglaterra vino á ser el alma de la coalicion contra la Francia; sus flotas estaban prontas para hacerse á la vela; el ministerio habia obtenido ochenta millones de extraordinario, y Pitt iba á aprovecharse de nuestra revolucion para asegurar la preponderacion de la Gran-Bretaña, como Richelieu y Mazarin se habian aprovechado de la crisis de Inglaterra, en 1640, para establecer la dominacion francesa en Europa. El gabinete de S. James solo obraba por motivos de interes ingles; queria á toda costa la consolidacion del poder aristocrático en su propio pais, y el imperio esclusivo en las dos Indias y sobre los mares.

El gabinete de S. James verificó entonces la segunda leva de la coalicion. La España acababa de sufrir un cambio ministerial: el famoso Godoy, duque de Alcudia, y despues príncipe de la Paz, habia sido colocado al frente del gobierno por una intriga de la Inglaterra y de la emigracion. Esta potencia rompió con la república, despues de haber vanamente intercedido por Luis XVI, poniendo su neutralidad por precio de la vida del rey. El imperio germánico entero se adirió á la guerra: la Baviera, la Suabia y el elector palatino se juntaron con todos los círculos beligerantes del impe-

de Londres entre la Rusia y la Gran-Bretaña; 10 de abril, tratado de subsidios con el Landgrave de Hesse-Cassel; 25 de abril, tratado de subsidios con la Cerdeña; 25 de mayo, tratado de alianza de Madrid con España; 12 de julio, tratado de alianza de Nápoles con las Dos-Sicilias; 14 de julio, tratado de alianza del campo de Mayence con la Prasia; 30 de agosto, tratado de alianza de Londres con el emperador; 21 de setiembre, tratado de alianza de Londres con Portugal. En estos tratados la Inglaterra daba considerables subsidios, sobre todo al Austria y á la Prusia.

rio. Nápoles siguió el ejemplo de la Santa Sede que ya se había declarado; solo quedaron neutrales los estados de Venecia, Suiza, Suecia, Dinamarca y Turquía. La Rusia estaba todavía ocupada en la repartición de la Polonia.

La república vió amenazados sus flancos por las tropas mas aguerridas de la Europa. Fuéle preciso combatir con cuarenta y cinco mil austro-sardos en los Alpes, con cincuenta mil españoles en los Pirineos; con setenta mil austríacos ó imperiales, reforzados con treinta mil ingleses, en el bajo Rhin y en Bélgica; con treinta y tres mil cuatrocientos austríacos entre el Mosa y Mosela; con ciento doce mil seiscientos prusianos, austríacos é imperiales, en el medio y bajo Rhin. Para hacer frente á tantos enemigos, la convencion decretó una leva de trescientos mil hombres. A esta medida de defensa exterior acompañó otra medida de partido para el interior. Cuando los nuevos batallones, antes de partir de París, se presentaron á la asamblea, la Montaña pidió el establecimiento de un tribunal extraordinario para sostener en el interior la revolucion que los batallones iban á defender en las fronteras. Este tribunal, compuesto de nueve miembros, debia juzgar sin jurado y sin apelacion. Los girondinos se opusieron con todas sus fuerzas á una constitucion tan arbitraria y tan temible, pero en vano lucharon; porque parecian favorecer á los enemigos de la república, rechazando un tribunal destinado á castigarlos. Todo lo que obtuvieron se redujo á introducir en él los jurados, alejar de su seno los hombres violentos y anular su accion, mientras conservaron algun influjo.

Los aliados dirigieron sus principales esfuerzos contra la vasta frontera desde el mar del Norte hasta Huningue. El príncipe de Cobourg, á la cabeza de los austríacos, debió atacar al ejército frances sobre el Roër y el Mosa, penetrar en Bélgica mientras que sobre el otro punto, los prusianos marcharian contra Custine, le presentarian batalla, cercarian Mayence y renovarían la invasion precedente despues de haberse apoderado de esta plaza. Estos dos ejércitos de operacion estaban sostenidos en los puntos intermedios, por fuerzas considerables. Dumouriez, "engolfado" en sus designios ambiciosos y reaccionarios, en ocasion en que solo debiera pensar en los peligros de la Francia, propúsose restablecer la monarquía de 1791, á pesar de la convencion y á pesar de la Europa. Lo que Bouillé no pudo hacer á favor del trono absoluto, ni La-Fayette del trono constitucional en un tiempo mucho mas propicio, Dumouriez esperó ejecutarlo solo á favor de una constitucion destruida y de una monarquía sin partido. En vez de permanecer neutral entre las facciones, como las circunstancias se lo imponian como ley á un general, y hasta á un ambicioso, Dumouriez prefirió romper con ellas para dominarlas. Proyectoó hacerse un partido fuera de la Francia; penetrar en Holanda por medio de las repúblicas batavas, opuestas al statuder y á la influencia inglesa; libertar la Bélgica de los jacobinos; reunir estos dos paises en un solo estado independiente, y nombrarse su protector político, despues de haber adquirido toda la gloria de un conquistador. Para intimidar á los partidos, debia ganar sus tropas, marchar á la capital, disol-

ver la convencion, cerrar las sociedades populares, restablecer la constitucion de 1794, y dar un rey á la Francia.

Este proyecto, imposible de ejecutarse en medio del gran choque de la revolucion y de la Europa, pareció facil al fogoso y aventurero Dumouriez. En vez de defender la línea amenazada desde Mayence hasta sobre el Roër, lanzóse sobre la izquierda de las operaciones, y entró en Holanda al frente de veinte mil hombres. Por medio de una rápida marcha debia trasladarse al centro de las Provincias-Unidas, apoderarse con un golpe de mano de las fortalezas, y unirse en Nimeque con veinte y cinco mil hombres conducidos por el general Miranda, que probablemente se habria ya apoderado de Maëstricht. Un ejército de cuarenta mil hombres debia observar los austriacos y proteger su derecha.

Dumouriez prosiguió con vigor su expedicion de Holanda, tomó á Breda y Gertuydemberg, y preparóse para pasar el Biesbos y apoderarse de Dort. Pero, entretanto, el ejército de la derecha sufrió los mas alarmantes reveses sobre el bajo Mosa. Los austriacos tomaron la ofensiva, pasaron el Roër, batieron Mazinski en Aix-la-Chapelle; obligaron á Miranda á levantar el sitio de Maëstricht, cuyo punto habia inútilmente bombardeado; atravesaron el Mosa, y en Lieja derrotaron completamente á nuestro ejército, que se habia replegado entre Tirlemont y Louvain. Dumouriez recibió del consejo ejecutivo orden de salir de Holanda á toda prisa, y de venir á tomar el mando de las tropas en Bélgica; vióse obligado á obedecer y á renunciar á una de sus mas locas, pero de sus mas gratas esperanzas.

Con la nueva de estos contratiempos, los jacobinos se habian vuelto mas intratables. No concibiendo una derrota sin traicion, sobre todo despues de las brillantes é inesperadas victorias de la última campaña, atribuian estos desastres militares á combinaciones de partido. Denunciaron á los girondinos, á los ministros y á los generales, á quienes suponian de acuerdo para entregar la república, y juraron su pérdida. A las sospechas mezclábase la rivalidad; y como tanto deseaban conquistar un dominio esclusivo, como defender el territorio amenazado, empezaron por los girondinos. No habiendo aun acostumbrado á la muchedumbre á la idea de proscribir á sus representantes, recurrieron primero á un complot para deshacerse de ellos; resolvieron atacarlos en la misma convencion, en donde les encontrarian reunidos, y fijaron la noche del 40 de marzo para la ejecucion de esta trama. La asamblea se habia declarado en sesion permanente, con motivo de los riesgos de la causa pública, y por la vispera se decidió en los jacobinos y en los franciscanos que se cerrarian las barreras, se tocaria á rebato, y se marcharia en dos columnas á la convencion y á casa de los ministros. A la hora convenida salieron, pero mil circunstancias impidieron el buen éxito de la conjuracion. Los girondinos avisados de antemano, no fueron á la sesion de noche; las secciones se mostraron opuestas al complot, y el ministro de la guerra, Beurnonville, marchó contra ellos al frente de un batallon de fedelados (brestois); todos estos obstáculos imprevistos y una lluvia que cayó sin cesar, dispersaron los conjurados. Al dia siguiente, Vergniaud denunció la

comision de insurreccion que habia proyectado aquellos asesinatos, pidió que el consejo ejecutivo se encargase de tomar informes sobre la conjuracion del 10 de marzo, de examinar los registros de los clubs, y de arrestar los miembros de la comision sediciosa. «Caminamos, gritó, de crímenes en amnistias, y de amnistias en crímenes. Gran número de ciudadanos ha llegado al punto de confundir las insurrecciones sediciosas con la gran insurreccion de la libertad, de mirar las provocaciones de bandidos como arranques de almas enérgicas, y el mismo pillage como una medida de seguridad general. Hemos visto desarrollarse este extraño sistema de libertad, segun el cual se os dice: Sois libres, pero pensad como nosotros si no os denunciarnos á las venganzas del pueblo; sois libres, pero inclinad la cabeza delante del ídolo que incensamos, si no os denunciarnos á las venganzas del pueblo; sois libres, pero unios á nosotros para perseguir á los hombres cuya providad y luces tememos, si no os denunciarnos á las venganzas del pueblo! Ciudadanos, es de temer que la revolucion, como Saturno, no devore sucesivamente todos sus hijos, y no engendre en fin el despotismo con todas las calamidades que le acompañan.» Estas proféticas palabras produjeron algun efecto en la asamblea; pero ningun resultado tuvieron las medidas propuestas por Vergniaud.

Los jacobinos fueron detenidos un momento por el mal éxito de su primera tentativa contra sus adversarios; pero la insurreccion de la Vendée vino á restituirles su osadia. La guerra de la Vendée era un acontecimiento inevitable en la revolucion. Este

pais, teniendo á sus espaldas el mar y el Loire, con pocos caminos, sembrado de aldeas, lugarejos y castellanías, habíase mantenido en su antiguo estado feudal. En la Vendée, no habia luces ni civilización, porque no habia clase media; y no habia clase media porque no existian, ó existian muy pocas ciudades. De consiguiente la clase agricola no habia adquirido otras ideas que las que le comunicaban los curas, y no habia separado sus intereses de los de la nobleza. Aquellos hombres sencillos, robustos y adictos al antiguo *orden de cosas*, nada comprendian en una revolucion que era el resultado de creencias y necesidades enteramente estrañas á su situacion. Los nobles y los curas hallándose fuertes en este pais, no emigraron, y allí era en donde verdaderamente existia el partido del antiguo régimen, porque allí se hallaban sus doctrinas y su sociedad. Fuerza era que tarde ó temprano, la Francia y la Vendée, paises tan diferentes y que solo el idioma tenian de comun, se hiciesen la guerra; fuerza era que los dos fanatismos el de la monarquía y el de la soberanía popular, del sacerdocio y de la razon humana, enarbolasen sus estandartes uno contra el otro, y acarreasen el triunfo de la antigua ó de la nueva civilización.

En distintas épocas, verificáranse en la Vendée levantamientos parciales. En 1792 el conde de la Rouairie habia preparado un alzamiento general que se frustró, con motivo de su propia prision; pero todo estaba dispuesto para una insurreccion, cuando se ejecutó la leva de los trescientos mil hombres: esta quinta fué la señal. Los reclutas batieron á los gendarmes en Saint-Florens y eligieron

por gefes, en diversos puntos, al arriero Cathelineau, al oficial de marina Charette y al guarda-bosque Stofflet. Con socorros de armas y dinero que les suministró la Inglaterra, en poco tiempo la insurreccion ganó todo el pais; nuevecientas municipalidades se levantaron al toque de rebato; y entonces los gefes nobles, Bonchamps, Lescure, la Rochejacquelin, d' Elbée, Talmont se unieron á los otros. Las tropas de línea y los guardias nacionales que marcharon contra los rebeldes, fueron derrotados. En Saint-Vincent el general Marcé fué arrollado por Stofflet; en Beaupreau, el general Gauvilliers por d' Elbée y Bonchamps; en Aubiers, el general Quetineau por la Rochejacquelin; y en Cholet, el general Ligonier. Los vendeanos, dueños ya de Chatillon, de Bressuire, de Vihiers, antes de llevar adelante sus ventajas, trataron de darse una especie de organizacion. Formaron tres cuerpos, de diez á doce mil hombres cada uno, conforme á la distribucion del territorio en tres comandancias: el primero, á las órdenes de Bonchamps, se mantuvo en las márgenes del Loire, y recibió el nombre de *ejército de Anjou*; el segundo, situado en el centro, formó el *ejército grande*, al mando de d' Elbée; el tercero, en la baja Vendée, llamóse *el ejército del Marais*, á las ordenes de Charette. Los insurgentes establecieron un consejo para decidir en las operaciones, y nombraron generalísimo á Cathelineau. Estos arreglos y esta distribucion del pais permitieron regimentar á los insurgentes, y enviarles á sus campos y llamarlos de nuevo á sus banderas.

Con la noticia de este formidable levantamiento

la convencion tomó medidas mucho mas rigurosas contra el clero y los emigrados. Puso *fuera de la ley* á los sacerdotes y á los nobles que formasen parte de alguna division; desarmó á todos los que pertenecieran á la clase privilegiada. Los antiguos emigrados quedaron desterrados para siempre sin poder volver bajo pena de muerte, y siéndoles confiscados sus bienes. Sobre la puerta de cada casa debió inscribirse el nombre de todos sus habitantes; y el tribunal revolucionario, que habia sido emplazado, empezó sus tremendas funciones.

Al mismo tiempo, supiéronse nuevos desastres militares uno tras otro. Dumouriez, de vuelta al ejército de la Bélgica, concentró sus fuerzas para resistir al general austriaco, príncipe de Cobourg. Sus tropas estaban desalentadas y desprovistas de todo; escribió á la convencion una carta amenazadora contra los jacobinos que lo acusaron. Despues de haber infundido al ejército una parte de su antigua confianza con algunas ventajas de detall, aventuró una accion general en Neerwinde; pero perdió la batalla. Tuvimos que evacuar la Bélgica; y Dumouriez, situado entre los austriacos y los jacobinos, batido por los primeros y perseguido por los segundos, acudió al culpable medio de una defeccion para realizar sus antiguos proyectos. Tuvo algunas conferencias con el coronel Mack, y acordó con los austriacos que marcharia á Paris, mientras los dejaria en la frontera, entregándoles algunas plazas fuertes en garantía. Es probable que Dumouriez queria sentar en el trono constitucional al jóven duque de Chartres, que se habia señalado durante toda la campaña; mientras el

príncipe de Cobourg esperaba que, si la contra-revolucion llegaba á tal punto, podria ir mas lejos y restablecer al hijo de Luis XVI y la antigua monarquía. Una contra-revolucion no se detiene, lo mismo que una revolucion; habiendo comenzado, es preciso que se acabe. Pronto los jacobinos supieron las disposiciones de Dumouriez; este cuidaba muy poco de ocultarlas, fuese que quisiera probar sus tropas, ó aterrar á sus enemigos, ó que se entregase á la ligereza de su carácter. Para asegurarse de ello, el club de los jacobinos envió á su cuartel una diputacion de tres de sus miembros, llamados *Proly*, *Péreira* y *Dubuisson*. Admitidos á la presencia de Dumouriez, obtuvieron mas declaraciones que las que deseaban. «La convencion, dijo, es una asamblea de seiscientos treinta y cinco tiranos. Mientras yo tenga «cuatro pulgadas de hierro, no sufriré que reine «y derrame la sangre con el tribunal revolucionario que acaba de crear. En cuanto á la república, añadió, es una palabra vacía; creí en «ella tres dias: despues de Semmapes, me pesa «haber obtenido tantas victorias en favor de tan «mala causa. Un solo medio hay para salvar la «patria, restablecer la constitucion de 1791 y un rey. «— *Pensais en esto, general? díjole Dubuisson: los «franceses tienen horror á la monarquía, y el solo «nombre de Luis... — Y que me importa que «este rey se llame Luis, Jaime ó Felipe? — Y «cuáles son los medios con que contais? — Mi «ejército... sí, mi ejército, él lo hará, y desde «mi campo, ó desde el seno de una plaza fuerte, dirá que quiere un rey. — Pero vuestro pro-*

«yecto compromete la suerte de los prisioneros
«de Temple. — Aunque perezca el último de los
«Borbones, aun los de Coblenz, no por eso la
«Francia dejará de tener un rey, y si Paris añaa-
«diese este asesinato á los muchos con que se ha
«deshonrado, al punto marcharia sobre Paris.»
Despues de haberse declarado con tan poca precau-
cion, Dumouriez se dedicó á la ejecucion de
su impracticable designio. Su posicion era verda-
deramente escabrosa: sus soldados tenian mucho
entusiasmo por él, pero tambien eran adictos á
su patria. Era preciso entregar plazas fuertes de
que no era dueño, y era de creer que los gene-
rales que tenia á sus órdenes se portarian con él,
por fidelidad á la república ó por ambicion, lo mis-
mo que él se habia portado con La-Fayette. Su
primera tentativa no fué muy feliz. Despues de
haberse establecido en Saint-Amand, queria apo-
derarse de Lila, de Condé, de Valenciennes;
pero salióle frustada esta empresa. Con tan mal
éxito quedó vacilante y no pudo tomar la inicia-
tiva del ataque.

No asi sucedió á la convencion; pues obró con
una prontitud, una audacia, una firmeza, y so-
bretodo con una precision en su plan, que de-
bia darla la victoria. Cuando uno sabe lo que
quiere y lo quiere prontamente y bien, casi
siempre lo obtiene; esto faltaba á Dumouriez, esto
detuvo su osadia é hizo vacilar á sus partidarios.
Luego que la convencion tuvo noticia de sus pro-
yectos, mandóle comparecer á la barra; Dumou-
riez no quiso obedecer, sin enarbolar todavia el
estandarte de la rebelion. Al punto la convencion



envió los cuatro representantes Camus, Quinette, Lamarque, Bancal, y el ministro de la guerra Beurnonville, para conducirle á su presencia, ó arrestarle en medio de su ejército. Dumouriez recibió los comisarios á la cabeza de su estado mayor; le presentaron el decreto de la convencion; leyólo y se lo devolvió, diciendo que el estado de su ejército no le permitia abandonarlo. Ofreció su demision, y prometió para tiempo mas tranquilo, pedir él mismo jueces y dar cuenta de sus designios y de su conducta. Los comisarios le escitaron á que se sometiese, citándole el ejemplo de los antiguos generales romanos. «Nosotros siempre disparatamos acerca las citas, contestó, y desfiguramos la historia romana, dando por excusa de nuestros crímenes el ejemplo de sus virtudes. Los romanos no mataron á Tarquino; los romanos tenian una república ordenada y con buenas leyes; no tenian ni club de los jacobinos, ni tribunal revolucionario. Estamos en tiempo de anarquía; algunos tiranos quieren mi cabeza y yo no quiero dársela. — Ciudadano general, dijo entonces Camus, ¿queréis obedecer el decreto de la convencion nacional y pasar á Paris? — No por ahora. — ¡Pues bien! os declaro que os suspendo en vuestras funciones; ya no sois general, y mando que se apoderen de vos.» «¡Esto es demasiado!» dijo Dumouriez, é hizo prender por húsares alemanes á los comisarios, á quienes entregó á los austriacos en calidad de rehenes. Despues de este acto de rebelion ya no habia que vacilar. Dumouriez hizo una nueva tentativa sobre Condé, pero salióle tan mal como la primera; quiso arrastrar al ejército en su

defeccion, pero este le abandonó. Largo tiempo todavia los soldados debian preferir la república á un general: el entusiasmo por la revolucion estaba en todo su fervor, y la pujanza civil en toda su fuerza. Declarándose contra la convencion, Dumouriez sufrió la suerte que corrió La-Fayette declarándose contra la asamblea legislativa, y Bouillé contra la asamblea constituyente. En aquella época, aunque un general hubiese reunido la energia de Bouillé al patriotismo y á la popularidad de La-Fayette, á las victorias y á los recursos de Dumouriez, se habiera estrellado como ellos. La revolucion con el movimiento que se le habia comunicado, debia ser mas fuerte que los partidos, los generales y la Europa. Dumouriez pasó al campo austríaco con el duque de Chartres, el coronel Thouvenot y dos escuadrones de Berchiny; el resto de su ejército marchó al campo de Famars, á reunirse con las tropas que mandaba Dampierre.

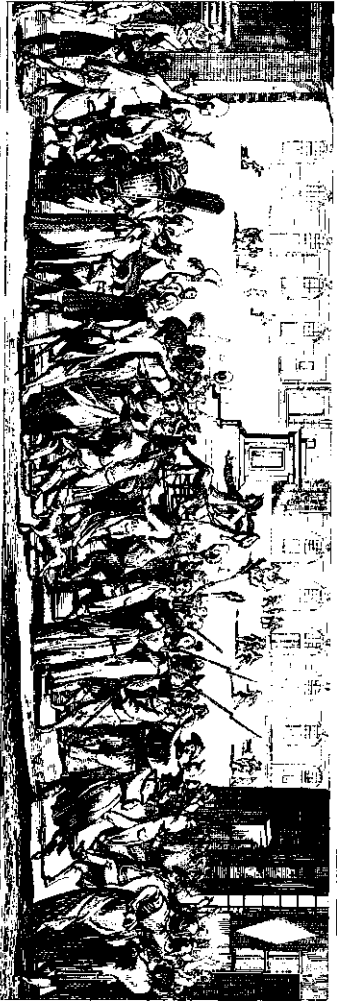
La convencion al saber la prision de sus comisarios, quedó en sesion permanente, declaró á Dumouriez traidor á la patria, autorizó á cualquiera ciudadano para perseguirle, puso precio á su cabeza, decretó la famosa comision (*comité*) de salud pública, y expulsó de la república al duque de Orleans y á todos los borbones. Aunque en esta circunstancia los girondinos atacaron á Dumouriez tan vivamente como los montañeses, no obstante se les acusó de complicidad en su defeccion, y este fué un nuevo agravio que añadir á los demas. Sus enemigos se hacian cada dia mas poderosos, y en los momentos de riesgos públicos era cuando sobre todo eran temibles. Hasta entonces, en la lucha que

se había encendido entre los dos partidos, habían quedado vencedores bajo todos aspectos. Habían detenido las persecuciones contra los asesinos de setiembre; habían hecho mantener las usurpaciones de la municipalidad; habían obtenido primero el juicio, después la muerte de Luis XVI; por sus intrigas habían quedado impunes los saqueos de febrero y la conspiración del 40 de marzo; habían hecho decretar el tribunal revolucionario, á pesar de los girondinos; á puros disgustos, habían echado á Roland del ministerio; ahora acababan de triunfar de Dumouriez. Solo les faltaba arrebatár á los girondinos su postrer asilo, la asamblea: esto es lo que principiaron el 40 de abril y lo que concluyeron el 2 de junio.

Robespierre persiguió nominalmente á Brissot, Guadet, Vergniaud, Petion, Gensonné en la convencion; y Marat los denunció en las sociedades populares. En calidad de presidente de los jacobinos, escribió una alocucion á los departamentos, en que invocaba el *rayo de las peticiones y de las acusaciones contra los traidores y los delegados infieles que habían querido salvar al tirano votando la apelacion al pueblo ó el encierro*. La derecha y el llano de la convencion conocieron que era preciso reunirse. Marat fué citado ante el tribunal revolucionario. Esta noticia alborotó los clubs, la muchedumbre y la municipalidad. En represalia el corregidor Pache en nombre de treinta y cinco secciones y del consejo general, se presentó á pedir la espulsion de los principales girondinos. El jóven Boyer-Fonfiede pidió se le comprendiese en la proscripcion de sus cólegas, y los miembros de

la derecha y del Llano levantáronse gritando: *Todos! todos!* Aquella peticion, aunque declarada calumniosa, fué un primer ataque de la parte de afuera contra la convencion, y preparó los ánimos á la ruina de la Gironda.

Los jacobinos lejos de amedrentarse con la acusacion de Marat, lo acompañaron al tribunal revolucionario. Marat fué absuelto, y conducido en triunfo á la asamblea. Desde aquel momento, las avenidas de la sala fueron ocupadas por atrevidos descamisados, y los afiliados en los jacobinos invadieron las tribunas de la convencion. Los clubistas y las (tricoteuses) *calceteras de Robespierre* interrumpieron sin cesar á los oradores de la derecha y perturbaron las deliberaciones, al paso que en el exterior buscáronse todas las ocasiones para deshacerse de los girondinos. Henriot, comandante de la seccion de los descamisados, escitó á ello á los batallones prontos á marchar á la Vendée. Entonces conoció Guadet que ya no debía limitarse á quejas y á discursos; sube á la tribuna: « Ciudadanos, dice, mientras los hombres virtuosos « se limitan á lamentarse de los males de la patria, « los conspiradores se agitan para perderla. Como « César, dicen: *Dejémosles decir, y obremos!* Pues « bien! obrad asimismo. El mal proviene de la « impunidad de los conjurados del 40 de marzo; « el mal está en la anarquia; el mal proviene de la « existencia de las autoridades de Paris, autoridades « sedientas de oro y de dominacion. Ciudadanos, « todavia es tiempo: podeis salvar la república y « vuestra comprometida gloria. Propongo que se de- « ponga á las autoridades de Paris, que la municí-



«palidad sea reemplazada en veinte y cuatro ho-
«ras por los presidentes de las secciones, que los
«suplentes de la convencion se reunan en Bourges
«lo mas pronto posible, y que se envíe este de-
«creto á los departamentos por correos estrordinaria-
«rios.» Esta mocion de Guadet sorprendió un mo-
mento á la Montaña. Si se hubiesen adoptado sobre
la marcha las medidas que proponia, alli acababa el
dominio de la municipalidad y los proyectos de
los conspiradores; pero tambien es probable que
los partidos se habrian agitado, que la guerra ci-
vil se hubiera estendido, que la convencion hubie-
ra sido disuelta por la asamblea de Bourges, des-
truido todo centro de accion, y que la revolucion
no hubiera sido bastante fuerte contra las luchas
interiores y los ataques de la Europa: esto es lo
que temia el partido moderado de la asamblea. Te-
miendo la anarquía, si no se contenia á la muni-
cipalidad; la contra-revolucion, si se comprimia
demasiado á la muchedumbre, hubiera querido man-
tener el equilibrio entre los dos extremos de la
convencion. De este partido se componian las co-
misiones de seguridad general y de salud pública;
dirigíalo Barrere, quien, como todos los entendi-
mientos justos y los caracteres débiles, estuvo de
parte de la moderacion, mientras el miedo no le
convirtió en instrumento de crueldad y tiranía.
En lugar de las medidas decisivas de Guadet pro-
puso nombrar una comision extraordinaria de do-
ce miembros, encargada de examinar la conducta
de la municipalidad, de buscar los autores de las
conspiraciones urdidas contra la representacion na-
cional, y de asegurar sus propias personas. Adop-

tóse este término medio; pero dejaba en pié á la municipalidad y esta debía triunfar de la convencion.

La comision de los doce con sus pesquisas introdujo la alarma entre los miembros de la municipalidad; descubrió una nueva conjuracion, que debía estallar el 22 de mayo; hizo prender algunos conspiradores, y entre otros al substituto del procurador de la autoridad municipal, Hébert, autor del *Padre Duchesne*, á quien arrestaron en el seno mismo de la municipalidad. Esta al principio atónita, púsose en estado de combatir y desde entonces ya no se trató de conspiraciones, sino de insurrecciones. El consejo general, alentado por los montañeses, rodeóse de los perturbadores de la capital; esparció la noticia de que los doce querian espurgar la convencion, y reemplazar el tribunal que habia absuelto á Marat con un tribunal contra-revolucionario. Los jacobinos, los franciscanos, las secciones se declararon en permanencia; el 26 de mayo empezó á hacerse sentir la agitacion, y el 27 fué ya bastante fuerte para que la municipalidad pudiese abrir el ataque. Presentóse á la convencion, y pidió la libertad de Hébert y la supresion de los doce; següante diputados de las secciones, que espresaban iguales deseos, y considerables grupos circüian la sala. La seccion de la ciudad osó pedir que los doce fuesen juzgados ante el tribunal revolucionario. Isnard, presidente de la asamblea, contestóles con tono solemne. «Escuchad lo que voy á deciros. Si, por
«una de estas insurrecciones que se renuevan des-
«de el 40 de marzo, y de las cuales los magis-
«trados no han advertido á la asamblea, llegase

« á suceder que se atentase contra la representacion
« nacional, en nombre de la Francia entera os lo
« declaro, Paris seria aniquilado, la Francia entera
« tomaria venganza de atentado semejante, y pron-
« to se buscaria sobre qué margen del Sena habia
« existido Paris. » Esta respuesta fué la señal del
mas violento tumulto. « Tambien os lo declaro,
« gritó Danton, tanta impudencia comienza á ser-
« nos pesada; nosotros os resistirémos. » Y volvién-
dose hácia la derecha: « No mas tregua entre la
« montaña y los viles que quisieron salvar al ti-
« rano. »

Entonces reinó en la sala la mayor confusion; las tribunas lanzaban gritos contra la derecha, los montañeses estallaban en amenazas, por minutos se sucedian las diputaciones de afuera, y la convencion se halló cercada de una inmensa muchedumbre. Algunos seccionarios de Mail y de la Butte-des-Moulins, mandados por Raffet, habíanse colocado debajo los pasillos y en las avenidas para defenderla. Los girondinos se resistieron lo posible contra las diputaciones y la Montaña. Amenazados dentro, sitiados afuera, se prevalian de esta violencia para escitar la indignacion de la asamblea. Pero Garat, ministro del interior, vino á arrebatárles este recurso; llamado para dar cuenta del estado de Paris, aseguró que la convencion nada tenia que temer; así la opinion de Garat, que pasaba por imparcial y á quien su espíritu conciliador arrastraba á hechos equívocos, enardeció á los miembros de la Montaña. Isnard se vió obligado á dejar la presidencia; reemplazóle Herault de Séchelles, y esto fué para los montañeses la señal de la vic-

toria. A los peticionarios, que Isnard habia contenido hasta entonces, contestóles el nuevo presidente. «La fuerza de la razon y la fuerza del pueblo son una misma cosa. Vosotros nos pedis un magistrado y la justicia; los representantes del pueblo os la harán.» Era ya tarde; la derecha estaba desanimada; algunos de sus miembros se habian marchado; los peticionarios se habian trasladado de la barra á los asientos de los representantes, y allí confundidos con los montañeses, en medio de los gritos y del desorden, votaron todos juntos la deposicion de los doce y la libertad de los presos. Espidióse este decreto á las doce y media de la noche, al estruendo de los aplausos de las tribunas y del pueblo.

Quizas hubiera sido prudente á la Gironda, puesto que no era realmente la mas fuerte, no volver á recordar esta deliberacion. El movimiento de la víspera no debia tener otro resultado que la supresion de los doce, si otras causas no lo prolongaban todavia. Mas, habiendo las animosidades llegado á tal punto de violencia, fuerza era que se apurase la querella; que los dos partidos se batiesen, ya que no podian sufrirse; que marchasen de derrota en victoria, y de victoria en derrota, exaltándose mas cada dia, hasta que el mas fuerte triunfase definitivamente del mas débil. Al dia siguiente los miembros de la derecha reconquistaron el campo de batalla en la convencion; hicieron anular el decreto de la víspera, como espedito ilegalmente, entre el tumulto y la opresion; y la comision fué establecida. «Ayer, dijo entonces Danton, hicisteis un gran acto de justicia. Pero,

« os lo anuncio, si la comision conserva el poder
« tiránico que ha ejercido; si los magistrados del
« pueblo no son restablecidos en sus funciones; si
« los buenos ciudadanos tienen que temer todavia
« las prisiones arbitrarias, entonces, despues de ha-
« ber probado que escedemos á nuestros enemi-
« gos en prudencia y en tino, les escederémos en
« atrevimiento y vigor revolucionario. « Danton te-
mia empeñar el combate, y tanto le hacia tem-
blar el triunfo de los montañeses como el de los
girondinos: asi sucesivamente quiso prevenir el 31
de mayo, y moderar sus resultados; pero vióse
reducido á unirse á los suyos durante el combate,
y á callar despues de la victoria.

La agitacion calmada un tanto con la supresion
de los doce, tomó un aspecto de amenaza con la
noticia de su restablecimiento. En las tribunas de
las secciones y de las sociedades populares tronaron
las invectivas, los gritos de peligro y de llama-
miento á la insurreccion. Hebert, libre ya de la
carcel, volvió á aparecer en la municipalidad. Pu-
síéronle en la frente una corona, que él depuso so-
bre la de Bruto, y corrió á los jacobinos á cla-
mar venganza contra los doce. Entonces Robespier-
re, Marat, Danton, Chaumette y Pache se reunie-
ron para organizar un nuevo movimiento. El plan
de la insurreccion fué semejante á la del 10 de agos-
to: emplearon el 29 de mayo en preparar los áni-
mos; el 30, algunos miembros del colegio electo-
ral, comisarios de los clubs, diputados de las sec-
ciones, se juntaron en el Evecché, se declararon en
insurreccion, disolvieron el consejo general de la
municipalidad, reintegráronle poco despues, hacién-

dole prestar un nuevo juramento; Henriot recibió el título de comandante general de la fuerza armada, y los descamisados tuvieron cuarenta sueldos al día, mientras permaneciesen sobre las armas. Tomadas estas determinaciones, el 31 de mayo muy de mañana, tócase á rebato, hátese generala, reúnen las tropas, y marchan á la convencion, que hacia tiempo residia en el palacio de las Tullerías.

Rato habia que la asamblea estaba en sesion, pues se habia reunido al ruido del rebato. Fueron sucesivamente llamados á la barra el ministro del interior, los administradores del departamento y el corregidor de Paris. Garat habia dado cuenta de la agitacion de la capital pareciendo que no temia ningun resultado desastroso. Lhullier, en nombre del departamento aseguró que solo era *una insurreccion moral*. El corregidor Pache compareció el último, de un modo hipócrita, dió parte de las operaciones de los sublevados, pretendió dar á entender que habia empleado todos sus esfuerzos para mantener el orden, aseguró que se habia doblado la guardia de la convencion, y que habia prohibido disparar el cañonazo de alarma. Pero al mismo punto oyósele retumbar á lo lejos. Sumas fueron la sorpresa y la agitacion. Cambon invitó á la asamblea á que estuviese unida; y reclamando el silencio de las tribunas: «En tamañas circunstancias extraordinarias, dijo, el único medio de aterrar á los mal intencionados es hacer respetar la convencion nacional. — Pido, dijo Thuriot, que al punto sea espulsada la comision de los doce. — Y yo, clamó Tallien, que la cuchilla de la ley

« caiga sobre los conspiradores que se hallan en el
 « seno mismo de la convencion.» Los girondinos,
 por su parte, quieren que se llame á la barra al
 atrevido Henriot, por haber hecho disparar el ca-
 ñonazo de alarma sin órden de la convencion. « Si
 « algun combate se traba, dice Vergniaud, cualquie-
 « ra que sea su éxito, será la perdicion de la re-
 « pública. Que todos los miembros juren que mo-
 « rirán en sus puestos.» La asamblea entera se po-
 ne en pié, adhiriendo á la proposicion. Danton se
 lanza á la tribuna: « Suprimid la comision de los
 « doce; ~~dijo;~~ el cañon ha tronado. Si sois legisla-
 « dores políticos, lejos de condenar la esplosion de
 « Paris, la convertiréis en provecho de la repúbli-
 « ca, corrigiendo vuestros errores y espulsando vues-
 « tra comision.» Y oyendo algunos murmullos: « A
 « los que han recibido algunos talentos políticos es
 « á quienes me dirijo, y no á esos hombres estú-
 « pidos que solo saben hacer hablar á sus pasio-
 « nes. Yo les digo: Considerad la grandeza de vues-
 « tra mision; salvar al pueblo de sus enemigos, de
 « los aristócratas, salvarle de su propia cólera. Si
 « algunos hombres, verdaderamente peligrosos, no
 « importa el partido á que pertenezcan, quisiesen
 « despues prolongar un movimiento inútil ya cuan-
 « do vosotros hubierais hecho justicia, el mismo
 « Paris los reduciria á polvo. Pido friamente la su-
 « presion pura y simple de la comision, bajo el as-
 « pecto político.» La comision era violentamente ata-
 cada por un lado, y debilmente defendida por otro; Barrére y la comision (comité) de salud pública,
 que eran sus creadores, proponian su supresion pa-
 ra restablecer la paz, y para no entregar la asam-

blea al capricho de la muchedumbre. Los montañeses moderados querian detenerse en esta medida cuando llegaron las diputaciones. Admitidos á la barra, los miembros del departamento, los de la municipalidad y los comisarios de las secciones, no solamente piden la supresion de los doce, sino tambien el castigo de sus miembros y de todos los gefes girondinos.

Entonces los sediciosos sitiaban las Tullerias, y con la presencia de sus comisarios en el seno de la convencion cobraron nuevo atrevimiento los montañeses estremados, que querian acabar con el partido girondino. Robespierre, su gefe y orador, tomó la palabra diciendo: « Ciudadanos, no perdamos este
 « dia en vanos clamores y en medidas insignificantes; es
 « te dia quizas el último en que el patriotismo atacará
 « á la tiranía! Que los fieles representantes del pue-
 « blo se reunan para asegurar su felicidad!» Indujo á la convencion á seguir mas bien la conducta trazada por los peticionarios, que la propuesta por la comision de salud pública. Como se esplayaba en largas declamaciones contra sus adversarios:—
 « Acabad de una vez, gritóle Vergniaud. — Sí, voy á
 « acabar, y contra vosotros! contra vosotros, que
 « desde la revolucion del 40 de agosto, quisisteis
 « conducir al cadalso á los que la hicieron! con-
 « tra vosotros que no habeis cesado de provocar la
 « destruccion de Paris! contra vosotros que quisis-
 « teis salvar al tirano! contra vosotros que conspi-
 « rasteis con Dumouriez! contra vosotros que con
 « tanto encarnizamiento habeis perseguido á los mis-
 « mos patriotas, cuyas cabezas Dumouriez pedia!
 « contra vosotros cuyas criminales venganzas han

« provocado esos gritos de indignacion, que vosotros quereis imputar como crimen á los que son vuestras víctimas! Pues bien! mi conclusion... es el decreto de acusacion contra todos los cómplices de Dumouriez y contra los designados por los peticionarios!» A pesar de la violencia de este arranque, el partido de Robespierre no obtuvo la victoria. La insurreccion solo habia sido dirigida contra los doce; y la comision de salud pública, que proponia su supresion, venció á la municipalidad. La asamblea adoptó el decreto de Barriére, que deponia á los doce, ponía á la fuerza pública en requisicion permanente, y que para contentar á los peticionarios, daba á la comision de salud pública el cargo de averiguar las conspiraciones que ellos denunciaban. Asi que la muchedumbre que rodeaba la asamblea, tuvo noticia de estas disposiciones, recibiólas con aplausos y se dispersó.

Pero los conspiradores no querian limitarse á este medio triunfo: el 30 de mayo, habian ido mas lejos que el 29; el 2 de junio fueron mas lejos que el 31 de mayo. De *moral*, como ellos la llamaban, la insurreccion pasó á ser personal, esto es, ya no se dirigió contra un poder, sino contra algunos diputados; escapóse de las manos de Danton y de la Montaña, y cayó en las de Robespierre, Marat y de la municipalidad. En la tarde del 31, dijo un jacobino: «Que solo se habia hecho la mitad, que era preciso acabar, y no dejar enfriar al pueblo.» Heuriot ofreció al club, que pondría á su disposicion la fuerza armada. La comision insurreccional se estableció publicamente junto á la convencion. Pasóse el 4.º de junio en preparar un

gran movimiento. La municipalidad escribió á las secciones: *Ciudadanos, manteneos firmes; los peligros de la patria os hacen de ello una ley suprema.* Por la tarde, Marat, principal autor del 2 de junio, pasó á la casa de la ciudad, subió en persona al reloj y tocó á rebato; luego invitó á los miembros del consajo á no abandonar su puesto hasta haber obtenido el decreto de acusacion contra los *traidores* y los *hombres de estado*. Algunos diputados se reunieron en la convencion, y los conspiradores se presentaron á pedir el decreto contra los proscritos; pero todavia no eran bastante fuertes para arrancarlo á la convencion.

Pasóse toda la noche en preparativos; sonó el rebato, batióse generala, fuésc reuniendo la muchedumbre. La mañana del domingo, á las ocho Henriot se presentó al consejo general, y *en nombre del pueblo insurreccionado*, declaró á sus cómplices que no dejarían las armas hasta haber obtenido la prision de los diputados conspiradores. Luego púsose á la cabeza de los inmensos grupos que estaban en la plaza de la casa de la ciudad, arengóles, y dió la señal de la marcha. Serian cerca de las dos cuando los sublevados llegaron á la plaza de Carroussel. Henriot situó al rededor del palacio los partidos mas adictos, y pronto la convencion se vió cercada por ochenta mil hombres, cuya mayor parte ignoraban lo que se les exigia, y que mas dispuestos estaban á defender que á atacar á la diputacion.

La mayor parte de los proscritos no habian acudido á la asamblea. Algunos, valientes hasta la muerte, vinieron á arrostrar la tempestad por la vez postrera. Al principiar la sesion, el intrépido Lau-

Lanjuinais sube á la tribuna. «Pido, dijo, que se me « permita hablar acerca de la generala que se toca « en todo Paris.» Al punto le interrumpen los gritos: *abajo! abajo! quiere la guerra civil! quiere la contra-revolucion! calumnia á Paris! insulta al pueblo!* A pesar de las amenazas, denuestos, gritos de la Montaña y de las tribunas, Lanjuinais denuncia los proyectos de la municipalidad y de los facciosos; su valor sube de punto con sus peligros. « Vosotros nos acusais, dijo, ¿de que calumniamos « á Paris! Paris es puro, Paris es bueno, Paris está « oprimido por tiranos que quieren sangre y dominio! A estas palabras, rebienta el mas violento tumulto; muchos diputados montañeses se precipitan á la tribuna para arrancar de allí á Lanjuinais, que se agarra en ella fuertemente, y que, con el acento del valor mas generoso, grita todavía: « Pido que sean « depuestas todas las autoridades revolucionarias de « Paris; pido que sea nulo todo lo que han hecho « en estos tres días; pido que todos los que quieren abrogarse una autoridad nueva, contraria á « la ley, sean declarados fuera de la ley, y se « permita á todo ciudadano perseguirlos.» Apenas ha acabado, cuando se presentan los peticionarios sublevados, pidiendo su prision y la de sus cólegas. «Ciudadanos, dicen al finalizar, cansado está « el pueblo de ver alejarse su felicidad; un momento la confia todavía á vuestras manos, salvadlo, ó se va á salvar por sí mismo!»

La derecha pide el órden del dia, despues de la peticion de los sublevados. La convencion pasa á la órden del dia. Al punto los peticionarios salen en una actitud amenazadora, los hombres abando-

nan las galerías, dase el grito de á las armas, y un gran rumor se deja oír en la parte de afuera. *Salvad al pueblo*, dice un montañés, *salvad á vuestros cólegas decretando su prision provisional.* — *No, No!* contesta la derecha y aun una parte de la izquierda. — *Todos correrémos su suerte*, clama La Réveillère-Lépaux. La comision de salud pública, encargada de presentar una proposicion, espantada con la magnitud del peligro, propuso, como en 31 de mayo, una medida conciliadora en apariencia, para satisfacer á los insurreccionados, sin sacrificar ~~enteramente~~ á los proscritos. «La comision, dijo Barrére, invoca el patriotismo y la generosidad de los miembros acusados: les pide la suspension de su poder, haciéndoles presente que solo es la razon quien puede hacer cesar las divisiones que afligen á la república, y restituir la paz.» Algunos de ellos consintieron en esta medida. Isnard se suspendió por sí mismo; Lauthénas, Dussaulx y Fauchet imitaron su ejemplo; Lanjuinais no los siguió. «Hasta ahora, creo que he dado pruebas de algun valor, dijo; no esperéis de mí, ni suspension, ni division.» Siendo violentamente interrumpido: «Cuando los antiguos, añadió, disponian un sacrificio, coronaban á la víctima con flores y cintas, mientras la conducian al altar; el sacerdote la nimolaba, pero no la insultaba.» Barbaroux mantúvose firme como Lanjuinais. «He jurado morir en mi puesto, dijo; cumpliré mi juramento.» Los mismos conjurados de la Montaña levantárense contra la propuesta de la comision. Marat quiso probar que era preciso ser puro para

hacer sacrificios, y Billaud-Varenes pidió el juicio de los girondinos, y no su suspension.

En medio de este debate, un diputado de la Montaña, Lacroix, entra precipitadamente en la sala, lánzase á la tribuna, y declara que acaban de insultarle en la puerta, que se le ha impedido la salida, y que la convencion no es libre. Gran número de montañeses indignanse contra Henriot y contra sus tropas. Danton dice *que es preciso vengar vigorosamente la magestad nacional ultrajada*. Barrére propone á la convencion que se presente al pueblo. «Representantes, dice, ordenad « vuestra libertad, suspended vuestra sesion, haced « que ante vosotros se inclinen las bayonetas que « os circuyen. « La convencion entera se levanta y se pone en marcha, precedida por sus maceros, teniendo á su cabeza el presidente cubierto en señal de afliccion. Al llegar á una salida que comunicaba con la plaza de Carrousel, encuentra á Henriot á caballo y sable en mano. « Qué pide « el pueblo! le dice el presidente Herault de Se- « chelles; la convencion solo se ocupa en su feli- « cidad. — Herault, contesta Henriot, el pueblo « no se ha sublevado para escuchar buenas frases: « quiere que se le entreguen veinte y cuatro culpa- « bles. — Que nos entreguen á todos, » gritan los que rodean al presidente. Entonces Henriot se vuelve hácia los suyos y grita: *Artilleros, á vuestros cañones!* Dos piezas son apuntadas contra la convencion que retrocede, entra en el jardin, lo atraviesa y se presenta en varios pasages que encuentra cerrados igualmente. En todas partes los soldados estan sobre las armas; Marat recorre

sus filas; escita, alienta á los sublevados: «No seáis « débiles, les dice, no abandonéis vuestro pues- « to, que no os los hayan entregado.» La con- « vencion vuelve á entrar entonces en el recinto de sus sesiones, desmayada por su impotencia, convencida de la inutilidad de sus esfuerzos, y enteramente dominada. Nadie se opone ya á la prision de sus proscritos. Marat, verdadero dictador de la asamblea, decide soberanamente de la suerte de sus miembros. «Dussaulx, dice, es un viejo chocho, incapaz de ser gefe de partido; Lan- « thénas es un pobre de espíritu, que ni siquiera « merece se piense en él; Ducos solo ha cometido « algunos errores, y no sabria ser un gefe con- « tra-revolucionario. Pido que sean exceptuados y que « los reemplace Valazé.» Y al punto son borrados de la lista Dussaulx, Lanthénas y Ducos, y se añade á ella á Valazé. Asi fué acordada la nomina sin que la mitad de la asamblea tomase parte en el decreto.

Hé aqui los nombres de estos ilustres proscritos. Fueron condenados á prision los girondinos Gensonné, Guadet, Brissot, Gorsas, Petion, Vergniaud, Salles, Barbaroux, Chambon, Buzot, Birotteau, Lidon, Rabaud, Lasource, Lanjuinais, Grangeneuve, Lehardy, Lesage, Louvet, Valazé, el ministro de negocios estrangeros Lebrun, el ministro de las contribuciones Clavières, y los miembros de los doce, Kervelegan, Gardien, Rabaud-Saint-Etienne, Boileau, Bertrand, Vigée, Molleveau, Henri La Rivière, Gomaine y Bergoing. La convencion los puso arrestados en sus casas, colocándolos bajo la salvaguardia del pueblo. Desde aquel momento, reti-

róse la consigna que tenia prisionera á la asamblea y la muchedumbre se dispersó; pero tambien desde aquel momento, no hubo ya convencion libre.

De este modo sucumbió el partido de la Gironda, partido ilustre por sus grandes talentos y gran valor, partido que honró á la república naciente por su horror á la sangre, su odio al crimen, su aversion á la anarquía, su amor al orden, á la justicia y á la libertad; partido mal colocado entre la clase media, cuya revolucion habia combatido, y la muchedumbre cuyo gobierno rechazaba. ~~Condenado á la inaccion~~, este partido solo pudo ilustrar una derrota cierta con una lucha valiente y una bella muerte. En aquella época podíase con certidumbre preveer su fin: fué arrojado de posicion en posicion; de los jacobinos por la invasion de los montañeses; de la municipalidad por la salida de Petion; del ministerio, por la retirada de Roland y de sus cólegas; del ejército por la defeccion de Dumouriez. Unicamente quedábale la convencion; alli fué donde se atrincheró, alli donde combatió, y alli donde sucumbió. Sus enemigos pusieron en practica sucesivamente conspiraciones é insurrecciones. Las primeras hicieron crear la comision de los doce, que pareció dar una momentánea ventaja á la Gironda, pero que solo sirvió para agriar mas la violencia de sus adversarios. Estos pusieron al pueblo en movimiento, y arrancaron á los girondinos, primero su autoridad destruyendo los doce, luego su existencia política proscribiendo sus gefes.

Las consecuencias de este desgraciado acontecimiento burlaron los pronósticos de todos. Los dan-

tonistas creyeron que las disenciones de los partidos quedarian terminadas, y estalló la guerra civil. Los moderados de la comision de salud pública creyeron que la convencion recobraría todo su poder y fué avasallada. La municipalidad creyó que el 31 de mayo le valdria el mando absoluto, que pasó á manos de Robespierre y de algunos hombres consagrados á su fortuna ó á la estremada democracia. En fin, hubo un partido mas, que añadir á los partidos vencidos, y de consiguiente á los partidos enemigos; y asimismo, despues del 10 de agosto, habiase creado la república contra los constitucionales, de la misma manera, despues del 31 de mayo, creóse el terror contra los moderados de la república.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



INDICE

DEL TOMO PRIMERO.

INTRODUCCION. — Carácter de la revolucion de Francia; sus resultados, su marcha. — Formas sucesivas de la monarquía. — Luis XIV y Luis XV. — Estado de los ánimos, de la hacienda, del poder y de las necesidades públicas cuando subió Luis XVI al trono. — Su carácter. — Maurepas primer ministro; su táctica. — Con qué objeto elige ministros populares y reformadores. — Turgot, Malesherbes, Necker, sus planes; hallan oposicion en la corte y en los privilegiados, y tienen mal éxito. — Muerte de Maurepas. — Influencia de la reina Maria Antonieta. — A los ministros populares suceden ministros cortesanos. — Calonne y su sistema; Brienne, su carater, sus tentativas. Apuros de la hacienda; oposicion de la asamblea de los notables, del parlamento y de las provincias — Gaida de Brienne; segundo ministerio de Necker. — Convocacion de los Estados Generales. Pasos de la revolucion. Página 1

ASAMBLEA CONSTITUYENTE.

DESDE EL 5 DE MAYO DE 1789 HASTA LA NOCHE DEL 4 DE AGOSTO.

CAPITULO I. Apertura de los estados generales. — Opinion de la corte, del ministerio y de las distintas clases del reino respecto á los estados. — Examen de poderes. — Cuestion del voto por clases ó por individuos. — Constitúyense los comunes en asamblea nacional. — La corte manda cerrar la sala de los estados; juramento del trinquete. — La mayoría del clero se reúne á los comunes. — Sesion régia del 23 de junio; su inutilidad. — Proyecto de la corte; acontecimientos del 12, 13 y 14 de julio; destitucion de Necker; insurreccion de Pa-

ris; formacion de la guardia nacional; sitio y toma de la Bastilla. — Consecuencias del 14 de julio. — Decretos de la noche del 4 de agosto. — Caracter de la revolucion que acaba de hacerse. 28

DESDE LA NOCHE DEL 4 DE AGOSTO HASTA LOS DIAS 5 Y 6 DE OCTUBRE DE 1789.

CAPÍTULO II. Estado de la asamblea constituyente. — Partido del alto clero y de la nobleza; Murry y Cazalés. — Partido del ministerio y de las dos cámaras; Mounier, Lady-Tollendal. — Partido popular; triunvirato de Barnave, Dupont y Lameth; su posicion; influencia de Sieyès; Mirabeau jefe de la asamblea en esta época. — Juicio del partido de Orleans. — Tareas constitucionales; tabla de derechos; permanencia y unidad del cuerpo legislativo; sancion real; agitacion exterior que motiva. — Proyecto de la corte; banquete de los guardias de corps; insurreccion del 5 y 6 de octubre; el rey es trasladada á Paris. 75

DESDE EL 6 DE OCTUBRE DE 1789 HASTA LA MUERTE DE MIRABEAU EN ABRIL DE 1791.

CAPÍTULO III. Consecuencias de los acontecimientos de octubre. — Múdanse las provincias en departamentos; organizanse las autoridades administrativas y municipales segun el sistema de la soberania popular y de la eleccion. — Hacienda: son insuficientes los medios de que se echa mano para reanimarla; proclámense bienes nacionales los del clero. — Su venta conduce á los asignados. — Constitucion civil del clero; oposicion religiosa de los obispos — Aniversario del 14 de julio; abolicion de los titulos; federacion del Campo de Marte. — Nueva organizacion del ejército; oposicion de los oficiales. — Cisma con motivo de la constitucion civil del clero — Clubs. — Muerte de Mirabeau. — Durante esta época va declarándose mas la separacion de partidos 109

DESDE EL MES DE ABRIL DE 1791 HASTA EL 30 DE SEPIEMBRE, FIN DE LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE.

CAPÍTULO IV. Politica de la Europa antes de la revolucion de Francia; sistema de alianzas por los distintos estados. — Coalicion general contra la revolucion; motivos de cada potencia. Conferencia de Mantua y circular de Pavia. — Fuga de Varennes; el rey es arrestado y queda suspendido. — El partido republicano se separa por primera vez del partido monárquico-constitucional. — Este repone al rey en sus derechos. — Declaracion de Pilnitz. — El rey acepta la constitucion. — Fin de la asamblea constituyente; juicio sobre ella 135

ASAMBLEA NACIONAL LEGISLATIVA.

DESDE EL 4.^o DE OCTÚBRE DE 1791 HASTA EL 24 DE
SETIEMBRE DE 1792.

CAPITULO V. Primeras relaciones de la asamblea legislativa con el rey. Estado de los partidos: los fuldenses apoyados en la clase media, y los girondinos en el pueblo. — Emigracion y clero refractario; decreto contra ellos; veto del rey. — Preludios de guerra. — Ministerio girondino; Dumouriez y Roland. — Declaracion de guerra contra el rey de Hungría y de Bohemia. — Descalabros de nuestros ejércitos; decreto de un acampamento de veinte mil hombres de reserva á las inmediaciones de Paris; de destierro contra los sacerdotes no juramentados; veto del rey; caída del ministerio girondino. — Peticion insurreccional del 20 de junio para hacer aceptar los decretos y reponer á los ministros. — Ultimas tentativas del partido constitucional. Manifiesto del duque de Brunswick. — Acontecimientos del 10 de agosto. — Insurreccion militar de La-Fayette contra los autores del 10 de agosto: no tiene éxito. — Division de la asamblea y de la nueva municipalidad; Danton. — Invasion de los prusianos. — Asesinatos del 2 de setiembre. — Campaña de Argona. — Causas de los acontecimientos bajo la asamblea legislativa. 157

CONVENCION NACIONAL.

DESDE EL 20 DE SETIEMBRE DE 1792 HASTA EL 24
DE ENERO DE 1793.

CAPITULO VI. Primeras medidas de la convencion. — De que modo está compuesta. — Rivalidad de los girondinos y montañeses. — Fuerza y miras de estos dos partidos. — Robespierre; los girondinos le acusan de aspirar á la dictadura. — Marat. — Nueva acusacion de Robespierre por Louvet; defensa de Robespierre; la convencion pasa á la órden del día. — Los montañeses, victoriosos en esta lucha piden el enjuiciamiento de Luis XVI. — Opiniones de los partidos tocante á esto. — La convencion decide que Luis XVI será juzgado, y lo será por ella. — Luis XVI en el Temple; sus respuestas ante la convencion; su defensa; su condenacion; su valor y serenidad en sus últimos momentos. — Lo que tenia y lo que le faltaba como rey 234

DESDE EL 24 DE ENERO DE 1793, HASTA EL 2 DE JUNIO.

CAPITULO VII. Situacion política y militar de la Francia. — La Inglaterra, la Holanda, la España, Nápoles y todos los distritos del imperio

acceden á la coalicion. — Dumouriez, despues de haber conquistado la Bélgica, prueba una espedicion en Holanda. — Quiere restablecer la monarquía constitucional. — Derrotas de nuestros ejércitos. — Lucha de los montañeses y girondinos; conspiracion del 10 de marzo. — Insurreccion de la Vendée; sus progresos. — Defeccion de Dumouriez. — Los girondinos acusados de complicidad con él; nuevas conjuraciones contra ellos. — Establecimiento de la comision de los doce para juzgar á los conspiradores. — Insurrecciones del 27 y 31 de mayo contra la comision de los doce; es suprimida. — Insurreccion del 2 de junio contra los veinte y dos principales girondinos; son arrestados. — Entera derrota de este partido. 269

FIN DEL INDICE DEL TOMO PRIMERO.



